IMPRIMIR

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

H. G. WELLS

Editado por

el**aleph**.com

H. G. WELLS

El popular novelista inglés, autor de *Los Primeros Hombres en la Luna,* nació el año 1866 en Bromley, condado de Kent.

Hizo sus primeros estudios en el pueblo natal, continuólos luego en Londres y se graduó por fin de bachiller en la Universidad de la capital británica.

Desde la infancia demostró grande inclinación a las ciencias naturales, que tanto hablan de servirlo en su carrera literaria, y al graduarse de bachiller lo hizo conquistando las más altas clasificaciones en zoología.

Apenas salido de la Universidad, intentó, seguramente por ajena inspiración, dedicarse a la industria, ingresando para ello, a practicar en una manufactura de paños; pero no debió sonreírle sobremanera esa clase de ocupaciones, pues muy pronto lo hallamos ejerciendo la enseñanza de las ciencias naturales, para la cual, como ya hemos dicho, estaba brillantemente preparado.

Quizá continuara aún dedicado a las tareas docentes, si una grave enfermedad, que lo postró hacia el año 18913, no lo hubiese obligado a buscar nuevo teatro en que poner en juego sus; facultades intelectuales.

Aún convaleciente de aquella enfermedad, lo vemos en efecto estrenarse como periodista en la *Pall Mall Gazette* de Londres, ya para no abandonar la carrera de las letras, en que tanto triunfo le esperaba.

Fue crítico teatral de dicho periódico, y poco después, sin abandonar por eso estos trabajos, miembro de la dirección de la reputada *Saturday Review,* en cuyas páginas aparecieron con, éxito sus primeras novelas.

En estas creaciones asomaba ya la riquísima fantasía y el humorismo, - a veces profundamente sarcástico, - que habían de hacer de

H. G. Wells un escritor popularísimo, tanto en su país como en el extranjero.

Sus novelas del género científico no tardaron, efectivamente, en alcanzar notable, difusión por todo el imperio británico y en los Estados Unidos: algo más tarde, Francia las acogió también, las tradujo, y con esto queda dicho que las hizo universales...

Suele compararse a Wells con otro novelista científico más popular si cabe: Julio Verne. Pero las concepciones del primero son siempre mucho más audaces, quizá por lo mismo que ha tenido tan brillante precursor, y mezcla con ellas tanta dosis de realidad directamente observada y de aguda critica social, que el ingenuo narrador preferido por los adolescentes, no resistiría a un parangón, aunque lo quede intacto su indisputable mérito, acrecido con el de ser el primogénito, si no el inventor, de esta clase de novelas...

Este juicio sobre el mérito do Wells está corroborado por un distinguido crítico francés, M. Teodor de Wysewa, insospechable de parcialidad, quien dice lo siguiente sobre el autor de Los *Primeros Hombres en la Luna:*

“Creo que en el género de la novela científica ningún escritor ha sabido, basta ahora, manejar tan hábilmente los efectos, mezclar con tanto éxito la inquietud a la curiosidad, y dar, en resumen, a la locura, tanto aspecto de razón.”

La fantasía de H. G. Wells es poderosísima y toma de repente inesperados vuelos, pasando del humorismo mas punzante y frío - pesimista y triste a veces, - a escenas terroríficas, notablemente descriptas. Hace gala, también, de sus raras dotes para pintar personajes y caracteres, con un solo trazo, lleno de vigor. de exactitud, y al propio tiempo de malicia.

Es muy de notar que mientras Rudyard Kipling adquiere enorme popularidad no sólo por el mérito real de sus obras sino también por el fuerte matiz imperialista que difunde en ellas, Wells parece resuelto campeón del bando contrario, no desaprovecha oportunidad para dirigir sarcasmos, a veces sangrientos, contra la guerra y la conquista, y

no deja por eso de compartir la popularidad del célebre novelista angloindiano, o mejor dicho, tiene su gran popularidad aparte.

Si se aprende poco en sus obras, cuando se busca en ellas la ciencia, - como que pueden hasta inducir en error, - no sucede lo mismo cuando se fija la atención en los rasgos críticos que abundan en ellas, y que dan muy a menudo en pleno blanco.

De entro estas obras, ya numerosas, aunque las primeras daten de pocos años, citaremos como principales: *La Rueda de la fortuna, Conversaciones selectas con un tío, El Bacilo robado, La Isla del doctor Moreau,* traducida en Buenos Aires con el titulo de *Un terrible experimento, La Guerra de los mundos,* traducida también en Buenos Aires, *Cuando el durmiente despertó, La máquina del tiempo, Relatos de la edad de piedra,* etc., etc.

Es. también, autor de un texto de Biología.

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA

I
EL SEÑOR BEDFORD SE ENCUENTRA CON EL SEÑOR CAVOR EN LYMPNE

Ahora que escribo aquí, sentado entre las sombras de los emparrados bajo el cielo azul de la Italia Meridional, me acuerdo, no sin alguna sorpresa, de que mi participación en las asombrosas aventuras del señor Cavor fue, al fin y al cabo, resultado de una mera casualidad. Lo mismo podía haberle sucedido a cualquier otro. Caí en esas cosas en un momento en que me consideraba libre de la más leve posibilidad de perturbaciones en mi vida. Había ido a Lympne porque me lo había figurado como el lugar del mundo en que sucedieran menos acontecimientos. "¡Aquí, de todos modos - me decía, - encontraré tranquilidad y podré trabajar en calma".

Y de allí ha salido este libro, tan diametral es la diferencia entre el destino y los pequeños planes de los hombres.

Me parece que debo hacer mención, en estas líneas, de la suerte extremadamente mala que acababa de tener en algunos negocios. Rodeado como estoy ahora de todas las comodidades que da la fortuna, hay cierto lujo en esta confesión que hago de mi pobreza de entonces. Puedo hasta confesar que, en determinada proporción, mis desastres eran atribuibles a mis propios actos. Tal vez haya asuntos para los cuales tenga yo alguna capacidad, pero la dirección de operaciones mercantiles no figura entre ellos. En aquella época era aún joven: hoy lo soy todavía en años, pero las cosas que me han sucedido han desterrado de mi mente algo de la juventud: si en su reemplazo han dejado o no un poco de sabiduría, es cuestión más dudosa.

Casi no es necesario entrar en detalles sobre las especulaciones que me desterraron a Lympne, lugar del condado de Kent. Hoy en día,

aun en los, negocios, hay una fuerte. dosis de aventura. Me arriesgué, y como esas cosas terminan invariablemente por una buena cantidad de dar y tomar, a mí me tocó por último el tener que dar... bastante contra, mi voluntad. Aun después de haberme despojado de todo, un atrabiliario acreedor se esmeró en mostrárseme adverso; por último llegué a la conclusión de que no me, quedaba otro recurso que escribir un drama, a no ser que me decidiera a vegetar penosamente con lo que ganara en algún miserable empleo. Se que nada de lo que el hombre pueda hacer, fuera de los negocios legítimos, encierra tantas promesas como las piezas de teatro; tan lo creía así, que desde tiempo atrás me acostumbré a considerar ese drama no escrito, como substancial reserva para los días tormentosos. Y la tormenta había llegado.

Pronto descubrí que el escribir un drama era un asunto más largo que lo que me figuraba (al principio había calculado hacerlo en diez días), y para buscar un *pied-á-terre* en qué elaborarlo, fui a Lympne.

Consideré como una fortuna el conseguir aquella casita. La alquilé con trato de conservarla tres años si quería; la proveí de unos pocos muebles, y al mismo tiempo que escribía, era mi propio cocinero. Mi manera de ejercer este ministerio habría arrancado severos reproches a un *cordon bleu* profesional: tenía una cafetera, una cacerola, para huevos, otra para patatas y una sartén para salchichas y tocino. Con estos utensilios fabricaba la base de mi sustento. Para lo demás, contaba con un barril de dieciocho galones siempre lleno de cerveza, y con los servicios de un puntual panadero que me visitaba todos los días. Aquello no era, quizás, darse las comodidades de Sybaris, pero peores días he pasado en mi vida.

Lympne es, ciertamente, el lugar apropiado para quien desee la soledad. Está en la parte cenagosa de Kent, y mi casita se alzaba en la cumbre de un montículo que en otros tiempos había sido un peñasco rodeado por las aguas: desde ella se veía el mar, por sobre los pantanos de Romney. Cuando llueve mucho, el lugar es casi inaccesible, y he oído decir que el cartero tenía a veces que, hacer largos trechos de

su camino con el agua a los tobillos. Yo no le vi nunca hacerlo, pero me imagino perfectamente su figura.

Los pocos cottages y casas que forman la aldea tienen delante de las puertas una especie de felpudo de mimbres, para que la persona que llegue de fuera se limpie el calzado, lo que da una idea de la calidad del suelo en ese distrito. Dudo de que hubiera allí la menor traza de población, si el lugar no fuera un recuerdo ya borroso de cosas muertas para siempre. Aquel fue el gran puerto de Inglaterra en la época de los romanos. Portus Lemanus; y ahora el mar está a cuatro millas de distancia. Al pie de la empinada colina hay una cantidad de pedruscos y trozos de albañilería romana y de ese punto arranca la vieja calle Watling, como una flecha hacia el Norte. Yo solía pararme en la cumbre y pensar en todo aquello: galeras y legiones, cautivos y oficiales, mujeres y mercaderes, especuladores como yo, todo el hormigueo y tumulto que entraba y salía incesantemente de la bahía. Y ahora, apenas algunos trozos de piedra en una costa cubierta de césped, uno o dos carneros... ¡y yo! Y donde había estado el puerto, quedaban los terrenos pantanosos, que se extendían en una ancha curva hasta el distante Dungeness, interrumpidos aquí y allá por grupos de árboles y por las torres de las iglesias de las viejas poblaciones medioevales que siguen a Lemanus por el camino de la extinción.

Esa vista de la ciénaga era, realmente, una de las más hermosas que yo había tenido ante los ojos. Supongo que Dungenessi estaba a quince millas de distancia: aparecía como una balsa en el mar, y más lejos hacia el Oeste se elevaban los montes de Hastings bajo el sol poniente. A veces aparecían cercanos y claros, otras veces, se esfumaban Y parecían bajos, y otras, la niebla los hacía perderse completamente de vista. Y la llanura de arena veíase por todas partes cruzada y cortada por zanjas y canales.

La ventana junto a la cual trabajaba yo, miraba por sobre el horizonte de dicha cresta, y por aquella ventana fue por donde mis ojos distinguieron la primera vez a Cavor. Sucedió esto en un momento en que luchaba con el escenario de mí drama, contrayendo mi mente a

tan ímprobo trabajo, y lo más natural era que en tales condiciones un hombre de semejante figura atrajera mi atención.

El sol se había puesto, el cielo estaba límpido, de color verde amarillo, y sobre ese fondo apareció, negra, la singular figura.

Era un hombrecillo de baja estatura, redondo de cuerpo, flaco de piernas, con algo de inquieto en sus movimientos, y se le había ocurrido envolver su extraordinaria inteligencia con una gorra de cricket, un sobretodo, pantalón corto y medías de ciclista. Ignoro por qué lo haría, pues nunca iba en bicicleta ni jugaba cricket; tal concurrencia fortuita de prendas de vestir se había presentado no sé cómo. Gesticulaba y movía las manos y los brazos, sacudía la cabeza y *soplaba*. Soplaba como algo eléctrico. Nunca ha oído usted soplar así. Y de rato en rato se limpiaba el pecho con un ruido el más extraordinario.

Había llovido ese, día, y su espasmódico andar se acentuaba por lo muy resbaladizo que estaba. el suelo. Exactamente al llegar al punto en que se interponía entre mis ojos y el sol, se detuvo, sacó el reloj, y vaciló. Después, con una especie de movimiento convulsivo, se dio vuelta y se retiró, dando muestras de estar de prisa, sin gesticular, sino a zancadas largas que mostraban el tamaño relativamente grande de sus pies: recuerdo que el barro adherido a su calzado lo aumentaba grotescamente.

Esto ocurrió el primer día, de mi residencia en Lympne, cuando mi energía de dramaturgo estaba en su apogeo, y consideré el incidente sólo como una distracción fastidiosa, como un desperdicio da cinco minutos. Volví a mi escenario; pero, cuando al día siguiente, la aparición se repitió con precisión notable, y otra vez al otro día, y, en una palabra, cada tarde que no llovía, la concentración de mi mente en el escenario llegó a ser un esfuerzo considerable. "¡Mal haya el hombre! - me decía. - Se creería que estudia para marionette" ; y durante varias tardes lo maldije con todas mis ganas.

Después al fastidio sucedieron en mi el asombro y la curiosidad. ¿Por qué, al fin y al cabo, haría eso aquel hombre? A los catorce días ya no pude contenerme, y tan pronto como el sujeto apareció, abrí la

puertaventana, crucé la terraza y me dirigí al punto en que invariablemente se detenía.

Cuando llegué había sacado ya el reloj. Tenía una cara ancha y rubicunda, con unos ojos pardos rojizos: hasta entonces no le había visto sino contra la luz.

- Un momento, señor - le dije, cuando se daba vuelta.

El me miró.

- ¿Un momento? - dijo,- con mucho gusto. 0 si desea usted hablarme más detenidamente, y no le pido a usted demasiado (el tiempo de usted ha de ser precioso), ¿ le molestaría a usted acompañarme?

- Nada de eso - le contesté, colocándome al su lado.

- Mis costumbres son regulares; mi tiempo para la sociedad... limitado.

-¿Esta es, supongo, la hora de usted para hacer ejercicio?

-Esta es. Vengo aquí para gozar de la puesta de sol.

-Y no goza usted de ella.

-¿Señor?

-Nunca la mira usted.

-¿Nunca la miro?

- No. Le he observado a usted trece tardes, y ni una, vez ha mirado usted la puesta del sol... ni una.

El hombre arrugó el entrecejo, como alguien que tropieza con un problema.

-Pues... gozo de la luz del sol... de la atmósfera... camino por esta, senda, entro por esa empalizada...- sacudió la cabeza hacia un lado por sobre el hombro - y doy la vuelta.

- No hay tal cosa. Nunca. ha estado usted allí; Todo eso es palabrería. No hay camino para entrar. Esta tarde, por ejemplo...

- ¡Oh, esta tarde! Déjeme usted recordar. ¡Ah! Acababa de mirar el reloj, vi que había estado afuera exactamente tres minutos más que la precisa media hora, me dije que no tenía tiempo de dar el paseo, me volví...

- Siempre hace usted lo mismo.

Me miró, reflexionó.

-Quizás sea como usted dice... ahora pienso en ello... Pero ¿de qué quería usted hablarme?

-¡Cómo!... ¡De eso!

- ¿De eso?

-Sí. ¿Por que hace usted eso? Todas las tardes viene usted haciendo un ruido...

-¿Haciendo un ruido?

-Así.

E imité su soplido.

Me miró, y era evidente que el soplido despertaba desagrado en él.

-¿Yo hago *eso* ?- preguntó.

-Todas las tardes de Dios.

-No tenía idea de ello.

Se detuvo de golpe, me miró.

-¿Será posible - dijo,- que, me haya criado una costumbre?

-Pues... así lo parece. ¿No cree usted?

Se tiró hacia abajo el labio inferior, con el dedo pulgar y el índice, y contempló un montón de barro a sus pies.

-Mi mente está muy ocupada -dijo.- ¿Y quiere usted saber *por qué*? Pues bien, señor, puedo asegurarle a usted que no solamente no sé por qué hago esas cosas, sino que ni siquiera sabía que las hiciera. Ahora que pienso, veo que, es cierto lo que usted decía: *nunca* he pasado de este sitio... ¿Y estas cosas le fastidian a usted?

Sin que me diera cuenta del por qué, algo comenzaba a inclinarme a aquel hombre,.

- *Fastidiarme*, no - dije:- pero... ¡imagínese que estuviera usted escribiendo un drama!

- No lo podría.

- Bueno: cualquier cosa que exija concentración.

- ¡Ah! Por supuesto...

Y siguió meditando. Su cara adquirió una expresión de desaliento tan grande, que me sentí aún más inclinado hacia él. Al fin y al cabo, hay algo de agresión en preguntar a un hombre a quien no se conoce, por qué sopla en un camino público.

- Vea usted -dijo:- es un hábito.

- ¡Oh! Lo reconozco.

- Tengo que desprenderme de él.

- No lo haga usted si le contraría. De todos modos yo no tenía que hacer... me he tomado una libertad demasiado grande.

- De ninguna manera, señor: de, ninguna manera. Debo a usted un gran servicio. Tengo que precaverme contra esas cosas. En lo sucesivo lo haré. ¿Puedo molestar a usted... una vez más? ¿Ese ruido?...

- Una cosa así -le conteste:- Zuzuú, zuzuú. Pero realmente, no sé...

- Quedo muy agradecido. La verdad es que... lo sé ... estoy volviéndome distraído hasta lo absurdo. Usted tiene, razón, señor, mucha razón. Cierto, le debo a usted un gran favor. Pero eso acabará. Y ahora, señor, le he hecho a usted venir mucho más lejos de lo que debería.

- Espero que mi impertinencia...

- No hay tal cosa, señor; no hay tal cosa.

Nos miramos un momento. Lo saludé con el sombrero y le di las buenas noches: él me, contestó convulsivamente, y así nos separarnos.

Cuando llegué a la empalizada, me, volví, y le miré, alejarse. Su actitud había sufrido un notable cambio: parecía que cojeaba, iba todo encogido. Ese contraste con sus gesticulaciones y resoplidos de antes me parecieron patéticos, por absurdo que parezca. Le contemplé hasta que se hubo perdido de vista. Después, lamentando con toda sinceridad no haberme abstenido de mezclarme en lo que no me importaba, volví a mi casa y a mi drama.

Al día siguiente no le vi, ni al otro. Pero estaba muy presente en mi memoria, y se me había ocurrido la idea de que, como personaje cómico-sentimental, podría serme muy útil para el desarrollo de mi obra. Al tercer día se presentó a visitarme.

Durante largo rato me perdí en conjeturas sobre lo que podía haberle llevado a mi presencia. Inició conversaciones sin importancia de la manera más formal, hasta que, bruscamente, entró en materia: quería comprarme mi casita.

- Vea usted - me dijo;- no le hago el menor reproche, pero usted ha destruido un hábito mío, y eso me desorganiza mi plan de vida cotidiana. Hace años, años, que paso por aquí todos los días. Sin duda he tarareado o soplado diariamente...¡Usted ha hecho imposible todo eso!

Le insinué que podía tomar otra dirección en sus paseos.

- No, no hay otra dirección: ésta es la única. Ya he averiguado. Y ahora, todas las tardes a las cuatro... me encuentro sin saber qué hacer.

- Pero, querido señor mío: si eso es para usted tan importante...

- Es de importancia vital. Vea usted, yo soy un investigador. Estoy empeñado en una averiguación científica. Vivo...- hizo una pausa y pareció reflexionar, - exactamente allí – añadió, y con el dedo señaló bruscamente, con gran peligro para uno de mis ojos:- en la casa de chimeneas blancas que ve usted por encima de los árboles. Y mis circunstancias son anormales... anormales. Estoy en vísperas de completar una de las más importantes demostraciones... puedo asegurarlo a usted, *una de las más importantes demostraciones* que se hayan hecho hasta ahora. Eso requiere constante meditación, constante libertad mental, y actividad. ¡Y la tarde era mi hora de más brillo! En la tarde bullían en mi mente las ideas nuevas, nuevos puntos de vista.

- Pero ¿por qué no continua usted sus paseos por acá?

- La cuestión seria ahora diferente. Yo pensaría más en mi que en otra cosa, pensaría que usted, escribiendo su drama, me miraría irritado, en vez de pensar en mi obra... ¡No! Es necesario que me seda usted su casa.

Yo medité. Naturalmente, necesitaba reflexionar a fondo sobre el asunto antes de adoptar una decisión definitiva. En aquella época por regla general, yo estaba siempre dispuesto para los negocios, y el de

vender era uno que me atraía siempre; pero en primer lugar, la casita no era mía y aún en caso de que se la vendiera a un buen precio, tal vez tropezaría con inconvenientes para la entrega de la mercancía si su verdadero propietario olfateaba el negocio; y en segundo lugar, todavía... todavía no me habían levantado la sentencia de quiebra... El asunto era visiblemente de los que requieren ser manejados con delicadeza. Por otra parte, la posibilidad de que mi visitante anduviera en busca de algún invento valioso, me interesaba. Se me ocurrió que me agradaría conocer algo más de su investigación, no con intenciones aviesas, sino sencillamente porque el saberlo sería un alivio para un dramaturgo atareado. Y eché la sonda.

El hombre se mostró muy dispuesto a informarme, y tanto que la conversación, una vez empezada, se convirtió en un monólogo. Hablaba como quien se sabe las cosas de memoria porque las ha discutido consigo mismo muchas veces. Habló por cerca de una hora, y debo confesar que se me hizo algo pesado el escucharle. Pero, a través de toda la conferencia, aparecía el tonito de la satisfacción que uno siente cuando da a conocer su propia obra. En aquella primera conversación alcancé a vislumbrar muy poco de la substancia de sus trabajos. La mitad de sus palabras eran tecnicismos enteramente extraños para mí, é ilustró uno o dos puntos con lo que se complacía en llamar matemáticas elementales, trazando cifras en un sobre con un lápiztinta, en una forma que hacía difícil hasta aparentar que se le entendía. “Sí” -le decía yo – “¡Sí, continúe usted!” Sin embargo, comprendí lo suficiente para convencerme de que no tenía en mi presencia a un maniático que jugara a los descubrimientos. No obstante su aspecto de loco, había en sus razonamientos una fuerza que desterraba luego esa idea. Fuera lo que fuera, su obra tenía posibilidades mecánicas. Me habló de un taller en que trabajaba, y de tres ayudantes, de diferentes oficios, pero adiestrados por él para sus trabajos. Y todos sabemos que del laboratorio de experimentos a la oficina de patentes no hay más que un paso. Me invitó a ver todas aquellas cosas.

Yo acepté inmediatamente, y tuve el cuidado de subrayar mi aceptación más adelante, con una o dos observaciones. La proposición de traspaso de la casa quedó, muy acertadamente, en suspenso.

Por último, se levantó para retirarse, pidiendo disculpa por lo largo de su visita: hablar sobre sus trabajos era, me dijo, un placer de que gozaba muy pocas veces; no encontraba a menudo un oyente tan inteligente como yo; sus relaciones con hombres profesionales en ciencias eran muy escasas.

- ¡Hay tanta pequeñez! - explicó,- ¡tanta intriga! Y realmente, cuando uno tiene una idea... una idea nueva, fertilizadora... No deseo ser poco benévolo, pero...

Yo soy hombre que creo en los impulsos. En ese instante hice a mi interlocutor una proposición quizás atrevida; pero debe recordarse que hacía catorce días que me hallaba solo en Lympne, escribiendo un drama, y mi pesar por la pérdida que le había hecho sufrir en sus hábitos me mortificaba aún.

- ¿Por qué - le dije,- no se haría usted de esto un nuevo hábito, en reemplazo del que yo le he echado a perder? Por lo menos... hasta que podamos arreglarnos sobre la casa. Lo que, desea usted es volver y revolver sus planes en la cabeza; lo ha hecho usted siempre durante su paseo de la tarde. Desgraciadamente, eso se acabó... ahora ya no le es posible a usted volver las cosas a su antiguo estado; pero ¿por qué no habría usted de venir, y hablarme de sus trabajos, emplearme como una especie de pared contra la cual podría arrojar usted sus ideas para recogerlas otra vez? Es un hecho que yo no sé lo suficiente de los proyectos de usted para robarle su idea... y no tengo relación con ningún hombre de ciencia.

Me detuve : él reflexionaba. Evidentemente, la proposición lo atraía.

-Pero temo que sea demasiada molestia para usted, dijo.

-¿Cree usted que no podré comprender?

-¡Oh, no! Pero tecnicismos...

-Sea, como sea, hoy me ha interesado usted inmensamente.

- Claro está que eso sería para mí una gran ayuda. Nada le aclara a uno tanto las ideas como, explicarlas. Hasta ahora...

- Mi estimado señor, no diga usted más .

- Pero ¿puede usted, realmente, disponer de tiempo ?

- No hay descanso comparable al cambio, de ocupación - dije, convencidísimo.

El asunto estaba arreglado. Ya en las gradas de mi terraza se dio vuelta.

- Le soy deudor, caballero, por un gran favor que me ha hecho - dijo.

Yo dejé escapar un sonido interrogador.

- Me ha curado usted de ese ridículo hábito de soplar - explicó.

Creo que le contesté que me, alegraba de haberle servido en algo, y se marchó.

El curso de ideas que nuestra conversación había reanudado, debió reasumir inmediatamente su ordinaria vía, pues los brazos de mi visitante empezaron a agitarse como antes, y la brisa me trajo el débil eco del zuzuú...

¡Qué diantre! Al fin y al cabo, aquel no era asunto mío.

Volvió al día siguiente, y al otro día, y me dio dos conferencias sobre física; con mutua satisfacción. Hablaba con una expresión que denotaba extrema lucidez, de "éter y tubos, de fuerza," y "gravitación potencial," y cosas, como esas, y yo sentado en la otra silla de tijera, le decía "Sí", "Adelante," "Sigo lo que usted me explica," para hacerle continuar.

El tema era tremendamente difícil, pero no creo que llegara a sospechar hasta que extremo no le entendía. Había momentos en que dudaba de si estaba empleando bien mi tiempo, pero, de todos modos descansaba de mi engorroso drama. De vez en cuando, algo brillaba un momento con claridad ante mi mente, pero sólo para desvanecerse precisamente cuando creía tenerlo seguro. A veces, mi atención decaía totalmente, dejaba de escucharle, y me ponía a contemplarle y a preguntarme si, en resumen, no sería mejor utilizarle como figura central

de un buen sainete, y dejar perder todo lo hecho ya del drama. Y luego, al acaso, volvía a entender fragmentos de lo que me decía.

En la primera oportunidad fui a ver su casa. Era espaciosa y en la clase y disposición de los muebles se notaba negligencia; no había más personas para el servicio que sus tres ayudantes, y su alimentación y demás detalles de su vida estaban caracterizados por una filosófica sencillez. Bebía sólo agua, era vegetariano, y en todo aquello estaba sujeto a una disciplina lógica. Pero la vista a sus materiales de trabajo ponía fin a muchas dudas: aquello parecía en verdad un taller y un laboratorio, desde el sótano hasta las bohardillas; era asombroso encontrar un lugar como aquel en una aldea extraviada. Las habitaciones del piso de abajo contenían bancos y aparatos; el horno y todo el local de la panadería se habían convertido en respetables hornallas, el sótano estaba ocupado por unos dinamos, y en el jardín había un gasómetro. Me lo enseñó con toda la confiada verbosidad de un hombre que ha vivido solo durante mucho tiempo. Su anterior aislamiento le hacía desbordarse en un exceso de confianza, y yo tuve la buena suerte de ser el recipiente de ella.

Los tres ayudantes eran buenos ejemplares de la clase de “hombres útiles” de la cual procedían, conscientes aunque ininteligentes, vigorosos, atentos y de buena voluntad. Uno de ellos, Spargus, que tenía, a su cargo la cocina y todo el trabajo en metales, había sido marinero; el segundo, Gibbs, era un carpintero ensamblador, y el tercero había sido jardinero a ratos y entonces ocupaba el puesto de ayudante general. Los tres no eran otra cosa que peones; todo el trabajo que requería inteligencia lo hacía Cavor. La ignorancia de los tres sobre lo que éste hacia era la más profunda, aun comparada con la confusa impresión que Yo tenía de ello.

Ahora, hablemos de la naturaleza de esas investigaciones. Aquí, desgraciadamente, encuentro una grave dificultad. Yo no soy entendido en ciencias, y si fuera a exponer en el lenguaje altamente científico del señor Cavor el objetivo a que tendían sus experimentos, temo que no sólo confundiría al lector sino también que me confundiría yo, y es

casi seguro que diría algún disparate, conquistándome las burlas de todos los estudiantes del país enterados de los progresos de las matemáticas físicas. Creo, por lo tanto, que lo mejor que puedo hacer es presentar mis impresiones en mi propio lenguaje inexacto, sin tentativa alguna de vestirme con ropajes de conocimientos que no tengo por qué tener.

El objeto de la investigación del señor Cavor era una substancia que fuera "opaca"; - empleaba además otra palabra que he, olvidado, pero "opaca" expresa la idea - a "todas las formas de la energía radiante." "Energía radiante" me explicó era cualquier cosa como la luz y el calor, o como los rayos Röntgen de que se habló tanto hace un año o algo así, o como las ondas eléctricas de Marconi, o como la gravitación. Todas esas cosas, decía, *irradian* de centros y obran sobre los cuerpos a la distancia, de donde viene el término "energía radiante." Pero casi todas las substancias son opacas a una forma ú otra de la energía radiante. El vidrio, por ejemplo, es transparente a la luz, pero lo es mucho menos al calor, por lo cual se le emplea como pantalla; y el alumbre es transparente a la luz, pero detiene completamente el calor. Por otro lado, una solución de yodina en carbón bisúlfido, detiene completamente la luz, pero es bastante transparente al calor: ocultará una luz de la vista de usted, pero permitirá que llegue hasta usted todo su calor. Los metales son no solamente opacos a la luz y el calor, sino también a la energía eléctrica, la cual pasa tanto a través de la solución de yodina como del vidrio, casi como si no los encontrara en su camino. Y así sucesivamente.

Prosigo. Todas las substancias conocidas son "transparentes" a la gravitación. Puede usted emplear pantallas de varias clases para impedir que llegue a un punto la luz, o el calor, o la influencia eléctrica del sol, o el calor de la tierra; puede usted impedir, con hojas de metal, que los rayos Marconi lleguen a tal o cual cosa, pero nada puede cortar la atracción gravitativa del sol o la atracción gravitativa de la tierra. Pues bien, ¿por qué no ha de haber algo que sirva para eso? Cavor no se explicaba que no existiera tal substancia, y yo, ciertamente, no

podía decírselo: nunca hasta entonces había pensado en semejante, asunto. Me demostró, mediante cálculos escritos en papel y que lord Kelvin, sin duda, o el profesor Lodge o el profesor Karl Pearson, o cualquiera de esos grandes hombres de ciencia habría entendido, pero que a mí me reducían sencillamente A una impotencia de gusano, que no sólo era posible la existencia de tal substancia, sino que, además , ésta servía para llenar ciertas condiciones de la vida. Aquello fue una sorprendente serie de razonamientos, que entonces me causó mucha admiración y me instruyó mucho, pero que ahora me sería imposible reproducir. “Sí” - decía yo a todo;- “¡sí, continúe usted!” Baste para nuestra historia saber que Cavor creía ser capaz de fabricar esa posible substancia opaca a la gravitación, con una complicada liga de metales y algo nuevo - un nuevo elemento, me imagino - llamado, según creo, *hélium*, que le habían enviado de Londres en tarros de hierro, herméticamente cerrados. Ha habido dudas sobre este punto, pero yo estoy casi cierto de que era *hélium* lo que le enviaban en tarros de hierro. Era. Algo muy gaseoso y tenue.

Si yo hubiera pensado en tomar apuntes...

Pero, dígame, ¿cómo había de prever entonces la necesidad de tomar apuntes?

Cualquier persona con un ápice de imaginación comprenderá los extraordinarios alcances de tal substancia, y participará un poco de la emoción que sentí cuando esa comprensión surgió para mí del laberinto de frases abstrusas con que Cavor se expresaba ¡Cómica escena para un teatro; cierto! Algún tiempo transcurrió antes de que me fuera dado creer que había interpretado correctamente lo que me decía, y tuve especial cuidado en no hacerle preguntas que le hubieran permitido medir la profundidad del pozo de ignorancia en que echaba, su cotidiana, explicación; pero nadie que lea esta historia comprenderá completamente mi estado de espíritu en aquellos días, porque, de mi narración insuficiente, será imposible extraer la fuerza de mi convicción de que aquella sorprendente substancia iba a ser fabricada.

No recuerdo haber dedicado a mi drama una hora de trabajo consecutivo a partir de mi primera visita a su casa. Mi imaginación tenía ya otras cosas en que ocuparse. Parecía no haber límites, para los alcances de la tal substancia: cualquiera que fuese el objeto a que me imaginara aplicarla, llegaba a milagros y revoluciones. Por ejemplo, si alguien necesitaba alzar un peso, por enorme que fuera, con sólo poner una hoja de esa substancia debajo, podría levantarlo como se levanta una paja. Mi primer impulso natural fue aplicar el principio a los cañones y acorazados, y a todos los materiales y métodos de guerra, y de eso pasé a la navegación mercante, a la locomoción, a la construcción de casas, a todas las formas concebibles de la industria humana. La casualidad que me había conducido a la misma cuna de los nuevos tiempos - el descubrimiento marcaría una época, seguramente, - era de esas casualidades que se presentan una vez en mil años. La cosa se desarrollaba, se extendía, se extendía...

Entre otras de sus consecuencias, conté mi redención de los negocios. Vi ya formada una compañía principal y compañías secundarias, patentes á la derecha, patentes a la izquierda, sindicatos y *trusts*, privilegios y concesiones, que brotaban y se esparcían, hasta que una vasta, estupenda compañía Cavorita manejaba y gobernaba el mundo.

¡Y yo pertenecía a ella!

Sin vacilar adopté mi línea de conducta. Sabía que mis pies no estaban habituados a ese terreno, pero cuando es necesario, sé saltar por encima de los obstáculos.

- Tenemos en nuestras manos la cosa decididamente más grande que haya sido inventada - dije y subrayé el *tenemos* – Si usted no quiere admitirme en el negocio, tendrá que rechazarme a tiros. Desde mañana vendré para servirle de cuarto peón.

Cavor pareció sorprendido de mi entusiasmo, pero sin muestras de sospechas ni hostilidad. Más bien manifestó que se consideraba demasiado favorecido.

Me miró con expresión de duda.

- ¿Entonces usted piensa realmente?... - dijo. - ¡Y su drama! ¿En qué queda su drama?

-¡Se ha desvanecido! - exclamé.- ¿No ve usted, mi señor y amigo, lo que me ha caído en las manos? ¿No ve usted lo que va usted a hacer?

Aquella era una nueva escaramuza retórica, pero, positivamente, ¡el hombre no había pensado en eso! Al principio no pude creerlo. ¡No había tenido ni el más remoto germen de tal idea! El asombroso hombrecito había trabajado constantemente con fines puramente teóricos! Cuando decía que su investigación era "la más importante" que el mundo había visto, quería decir sencillamente que ponía en claro tales, y cuales teorías, que resolvía este o el otro punto hasta entonces dudoso: no se había preocupado más de las aplicaciones de la materia que iba a hacer, que si se hubiera tratado de una máquina para hacer cañones. ¡Era una substancia de existencia posible, y él iba a hacerla! *Voilá tout*, como dicen los franceses.

¡Lo que decía después... era infantil! Si hacía la substancia, ésta pasaría a la posteridad con el nombre de Cavorina o Cavorita, y a él se le discerniría un título, y su retrato aparecería en *La Nature*, como el de un hombre de ciencia, y todo por ese estilo. ¡Y su vista no iba más allá! Si la casualidad no me hubiera llevado allí, el hombre habría dejado caer esa bomba en el mundo con la misma sencillez que si hubiera descubierto una nueva especie de mosquitos. Y la cosa habría quedado allí, desdeñada o solo apreciada a medias, como otros descubrimientos de no pequeña importancia, que hombres de ciencia distraídos han regalado al universo. Cuando me di cuenta de esto, yo fui quien hizo el gasto de palabras y Cavor el que decía: "Continúe usted." Me paré de un salto, me puse a pasear por la habitación, gesticulando como un mozo de veinte años. Traté de hacerle comprender sus deberes y responsabilidades en el asunto, nuestros deberes y responsabilidades. Le aseguré que podíamos adquirir suficientes riquezas para poner en práctica cualquier clase de revolución social que imagináramos; que podíamos poseer y mandar al mundo entero. Le hablé de

compañía y patentes, y de, las garantías para procedimientos secretos. Todo esto parecía tomarle, tan de sorpresa como sus matemáticas me habían tomado a mí. Una expresión de perplejidad apareció en su carita rubicunda, y de su boca. salió un balbuceo sobre su indiferencia por las riquezas; pero yo puse todo esto a un lado: tenía que ser rico, y sus balbuceos de nada servían. Le di a entender la clase de hombre que era yo, que había tenido tan considerable experiencia en los negocios. No le dije entonces que pesaba sobre mí una sentencia de quiebra, porque ésta era temporal; pero creo que concilié, mi evidente pobreza con mis pretensiones de conocimiento financiero. Y de la manera más insensible, en la forma en que esa clase de proyectos crecen, surgió entre nosotros un convenio para el monopolio de la Cavorita; él haría la mercancía y yo haría la *réclame*.

Yo me pegaba como una sanguijuela al “nosotros”: “usted” y “yo” no existían para mí.

Su idea era que las ganancias de que yo lo hablaba las dedicáramos a nuevas investigaciones, pero eso, por supuesto, era asunto que tendríamos que arreglar más tarde.

- ¡Está bien! ¡Está bien! - le gritaba yo.

La cuestión era, y yo insistía en ello, fabricar la cosa.

- Somos dueños de una substancia – continué, siempre a gritos,- de que ninguna casa, ni fabrica, ni fortaleza, ni buque, se atreverá a carecer; una substancia más universalmente aplicable aún, que una medicina patentada! ¡No hay uno solo de sus aspectos, uno de sus mil usos posibles, que no nos haga ricos, Cavor, hasta más allá de los sueños de la avaricia

- ¡Cierto! – dijo. – Ya empiezo a ver. Es extraño como adquiere uno nuevos puntos de vista al hablar de las cosas.

- ¡Y la suerte ha querido que hable usted con el hombre más a propósito para el caso!

- Supongo - dijo,- que nadie es absolutamente adverso a las riquezas enormes. Pero convengamos en que hay un punto obscuro...

Se interrumpió. Yo lo miré atento.

-¡Es también posible, ¿sabe usted? que, después de todo, no seamos capaces de hacerla! Puede ser una de esas cosas teóricamente posibles, pero absurdas en la práctica, o cuando la hagamos puede presentarse algún pequeño obstáculo...

-Venceremos el obstáculo cuando se presente - fue mi respuesta.

II
LA PRIMERA FABRICACIÓN DE CAVORITA

Pero los temores de Cavor con respecto a la posibilidad de hacer la Cavorita eran infundados: ¡el 14 de octubre de 1899 aquel hombre hizo la increíble substancia!

Lo singular fue que resultó hecha por accidente cuando Cavor menos la esperaba. Había fundido juntos varios metales y otras cosas diversas - ¡ojalá supiera yo ahora los detalles,! - y pensaba tener la mezcla en el fuego una semana, para dejarla después enfriarse lentamente. A menos que se hubiera equivocado en sus cálculos, el último periodo de la combinación sería cuando la mezcla cayera a una temperatura de 60 grados Fahrenheit. Pero sucedió que, sin que Cavor lo supiera, la disensión había nacido entre los hombres encargados de atender al horno. Gibbs, que había estado primero encargado de ello, trató repentinamente de descargarse sobre el hombre que había sido jardinero, alegando que el carbón era materia del suelo, pues de é1 se le extraía, y que por lo tanto, no podía entrar en la jurisdicción de un ensamblador; pero el hombre que había sido jardinero argüía que el carbón era una substancia metálica o de categoría mineral, con la que no tenía que hacer sino en sus funciones de cocinero. Y Spargus insistió en que Gibbs hiciera de foguista, toda vez que era carpintero y el carbón era madera fósil. La consecuencia fue que Gibbs cesó de llenar la hornilla, y nadie lo hizo en lugar suyo, y Cavor estaba demasiado preocupado por ciertos problemas interesantes relativos a una máquina de volar sistema Cavorita (desdeñando la resistencia del aire y un punto o dos más) para notar que algo andaba mal. Y el prematuro nacimiento de su invención ocurrió precisamente cuando atravesaba el terreno que separaba su casa de la mía, para tomar té conmigo y conversar, como todas las tardes.

Recuerdo el momento con extremada precisión. El agua hervía y todo estaba preparado, y el son de su "zuzuú" me había hecho salir a la terraza. Su siempre agitado cuerpecito se destacaba negro sobre la otoñal puesta de sol, y a la derecha, las chimeneas de su casa se elevaban sobre un grupo de árboles bañados por los rayos horizontales, dorados y tibios. Más lejos se alzaban los montes de Wealden, vagos y azules, y a la izquierda se extendía la nublada ciénaga, espaciosa y serena. ¡Y entonces! ...

Las chimeneas se alargaron hacia el cielo, convertidas cada una, al estirarse, en un rosario de ladrillos, y el techo y una miscelánea de muebles la siguieron. Después, rápidamente, hasta alcanzarlos surgió una llama enorme y blanca. Los árboles situados en torno del edificio se cimbraron y crujieron y se rompieron en pedazos que saltaron hacia la llamarada. Un estampido de trueno me aturdió hasta el extremo de dejarme sordo de un oído por toda la vida, y en todo mi derredor los vidrios de las ventanas cayeron hechos añicos.

Di tres pasos, de la terraza a la casa de Cavor, y en eso estaba cuando me alcanzó el viento.

Instantáneamente, los faldones de mi jaquette, subieron hasta cubrirme la cabeza, y empecé a avanzar hacia Cavor a grandes saltos y rebotes, bastante contra mi voluntad. En el mismo momento, el descubridor se levantó del suelo, y voló, - es la palabra,- por el aire rugiente. Vi a uno de los jarrones de mi chimenea tocar el suelo a seis yardas de mí, dar un salto de unos veinte pies, y así precipitarse en grandes brincos hacia el foco del huracán. Cavor, blandiendo los brazos y las piernas, cayó otra vez, rodó por el suelo repetidamente, se esforzó en vano por pararse, y el viento lo levantó y lo llevó adelante con enorme velocidad, hasta hacerle desaparecer por fin entre los árboles deshechos, destrozados, que yacían en derredor de su casa.

Una masa de humo y cenizas, y un cuadro de una substancia azulada, brillante, se elevó hacia el cenit. Un ancho trozo de palizada pasó volando a mi lado, se inclinó de canto hacia abajo, tocó el suelo, y cayó de plano. En ese momento la crisis iba ya en descenso. La

conmoción aérea disminuyó rápidamente hasta no ser más que un fuerte ventarrón, y pude darme ya cuenta de que respiraba y tenía pies. Inclinándome contra el viento conseguí detenerme, y pude reunir las fuerzas que aún me quedaban.

En tan pocos instantes, la faz entera del mundo había cambiado. La tranquila puesta de sol se había desvanecido; el cielo estaba cubierto de gruesos nubarrones, y en la tierra todo se aplastaba, se cimbraba bajo el huracán. Volví los ojos para ver si mi casita estaba, en términos generales, todavía en pie, y luego echó a andar, tambaleándome hacia adelante, en dirección a los árboles entre los cuales había desaparecido Cavor y a través de cuyas altas y deshojadas copas brillaban las llamas de su incendiada casa. Penetre en las breñas, lanzándome de un árbol a otro y colgándome de ellos, y durante un rato le busqué en vano. Por fin, en medio de un montón de ramas rotas y pedazos de empalizada que se hablan aglomerado contra la tapia del jardín, distinguí algo que se movía. Corrí hacia ello, pero antes de que hubiera llegado, un objeto de color obscuro se separó del montón, se alzó sobre un par de piernas lodosas, y alargó dos manos lánguidas y ensangrentadas. Algunos fragmentos desgarrados de ropas colgaban del centro del bulto y el viento los agitaba violentamente.

Pasó un momento antes que yo pudiera reconocer lo que había en aquel paquete de barro: después vi que era Cavor, envuelto en el lodo sobre el cual había rodado. Echó el cuerpo hacia adelante, contra el viento, restregándose los ojos y la boca para limpiarlos de lodo.

Extendió un brazo que era puro barro, y dio un vacilante paso en mi dirección. Sus facciones se agitaban de emoción y hacían que el barro que las cubría se resquebrajara y cayera en motitas. Su aspecto era el de una persona tan deteriorada é inspiraba tanta compasión, que, por lo mismo, sus palabras me causaron profundo asombro.

- ¡Felicíteme usted! - balbuceó.- ¡Felicíteme usted!

- ¿Felicitarle? ¡Santo cielo! ¿Por qué?

-La he hecho.

-La ha *hecho* usted. ¿Qué diantres ha causado esta explosión?

Una ráfaga de viento se llevó lejos sus palabras. Comprendí que decía que no había habido explosión alguna. El viento me precipitó hacia él, nuestros cuerpos chocaron, y nos quedamos agarrados el uno al otro.

-Procuremos volver a mi casa - vociferé a su oído: él no me oyó, y gritó algo de “tres mártires... ciencia,” y también algo de “no muy bueno.” En ese momento hablaba bajo la impresión de que sus tres ayudantes habían perecido en el ciclón: por fortuna el temor era injustificado: apenas salió Cavor para mi casa, los tres se habían encaminado hacia la taberna de Lympne, a discutir la cuestión de los hornos con la ayuda de algunos tragos.

Repetí mi invitación para que fuéramos a mi casa, y esta vez entendió. Nos aferramos el uno al brazo del otro, echamos a andar, y por fin conseguimos ponernos bajo el poco de techo que me había quedado. Durante un rato, permanecimos sentados cada uno en un sillón, silenciosos y jadeantes. Todos los vidrios de las ventanas estaban rotos, y los muebles pequeños y demás objetos de poco peso estaban en gran desorden, pero no se notaba ningún daño irremediable. Felizmente, la puerta de la cocina resistió a la presión, de modo que todas mis provisiones y utensilios habían sobrevivido. El fogón de petróleo ardía todavía, y puse en él agua otra vez para el té. Hechos esos preparativos, volví al lado de Cavor para oír sus explicaciones.

- Bastante exacto – insistió - muy exacto. La he hecho. Todo ha salido bien.

- ¡Pero! - protestó.- ¡Salido bien! ¡Cómo! ¡En veinte millas a la redonda no debe haber un vidrio sano, ni una empalizada, ni un techo que no haya sufrido daños!

- ¡Todo ha salido bien, realmente! Por supuesto que no preví este pequeño contratiempo: mi mente estaba, preocupada con otro problema, y soy propenso a descuidarme de usas complicaciones secundarias. Pero todo ha salido bien.

- ¡Mi querido señor! – exclamé - ¿No ve usted que ha causado daños por valor de miles de libras?

- Por esa parte, me entrego a la discreción de usted. No soy hombre práctico, por supuesto; pero ¿no le parece a usted que la gente creerá que ha sido un ciclón?

- Pero la explosión...

- No ha habido explosión. La cosa es perfectamente sencilla, y lo único que hay es que, como ha dicho, soy propenso a descuidar esas pequeñeces... Ha sido el "zuzuú" que usted conoce, en mayor escala. Inadvertidamente hice la substancia, la Cavorita, en una hoja delgada, ancha...

Hizo una pausa.

-¿ Usted está bien al corriente de que esa materia es opaca a la gravitación, que impide a las cosas gravitar unas hacia otras?

- Sí - contesté.- ¿Y?

- Bueno. Apenas llegó a una temperatura de 60 grados Fahrenheit y el procedimiento de su fabricación quedó completo, el aire de encima, las partes de techo, cielo raro y piso que había sobre ella, cesaron de tener peso. ¿Supongo que usted sabe, todo el mundo, sabe hoy esas cosas corrientemente, que el aire tiene *peso*, que ejerce presión sobre todo lo que está en la superficie de la tierra, que ejerce esa presión en todas direcciones, una presión de 14 ½ libras por pulgada cuadrada ?

-Conozco eso -le dije.- Siga usted.

-Yo también lo conozco - observó - pero eso le demostrará a usted lo inútil que es el conocimiento mientras no se le aplica. Como decía, el caso de cesación se ha presentado en nuestra Cavorita: el aire cesó de ejercer allí la menor presión, y el aire que estaba en derredor pero no encima de la Cavorita ejercía una presión de 14 ½ libras por pulgada cuadrada sobre ese aire repentinamente desprovisto de peso. ¡Ah! ¡ya empieza usted a ver! El aire que rodeaba a la Cavorita empujó al que estaba encima de ella con irresistible fuerza, lo expelió hacia arriba violentamente; el aire que se precipitó a ocupar el lugar del que así había sido expulsado, perdió inmediatamente su peso, cesó de ejercer toda presión, siguió el mismo camino, todo ese airé se abrió

paso rompiendo el cielo raso y el techo... Ya se forma usted una idea - prosiguió: - el aire sin peso formó una especie de surtidor atmosférico, algo como una chimenea en la atmósfera; y si la Cavorita misma no hubiera sido puesta así en libertad y chupada por esa chimenea ¿se le ocurre a usted lo que habría sucedido?

Yo reflexioné.

- Supongo - dije - que el aire estaría ahora mismo precipitándose y precipitándose hacia arriba por sobre esa infernal materia.

- Precisamente – contestó. - ¡Un enorme surtidor!

- ¡Qué formaría un colosal tifón! ¡Santo Cielo! ¡Qué! ¡Habría usted expulsado toda la atmósfera de la tierra! ¡Habría usted dejado el mundo sin aire! ¡Y eso habría sido la muerte de todo el género humano! ¡Ese pequeño trozo de la mezcla!

- No habríamos desprovisto, exactamente, de aire respirable al espacio - dijo Cavor; - pero, en el hecho, la cosa habría sido... igualmente mala. Habríamos desnudado de aire al mundo, como uno pela una banana, y habríamos lanzado el aire a miles de millas. Después el aire habría vuelto a caer, por supuesto, ¡pero a un mundo asfixiado! Desde nuestro punto de vista esto es, apenas, un poco mejor que si no hubiera vuelto nunca!

Yo lo miré, sorprendido; pero mi asombro era demasiado grande para darme cuenta de cómo habían quedado reducidas a la nada todas mis esperanzas.

- ¿Qué piensa usted hacer ahora? - le pregunté.

- En primer lugar, si puedo conseguir que me presten una trulla de jardinero, voy a quitarme algo de este barro en que estoy empaquetado; y después, si puedo servirme de las comodidades domésticas de usted, tomaré un baño. Hecho esto, conversaremos más a nuestras anchas. Sería prudente, me parece - añadió poniéndome en el brazo una lodosa mano,- que el asunto no saliera de entre nosotros dos. Sé que he causado grandes daños; probablemente algunas casas, aquí y allá en la comarca, han quedado en ruinas. Es evidente que yo no podría pagar los perjuicios que he ocasionado, y si se hace pública la

causa real de esos destrozos, lo único que resultará de tal publicidad será que la gente se, enfurezca y estorbe mi obra. Uno no lo puede prever todo ¿sabe usted? y yo no puedo consentir un momento en agregar el peso de cálculos prácticos a mi teorización. Más tarde, estando ya usted conmigo, ayudado yo por su talento práctico, cuando la Cavorita haya sido lanzada - *lanzada* es la palabra, ¿no? - y haya dado todos los resultados que usted predice, podremos arreglar en forma las cosas con la gente perjudicada. Pero ahora... ahora no. Si nosotros no damos otra explicación, la gente, en el estado actual de la ciencia meteorológica, tan inseguro, lo atribuirá todo a un ciclón. Puede hasta haber una subscripción pública, y en ese caso, como mi casa se ha derrumbado y ardido, recibiría yo una considerable parte de la compensación, lo cual sería en extremo útil para la prosecución de nuestras investigaciones ; pero si se sabe que *yo* he causado el mal, no habrá subscripción pública, y todos los perjudicados perderán con eso. El hecho, para mí, es que ya no volveré a tener la oportunidad de trabajar en paz. Mis tres ayudantes pueden o no haber perecido: ese es un detalle. Si han muerto, la pérdida no es muy grande, pues eran más celosos que hábiles, y este prematuro acontecimiento debe tener por origen el descuido de los tres en su deber de cuidar la hornilla. Si no han perecido, dudo de que tengan inteligencia suficiente para explicar el asunto: ellos también aceptarán la historia del ciclón. Y si durante la temporal inhabitabilidad de mi casa puedo alojarme en uno de los cuartos que usted no ocupa aquí...

Hizo una pausa y me miró.

“Un hombre de tales alcances - pensé,- no es un huésped ordinario que uno puede alojar así como así.”

-Quizás - dije en seguida, parándome,- lo mejor será que empecemos por buscar la trulla.

Y eché a andar hacia los desparramados restos de la cabaña del jardín.

Después, mientras tomaba su baño yo reflexioné a solas, y medí la cuestión por entero. Claro estaba que la compañía del señor Cavor

tenía inconvenientes que yo no había previsto. Su distracción, que acababa de estar a pique de despoblar el globo terráqueo, podía en cualquier momento tener por resultado algún nuevo trastorno. Por otra parte, yo era joven, mis negocios estaban en miserable estado, y mi situación de ánimo era exactamente la más propicia para intentar atrevidas aventuras... con tal de que al final de ellas hubiera algo bueno. Yo había resuelto ya para mí, que por lo menos la mitad de ese aspecto del negocio sería mía. Por fortuna, tenía mi casita, como he explicado ya, alquilada por tres años sin responsabilidad en cuanto a las reparaciones que hubiera que hacer, y mis muebles, o los objetos que con tal nombre existían dentro, habían sido comprados a prisa, no los había pagado aún, pero los había asegurado ya. Parientes, no tenía ninguno. Al cabo de mis reflexiones decidí continuar en compañía de Cavor hasta ver el fin del asunto.

A la verdad, el aspecto de las cosas había cambiado muchísimo. Yo no dudaba ya de los grandes alcances de la substancia, pero empecé a abrigar dudas en cuanto a su aplicación a las cureñas de cañón y a la fabricación de calzado.

Inmediatamente empezamos los trabajos de reconstrucción de su laboratorio, y procedimos a nuevos experimentos. Cavor hablaba más de acuerdo que antes con mis ideas, cuando llegamos a la cuestión de cómo haríamos otra vez la substancia.

- Por supuesto que tenemos que hacerla, nuevamente – dijo, con una especie de alegría que no esperaba de él;- por supuesto que tenemos que hacerla. Hemos sufrido un grave contratiempo, pero ello nos ha servido para dejar a un lado la teoría, del todo y para siempre. Si podemos evitar de alguna manera el destrozo de este planetita en que vivimos, lo evitaremos; pero... *ha* de haber riesgos! Ha de haber: en los trabajos experimentales los hay siempre. Y en este punto, usted, como hombre práctico, *tiene* que entrar en acción. Por mi parte, me parece que podríamos quizá hacer la capa muy delgada y ponerla de canto hacia arriba. Sin embargo, no sé todavía, si será así: tengo una vaga percepción de otro método, que ahora me sería muy difícil de

explicar. Lo curioso es que la solución se me ocurrió cuando, envuelto en lodo, iba rodando, empujado por el viento. La aventura era para mi más que dudosa. Y, sin embargo, tuve la convicción mental de que lo que pensaba en ese instante, y no otra cosa, era lo que debía haber ejecutado.

A pesar de mi ayuda, persistían las dificultades para encontrar la fórmula, y mientras tanto nos ocupamos de restablecer el laboratorio. Mucho hubo que hacer antes de que fuera indispensable decidir la exacta forma y método de nuestra segunda tentativa. Nuestro único contratiempo fue la huelga de los tres trabajadores, que se oponían a mi entrada en funciones como capataz; pero el asunto quedó resuelto al cabo de dos días de negociaciones.

III
LA CONSTRUCCIÓN DE LA ESFERA

Me acuerdo con perfecta claridad de la ocasión en que Cavor me habló de su idea de la esfera. Antes había tenido ya intuiciones al respecto, pero esa vez parecían haberle asaltado con la velocidad del rayo. Volvíamos juntos a casa, a tomar el té, y en el camino se puso a tararear. De repente gritó:

- ¡Eso es!¡ Eso la completa! ¡Una especie de celosía de las que se enrollan!

- ¿Completa, qué? - pregunté.

- ¡Espacio... cualquier parte! ¡La luna!

- ¿Qué quiere usted decir?

- ¿Quiero decir? ¡Cómo!...¡Que debe ser una esfera! ¡Eso es lo que quiero decir!

Vi que aquello estaba fuera de mi alcance, y durante un rato le dejé hablar a su manera. Entonces no tenía yo ni sombra de una idea de su intento; pero después de tomar te, me lo explicó.

-La cosa es así – dijo - La última vez, puse esa substancia que suprime la gravitación, dentro de un tanque chato con una tapa encima, que la mantenía encerrada. Apenas se hubo enfriado y terminó su fabricación, sobrevino el gran desborde: nada de lo que estaba encima tuvo el menor peso; el aire se elevó como lanzado por una poderosa bomba, la casa se fue tras del aire, y si la misma substancia no hubiera seguido al resto, no sé lo que habría sucedido. Pero, suponga usted que la substancia está suelta, en libertad de elevarse!...

- ¡Se elevará en el acto!

-Exactamente. Con no mayor trastorno que el que causaría el disparo de un gran cañón.

- Pero ¿de qué puede servir eso?

- ¡Yo subiré con ella!

Dejé en la mesa mi taza de té, y lo miré espantado.

-Imagínese usted una esfera - me explicó, - suficientemente grande para contener dos personas con sus equipajes. La haremos de acero, forrada de grueso vidrio; contendrá una buena provisión de aire solidificado, alimentos condensados, agua, aparatos de destilación, y lo demás, y por defuera, y hasta donde sea posible, sobre el acero de la armazón, llevará una capa, una capa de...

- ¿Cavorita?

-Sí.

-Pero ¿cómo entraría usted en la esfera?

-Cuando la primera fabricación de morcilla surgió un problema semejante...

- Sí, lo sé; pero ¿cómo entrará usted?

-La cosa es perfectamente fácil. Todo lo que se necesita es un agujero que se pueda cerrar herméticamente. Ese punto, por supuesto, presentará pequeñas complicaciones; habrá que tener una válvula para desalojar algunas cosas, si es necesario, sin mucha pérdida de aire.

- ¿Como en el *Viaje a la luna* de Julio Verne?

Pero Cavor no era lector de fantasías.

-Ya empiezo a ver - dijo, lentamente - Podríamos entrar y ajustar la tapa desde adentro mientras la Cavorita estuviera caliente, y tan pronto como se enfriara, sería refractaria a la gravitación, y entonces volaríamos... en tangente...

-Partiríamos en línea recta - le interrumpí bruscamente - ¿Qué habría para impedir que la esfera viajara en línea recta por el espacio, eternamente? - añadí.- Después, no tenemos seguridad de salir en ningún punto y sí lo hiciéramos, ¿ cómo regresaríamos?

- En eso mismo he pensado - dijo Cavor; - eso era lo que quería decir cuando hablé de que el invento, estaba concluido. La esfera interior, de vidrio, debe ser hermética y, salvo el hueco de entrada, continua, y la esfera de acero puede ser hecha, en secciones, cada sección capaz de enrollarse, como una celosía metálica. Se las podrá hacer funcionar fácilmente por medio de resortes, que las abrirán o cerrarán,

movidos por la electricidad, conducida por hilos de platino pasados a través del vidrio. Todo esto es mera cuestión de detalle. Así, pues, ya ve usted que, encima de la capa espesa de hierro, la Cavorita, en la parte exterior de la esfera, estará en forma de celosías o ventanas, como usted quiera llamarla. Bueno: cuando todas esas ventanas o celosías estén cerradas, ni la luz, ni el calor, ni la gravitación, ninguna energía radiante, penetrará al interior de la esfera, y ésta volará a través del espacio, en línea recta, como usted dice. Pero ¡abra usted una ventana, imagínese usted las ventanas abiertas! Entonces, cualquier cuerpo pesado que por casualidad esté en esa dirección, nos atraerá.

Yo meditaba, callado.

- ¿Ve usted? – me preguntó.

- ¡Oh! Sí, *veo*.

- El hecho es que podremos viajar por el espacio todo el tiempo que queramos, y ser atraídos por esto o aquello...

- ¡Oh, sí! *Eso* está bastante claro. Pero...

- ¿Qué?

- ¡No veo con exactitud por qué habríamos de hacerlo... Se trataría únicamente de dar un salto fuera del mundo y volver.

- ¡Seguramente! Por ejemplo, podríamos ir a la luna...

- ¿Y cuando estuviéramos allí? ¿Qué encontraríamos?

- ¡Veríamos!... ¡Oh! Piense usted en la cantidad de nuevos conocimientos...

- ¿Hay aire en la luna?

- Puede haberlo.

- La idea es hermosa - repuse;- pero, con todo, me hace el efecto de algo demasiado vasto. ¡A la luna! Yo hubiera preferido comenzar por cosas más pequeñas.

- Esas están fuera de cuestión, por la dificultad del aire.

- ¿Por qué no aplicar la idea de las celosías propulsoras, celosías de Cavorita encerrada en fuertes cajas de acero, para levantar pesos?

- No serviría para eso - insistió.- Al fin y al cabo, salir al espacio exterior no es empresa mucho peor, en el caso de ser mala, que una

expedición al polo. Y hay hombres que se enrolan en las expediciones polares.

- No hombres de negocios; y además, a los que van se les paga para que vayan al polo, y si algo malo les pasa, luego... salen expediciones de socorro; pero lo que usted propone sería dispararnos al espacio por nada.

- Supongamos que después veamos el provecho.

- No habrá más remedio que suponerlo. Cuando mucho... puede que después pudiéramos escribir un libro... - contesté.

- No tengo duda de que allá hay minerales - dijo Cavor.

- ¿Por ejemplo?

- ¡Oh! azufre, hierro, tal vez oro; probablemente nuevos elementos...

- ¿Y lo que costará traerlos? – objeté.- Usted *sabe* que no es un hombre práctico: la luna está a un cuarto de millón de millas de la tierra.

- Me parece que no costaría mucho acarrear cualquier peso hasta cualquier punto, si lo pusiera usted dentro de una caja de Cavorita.

- No había pensado en ello. ¿Libre de gastos, sobre la cabeza misma del comprador, eh?

Y hablamos como si tuviéramos que limitarnos a la luna.

- ¿Dice usted?...

- Allí está Marte... atmósfera clara, nuevos horizontes, excelentes condiciones de ligereza. Sería muy agradable ir allá.

- ¿Hay aire en Marte?

- ¡Oh, si!

- Parece que se preparará usted a emplearlo como sanatórium. A propósito, ¿a qué distancia esta Marte?

-Actualmente, a doscientos millones de millas - contestó Cavor, vivamente,- y para ir, pasa usted cerca del sol.

Mi imaginación comenzaba otra vez a dejarse llevar.

-Al fin y al cabo - dije,- en esas cosas hay algo. Hay el viaje...

Una extraordinaria faz del asunto asaltó mi mente. De improviso vi, como en una visión, el sistema solar entero recorrido por líneas de navegación aérea “Cavoritas” y por esferas de *luxe*. “Derechos de prioridad” - eran las palabras que flotaban en mi mente; derechos planetarios de prioridad. Recordé el antiguo monopolio español del oro de América. Ya no se trataba de que fuera este planeta o el otro; todos los planetas entraban en cuenta.

Miré la rubicunda cara de Cavor, y mi imaginación, de golpe, empezó a dar saltos y a danzar. Me paré, me puse a pasearme de arriba a abajo: mi lengua se desató.

- ¡Ya empiezo a comprender - dije,- ¡ya empiezo a entrar en ello!

Mi transición de la duda al entusiasmo parecía haberse hecho de un solo salto.

- ¡Pero eso es tremendo!- grité.- ¡Es imperial! ¡Nunca he llegado a soñar nada tan grande!

Una vez desaparecido el hielo de mi oposición, la sobreexcitación contenida de Cavor se dio libre curso. También él se paró y empezó a pasearse; también él gesticuló y gritó. Nuestros movimientos y palabras eran los de dos hombres inspirados: *estábamos* inspirados.

- Todo lo arreglaremos - dijo, en respuesta a no sé qué dificultad de detalle que yo oponía.- ¡Pronto lo arreglaremos todo! Esta misma noche empezaremos los dibujos para las fundiciones.

- ¡Los empezaremos ahora mismo! - repliqué,- y juntos nos precipitamos al laboratorio, a poner, acto continuo, manos a la obra.

Durante la noche entera estuve como un niño en un país de hadas. El alba nos encontró todavía en la labor, y la luz eléctrica siguió brillando, sin hacer caso del día. Me acuerdo exactamente de lo que parecían aquellos dibujos - yo sombreaba y pasaba tinta en lo que Cavor dibujaba: cada uno mostraba en sus manchas y borrones, la prisa con que había sido hecho, pero todos eran maravillosamente correctos.

Impartimos las órdenes necesarias para las celosías y marcos de acero que necesitábamos según los cálculos de aquella noche de trabajo, y la esfera de vidrio estuvo dibujada una semana después. Aban-

donamos enteramente nuestras conversaciones de la tarde y nuestros rutinarios hábitos: trabajábamos, y dormíamos y comíamos cuando ya, no podíamos trabajar más, de hambre y de cansancio. Nuestro entusiasmo contagió a los tres peones, aunque ninguno de ellos tenía la menor idea del objeto a que la esfera estaba destinada. En esos días, Gibbs cesó de andar como acostumbraba é iba por todas partes, aun por nuestras habitaciones, en una especie de carrera gimnástica.

Y la esfera tomaba forma. Pasaron diciembre, enero - invertí un día, escoba en mano, en abrir una senda en la nieve, de mi casita al laboratorio,- febrero y marzo. A fines de marzo, la conclusión de la obra, estaba ya a la vista. En enero había llegado un carro tirado por caballos y en él una enorme caja. Ya teníamos lista nuestra esfera de grueso vidrio, en posición bajo la grúa que habíamos erigido para alzarla y ponerla dentro de la cubierta de acero. Todas las barras y celosías de la cubierta de acero - la cual no era, en realidad, de forma esférica, sino poliédrica, con una celosía enrolladíza en cada cara,- habían llegado en febrero, y la mitad de abajo estaba ya ajustada. En marzo, la Cavorita estaba a medio hacer, la parte metálica había pasado dos de los períodos de su fabricación, y ya habíamos adherido una buena mitad de ella en las barras y celosías de acero. Era asombroso cuán estrictamente nos ceñíamos a las líneas de la primera inspiración de Cavor, al poner en práctica el proyecto. Cuando el ajustamiento de las piezas de la esfera hubo terminado, Cavor propuso que quitáramos el grosero techo del laboratorio provisional en que hacíamos la obra, y construyéramos un horno: con eso el último período de la fabricación de Cavorita, en el que la pasta se calienta hasta adquirir un color rojo obscuro, dentro de una corriente de hélium, se efectuaría cuando ya la substancia estuviese adherida a la esfera.

Y después tuvimos que disentir, adoptar decisiones acerca de las provisiones que llevaríamos: alimentos conservados, esencias concentradas, cilindros de acero llenos de oxígeno, un mecanismo para sacar el ácido carbónico y los residuos del aire, y para restablecer el oxígeno mediante el peróxido de sodio: condensadores de agua y todo lo de-

más. Parece que viera aún todo aquel montón de cosas en un rincón: latas, rollos, cajas, un espectáculo convincente.

Eran días aquellos de labor febril, en los que apenas quedaba tiempo para pensar. Pero un día, cuando estábamos cerca ya del fin, un extraño malhumor se apoderó de mi. Había estado enladrillando el horno durante toda la mañana, y me senté al lado del mismo horno, completamente desalentado. Todo me parecía obscuro o increíble.

- Pero oiga, usted, Cavor - dije;- al fin y al cabo ¿para qué hacemos todo esto?

Cavor se sonrió.

-Ahora hay que seguir adelante.

- ¡A la luna! - reflexioné.- Pero ¿qué espera usted encontrar allá? Yo creía que la luna era un mundo muerto...

Cavor se encogió de hombros.

- ¿Qué espera usted encontrar?

- Ya lo veremos.

- ¿Lo *veremos*?- dije yo, y me quedé mirando delante de mí.

-Está usted cansado - observó.- Lo mejor que podría usted hacer ahora, es dar un paseo.

- No - contesté, obstinadamente.- Voy a terminar de poner estos ladrillos.

Y lo hice; y con eso me gané una noche de insomnio.

No creo haber pasado nunca una noche semejante. Antes de arruinarme en los negocios había, pasado malos ratos; pero las peores noches de entonces eran dulces sueños en comparación con aquella, dolorosa o interminable vigilia. De improviso me encontraba en la más enorme perplejidad sobre la empresa que íbamos a acometer.

Ningún recuerdo tengo de haber pensado antes de esa noche, en todos los riesgos que íbamos a correr; pero entonces acudieron a mí como la legión de espectros que una vez puso sitio a Praga, y me rodearon. Lo extraño de lo que íbamos a hacer, su carácter ajeno a cuanto se puede idear en la tierra, me abrumaba. Me sentía como un hombre que se despierta de sueños placenteros, para encontrarse ro-

deado de las cosas más horribles. Tendido en mi cama, con los ojos abiertos cuan grandes eran, veía la esfera, y ésta parecía adelgazarse y atenuarse... y Cavor era cada vez un ser menos real, más fantástico, y toda la empresa cada vez más loca.

Me levanté de la cama y eché a andar por el cuarto. Me senté delante de la ventana y contemplé la inmensidad del espacio. Entre las estrellas mediaba la obscuridad vacía, insondable. Trató de recordar los fragmentarios conocimientos de astronomía que había adquirido en mis irregulares lecturas, pero todo aquello era demasiado vago para proporcionar idea alguna de las cosas que podíamos esperar. Por último, me volví a la cama y conseguí dormir unos momentos, más bien de pesadilla que de sueño, en los cuáles me sentía caer y caer eternamente, en los abismos del cielo.

Durante el almuerzo asombré a Cavor, al decirle brevemente:

- No voy con usted en la esfera.

A todas sus protestas contesté con firme persistencia.

- La cosa es, demasiado loca - dije,- y no iré. La cosa, es demasiado loca...

No fui más al laboratorio con él. Me quedé en mi casa un rato, y luego tomé mi bastón y salí a pasear solo, sin saber adónde.

La. mañana era hermosísima: un viento tibio, un cielo azul obscuro, los primeros verdores de la primavera en la tierra, y multitud de pájaros cantando. Hice mi lunch con carne, fiambre y cerveza en una pequeña taberna cerca de Elham, y asombré al propietario del establecimiento con esta observación, a propósito del tiempo:

- ¡El hombre que abandona el mundo cuando hay días como éste, es un tonto!

- Eso es lo que yo digo cuando oigo hablar de ello - dijo el patrón.- Y en seguida supe por su boca que, por lo menos para una pobre alma, este mundo resultaba excesivo: un hombre se había cortado la garganta. Continué mi camino con una nueva complicación en mis ideas.

En la tarde eché una agradable siesta en un asoleado recodo, y reanudé la marcha, refrescado ya.

Llegué a una posada de cómodo aspecto, cerca de Canterbury. Los vidrios y las baldosas brillaban, y la propietaria era una vieja muy aseada, que se captó mis simpatías. Noté que aún me quedaba en el bolsillo lo necesario para pagar mi alojamiento, y decidí pasar la noche en la posada. La señora era muy comunicativa, y entre otras muchas cosas me hizo saber que nunca había estado en Londres.

- Canterbury es el lugar más lejano a que haya llegado en mi vida -dijo.- No soy una de esas jovencitas de Londres que van y vienen por todas partes.

-¿Le gustaría a usted un viaje a la luna? - exclamé.

-Nunca he comprendido que la gente suba en globo - me contestó, evidentemente bajo la impresión de que la excursión que yo la proponía era ya bastante común; - y yo no iría en ninguno ... no, por nada del mundo.

Esto me divirtió, pues era realmente gracioso. Después de cenar me senté en un banco al lado de la puerta de la posada, y charlé con dos trabajadores acerca de la fabricación de ladrillos, sobre automóviles, y sobra las cigarras del año anterior... Y en el firmamento, una media luna, alzándose azul y vaga como un distante Alpe, iba a ocultarse por el Oeste; por donde había desaparecido el sol.

Al día siguiente volví al lado de Cavor.

- Me voy con usted - le dije.- He estado ligeramente indispuesto... pero ya pasó

Esa fue la única vez que abrigué alguna seria duda sobre nuestra empresa. ¡Nerviosidad pura! Después, trabajé menos a prisa, y todos los días hice ejercicio durante una hora. Y, por fin, salvo la obra del calor, que continuaba en el horno, nuestros preparativos terminaron...

IV
DENTRO DE LA ESFERA

- ¡Adentro!- dijo Cavor.

Yo estaba sentado en el borde del agujero de entrada, y miraba el lóbrego interior de la esfera... Nos hallábamos los dos solos. Era al caer de la tarde, el sol se había puesto, y la calma del crepúsculo lo invadía todo.

Pasé hacia adentro la otra pierna, y me deslicé por el suave vidrio hasta el fondo de la esfera: una vez allí, alcé las manos para recibir las latas de conservas y otros bultos que me pasaba Cavor. El aire interior estaba tibio: el termómetro se mantenía en 80 grados (F.) ; como no habíamos de perder nada de ese calor por radiación, estábamos vestidos con delgados trajes de franela y zapatillas. Sin embargo, llevábamos, un paquete de gruesas ropas de lana y varias tupidas frazadas, para precavernos de algún posible trastorno. Siguiendo las instrucciones de Cavor, dejé los bultos, los cilindros de oxígeno y demás cosas, sueltos, a mis pies, y al poco rato estaba todo adentro. Cavor anduvo por sobre la cubierta de vidrio no techada, durante un momento, viendo si no habíamos olvidado algo; después se deslizó hasta donde yo estaba. Noté que llevaba algo en la mano.

-¿Qué tiene usted ahí ?-le pregunté.

-¿Ha traído usted algo para leer?

-¡Caramba!¡ No!

-Yo me olvidé de decírselo. No estamos tan seguros... el viaje puede durar... ¡podemos estar semanas en el aire!

-Pero...

-Y estaremos dentro de esta esfera flotante, sin la menor ocupación.

-¡Ojalá lo hubiera sabido yo!

Cavor sacó la cabeza por la abertura.

-Mire usted ! - dijo - ¡Allí tenemos algo!

-¿Hay tiempo?

-Una hora.

Salí de la esfera: lo que Cavor había visto era un número de *Tit-Bits* que uno de los peones debía haber dejado allí. Más lejos, en un rincón, distinguí un pedazo del *L1oyd's News.* Volví apresuradamente a la esfera con todo aquello.

-¿Pero qué es lo que usted ha traído?- le pregunté.

Tomé el libro que tenía en la mano y leí: *Obras de William Shakespeare.*

Un ligero rubor asomó a su rostro.

-Mi educación ha sido tan puramente, científica...- dijo, con acento de excusa.

-¿Nunca lo ha leído usted?

-Nunca.

-Es un gran regalo intelectual - dije.

Tal es lo que uno debe decir, aunque en el hecho, yo tampoco había leído mucho a Shakespeare. Dudo de que sean numerosas las personas que lo han leído.

Ayudé a Cavor a atornillar la cubierta de vidrio de la entrada y hecho esto, empujó un resorte para cerrar la correspondiente celosía exterior. Nos quedamos en tinieblas.

Durante un rato, no hablamos ni el uno ni el otro. Aunque nuestra caja no era refractaria al sonido, reinaba en ella el mayor silencio. De repente noté que no había nada de qué agarrarse cuando ocurriera el sacudimiento de la partida, y me di cuenta de que no había ni una silla, lo que era mucha incomodidad.

-¿Por qué no tenemos sillas ?- pregunté.

-Eso está arreglado - contestó Cavor.- No las necesitaremos.

-¿Por qué no?

-Usted lo verá - fue su réplica, en el tono de quien no desea hablar más.

Yo volví a callarme. Bruscamente me había. acometido la idea, clara y vívida, de que era una tontería mía la de meterme en esa esfera. “Y ahora - me pregunté,- ¿ será demasiado tarde para retirarme?” El mundo exterior de la esfera, yo lo sabía, sería frío y por demás inhospitalario para mí: durante semanas había estado viviendo del dinero de Cavor; pero, a pesar de todo, ¿sería tan frío como el infinito cero, tan inhospitalario como el vacío espacio? Si no hubiera sido por la apariencia de cobardía que habría tenido el acto, creo que aun en aquel momento le habría exigido que me dejara salir; pero vacilé y vacilé, y mi temor y mi cólera crecían, y el tiempo pasó.

Sentí un ligero estremecimiento, un golpecito seco como si destaparan una botella de champaña en una habitación contigua, y un ruido débil, una especie de zumbido. Por un instante experimenté la sensación de una tensión enorme, una intuitiva convicción de que mis pies apretaban el suelo con una fuerza de inconmensurables toneladas. Aquello duró un tiempo infinitesimal, pero bastó para impulsarme a la acción.

-¡Cavor!- grité en la obscuridad - Mis nervios se rompen... Creo que no...

Me detuve: él no contestó.

-¡Váyase usted al diablo! – gritó - ¡Soy un mentecato! ¡Qué tengo que hacer aquí! No voy, Cavor: la cosa es demasiado arriesgada. Voy a salir de la esfera...

-No puede...- me, contestó.

-¿ No puedo? ¡Ya lo veremos!

No me dio respuesta alguna, durante unos diez segundos.

-Ya es demasiado tarde para reñir, Bedford - me dijo después.- Ese pequeño sacudimiento fue la partida. Ya estamos en viaje, volando con tanta velocidad como una bala, en el abismo del espacio.

-Yo...- dije... Y luego no supe cómo continuar.

Estuve un rato como aturdido: nada tenía que decir. Me hallaba como si antes no hubiera oído hablar nunca de la idea de marcharnos del mundo. Luego noté un indescriptible cambio en mis sensaciones

corporales. Era una impresión de ligereza, de irrealidad. Junto con ello, una rara sensación en la cabeza, casi un efecto apoplético, y un retumbar de los vasos sanguíneos de los oídos. Ninguna de esas sensaciones disminuyó con el transcurso del tiempo, pero al fin llegué a acostumbrarme tanto a ellas, que ya no me causaron la menor molestia.

Oí un crujido, y de una pequeña lámpara empañada brotó la luz.

Vi la cara de Cavor, tan blanca como sabía que estaba la mía. Nos. miramos uno a otro en silencio. La transparente negrura del vidrio en que estaba apoyado de espaldas, lo hacía aparecer como flotando en el vacío.

-Bueno: nuestra suerte está echada - dije, por último.

-Sí - contestó él,- está echada. ¡ No se mueva usted !- exclamó, al verme iniciar un ademán.- Deje usted sus músculos en completa flojedad... como si estuviera usted en la cama. Estamos en un pequeño universo enteramente nuestro.¡ Mire usted todo eso!

Señalaba las cajas y atados que habían quedado sueltos sobre las frazadas, en el fondo de la esfera. Mi asombro fue grande al ver que flotaban casi a un pie de distancia de la pared esférica. Después vi, por la sombra de Cavor, que éste no seguía recostado en el vidrio. Alargué la mano detrás de mí, y me hallé también suspendido en el espacio, separado del vidrio.

No grité ni gesticulé, pero el miedo me embargó. Aquello era como sentirse agarrado y suspendido por algo... por algo ignoto... El simple contacto de mi mano con el vidrio me imprimía un rápido movimiento.

Comprendí lo que había pasado, pero eso no me impidió asustarme; estábamos aislados de toda gravitación exterior; sólo la atracción de los objetos que contenía la esfera, tenía efecto. En consecuencia, todo lo que no estaba fijo en el vidrio, caía - lentamente, por el poco peso que todos los cuerpos tenían allí,- hacia el centro de gravedad de nuestro pequeño mundo, al centro de nuestra esfera.

-Tenemos que darnos vuelta - dijo Cavor, - y flotar espalda con espalda, dejando las cosas entre el uno y el otro.

Era la más extraña sensación que se puede concebir, aquello de flotar blandamente en el espacio: al principio, de veras, horriblemente rara, y cuando el horror pasó, no del todo desagradable, puesto que proporcionaba tal reposo que lo más aproximado que encuentro en la tierra, es lo de estar acostado en un lecho de plumas, muy espeso y blando. Pero ¡cuánta liberalidad, qué desprendimiento, qué indiferencia! Nunca había entrado en mis cálculos nada semejante. Había esperado sentir, en la partida, un violento sacudimiento, una vertiginosa sensación de velocidad. En vez de eso, sentía... como si me faltara el cuerpo. No era el principio de un viaje ; era el principio de un sueño.

V
EL VIAJE A LA LUNA

En seguida, Cavor apagó la luz, diciendo que no había demasiada fuerza acumulada, y que la que teníamos debía economizarse para leer. Durante un rato, no sé si largo o corto, no hubo dentro de la esfera más que una lobreguez profunda.

Una cuestión surgía de aquel vacío:

-¿Hacia qué punto vamos?- pregunte. -¿Cuál es nuestra dirección?

-Nos alejamos de la tierra en tangente, y como la luna está cerca de su tercer cuarto, vamos de todos modos hacia ella. Voy a abrir una celosía...

Un chasquido... y la cubierta exterior de una de las ventanas se abrió. El espacio estaba tan negro como la obscuridad misma del interior de la esfera, pero un número infinito de estrellas marcaba la forma de la ventana abierta.

Los que sólo han visto desde la tierra el cielo estrellado, no pueden imaginarse la apariencia que tiene cuando ha desaparecido el velo vago, medio luminoso, de nuestro aire. Las estrellas que vemos de la tierra son apenas unas cuantas que consiguen penetrar en nuestra tupida atmósfera. ¡Por fin me era dado comprender lo infinito del universo!

Sin duda nos esperaban cosas más extrañas aún; pero ese firmamento sin aire, cubierto como de un polvo de estrellas, es de todos mis recuerdos de esos días el último que se desvanecerá.

La ventanita desapareció con un chasquido; otra, a su lado, se abrió de golpe y se cerró enseguida, y luego una tercera, y durante un momento tuve que cerrar los ojos, para protegerlos del deslumbrante esplendor de la luna menguante.

Cuando volví a abrir los ojos, tuve, por un rato, que mirar a Cavor y los objetos iluminados de blanco que me rodeaban, antes de volver la vista a aquel pálido fulgor.

Cavor abrió cuatro ventanas para que la gravitación de la luna pudiera obrar sobre todas las substancias que había dentro de la esfera. De repente notó que ya no iba flotando libremente en el espacio, sino que mis pies reposaban en el vidrio, en la dirección de la luna. Las frazadas y las cajas de provisiones se aglomeraban también lentamente sobre el vidrio, y un instante después reposaron completamente contra él, ocultando una parte de la vista. A mi me parecía, por supuesto, que miraba "abajo", cuando miraba a la luna. En la tierra, "abajo" significa hacia el suelo, en la dirección adonde caen las cosas, y "arriba" la opuesta dirección. Pero, allí, el sentido de la gravitación era hacia la luna, y todo me indicaba que la tierra estaba "arriba". Por otra parte, cuando todas las celosías de Cavorita se hallaban cerradas, "abajo" era el centro de nuestra esfera, y "arriba" sus paredes exteriores.

Era también un caso bastante curioso, raro para habitantes de la tierra, el de recibir la luz *de abajo*. En la tierra, la luz cae de arriba, o llega oblicuamente, siempre de arriba abajo; pero allí nos llegaba de abajo de nuestros pies y, para ver nuestras sombras, teníamos que mirar hacia arriba.

Al principio me dio una especie de vértigo el estar parado en nada más que un vidrio, por grueso que éste fuera, y mirar abajo, a la luna, a través de cientos de miles de millas de espacio vacío; pero aquel malestar pasó pronto, y entonces:¡ qué esplendoroso espectáculo!

El lector podrá imaginárselo mejor si se echa en el suelo en una calurosa noche de estío, alza los pies, y por entre ellos mira la luna; pero por alguna razón, probablemente porque la ausencia de aire la hacía más luminosa, la luna parecía ya considerablemente mayor que cuando se la ve desde la tierra. Los más pequeños detalles de su superficie aparecían con minuciosa claridad; y como no la veíamos ya a

través del aire, sus contornos eran brillantes y agudos, no había en torno suyo resplandor ni aureola, y el polvo de estrellas que cubría el firmamento llegaba hasta sus mismas orillas, y señalaba los contornos de su parte iluminada. Allí, parado, contemplando la luna a mis pies, aquella idea de lo imposible, que me había atormentado desde nuestra partida, volvió a acometerme con más fuerza que nunca.

- Cavor - dije.- Esto me produce una impresión rara. Los sindicatos que íbamos a formar, y todo eso de los minerales...

-¿Bueno y qué?...

-No los veo aquí.

-No - contestó Cavor;- pero pronto los verá usted.

-Supongo que nos volveremos como hemos venido. Sin embargo, me voy animando. Durante un momento he llegado casi a creer que nunca ha habido un mundo.

-Ese ejemplar del *Lloyd's News* puede ayudarla a usted a recordarlo.

Miré el papel un momento, y luego lo alcé hasta ponerlo al nivel de mi cara: entonces vi que podía leer cómodamente.

Mi mirada tropezó con la columna de los avisos pequeños: "Un caballero que dispone de dinero, prestaría dinero". Yo conocía a ese caballero. Después, un excéntrico quería vender una bicicleta rápida, "enteramente nueva, y que ha costado quince libras", por cinco libras; y una señora, en malas circunstancias, deseaba deshacerse de unos cuchillos y tenedores para pescado, "un regalo de boda", con gran sacrificio. Sin duda, alguna alma simple estaría examinando aquellos cuchillos y tenedores, y otra corría triunfalmente en la bicicleta, y una tercera alma simple, consultaba, confiada y sincera, al benévolo caballero que disponía de dinero, mientras yo leía los avisos. Me eché a reír y dejé caer el periódico.

-¿Se nos ve de la tierra ?- pregunté.

-¿Por qué?

-He conocido a alguien... que se interesaba en la astronomía, y se me ocurría que sería bastante curioso que ese... amigo... estuviera en este momento, por casualidad, mirando por un telescopio.

-Para vernos ahora, se necesitaría el telescopio más poderoso de la tierra, y se nos vería como un punto apenas perceptible.

Durante un rato, contemplé en silencio la luna.

-Es un mundo - dije:- uno lo comprende ahora infinitamente más que en la tierra. Hay gente, quizás...

-¡Gente!- exclamó Cavor. -¡No! Destierre usted esa idea. Considérese usted una especie de viajero ultraártico, explorando los desolados campos del espacio.¡ Mire usted!

Blandió la mano en dirección a la brillante blancura de abajo:

-¡Un mundo muerto... muerto! Vastos volcanes apagados, desiertos de lava, montones de nieve o de ácido carbónico helado, o de aire helado, y por todas partes despeñaderos, zanjas, y grietas y abismos. Nada sucede. Los hombres han observado este planeta sistemáticamente, con telescopio, durante más de doscientos años:- ¿qué cambios cree usted que han visto?

-Ninguno.

-Han notado dos derrumbamientos, la dudosa formación de una grieta, y un débil cambio periódico de color. Y eso es todo.

-Yo no sabía que se había notado siquiera eso.

-¡Oh, sí! pero lo que es gente...

-A propósito - pregunté; - ¿de qué tamaño tendría que ser una cosa para que se la pudiera ver desde la tierra con el telescopio mayor?

-Se podría ver una iglesia de mediano tamaño, y seguramente se verían poblaciones y edificios, cualquiera cosa que fuera obra de hombres. Quizás haya insectos, algo parecido a las hormigas, por ejemplo, animales que puedan esconderse en profundas cuevas, durante la noche lunar; o habrá alguna nueva especie de seres, sin paralelo en la tierra. Eso es lo más probable que encontremos, si acaso encontramos algún signo de vida.

¡Piense usted en la diferencia de condiciones! La vida tendría que adaptarse en la luna a un día tan largo como catorce días terrestres, al fuego de un sol sin nubes durante catorce días consecutivos, y después a una noche de igual extensión, cada vez más fría, bajo esas frías, brillantes estrellas. En esa noche debe hacer allí un frío estupendo, el frío extremo, el absoluto cero, 273 grados centígrados bajo el punto en que los termómetros marcan hielo en la tierra. Cualquier ser viviente que haya, tiene que pasar por *ese invierno,* cada día más cruel.

Reflexionó.

-Podemos imaginarnos algo como unos gusanos - dijo,- que se alimenten de aire sólido, así como los gusanos terrestres tragan tierra; o monstruos paquidermos...

-A propósito - le interrumpí; -¿ por qué no, hemos traído un fusil?

No contestó a esta pregunta.

- No – concluyó; - pronto lo sabremos todo. Cuando estemos allá, veremos.

Yo me acordé de otra cosa.

-Por supuesto que mis minerales estarán allí, ellos sí, de todos modos - dije,- cuales quiera que sean las condiciones de vida.

Cavor me dijo que deseaba alterar nuestra carrera algo, dejando a la tierra atraernos por un momento: iba a abrir la ventana del Este durante treinta segundos. Me previno que eso me haría dar vueltas la cabeza, y me aconsejó que extendiera las manos, hacia el vidrio, para amortiguar mi caída. Hice lo que me decía, y apoyé los pies en los bultos de comestibles y cilindros de aire, para impedir que me cayeran encima. En ese momento, con un chasquido, se abrió bruscamente la ventana; yo caí como un fardo, de cara y protegiéndome con las manos, y durante un momento, por entre mis negros, apartados dedos, vi a nuestra madre tierra, un planeta en un firmamento que se extendía hacia abajo.

Estábamos todavía muy cerca: - Cavor me dijo que la distancia era quizás unas ochocientas millas - y el enorme disco terrestre llenaba todo el cielo; pero ya se veía con claridad que el mundo era un globo. La parte del planeta que miraba hacia nosotros parecía vaga, confusa; pero, hacia el Oeste, las vastas sábanas grises del Atlántico, bajo la luz moribunda del día, brillaban como plata derretida. Creo que reconocí las costas de Francia, de España y del Sur de Inglaterra, cuyos contornos se dibujaban como nubes en el firmamento; luego, con otro chasquido, la ventana se volvió a cerrar, y me encontré en un estado de extraordinaria confusión, deslizándome lentamente por el suave vidrio.

Cuando las cosas recuperaron su posición en mi cerebro, me pareció completamente fuera de duda y cuestión, que la luna estaba "abajo", y bajo mis pies, y que la tierra estaba allá, en el nivel del horizonte; la tierra que había estado "abajo" para mí y para mis semejantes desde el principio de la existencia.

Tan pequeño era el esfuerzo que teníamos que hacer, la anulación positiva de nuestro peso hacía tan fácil lo que nosotros teníamos que hacer, que durante cerca de seis horas transcurridas desde que habíamos partido, no se nos ocurrió la idea de tomar ningún refrigerio: seis horas era el tiempo señalado por el cronómetro de Cavor.

Y aun entonces, con muy poco quedé satisfecho. Cavor examinó el aparato de absorción del ácido carbónico y del agua, y lo declaró en condiciones satisfactorias: nuestro consumo de oxígeno había sido extraordinariamente pequeño. Y como nuestra conversación se había agotado por el momento, y nada teníamos ya que hacer, nos entregamos al extraño sopor que nos había invadido: extendimos nuestras frazadas en el fondo de la esfera, para impedir, lo más que fuese posible, que entrara la luz de la luna nos, dimos las buenas noches, y casi inmediatamente nos quedamos dormidos.

Y así - durmiendo y a veces hablando y leyendo un poco, y a veces comiendo, aunque sin apetito vivo[1]; pero en la mayor parte del tiempo en un deliquio que no era estar despierto ni dormido, caímos y caímos, durante un espacio de tiempo que no tenía día ni noche, silenciosa, suave, rápidamente hacia abajo, hacia la luna.

[1] Es curioso que mientras estuvimos en la esfera no sintiéramos el menor deseo de tomar alimentos, ni la necesidad de ellos cuando nos absteníamos de tomarlos. Al principio forzamos el apetito, pero después ayunamos completamente. En todo, no consumimos la vigésima parte de la provisión de conservas que habíamos llevado. También la cantidad de ácido carbónico que respiramos fue muy pequeña: pero el cómo sucedió eso, no está a mi alcance.

VI
LA LLEGADA A LA LUNA

Me acuerdo de cómo un día Cavor abrió repentinamente seis de nuestras ventanas y la luz me cegó, de tal modo que prorrumpí en gritos. El área entera, que abarcaba nuestra vista era una estupenda cimitarra de blanca luz de amanecer, con los bordes interrumpidos por manchas de obscuridad, la playa curva de una creciente marea negra, de la cual surgían picos y pináculos a la ardiente luz del sol. Doy por hecho que el lector ha visto cuadros o fotografías de la luna, de modo que no necesito describir los aspectos generales del paisaje, aquellas espaciosas cadenas de montes, en forma de círculos, más vastos que cualquier montaña terrestre, con sus cumbres brillantes en el día, sus sombras anchas y profundas; las llanuras grises y desordenadas; las cordilleras, cerros y cráteres, pasando todo por fin de una refulgente iluminación a un común misterio de negrura. Por encima de aquel mundo volábamos, apenas a unas cien millas de sus crestas y pináculos, y ya podíamos ver lo que ningún ojo terrestre podrá ver jamás: que bajo el esplendor del día, los agudos perfiles de las rocas y las grietas de las llanuras y los fondos de los cráteres se volvían grises y confusos bajo una, neblina que se hacía más densa cada vez ; lo blanco de sus iluminadas superficies se interrumpía con manchas y aberturas, y se volvía a interrumpir, y se hundía y desaparecía, y extraños tintes habanos y aceitunados nacían y se esparcían aquí y allá.

Pero de poco tiempo disponíamos para mirar eso, pues va habíamos llegado al peligro real de nuestro viaje: teníamos que acercarnos aún más a la luna mientras, rodábamos en torno suyo, acortar luego nuestro andar, y espiar la oportunidad en que pudiéramos por fin atrevernos a caer sobre la superficie.

Para Cavor, el momento era de intensa atención; para mí, de ansiosa inactividad. Yo, continuaba ignorando lo que iba a hacer; él,

saltaba por todo el interior de la esfera, de un punto a otro, con una agilidad que en la tierra habría sido imposible.

Incesantemente, durante aquellas últimas horas tan decisivas, abría y cerraba las ventanas de Cavorita, hacía cálculos, consultaba su cronómetro a la luz de la lámpara empañada. Durante largo rato tuvimos todas nuestras ventanas cerradas, y nos cernimos silenciosamente en la obscuridad, rodando por el espacio.

Después, le sentí buscar a tientas los resortes de las celosías, y cuatro ventanas se abrieron bruscamente. Yo di un salto y me cubrí los ojos, lastimados y cegados por el desusado esplendor del sol bajo nuestros pies. En seguida se cerraron otra vez las ventanas, dejando mi cerebro palpitante en una obscuridad que se agolpaba contra mis ojos. Y volví a flotar en un vasto y negro silencio.

Al poco rato, Cavor encendió la luz eléctrica, y me dijo que era necesario atar todos nuestros bultos de equipaje unos con otros y envolverlos en las frazadas para protegerlos del choque de la caída. Así lo hicimos, con las ventanas cerradas porque, de esa manera, todos los bultos se juntaban por sí mismos en el centro de la esfera. Aquella también fue una extraña escena: los dos, flotando sueltos en aquel espacio esférico y empaquetando, y tirando de las cuerdas: ¡ imagínense ustedes el cuadro, si pueden! Allí no había arriba ni abajo, y de cada esfuerzo resultaban inesperados movimientos: ya me sentía apretado contra el vidrio por la fuerza del puño, de Cavor; ya pateaba desatentadamente en el vacío; ora la estrella de la luz eléctrica estaba sobre, nuestras cabezas; ora se hallaba a nuestros pies; de repente, los pies de Cavor flotaban delante de mis ojos, y en el siguiente momento nos cruzábamos sin tocarnos. Pero por fin todos nuestros bultos quedaron bien atados en un solo fardo envuelto en blandas frazadas: habíamos empleado en ello todas, salvo dos con agujeros en el medio, que habíamos apartado para envolvernos en ellas.

En seguida, pues aquello no duró más que un instante, Cavor abrió una ventana del lado de la luna, y vimos que caíamos hacia un enorme cráter central, en cuyo derredor se agrupaban en forma de

cruz otros cráteres menores. Y entonces otra vez lanzó Cavor nuestra diminuta esfera, con las ventanas abiertas, hacía el deslumbrador y quemante sol. Creo que usaba la atracción del sol como un freno.

-¡Cúbrase usted con una frazada! – gritó de repente, apartándose violentamente de mí.

Durante un momento, no comprendí; pero luego tiré de una punta la frazada que tenía bajo mis pies, y me envolví con ella la cabeza, particularmente los ojos.

Bruscamente, Cavor cerró de nuevo las celosías, abrió otra, la cerró en el acto, y después empezó de repente a abrirlas todas, asegurándolas una por una dentro de sus cilindros de acero. Hubo un sacudimiento, y ambos rodamos y rodamos, chocando contra el vidrio de las paredes y contra el abultado fardo de nuestro equipaje, y agarrándonos el uno al otro; afuera, una substancia blanca se aplastaba, como sí nuestra esfera rodara por un monte de nieve...

Vuelta, golpe, vuelta, nos aferramos de cualquier cosa, golpe, vuelta, vuelta...

Un choque sordo, y me encontré medio sepultado bajo el fardo. Por un momento, inmovilidad y silencio. En seguida oí a Cavor resoplar y gruñir, y el ruido de una celosía al correr por su ranura. Hice un esfuerzo, empujé a un lado nuestro envoltorio de frazadas y cajas, y surgí de abajo de todo aquello: nuestras abiertas ventanas no parecían otra cosa que estrellas en un cielo obscuro, negro.

Cavor y yo estábamos vivos, y nuestra esfera yacía en la obscuridad producida por las paredes del gran cráter dentro del cual habíamos caído.

Nos quedamos sentados conteniendo la respiración, y palpando los chichones que teníamos por todo el cuerpo. No creo que ninguno de los dos hubiera previsto claramente el brusco trato que habíamos recibido. Penosamente, logré pararme.

- ¡Y ahora - dije,- veamos el paisaje de la luna! Pero...¡qué obscuridad tremenda, Cavor!

El vidrio estaba húmedo, y yo lo limpiaba con mi frazada, al decir esas palabras.

- Estamos como a media hora de la luz del día - contestó Cavor - Tenemos que esperar.

Era imposible distinguir nada. Si la esfera hubiera sido de acero, sin la menor ventana, no habríamos estado menos privados de la vista de afuera. Con frotar el vidrio con la frazada sólo conseguí calentar la parte frotada, y cuanto más rápidamente la restregaba, más pronto volvía a ponerse opaca con la humedad nuevamente condensada y con una creciente cantidad de pelos de la manta. La verdad es que no debía haber hecho tal uso de mi frazada, pues en mis esfuerzos para limpiar el vidrio me resbaló por su húmeda superficie y me golpeé la espinilla en uno de los cilindros de oxígeno que asomaban de dentro del fardo.

Aquello era exasperante... era absurdo. Ya estábamos en la luna, entre quién sabe qué maravillas, y todo lo que podíamos ver era la pared gris y mojada de la bola dentro de la cual habíamos ido.

- ¡Mal haya el viaje! - exclamé.- Para esto, bien podríamos habernos quedado en nuestras casas.

Y me dejé caer sobre el fardo. Tiritaba, y tuve que envolverme en la frazada.

De pronto, la humedad del vidrio se convirtió en cuadritos y vellones de nieve.

- ¿Puede usted alcanzar el botón del calentador eléctrico? - me dijo Cavor - Sí... esa bola negra. Si no, vamos a helarnos.

No esperé a que lo dijera dos veces.

- Y ahora - pregunté:- ¿ qué vamos a hacer?

- Esperar - fue su respuesta.

- ¿Esperar?

- Naturalmente. Tenemos que esperar hasta que nuestro aire se caliente y el vidrio se aclare. Nada podemos hacer hasta entonces. Aquí es de noche aún... tenemos que esperar a que nos llegue el día. Mientras tanto ¿no siente usted hambre?

Durante un momento no le contesté, me quedé reflexionando. Después, de mala gana, aparté la mirada del problema oculto tras del blanco vidrio, y la fijé en el rostro de mi compañero.

- Sí - le dije:- tengo hambre. Y me siento enormemente desalentado; yo esperaba... no sé... qué esperaba, pero no era esto.

Llamé en mi ayuda toda mi filosofía, y envolviéndome en la frazada me senté otra vez en el fardo y empecé mi primera comida en la luna. No creo que la concluí... me olvidé de comer. De repente, primero a trechos, luego rápidamente en largas fajas, se fue aclarando el vidrio, se descorrió el velo húmedo que ocultaba a nuestros ojos el mundo lunar.

Los dos contemplamos ansiosos el paisaje de la luna.

VII
EL SOL SALE EN LA LUNA

Lo primero que percibieron nuestros ojos era la más desierta y desolada de las comarcas. Estabamos en un enorme anfiteatro, una vasta planicie circular, el fondo de un gigantesco cráter. Sus paredes rocallosas nos encerraban por todos lados.

Del Oeste, la luz del sol, invisible para nosotros, caía sobre ellos, llegaba hasta el mismo fin de los abruptos montes, y mostraba un desordenado escarpamiento de rocas ásperas y grises, aquí y allá interrumpidas por abismos y por bancos de nieve.. Aquello se hallaba quizás, a unas doce millas de distancia, pero al principio ninguna atmósfera intermediaria disminuyó en lo mínimo la brillantez detallada con que todo aquello relumbraba ante nuestra vista. Las nevadas rocas se alzaban claras y radiantes sobre un fondo de estrellada negrura que a nuestros ojos terrestres parecía más bien una inmensa cortina de terciopelo negro que la inmensidad del firmamento.

El monte del Este apareció al principio como un simple borde sin estrellas de la estrellada cúpula.

Ningún albor rosado, ninguna palidez indecisa anunció el nacimiento del día. Sólo la corona, la luz zodiacal, una enorme aureola en forma de cono, luminosa, que se extendía hacia la rutilante estrella de la mañana, nos advirtió la inminente cercanía del sol.

Toda la luz que nos rodeaba nos venía por reflejo, de los montes del Oeste, y nos hacía ver una extensa, ondulada llanura, fría y gris - un gris que se obscurecía hacia el oriente hasta convertirse en la absoluta lobreguez de la sombra de los montes. Innumerables cumbres grises y redondas fantásticas colinas, blancas oleadas de una substancia nevosa, crestas que se sucedían unas a otras hasta la remota obscuridad, nos dieron la primera noción de la distancia a que se encontraba la pared del cráter. Aquellas colinas tenían el aspecto de la nieve, y

al principio creí que fueran de nieve ; pero no lo eran...¡eran montes y más montes de aire, helado!

Eso fue lo que vimos al principio, y luego, repentina, rápidamente, con asombro de nuestros ojos, apareció el día lunar.

Los rayos del sol se habían deslizado hasta el pie de los montes, tocaban ya la base de las blancas moles, y sin detenerse, cual si llevaran calzadas las famosas botas de siete leguas, avanzaban velozmente hacia nosotros. La distante pared del cráter, parecía deslizarse y estremecerse, y al contacto del sol ascendía del fondo un velo de vapor gris, subían unos torbellinos y bocanadas y trémulas coronas grises, más espesas, más anchas y más densas, hasta que por último, toda la llanura por el Oeste despidió vapor como un pañuelo mojado que se extiende delante del fuego, y los montes de aquel lado no aparecieron ya más que como un lejano resplandor.

- Esto es aire - dijo Cavor.- Debe ser aire, pues si no lo fuera no se levantaría así al simple contacto de los rayos del sol. Y si es aire...

Miró hacia arriba, y:

-¡Vea usted! exclamó.

-¿Qué?- pregunté.

-En el firmamento. Ya viene. Allá en la obscuridad... un ligero tinte azul. ¡Vea usted! Las estrellas parecen más grandes. Y las pequeñas, y todas esas opacas nebulosidades que vimos en un espacio vacío...¡ se han ocultado!

A prisa, sin detenerse, el día se acercaba. Las cumbres grises, una tras otra, se iban iluminando y adquiriendo una intensidad blanca y humeante. Por fin, hacia el Oeste del sitio en que estabamos, no quedó más que una masa de niebla ascendente, el tumultuoso avance y ascensión de un resplandor nebuloso. La distante pared del cráter se había alejado más y más, se había obscurecido y transformado a través de aquel torbellino, y por último se había fundido, se había desvanecido a nuestra vista.

El vaporoso avance estaba, cada vez más cerca de nosotros, se aproximaba con la velocidad de la sombra de una nube impulsada por

el viento del Sudoeste. En derredor nuestro se alzó un leve, anticipado resplandor.

Cavor me apretó el brazo.

-¿Qué hay?- le pregunté.

-¡Mire usted! ¡El sol sale! ¡El sol!

Me hizo volver a un lado, y señaló la ceja del muro del Este, que se destacaba sobre el firmamento, apenas un poco más claro que el resto de la montaña. Pero ya su línea se acentuaba con extrañas formas rojizas: lenguas de una llama bermeja que se alargaban y bailaban. Yo me imaginé que fueran espirales de vapor que, bañadas de luz, formaran esas ardientes lenguas sobre el fondo del cielo; pero, seguramente, lo que veía eran las prominencias solares, una corona de fuego que rodea el sol y que nuestro velo atmosférico oculta para siempre a los ojos terrestres.

Y luego... el sol!

Firme, inevitablemente, surgió una brillante línea, un delgado borde de intolerable refulgencia que tomó una forma circular, se convirtió en un arco, en un llameante cetro, y lanzó hacia nosotros un torrente de calor, como una flecha de fuego.

Aquello me hizo realmente el efecto de algo que me lastimara los ojos. Exhalé un grito, me di vuelta ciego, y saqué a tientas mi frazada de bajo el fardo.

Y con esa incandescencia nos llegó un sonido, el primer sonido de afuera que oíamos desde que abandonamos la tierra, un silbar y crujir, el tormentoso arrastre de las aéreas vestiduras del día creciente. Y con la llegada del sonido y de la luz la estera empezó a mecerse; ciegos y aturdidos, Cavor y yo, dando traspiés, chocábamos el uno con el otro. La esfera se tambaleó con más fuerza, y el silbido sonó más alto. Yo había cerrado los ojos por fuerza, y me desesperaba con torpes movimientos por cubrirme la cara con la frazada: en eso estaba, cuando el segundo vaivén de la esfera me hizo perder el equilibrio. Caí contra el fardo, y al abrir los ojos, alcance a echar una rápida ojeada al aire que rodeaba nuestra cubierta de vidrio: el aire corría, hervía,

como nieve en la que se ha introducido un hierro candente. Lo que había sido aire sólido, se convirtió, repentinamente, con el contacto del sol, en una pasta, en un lodo, en una fangosa licuación, que silbaba en torbellinos de gas.

Sobrevino una sacudida de la esfera, aun más violenta, y nos agarrarnos el uno del otro. Un momento después, otra sacudida nos hizo rodar de nuevo; rodamos una y otra vez; yo estaba sin aliento. Eramos presa del día lunar; la luna iba a enseñarnos, a nosotros, diminutos hombres, lo que era capaz de hacernos.

Lancé una segunda ojeada hacia las cosas de afuera: bocanadas de vapor, un lodo medio líquido, desprendido de todas partes, caía, se deslizaba. Nos quedamos a obscuras. Yo caí, con las rodillas de Cavor sobre el pecho. Luego, le sentí separarse de mí como arrojado, y durante un rato me quedé tendido, sin aliento, con la mirada fija hacia arriba. Un enorme alud de aquella materia que se derretía, había caído sobre nosotros, nos había sepultado, y ya se fundía rápidamente, se alejaba hirviendo. Mis ojos vieron los borbotones que bailaban sobre el vidrio. Mis oídos percibieron unas débiles exclamaciones de Cavor.

Después, otro enorme alud nos arrastró y, con ruido sordo, nuestra esfera empezó a rodar por una pendiente, a rodar cada vez más rápidamente saltando grietas y rebotando en cumbres, más y más velozmente, hacia el Oeste, al ardiente, hirviente tumulto del día lunar.

Aferrados, el uno al otro, rodábamos nosotros adentro, dando contra este o el otro lado, con el fardo de nuestros equipajes saltando hacia nosotros, y golpeándonos. Nos soltábamos, nos volvíamos a agarrar, rodábamos otra vez aparte el uno del otro, nuestras cabezas chocaban, ¡y el universo entero estallaba en ardientes dardos y estrellas! En la tierra, nos habríamos aplastado el uno al otro una docena de veces; pero en la luna, felizmente para nosotros, nuestro peso era solo la sexta parte de lo que es en la tierra, y cuando caíamos nos causábamos poco daño. Recuerdo una sensación de horrible malestar, algo como si los sesos se me voltearan dentro del cráneo, y después...

Sentí algo extraño en la cara, unas cosas delgadas me apretaban por detrás de las orejas. Luego descubrí que el brillo del paisaje que nos rodeaba estaba mitigado por unos anteojos azules. Cavor se inclinaba hacia mí, y vi su rostro cerca del mío, con los ojos también protegidos por anteojos ahumados. Su respiración era agitada, y su labio sangraba por efecto de un golpe.

- ¡Mejor!- me dijo, enjugándose la sangre con el dorso de la mano.

Durante un rato me pareció que todo se ladeaba; pero era sólo el efecto de mi aturdimiento. Noté que Cavor había cerrado alguna de las celosías de la cubierta exterior de la esfera para preservarme del fulgor directo del sol. Me di cuenta de que todo en torno nuestro estaba en extremo brillante.

- ¡Dios!- balbuceé. - ¿Qué veo?...

Alargué el cuello para ver: un resplandor enceguecedor brillaba afuera, completa transición de la lóbrega obscuridad de mis

últimas impresiones.

- ¿He estado sin sentido mucho tiempo? - le pregunté.

- No sé... el cronómetro está roto. Un buen rato... ¡Querido amigo!¡ Qué miedo he tenido!

Me quedé así echado un rato, reflexionando. Vi que el rostro de Cavor conservaba aún señales de emoción. Transcurrieron unos momentos, y nada dije. Me pasé una mano escudriñadora por sobre las contusiones, y examiné la cara de mi amigo, en busca de daños semejantes. El reverso de mi mano derecha había sufrido más que el resto de mi cuerpo: la piel habla sido arrancada, una parte de la mano estaba en carne viva. En la frente me toqué varias lastimaduras que sangraban.

Cavor me puso en la mano un frasquito que contenía un poco del cordial - de su nombre no me acuerdo,- que formaba parte de nuestras provisiones. Después de un rato me sentí algo mejor. Empecé a estirar las piernas y los brazos, cuidadosamente. Pronto pude hablar.

- No hubiera sido bueno desembarcar - dije. Como si no hubiese mediado intervalo alguno en nuestra conversación.

- ¡No, no hubiera sido bueno!

Cavor meditaba, con las manos colgando sobre sus rodillas. Echó una ojeada a través del vidrio y luego me miró.

- ¡Buen Dios!- dijo. - ¡No!

- ¿Qué ha sucedido?- pregunté, al cabo de un momento - ¿Hemos saltado a los trópicos?

- Ha sucedido lo que yo esperaba. El aire, se ha evaporado... si es aire... Sea lo que fuere, se ha evaporado, y la superficie de la luna aparece ahora. Yacemos en un banco de rocas de calidad terrestre. A trechos, se ve el suelo desnudo, una curiosa especie de suelo.

Cavor pensó que era innecesario, entrar en explicaciones. Me ayudó a sentarme, y entonces pude ver con mis propios ojos.

VIII
UNA MAÑANA LUNAR

La cruda acentuación, el implacable blanco y negro del escenario, habían desaparecido completamente. El resplandor del sol había, adquirido un ligero tinte ambarino; las sombras de las alturas de la pared del cráter tenían un subido color purpúreo. Por el Este, una obscura masa de niebla se aferraba todavía a las rocas y se ocultaba del sol, pero hacia el Oeste el cielo estaba azul y claro. Yo empecé a darme cuenta de la duración de mi desmayo.

No estábamos ya en el vacío: habíase formado una atmósfera en torno nuestro. Los contornos de las cosas habían adquirido mayor firmeza, eran más agudos y variados: salvo unas manchas de substancia blanca que aparecían aquí y allá, substancia que no era ya aire sino nieve, el aspecto ártico del paisaje había desaparecido totalmente.

Por todas partes, anchos espacios de un terreno desnudo, quebrado, y de un color moreno, se extendían bajo el fulgor del sol. De trecho en trecho, al píe de los montículos de nieve, se veían lagunas y pequeñas corrientes de agua, única cosa que se movía en aquel vasto desierto. El sol inundaba las dos terceras partes superiores de nuestra esfera y elevaba nuestra temperatura a un verano riguroso; pero nuestros pies estaban aún en la sombra y la esfera yacía en un lecho de nieve.

Y esparcidos aquí y allá por la falda de la montaña, y acentuados por blancos y delgados hilos de nieve todavía dura, adherida a sus lados aún sumidos en la sombra, veíanse unos como palos, palos secos y torcidos, del mismo color mohoso que las rocas sobre las cuales yacían. ¡Palos! ¿En un mundo sin vida? Luego, cuando mi vista fue acostumbrándose más a la forma exterior de aquella substancia, observé que casi toda esa superficie tenía un tejido fibroso, como la capa

de agujas de color obscuro que se encuentra bajo la sombra de los pinos.

- ¡Cavor! – dije

- ¿Qué?

- Este puede ser ahora un mundo muerto... pero antes...

Una cosa atrajo mi atención. Entre aquellas agujas había descubierto una cantidad de objetos pequeños y redondos y me pareció que uno de ellos se movía.

- Cavor – dije, en voz baja.

- ¿Qué?

Pero no contesté en seguida.

Fijé en la cosa una mirada incrédula. Por un instante no pude dar crédito a mis ojos. Después, lancé un grito inarticulado y tomé del brazo a Cavor, señalando con el dedo:

- ¡Mire usted! - exclamé por fin, recuperando el uso de la palabra.- ¡Allí! ¡Sí! ¡Y allá!

Sus ojos seguían la dirección indicada por mi dedo.

- ¿Eh?- decía.

¿Cómo describir lo que vi? Es una cosa tan insignificante el decirla ahora, pero entonces parecía tan maravillosa, tan conmovedora! He dicho ya que entre esa especie de palos estaban aquellos cuerpos redondos, aquellos cuerpecitos ovalados que podían haber pasado por menudos guijarros. Y de repente, primero uno, y luego otro, se habían movido, habían rodado y se habían rajado, y por entre la rajadura cada, uno de ellos mostraba una diminuta línea de color verde amarillento, que avanzaba hacia afuera a encontrar el cálido aliento del nuevo sol. Pasó un rato, y luego un tercer objeto redondo se movió y reventó.

- Es una semilla - dijo Cavor; y en seguida le oí murmurar, muy quedo: *¡Vida!*

¡Vida! E inmediatamente nos invadió la idea de que nuestro largo viaje no había sido hecho en vano, que no habíamos ido a encontrarnos con un árido montón de minerales, sino con un mundo que

vivía y se movía. Ambos mirábamos intensamente. Recuerdo de que yo frotaba con la manga el vidrio delante de mí, temeroso del menor resto de humedad.

El cuadro era claro y vívido sólo en el centro del terreno: en todo lo demás, la curvatura del vidrio agrandaba y daba torcidas formas a las fibras muertas y a las semillas. ¡Pero lo que alcanzábamos a ver era bastante! Uno después de otro, en toda la parte en que daba el sol, aquellos milagrosos cuerpecitos morenos reventaron y se quedaron abiertos, como vainas de semillas, como frutas agrietadas: abrían ansiosas bocas que bebían el calor y la luz arrojados a torrentes por el naciente sol.

A cada momento se abrían nuevas cajas de semillas, y apenas lo hacían su hinchado contenido se desbordaba por la abertura y pasaba al segundo período del crecimiento. Con seguridad plena, con rápido avance, las asombrosas semillas apuntaban una raicilla hacia la tierra, y un raro capullo, de forma redonda, al aire libre. En poco rato, toda la pendiente estuvo llena de minúsculas plantas que se erguían ufanas con el ardor del sol.

No permanecieron erguidas mucho tiempo. Los capullos redondos se hincharon, se estiraron y se abrieron con un estremecimiento, y entonces quedó en descubierto una coronilla de puntitas agudas, y bajo de esta corona se desparramó una frondosidad de hojitas delgadas, puntiagudas, de color obscuro, que se alargaron rápidamente, se alargaron visiblemente, allí, ante nuestros ojos. El movimiento era más lento que el de cualquier animal, más rápido que el de cualquier planta que yo hubiera visto antes. ¿Cómo podría explicar a ustedes cómo se efectuaba el crecimiento? Las puntas de las hojas crecían tan pronto, que las veíamos avanzar. La morena cubierta de la semilla se encogía y era absorbida con igual rapidez.

¿Alguna vez, en un día frío, ha tomado usted en su mano caliente un termómetro, y observado la ascensión del pequeño hilo de mercurio por el tubo? Así crecían esas plantas de la luna.

En pocos minutos, tal como los veíamos, los capullos de las más avanzadas de aquellas plantas se habían alargado y convertido en un tallo, y de éste salía ya una segunda serie de hojas; toda la inclinada, planicie que hasta poco antes parecía una muerta faja de tierra pedregosa, estaba ya cubierta de esa creciente hierba, de color aceitunado, formada por infinito número de espigas estremecidas por el vigor de su naciente vida.

Me volví a un lado y ¡hola! En el borde superior de una roca situada al Este, aparecía un ribete igual: las plantitas habían crecido apenas un poco menos, estaban ladeadas, inclinadas, y su color obscuro resaltaba más sobre el enceguecedor fondo del fulgor solar. Y más allá de ese reborde se alzaba el perfil de una planta alta, que extendía unas groseras ramas parecidas a las de un cactus, y se hinchaba visiblemente, se hinchaba como una vejiga que alguien llenara de aire.

En seguida, por el Este descubrí también otra forma semejante a aquella, que se alzaba de la hierba. Pero allí la luz caía sobre sus lisos costados, y me permitía ver que su color tenía un vivo tinte anaranjado. Crecía a vista de ojos; y si apartábamos éstos durante un minuto y la mirábamos de nuevo, su perfil había cambiado: sus ramas eran entonces obtusas, pesadas, hasta que, poco rato después, aparecía toda entera como un coral de varios pies de alto. Comparado con semejante crecimiento el del terrestre licoperdón, que a veces gana en diámetro un pie en una sola noche, sería un miserable paso de tortuga, pero hay que tener en cuenta que el licoperdón, al crecer, lucha contra la fuerza de atracción de la tierra, que es seis veces mayor que la de la luna. Más lejos, de zanjas y mesetas que habían estado ocultas a nuestros ojos, pero no al presuroso sol, por sobre cuchillos y promontorios de brillante roca, un tupido brote de esbelta pero carnosa vegetación se estiraba de un modo visible apresurándose tumultuosamente a aprovechar del breve día en que debía florecer, dar fruto, semillar otra vez y morir. Aquel crecimiento era como un milagro: así - bien puede imaginarse,- se levantaron los árboles y las plantas en la creación, y cubrieron la desolación de la tierra recién creada!

¡Imagináoslo! ¡Imaginaos ese amanecer! La resurrección del aire, helado, el despertar y la prisa del suelo, y luego aquel silencioso surgimiento de la vegetación, aquella extraterrestre ascensión de espigas y hojas. Concebid todo aquello alumbrado por un fulgor que haría parecer acuosa y débil la más intensa luz del sol en la tierra. Y sin embargo, entre aquella naciente selva, en cualquier punto que se hallara aún en la sombra, se veía un banco de azulada nieve. Para darse, por último, una idea exacta de nuestra impresión completa, el lector debe recordar que todo lo veíamos a través de un espeso vidrio, curvo, que deformaba las cosas como las deforma un lente, precisas sólo en el centro del cuadro, y allí muy claras, pero hacia los bordes agrandadas y despojadas de realidad.

IX
EMPEZAMOS A ESCUDRIÑAR

Por el momento, cesamos de mirar, y nos volvimos el uno hacia el otro, con el mismo pensamiento, la misma pregunta en los ojos: para que esas plantas crecieran, allí debía haber aire, por muy atenuado que fuera, aire que nosotros también podríamos respirar.

- ¿Abrimos la entrada? - pregunté.

- Sí - contestó Cavor;- así veremos si hay aire.

- Dentro de un momento - dije,- esas plantas serán tan altas como nosotros. Supongamos... supongamos, al fin y al cabo... ¿Es positiva nuestra teoría? ¿Cómo sabremos que eso es aire? Puede ser nitrógeno, hasta puede ser ácido carbónico.

- La prueba es fácil - me contestó Cavor, y se dispuso a hacerla.

Sacó del fardo un largo trozo de papel, lo arrugó, lo encendió, y lo arrojó precipitadamente por la válvula de la tapa de la entrada. Me incliné hacia adelante y seguí con la vista, a través del espeso vidrio, a la pequeña llama cuya vida iba a probar tantas cosas.

Vi que el papel caía y se posaba ligeramente sobre la nieve. La roja llama que lo quemaba se desvaneció. Durante un momento pareció haberse extinguido completamente el fuego... pero a poco vi una delgada lengua azul en la orilla del papel, que tembló, chisporroteó y se extendió.

Poco a poco todo el papel, salvo la parte que se hallaba en contacto inmediato con la nieve, ardió, retorciéndose y enviando hacia arriba una temblorosa y delgada columna de humo. Ya no cabía duda: la atmósfera de la luna era, ú oxígeno puro, o aire, y podía, por lo tanto, a menos que fuera demasiado tenue, sostener nuestras intrusas vidas. Podíamos salir de la esfera... ¡y vivir!

Me senté con las piernas puestas a uno y otro lado de la entrada, y me preparaba ya a destornillar la tapa, cuando Cavor me contuvo.

-Hay que tomar primero una pequeña precaución - me dijo.

Me explicó en seguida que, aunque afuera hubiese evidentemente una atmósfera oxigenada, podía ésta hallarse lo bastante enrarecida para causarnos graves perturbaciones: me recordó los mareos de montañas y las hemorragias que a menudo afligen a los aeronautas que ascienden con demasiada velocidad, y tardó un rato en la preparación de una nauseabunda bebida que insistió en hacerme compartir con él. Cuando la absorbí sentíme un poco aturdido, pero no me causó otro efecto. Entonces, Cavor me permitió destornillar la tapa.

Al cabo de un momento estaba ya tan flojo el tornillo de ajuste de la tapa de vidrio, anterior a la de acero, que el aire de la esfera, más denso que el del exterior, empezó a escaparse por la espiral del tornillo, silbando como silba el agua de una tetera antes de hervir.

Cavor apenas lo observó, me hizo desistir; aparecía evidente que la presión era afuera mucho menor que adentro: en qué proporción era menor, no teníamos medios de comprobarlo.

Me quedé sentado, agarrando el tornillo con ambas manos, listo para ajustarlo de nuevo si, a despecho de nuestra intensa esperanza, la atmósfera lunar resultaba al fin demasiado enrarecida para nosotros, y Cavor con un cilindro de oxigeno comprimido, se preparaba a restaurar la presión del interior de la esfera. Nos miramos uno a otro en silencio, y luego contemplamos la vegetación que se mecía y crecía afuera, visiblemente y sin ruido. Y el temeroso silbido continuaba sin interrupción.

Los vasos sanguíneos empezaron a palpitar en mis oídos, y el ruido de los movimientos de Cavor disminuyó. Noté cuán silencioso se volvía todo, por efecto del adelgazamiento del aire.

Al escaparse por el tornillo el aire interior, su humedad se condensaba en pequeños copos.

De repente sentí una peculiar falta de respiración - la cual duró, dicho sea de paso, todo el tiempo que estuvimos expuestos a la atmósfera exterior de la luna,- y una desagradable sensación en los oí-

dos, las uñas, y la parte posterior de la garganta, que pasó al cabo de un momento.

Pero en seguida me acometieron un vértigo y náuseas que cambiaron bruscamente mis disposiciones de animo, haciéndome perder el valor. Di media vuelta al tornillo, y expliqué a Cavor rápidamente lo que me pasaba ; pero me encontré con que era el más optimista de los des. Me contestó con una voz que parecía extraordinariamente leve y remota, efecto de la delgadez del aire que conducía el sonido: me recomendó un trago de brandy, y me dio el ejemplo. Cuando hube tomado el brandy, y me sentí mejor, volví a dar vuelta al tornillo hacia atrás. El zumbido de mis oídos, creció, y a poco noté que el silbido del aire de la esfera al precipitarse hacia afuera, había cesado.

- ¿Y... ?- me preguntó Cavor, con una sombra de voz.

- ¿ Y... ?- le contesté.

- ¿Salimos?

Yo me pregunté mentalmente: ¿Esto es todo lo que tiene que decirme?

- Si puede usted soportarlo - continuó.

Por toda respuesta, continué en mi tarea de destornillar. Desprendí el vidrio circular, y lo puse cuidadosamente sobre el fardo. Un largo copo de nieve se precipitó adentro y aquel aire tenue y extraño para nosotros se volatizó al tomar posesión de nuestra esfera. Me arrodillé primero, después me senté al borde del hueco de entrada, y miré por encima de la esfera: debajo de ésta, a una yarda de mi cara, había una capa de nieve lunar, protegida del sol por la esfera misma.

Hubo un momento de silencio. Nuestros ojos se encontraron.

- ¿No tiene usted demasiada dificultad para respirar?- dijo Cavor.

- No - contesté.- Puedo soportarla.

Extendió el brazo, tomó su frazada, metió la cabeza por el agujero del centro, y se envolvió bien con toda la manta. En seguida se sentó en el borde de la entrada y dejó caer los pies hacia afuera, hasta que quedaron a seis pulgadas de la nieve lunar. Vaciló un momento: des-pués se lanzó adelante, salvó las seis pulgadas de distan-

cia, y sus pies fueron los primeros pies humanos que pisaron el suelo de la luna.

Dio unos pasos hacia adelante, y la curva del vidrio reflejó grotescamente su figura. Se detuvo, miró un momento a un lado y otro; luego se recogió y saltó.

El vidrio lo desfiguraba todo, pero aun así me pareció que aquel salto había sido extremadamente grande. Un solo brinco lo había llevado a un punto remoto: parecía hallarse a veinte o treinta pies de distancia. Estaba parado allá arriba, en lo alto de una enorme roca, y gesticulaba en mi dirección. Tal vez gritara, pero el sonido no llegaba a mis oídos. Mas ¿cómo diablos había hecho aquello? Mi impresión era en ese momento la de una persona que acaba de ver una nueva prueba de magia.

Todavía embargado por el asombro, me arrojé yo también fuera de la esfera. Me quedé parado un momento. Delante de mí, la nieve se había derretido, dejando una especie de canal. Di un paso y salté.

Me encontré volando a través del espacio, vi que la roca en que Cavor estaba me salía al encuentro, me agarré a ella, y quedé prendido de su borde, en un estado de infinito espanto. Quise reírme, y mi risa fue una dolorosa mueca. Hallábame en una tremenda confusión. Cavor se inclinó hacia mí y, con voz que más parecía un silbido, me dijo que tuviera cuidado. Yo había olvidado que en la luna, que tiene sólo una octava parte de la masa de la tierra y un cuarto de su diámetro, mi peso era escasamente un sexto del que era en la tierra. Y en aquel momento, los hechos se encargaban de recordármelo.

- Ahora estamos fuera de los lazos de la Madre Tierra - me dijo Cavor.

Con cauteloso esfuerzo me alcé hasta lo alto de la peña y, moviéndome tan cuidadosamente como un reumático, me paré al lado de Cavor, bajo el fulgor del sol. La esfera yacía tras de nosotros, en su cama de nieve, a treinta pies de distancia.

En toda la extensión que los ojos podían abarcar por sobre el enorme desorden de rocas que formaban el suelo del cráter, veíamos la

misma vegetación espinosa que nos rodeaba, nacía y crecía, interrumpida, aquí y allá por abultadas masas de forma de cactus, y líquenes rojos y purpurinos creciendo tan rápidamente que parecían encaramarse por las rocas. El área entera del cráter, me pareció entonces un desierto igual hasta el mismo, pie de la montaña que nos rodeaba.

La montaña aparecía desnuda de vegetación, salvo en su base, y de arriba a bajo sobresalían estribos, rellanos y plataformas que en aquellos momentos no llamaron mucho nuestra atención. Por todos lados llegaba a varias millas de distancia - y nosotros, al parecer, nos hallábamos en el centro del cráter,- y la veíamos a través de una especie, de neblina empujada por el viento. Efectivamente, ya había hasta viento en el tenue aire, viento rápido y al mismo tiempo débil, que daba mucho frío pero ejercía poca presión: soplaba, al parecer, en torno del cráter, desde la brumosa obscuridad de un lado, hasta el otro lado caliente é iluminado por el sol. Era difícil ver por entre aquella niebla viajera, y la terrible intensidad del inmóvil sol nos hacía poner las manos a guisa de pantalla sobre los ojos, para poder mirar.

- Parece que está desierta - dijo Cavor;- absolutamente despoblada.

Miré otra vez en torno mío. Hasta entonces abrigaba una postrera esperanza en hallar alguna evidencia casi humana, ver alguna techumbre de casa, alguna fábrica o máquina; pero doquiera que se mirara, extendíanse las desordenadas rocas, picos y crestas, y las puntiagudas espigas y los panzudos cactus que se hinchaban e hinchaban, negación terminante, según parecía, de tales esperanzas.

- Parece que esas plantas nacen y viven para sí mismas – dije. – No veo señal de otra, cosa viviente.

- ¡Ni insectos... ni aves... nada! Ningún rastro, ni un signo de vida animal. Si hubiera animales... ¿qué harían en la noche?... No; lo único que hay son esas plantas.

Volví a ponerme la mano como pantalla y miré.

-Este es un paisaje de sueño: esas cosas son menos semejantes a las plantas del suelo de la tierra, que las que uno imagina entre las

rocas del fondo del mar. ¡Mire usted eso, allá! Se le podría tomar por un lagarto convertido en planta. ¡Y este sol de fuego!

-Todavía estamos en la frescura de la mañana - dijo Cavor.

Suspiró y miró en torno suyo.

- Este no es un mundo para hombres - dijo.- Y sin embargo, en cierto modo... atrae.

Permaneció en silencio un momento, y luego comenzó la canturía con que acompañaba sus meditaciones.

Un suave contacto en el pie me hizo estremecer: miré, y vi una delgada rama de lívido liquen que subía por sobre mi zapato. La rechacé de un puntapié, cayó hecha polvo, y cada fragmento recomenzó a crecer. Oí una aguda exclamación de Cavor, volví los ojos, y noté que una de las bayonetas de la legión de espigas le había pinchado.

Cavor vaciló, sus ojos escudriñaron la roca en torno nuestro. Un repentino resplandor rojo había inundado una desgarrada columna de peñascos: era un rojo extraordinario, un lívido carmesí.

- ¡Mire usted!- dije, volviéndome.

Pero la sangre se me heló: ¡Cavor había desaparecido!

Durante un instante me quedé petrificado. Después di un paso rápido, para mirar por el borde de la roca; pero, en mi sorpresa por su desaparición, olvidé una vez más que estábamos en la luna. El impulso que di a mi pie para avanzar, me habría llevado, en la tierra, a una yarda de distancia: en la luna me llevó a seis yardas... o sea cinco yardas más allá del borde. Por el momento, la cosa tenía algo de efecto de esas pesadillas en que uno cae y cae, pues al caer, en la tierra, uno recorre diez y seis pies en el primer segundo, y en la luna recorre dos, y sólo con la sexta parte de su peso real. Caí, o mejor dicho, brinqué hacia abajo, supongo que unas diez yardas. El tiempo me pareció bastante largo, unos cinco o seis segundos, según calculo ahora. Floté por el aire y caí como una pluma, hundiéndome hasta la rodilla en un charco de nieve derretida, formado en el fondo de una barranca de rocas de color gris azul, veteado de blanco.

Miré alrededor.

- ¡Cavor!- grité; pero Cavor no estaba a la vista.

- ¡Cavor!- grité más alto, y las rocas me devolvieron el eco.

Me volví enfurecido hacia las rocas y las escalé hasta su cúspide.

- ¡Cavor!- grité.

Mi voz sonaba como el balido de un cordero perdido.

La esfera no estaba tampoco a la vista, y por un momento me oprimió el corazón un horrible desconsuelo.

Pero en seguida vi a Cavor. Se reía, y gesticulaba para llamarme la atención. Estaba en una pelada roca, a veinte o treinta yardas de distancia. Yo no podía oír su voz, pero sus ademanes me decían: "¡Salte!" Yo vacilé, pues la distancia parecía enorme; pero luego reflexionó que sería, seguramente, capaz de atravesar una distancia mayor que la saltada por Cavor.

Di un paso atrás, me recogí, y salté con todas mis fuerzas. Me pareció que me disparaba en el aire para no caer jamás...

Aquello fue horrible y delicioso; era estar despierto en una pesadilla, al volar por los aires en semejante forma. Comprendí que mi salto había sido demasiado violento. Pasé por encima de la cabeza de Cavor, y noté gran confusión en las plantas de una especie de meseta, y que se abrían para recibirme. Di un alarido de alarma, puse las manos delante, y estiré las piernas.

Caí en una abultada masa fangosa que reventó toda en torno mío, esparciendo a derecha o izquierda, atrás y delante, una cantidad de esporos anaranjados y cubriéndome de un polvo del mismo color. Rodé por encima, acabando de molerlas, y por fin me quedé quieto, aunque agitado por una risa convulsiva que me quitaba la respiración.

La carita redonda de Cavor asomó por sobre las puntas de unas espigas. A gritos me preguntaba algo, pero yo no oí lo que me decía.

- ¿Eh?- traté de gritar; pero no pude hacerlo, por falta de respiración.

Entonces Cavor se me acercó, abriéndose paso entre los matorrales.

- ¡Tenemos que ser precavidos! - dijo.- La luna no nos guarda consideración, y dejará que nos hagamos tortilla.

Me ayudó a levantar.

- Se esforzó usted demasiado - dijo,- sacudiendo mis ropas con la mano, para desembarazarlas de aquella cosa amarilla.

Permanecí quieto, jadeante, dejándole expulsar la jalea amarilla de mis rodillas y hombros, y darme una lección basada en mi infortunio.

- No nos hemos preocupado bastante de la ley de gravitación. Nuestros músculos están todavía muy poco habituados a este ambiente. Necesitamos ejercitarlos un poco, y lo haremos cuando usted haya recuperado el aliento.

Me extraje de la mano dos o tres pequeñas espinas, y me senté un rato en una peña saliente. Los músculos me palpitaban, y experimentaba el sentimiento de personal desilusión que invade, en la tierra, al ciclista aprendiz cuando sufre la primer caída.

A Cavor se le ocurrió de improviso que el aire frío del barranco, después de haber estado en el calor del sol, podría darme fiebre. Trepamos, pues, las rocas, hasta hallarnos en el sol. Aparte de pequeñas contusiones y rasguños, la caída no me había causado daño, comprobado lo cual, nos pusimos, por indicación de Cavor, a buscar con la mirada un lugar al que me fuera posible saltar otra vez, sin peligro y fácilmente. Elegimos una meseta de roca, situada a unas diez yardas y separada de nosotros por un bosquecillo de espigas de color aceitunado.

- ¡Imagínese usted que la meseta está aquí!- me dijo Cavor, que asumía la actitud de un maestro, y me señaló un punto a unos cuatro pies de las puntas de mis zapatos.

Salté, y caí bien, y debo confesar que sentí cierta satisfacción al ver que Cavor se quedaba corto, un pie, más o menos, y probaba los pinchazos de las espinas.

- Hay que tener cuidado ¿lo ve usted?- me dijo, arrancándose las espinas, y con eso cesó de ser mi Mentor para ser mi compañero de aprendizaje en el arte de la locomoción lunar.

Escogimos otro salto, más fácil aún, y después saltamos otra vez al punto de partida, y del uno al otro varias veces, acostumbrando así nuestros músculos al nuevo ambiente. Nunca habría creído, a no haberlo experimentado por mí mismo, que nuestra adaptación sería tan rápida: en un tiempo verdaderamente muy corto, en menos de treinta saltos, pudimos calcular el esfuerzo necesario para una distancia, casi con la seguridad que habríamos tenido en la tierra.

Y durante todo ese tiempo, las plantas lunares crecían en torno nuestro, a cada momento más altas, mas tupidas y más enredadas, a cada instante más gruesas y firmes; plantas espigosas, racimos verdes de cactus, plantas fungosas, carnosas, liquinosas de extrañas radiaciones y sinuosas formas; pero estabamos tan absortos en nuestros saltos, que durante un rato no observamos su incesante expansión.

Una extraordinaria exaltación se había apoderado de nosotros, creo que, en parte, por nuestro sentimiento de libertad fuera del recinto de la esfera, pero principalmente, sin duda, por la suavidad tenue, del aire que, estoy seguro de ello, contenía una proporción de oxígeno mucho mayor que nuestra atmósfera terrestre. A despecho de las extrañas condiciones del medio en que nos encontrábamos, yo me sentía tan dispuesto a las aventuras y a osarlo todo, como un muchacho que se ve por primura vez entre montañas, y no creo que a ninguno de los dos se nos ocurriera, aunque nos hallábamos cara a cara con lo desconocido, sentir miedo en demasía.

Un espíritu de empresa nos aguijoneaba. Escogimos un cerro liquinoso, situado como a quince yardas de nosotros, y fuimos a posarnos limpiamente en su cumbre, el uno tras del otro.

- ¡Bueno!- nos gritamos mutuamente.

- ¡Bueno!

Y Cavor dio tres pasos y saltó hacia un tentador banco de nieve que quedaba a veinte o más yardas de nuestro cerro. Yo me quede un

momento inmóvil, divertido con el grotesco efecto de su ascendente figura, con su gorra sucia de cricket, sus cabellos tiesos, su cuerpecito redondo, sus brazos, y sus piernas forradas en unos calzones cortos, encogidos y apretados, como agarrándose al espacio en aquel panorama lunar. Un acceso de risa se apoderó de mí, y en seguida me lancé tras de él... ¡Plum! Caí a su lado.

Dimos unos cuantos pasos de Gargantúa, saltamos dos o tres veces más, y nos sentamos por último en un recodo cubierto de liquen. Nos dolían los pulmones. Durante un rato quedamos oprimiéndonos los costados y tratando de recuperar el aliento, el uno contemplando al otro. Cavor jadeó algo sobre "asombrosas sensaciones," y en ese momento me vino a la cabeza una idea, al principio no como un pensamiento particularmente aterrador, sino sólo como una pregunta que surgía naturalmente de nuestra situación.

- A propósito - dije:- ¿dónde está exactamente, la esfera?

Cavor me miró.

- ¿Eh?

El significado completo de la cuestión invadió agudamente mi cerebro.

- ¡Cavor!- grité poniéndole una mano en el brazo:- ¿dónde está la esfera?

X
PERDIDOS EN LA LUNA

El rostro de Cavor expresó algo parecido al pánico.

Mi compañero se puso de pie y miró en torno suyo por la hierba que nos rodeaba, que en algunos puntos se alzaba casi a la altura de nuestras cabezas, estirándose rápidamente, en una fiebre de crecimiento. Se puso la mano en los labios con ademán de duda, y en seguida habló, pero con una repentina falta de seguridad:

-Creo - dijo lentamente, - que la dejamos allí... por allá...

Señalaba con un dedo vacilante, que describía un arco al buscar el punto en que podía estar la esfera.

-No estoy seguro... - y su consternación aumentaba.- De todos modos no tenemos por qué tener miedo.

Y fijó los ojos en mí.

Yo también me había levantado. Los dos hacíamos ademanes sin sentido alguno, nuestros ojos escudriñaban la vegetación que crecía y se espesaba a nuestro derredor.

En todo lo que la vista abarcaba de las vertientes y mesetas bañadas de sol, subían y subían las tiesas espigas, los hinchados cactus, los trepadores líquenes, y doquiera que continuaba la sombra, quedaba también la nieve. Al Norte, al Sur, al Este, al Oeste, se extendía una idéntica monotonía de formas extrañas para nosotros.

Y en algún lugar de por allí, sepultada en aquella enmarañada confusión estaba nuestra esfera, nuestro hogar, nuestro único recurso, nuestra sola esperanza de escaparnos del fantástico desierto, lleno de efímera vida vegetal, a que tan inconsideradamente nos habíamos lanzado.

- Creo, pensándolo bien - dijo Cavor señalando de improviso en una dirección,- que debe estar allí.

- ¡No!- contesté.- Hemos venido a dar aquí haciendo una curva. ¡Vea usted! Esa es la huella de mis pies: claro está que la esfera debe hallarse mucho más al Este, mucho más. ¡No! debe estar por allá.

-Yo *creo* - dijo Cavor,- que he tenido continuamente el sol a la derecha.

- A mí *me parece* - replique,- que a cada salto que daba, mi sombra volaba delante de mí.

Nos miramos uno a otro en los ojos. El área del cráter había llegado a ser enormemente vasta en nuestras imaginaciones, la creciente vegetación se había convertido ya en una selva impenetrable.

- ¡Cielos! ¡Qué tontos hemos sido!

- Es evidente - contestó Cavor,- que necesitamos encontrar la esfera, y pronto. El calor del sol aumenta cada vez más, ya nos habría hecho caer desmayados si no fuera por la sequedad de la atmósfera. Y... tengo, hambre.

Yo lo miré con espanto. Hasta ese momento no había pensado en aquella faz de la cuestión, pero instantáneamente me asaltó la misma necesidad en la forma de un gran ahuecamiento del estómago.

- Sí - dije, con énfasis;- yo también tengo hambre.

Cavor se irguió con una expresión de enérgica decisión.

- Tenemos que encontrar la esfera - dijo.

Con tanta calma cuanta era posible escudriñamos los interminables arrecifes y montículos que formaban el suelo del cráter, pesando ambos en silencio nuestras probabilidades de encontrar la esfera antes de que nos vencieran el calor y el hambre.

- No puede estar a más de cincuenta yardas de aquí - dijo Cavor, con indecisos ademanes - Se trata únicamente de buscar y buscar en este radio hasta hallarla.

- Eso es todo lo que podemos hacer - dije, pero sin el menor entusiasmo por la caza que íbamos a comenzar.- ¡Ojalá no crecieran tan rápidamente estas malditas espigas!

- Eso digo yo - replicó Cavor;- pero la esfera quedó sobre un montón de *nieve.*

Miré en torno, con la vana esperanza de reconocer algún picacho o grupo de rocas cerca del cual hubiera estado la esfera; pero por todas partes se vela la misma semejanza confusa, los mismos expansivos matorrales, los hinchados cactus, los blancos montones de nieve que segura, inevitablemente, se iban derritiendo. El sol quemaba, nos abrumaba, y la debilidad producida por una hambre intempestiva, se mezclaba con nuestra infinita perplejidad. Y todavía estábamos allí, confundidos y perdidos entre aquellas cosas tan sin precedente en nuestra vida, cuando oímos por primera vez en la luna un sonido diferente del movimiento de las crecientes plantas, del débil susurrar del viento, o de los ruidos que nosotros hacíamos.

¡Bum!... Bum!... ¡Bum!...

Aquel sonido se oía bajo nuestros pies, brotaba de la tierra. Nos parecía oír con los pies tanto como con los oídos. Su sorda repercusión llegaba amortiguada por la distancia, aumentada por la dura calidad de la substancia intermediaria. No puedo imaginarme, sonido alguno que hubiera podido asombrarnos más, o cambiar más completamente la condición de las cosas que nos rodeaban, pues aquel ruido hondo, bajo y persistente, parecía no poder ser otra cosa que las campanadas de algún gigantesco reloj enterrado.

¡Bum!... ¡ Bum! ... ¡Bum!...

Sonido sugerente de tranquilos claustros, de noches de insomnio en grandes ciudades, de vigilias y de la hora esperada, de todo lo que es ordenado y metódico en la vida, resonando, impresionante y misterioso, en aquel fantástico desierto. A la vista nada había cambiado: el triste mar de matorrales y cactus se mecía silenciosamente bajo el impulso del viento que llegaba sin interrupción y recto desde las distantes paredes del cráter; el firmamento tranquilo, obscuro, continuaba vacío sobre nuestras cabezas; el sol se elevaba, ardiente, y por entre todo aquello, una advertencia, una amenaza, surgía junto con el enigmático sonido.

¡Bum!... ¡ Bum! ... ¡Bum!...

Ambos empezamos a dirigirnos preguntas el uno al otro, en voz débil, casi extinguida.

- ¿Un reloj?

- ¡Parece un reloj!

- ¿Qué es?

- ¿Qué puede ser?

- Contemos - propuso Cavor; pero era tarde, pues apenas hubo pronunciado esta palabra, el sonido cesó.

El silencio, el rítmico desconsuelo del silencio, fue para nosotros un nuevo choque. Durante un momento podíamos dudar de si habíamos oído tal sonido, ¡y también de si no continuaba todavía! ¡Había oído yo algún sonido?

Sentí la presión de la mano de Cavor en el brazo, y oí su voz. Hablaba quedo, como si temiera despertar algo que estuviera dormido allí cerca.

- Mantengámonos juntos - murmuró,- y busquemos la esfera. Tenemos que volver a la esfera. Eso es lo primero en que debemos pensar.

- ¿Por que lado iremos?

Mi pregunta le hizo vacilar. Una intensa persuasión de presencias, de cosas que no veíamos en torno nuestro, cerca de nosotros, dominaba en nuestros cerebros. ¿Qué podían ser esas cosas? ¿Dónde podían estar? ¿Era aquel árido desierto, alternativamente helado y calcinado, sólo la cubierta exterior, la máscara de algún mundo subterraneo? Y si así era, ¿qué clase de mundo sería aquel? ¿Qué clase de habitantes eran los que podían en ese mismo instante surgir a nuestro alrededor?

Y de repente, atravesando el doloroso silencio, tan vívido y repentino como un inesperado trueno, resonó un chasquido estrepitoso, como si se hubieran abierto de golpe unas grandes puertas de metal.

Aquel ruido detuvo nuestros pasos. Nos quedamos parados, jadeantes y abrumados. Cavor se deslizó hasta tocarme.

- ¡No entiendo! - susurró junto a mi cara.

Blandía el brazo vagamente hacia el cielo, vaga sugestión de pensamientos aún más vagos.

- ¡Un escondrijo! Si algo viene...

Miré en torno nuestro, y con un movimiento de cabeza asentí a lo que decía.

Echamos a andar, moviéndonos lentamente, con las más exageradas precauciones para no hacer ruido. Nos dirigimos a un bosquecillo espeso. Un estrépito como el de grandes martillos que golpearan en una caldera, nos hizo apresurar el paso.

- Arrastrémonos – susurró Cavor.

Las hojas más bajas de las plantas - bayonetas, ya cubiertas por la sombra de otras nuevas que habían brotado arriba, comenzaban a marchitarse y encogerse, lo que nos permitió abrirnos paso por entre la tupida maleza sin sufrir ningún daño serio: un pinchazo en la cara o en el brazo no nos importaba. En el centro del bosquecillo me detuve y miré jadeante la cara de Cavor.

- Subterráneo - murmuró éste.- Abajo.

- Pueden venir arriba.

- ¡Tenemos que encontrar la esfera!

- Sí - dije yo;- pero ¿ cómo?

- Avancemos así, arrastrándonos, hasta que demos con ella.

- Pero, ¿ y si no la hallamos?

- Nos mantendremos escondidos. Vemos que cosa es...

- No nos apartemos - dije.

Cavor reflexionaba.

- ¿Por qué lado iremos?

- Confiémonos a la casualidad.

Escudriñamos con la vista por un lado y otro. Después, con mucha circunspección, empezamos a arrastrarnos a través de la selva recién formada, describiendo, tanto como podíamos trazarlo, un circuito; deteniéndonos a cada movimiento de una rama, a cada sonido, con la atención siempre fija en la esfera de la que tan tontamente habíamos salido. De rato en rato seguían llegando hasta nosotros, de

abajo de la tierra, rumores de golpes, de choques, de sonidos mecánicos, extraños, inexplicables, y también de vez en cuando creíamos oír algo, un débil arrastrar tumultuoso, que nos llegaba por el aire. Atemorizados como estábamos, no intentamos siquiera buscar un punto culminante para desde allí observar lo que pasara en toda la superficie del cráter. El tiempo transcurría, y nada veíamos de los seres cuyos ruidos nos llegaban tan abundantes y persistentes, y a no haber sido por la debilidad que nos causaba el hambre y por la sed que nos secaba la garganta, aquella marcha a gatas en que estábamos empeñados habría tenido el carácter de un sueño muy vívido, tan absolutamente ajeno a la realidad era. El único elemento con algo de real eran los ruidos.

- ¡Figuráoslo! En nuestro derredor aquella selva de un país de sueños, con sus silenciosas hojas - bayonetas apuntando por sobre nuestras cabezas, y los líquenes silenciosos, animados, dorados a trechos por el sol, bajo nuestras manos y rodillas, agitándose con el vigor de su crecimiento, como se agita una alfombra cuando el viento entra por debajo. De vez en cuando, uno de los hinchados capullos, abriéndose y extendiéndose al calor del sol parecía estallar sobre nosotros.

De rato en rato, alguna nueva forma, de color vivísimo, llenaba un espacio entre las hojas. Las células de que brotaban esas plantas no eran mayores que mi dedo pulgar, y parecían globitos de vidrio pintado. Y todas esas cosas estaban saturadas del implacable fulgor del sol, nosotros las veíamos desde abajo sobre el fondo de un cielo azul negruzco, tachonado aún, no obstante el sol, por unas cuantas, estrellas. ¡Extraño, todo extraño! Las nuevas formas y la materia de las piedras; eran extrañas. Todo era extraño: las sensaciones de nuestros cuerpos no tenían precedente, cada movimiento terminaba en una sorpresa. La respiración salía reducida, adelgazada, por la seca garganta; la sangre corría por los vasos de los oídos en palpitante marea, tud, tud, tud...

Y de rato en rato nos llegaban ráfagas de estruendos, de martillazos, el resonar de maquinarias en marcha, y por último, oímos... ¡mugidos de grandes bestias!

XI
EL PASTO DE LA RES LUNAR

Así, nosotros, pobres seres terrestres, perdidos en aquella selva lunar, nos arrastrábamos aterrorizados al oír aquel nuevo y estupendo ruido; huíamos a gatas desde mucho antes de que viéramos al primer selenita o a la primera res lunar, aunque los bramidos de ésta, sus sonoros gruñidos, se acercaban continuamente a nosotros. Huíamos arrastrándonos por pedregosos barrancos, por nevadas faldas, por entre hongos que reventaban como globos de papel al contacto de nuestra mano, y vertían un líquido acuoso, y a ratos corríamos en cuatro pies por sobre un pavimento perfecto, como una lisa plataforma de jugar a la pelota, siempre bajo la interminable maraña de la creciente hierba. Y nuestros ojos buscaban incesablemente, cada vez con menos esperanza, nuestra abandonada esfera. El ruido producido por las reses era a ratos un bramido vasto, claro, parecido al de la vaca terrestre, otros ratos se elevaba a un mugido que parecía denotar asombro y furor, y de nuevo volvía a oír un rumor como el que produce un animal corpulento al romper las malezas en su marcha por el bosque; se habría dicho que las invisibles bestias tenían igual necesidad de bramar que de comer.

La primera vista que tuvimos de ellas fue ojeada transitoria, poco propicia a la observación, pero no por ser incompleta nos perturbó menos. Cavor, que se arrastraba delante de mi, fue el primero en notar su proximidad. Se detuvo de golpe, y con un ademán hizo que yo también me quedara inmóvil.

El estrépito de un romper y aplastar de hierbas y plantas avanzaba directamente hacia nosotros, y de repente, cuando nos acercábamos el uno al otro y tratábamos de calcular la distancia y dirección de aquel ruido, oímos detrás de nosotros un aterrador mugido, tan cercano y tan vehemente, que las puntas de las plantas - bayonetas se incli-

naron ante aquel soplo, y nosotros sentimos su calor y humedad. Nos volvimos, y pudimos ver por entre una multitud de espigas enmarañadas, los lustrosos costados de la res y la larga línea de su lomo destacándose sobre el fondo del cielo.

Por supuesto que para mí es ahora difícil decir todo lo que vi en ese, momento, porque mis impresiones de entonces han sido corregidas por observaciones posteriores. La primera de todas las impresiones fue el enorme tamaño de la bestia. La circunferencia de su cuerpo era de unos ochenta pies y su largo de doscientos quizás. Sus costados se levantaban y caían, bajo el impulso de su fatigosa respiración. Noté que su gigantesco y flojo cuerpo se extendía por el suelo, y que su piel era de un color blanco sucio, que se obscurecía hacia la parte superior del lomo. Pero de sus pies nada vimos. Creo que también alcanzamos a ver entonces, por lo menos, el perfil de la cabeza casi sin cerebro, con su cuello relleno de gordura, su puntiagudo, omnívoro hocico, las pequeñas ventanas de la nariz, y sus ojos herméticamente cerrado (pues la res lunar cierra invariablemente los ojos en presencia del sol). Pudimos igualmente ver unas vastas encías rojas al abrirse la boca para balar y mugir nuevamente; una bocanada de su aliento nos envolvió, y después el monstruo se balanceó como un buque, avanzó como en una bordada, pegado al suelo, arrastrando su dura piel, volvió a balancearse, y así pasó entre corriendo y arrastrándose a nuestro lado, abriendo un surco de hierba aplastada: el denso entrelazamiento de las ramas le ocultó pronto de nuestra vista. Otra apareció más distante, y luego, otra, y después, como si fuera el pastor que condujera al pasto a aquellas animadas moles de carne, un selenita surgió momentáneamente a nuestra vista. Mi mano que reposaba en el pie de Cavor, lo apretó convulsivamente al ver esa aparición, y los dos nos quedamos inmóviles, mirando en la misma dirección, hasta mucho después que hubo pasado.

En contraste con las reses lunares, el selenita parecía un ser trivial, una simple hormiga, no mayor de cinco pies de alto. Iba vestido con ropas de una materia que parecía cuero, de modo que ninguna

parte de su cuerpo estaba visible circunstancia (la del traje) que, por supuesto, ig-norábamos entonces. Se nos apareció, pues, como un compacto animal cerdoso, que tenía muchas de las condiciones de un complicado, insecto, con unos tentáculos que parecían látigos y un resonante brazo que surgía del reluciente y cilíndrico forro de su cuerpo. La forma de su cabeza estaba oculta por un enorme yelmo con muchas puntas - después descubrirnos que estas puntas eran para aguijonear a las bestias rehacias),- y un par de anteojos de vidrios ahumados, puestos muy a los lados, daban una apariencia de botón al aparato metálico que le cubría la cara. Sus brazos no se extendían más allá del forro del cuerpo, sus piernas eran cortas y, aunque envueltas en gruesas telas, parecían a nuestros terrestres ojos extraordinariamente delgadas. Los muslos eran muy cortos, las tibias muy largas, y los pies muy pequeños.

No obstante lo pesados que parecían sus vestidos, avanzaba con unos pases que, desde el punto de vista terrestre, habrían sido enormes trancos, y su brazo resonante trabajaba mucho. La forma de su andar durante el instante en que pasó al alcance de nuestros ojos, denotaba prisa y algo de enojo, y poco después de haberle perdido de vista, oímos el bramido de la res convertirse bruscamente en un chillido agudo y corto, seguido por el fragor de su correr acelerado. Y gradualmente se alejó el bramido, hasta que cesó del todo, como si el animal hubiera llegado al buscado pasto.

Escuchamos. Durante un rato, el mundo lunar estuvo silencioso; pero pasaron algunos momentos antes de que reanudáramos nuestra peregrinación a gatas para descubrir la perdida esfera.

La segunda vez que vimos reses, se hallaban éstas a alguna distancia de nosotros, entre un montón de rocas. Las superficies menos verticales de las rocas estaban cubiertas de una planta verde manchada, que crecía en ramos densos, musgosos, en les cuales ramoneaban los animales. Al verlos nos detuvimos en el borde de dos peñascos por entre los cuales nos arrastrábamos, los contemplamos, y miramos a un lado y otro, tratando de descubrir nuevamente a algún selenita. Los

animales estaban echados sobre el pasto como estupendos fardos de una masa grasienta, y comían voraz, ruidosamente, con avidez gruñona. Parecían monstruos formados todos de gordura, corpulentos y pesados hasta el extremo de que, comparado con uno de ellos, el buey más gordo de Inglaterra parecería un modelo de agilidad. Sus hocicos glotones, elconstante movimiento de sus mandíbulas, sus ojos cerrados, junto con el hambriento sonido de su masticación, producían un efecto de gozo animal, estimulante en grado singular pana nuestros vacíos estómagos.

- ¡Puercos!- dijo Cavor, con vehemencia inusitada - ¡Puercos asquerosos!

Y después de lanzarles una mirada de colérica envidia, se arrastró por entre las malezas, alejándose hacia la derecha. Yo me quedé el tiempo suficiente para convencerme de que la manchada planta era inservible como alimento humano, y luego me arrastré tras de él, con una ramita de la misma planta entre los dientes.

En seguida nos detuvo de nuevo la proximidad de un selenita, y aquella vez pudimos observarle mejor. Dímonos cuenta, entonces, de que lo que cubría al selenita eran en realidad telas tejidas, y no una especie de cáscara de crustáceo. Se asemejaba bastante en su traje al primero que habíamos visto, salvo unas como puntas de tacos de billar que lo salían del cuello. Estaba en un promontorio de roca, y movía la cabeza a un lado a otro, como si examinara el cráter. Nosotros nos quedamos echados y quietos, temerosos de llamar su atención si nos movíamos. Al cabo de un rato, descendió del promontorio y se alejó.

A poco nos encontramos con otro rebaño de reses que subían una cuesta, mugiendo, y después pasamos por un lugar lleno de ruidos, ruidos de una maquinaria en movimiento, como si allí, cerca de la superficie, hubiera un vasto taller. Y todavía nos envolvían esos ruidos, cuando llegamos a un gran espacio abierto, que tendría unas doscientas yardas de diámetro, y perfectamente plano. Excepción hecha de algunos líquenes que avanzaban de los lados, aquel espacio estaba desnudo, y su superficie polvorienta era de un color amarillento. Tenía

miedo de cruzar aquel espacio, pero como presentaba menos obstáculos que la maleza para nuestra marcha a gatas, descendimos a él y empezamos con mucha cautela a deslizarnos por su orilla.

Durante cortos momentos cesaron los ruidos de abajo, y todo, salvo el débil movimiento de la creciente vegetación, quedó en completo silencio. Después, bruscamente, empezó un estruendo más fuerte, más activo, más cercano que ninguno de los que habíamos oído antes. Positivamente salía de abajo. Con movimiento instintivo nos aplastamos contra el suelo, lo más pegados a él que pudimos, y listos para saltar a la espesura cercana. Cada golpe y cada sacudida parecía vibrar a través de nuestros cuerpos. Aquel golpear y sacudir creció más cada vez, y la irregular vibración aumentó hasta que la luna entera parecía estremecerse y latir.

- Retirémonos - murmuró Cavor: - y yo me di vuelta hacia los matorrales.

En aquel instante sonó un estrépito como un cañonazo, sucedió una cosa cuyo recuerdo me persigue hasta hoy mismo en mis sueños. Había vuelto la cabeza para ver la cara de Cavor, y al hacerlo avancé la mano hacia adelante. ¡Y mi mano no encontró nada, se hundió de golpe en un agujero sin fondo!

Mi pecho dio contra algo duro, y me encontré con la barba en el borde de un insondable abismo que se había abierto repentinamente allí abajo, y con el brazo extendido, suelto en el vacío. Toda aquella área circular y plana no era más que una gigantesca tapa, que en aquel momento iba deslizándose de la enorme abertura que cubría, y entrando en una ranura preparada al efecto.

Si no hubiese sido por Cavor, creo que me hubiera quedado rígido, colgado en aquella orilla y mirando la obscuridad de aquel enorme pozo, hasta que por fin el borde de la ranura me hubiera empujado y lanzado al vacío. Pero Cavor no había recibido la impresión que a mí me paralizaba: cuando la tapa empezó a deslizarse, se hallaba a alguna distancia del borde, y en seguida, dándose cuenta del peligro que me amenazaba, me agarró de las piernas y me tiró hacia atrás. Me

senté vivamente, me alejé del borde arrastrándome en cuatro pies, y cuando estuve a algunos pasos de distancia del abismo, me paré de un salto y corrí tras de Cavor, atravesando la resonante, palpitante hoja de metal, que parecía deslizarse con velocidad cada vez mayor, y los matorrales situados en frente de mí se apartaban a un lado y otro cuando me metí entre ellos, tan fuerte era el viento que los impelía.

No en balde me había dado tanta prisa. La espalda de Cavor desaparecía entre el agitado bosque, y al saltar yo a la tierra firme, la monstruosa válvula acabó de cerrarse con un formidable golpe. Durante largo rato nos quedamos allí echados, temblorosos, sin osar acercarnos al pozo.

Pero, al fin, con mucha cautela y poco a poco, nos deslizamos hasta un punto desde donde podíamos atisbar abajo. Los matorrales que nos rodeaban se mecían y crujían con la fuerza de una brisa que soplaba hacia adentro del abismo. Al principio no pudimos ver mas que unas paredes lisas y verticales, que se perdían por último en unas tinieblas impenetrables. Después, muy lentamente, distinguimos unas luces muy débiles y pequeñas que andaban de aquí para, allá.

Por largo rato, aquel estupendo abismo de misterio embargó tanto nuestra atención, que hasta olvidamos nuestra esfera. A medida que nos fuimos acostumbrando a la obscuridad pudimos observar unas formas muy pequeñas, vagas, que a ratos parecían desvanecerse, moviéndose de un lado á otro, por entre aquellos minúsculos puntos luminosos. Nosotros mirábamos, asombrados e incrédulos, y comprendíamos tan poco que no hallábamos qué decir. Nada podíamos distinguir que nos sirviera de clave respecto a las vagas formas que veíamos.

- ¿Qué puede, ser eso? - pregunté,- ¿que puede ser?

- ¡Fábricas!... Los obreros viven en esas cavernas durante la noche, y salen en el día.

- ¡Cavor! – exclamé - ¿Es posible que sean... que *eso*... eso que hemos visto sea algo parecido... al hombre?

-*Eso* no era un hombre.

- ¡No nos arriesguemos! No hagamos nada hasta que hayamos encontrado la esfera.

Cavor asintió con un gruñido y se sentó. Miró un momento en torno suyo suspiró e indicó una dirección. Reanudamos la marcha por entre el bosque. Durante un rato nos arrastramos resueltamente, pero después fuimos perdiendo vigor. De repente, entre unas grandes formas de un rojo desteñido, resonó ruido de carreras y gritos en torno nuestro; pero nada vimos. Traté de susurrar a Cavor que me iba a ser difícil continuar mucho tiempo sin comer, pero la boca se me había secado demasiado para permitirme hacerlo...

- Cavor - dije por fin,- necesito comer.

Mi amigo volvió hacia mí una cara llena de desaliento.

- Estamos en el caso de sacar fuerzas de flaqueza - dijo.

- Pero ya *no* puedo más – le contesté - ¡y mire usted mis labios!

- Yo tengo sed hace tiempo.

- ¡Si todavía hubiera nieve!

- ¡Toda se ha derretido! Pasamos del ártico a los trópicos con una velocidad de un grado por minuto...

Yo alcé la mano con desesperación.

- ¡La esfera! - dijo Cavor. - No nos queda más recurso que la esfera.

Nos levantarnos otra vez en cuatro pies, y empezamos a arrastrarnos de nuevo. Mi pensamiento divagaba exclusivamente sobre cosas líquidas, sobre la efervescencia y abundancia de las bebidas de verano: cerveza era lo que más particularmente ansiaba. Me perseguía la imagen de un barril de dieciocho galones que había quedado abandonado en la cueva de mi casita de Lympne. En seguida pensaba en la contigua despensa, y especialmente en los pasteles de carne y riñones: carne tierna y muchos riñones, y entre una y otros una salsa sabrosa, espesa. A cada instante, mi boca se abría dando hambrientos bostezos.

Llegamos a unos terrenos planos, cubiertos de unas cosas carnosas y rojas, monstruosos brotes coralinos: al empujarlos, se apartaban y rompían. Observé la calidad de las superficies rotas. La maldita cosa

convidaba, ciertamente, a morder sus tejidas carnes. Luego, me pareció que olía bastante bien.

Recogí un pedazo y lo olí.

- Cavor - dije, con voz ronca y baja.

Mi compañero me miró con cara severa.

- No haga usted tal cosa - me dijo.

Yo solté el trozo de planta, y por un buen rato seguimos arrastrándonos entre aquellas atractivas carnosidades.

- Cavor - pregunté:- ¿ por qué *no*?

- Veneno - le oí decir.

Pero no volvió la cabeza para decirlo.

Nos arrastramos un rato más, antes de que yo me decidiera.

- Voy a probarlo - dije.

Cavor hizo un tardío ademán para impedírmelo. Yo tenía ya la boca llena. Acurrucado, Cavor espiaba mi cara, con la suya contraída por la más singular expresión.

- Es bueno - dije.

- ¡Oh, Señor! - exclamó.

Me miraba mascar, y la cara se le arrugaba, ya con expresión de deseo, ya de desaprobación, hasta que, de repente, sucumbió por fin al apetito, y empezó a arrancar enormes bocados.

Durante un buen rato no hicimos otra cosa que comer.

Aquello no se diferenciaba mucho del hongo terrestre, pero sus tejidos eran más flojos, y al pasar por la garganta la calentaban. Al principio sentimos sólo una satisfacción mecánica; después, la sangre empezó a circular con mayor calor en nuestras venas, una picazón nos palpitaba en los labios y en las puntas de los dedos, y por último, ideas nuevas y estrambóticas acudieron en tropel a nuestra mente.

- ¡Bueno! - exclamaba yo. - ¡Infernalmente bueno! ¡Qué refugio para nuestra población excedente! ¡Para nuestra pobre población sobrante!

Y arranqué otro gran puñado.

Me llenaba de una satisfacción curiosamente benévola la idea de que en la luna hubiese un alimento tan bueno. La disminución de mi hambre me hacía entrar en un irracional bienestar. El miedo, la inquietud en que había vivido hasta aquel momento, se desvanecieron completamente. Consideraba la luna, no ya como un planeta del que deseara escapar a todo trance, sino como un posible refugio para los desheredados de la tierra. Creo que olvidé a los selenitas, las reses lunares, la tapa metálica, y todos los ruidos, y que los olvidé completamente, tan pronto como hube comido aquellos hongos.

Cavor contestó a la tercera repetición de mis ideas sobre la "población excedente," con idénticas palabras de aprobación. Yo sentía que la cabeza me daba vueltas, pero lo atribuí al estimulante efecto del alimento después de tan largo ayuno.

- Exc... lente descubr... miento el suyo, Cavor – dije.- No lo habr... ía creído.

- ¿Qué que ... je usted de... cid? - preguntó Cavor - ¿ Descu ... br... ento de la luna... no lo ha... ía quei... do usted antes?

Lo miré, pues me llamó la atención la repentina ronquera de su voz y lo estropajoso de su pronunciación. Me asaltó como un relámpago, la idea de que probablemente estaba embriagado por los hongos y que en sus divagaciones se imaginaba haber descubierto la luna, cuando no la había descubierto: había llegado a ella, y nada más. Traté de ponerle una mano en el hombro y de explicarle esto, pero el caso era demasiado sutil para el estado en que se hallaba su cerebro, y yo, por mi parte, tropecé con inesperadas dificultades para expresarme. Después de una momentánea tentativa para entenderme - recuerdo que me preguntó si los hongos me habían puesto ha mí los ojos tan semejantes a los del pescado como a él - emitió una observación personal suya.

- Nosotros somos - anunció con un solemne hipo,- las criaturas de lo que comemos y bebemos.

Repitió esta sentencia, y como yo me hallaba en disposiciones de discutir, resolví entablar la disputa. Es probable que me apartara algo

del punto; pero, de todos modos, Cavor no atendió debidamente mis palabras. Se levantó tan firmemente cuanto pudo, apoyándose con una mano en mi cabeza para no caerse, acto por demás irrespetuoso, y se puso á mirar a todas partes, completamente libre ya de todo temor de los habitantes de la luna.

Procuré indicarle que aquello era peligroso, por alguna razón que no se me aparecía con mucha claridad; pero la palabra "peligroso" se mezcló no sé como con "indiscreto" y salió de mi boca más bien como "injurioso" que de otra manera, y yo, después de intentar desenredarlas, resumí mi argumentación dirigiéndome principalmente a los extraños, pero atentos brotes coralinos que me rodeaban. Comprendí que era necesario aclarar inmediatamente aquella confusión entre la luna y una patata... y me extravié en un largo paréntesis sobre la importancia de la exactitud de la definición en los debates. E hice lo posible por ignorar el hecho de que mis sensaciones corporales no eran ya agradables.

De alguna manera que ya he olvidado, mi mente volvió a los proyectos de colonización:

- Tenemos que anexamos la luna - dije.- No hay que perder tiempo: esta es una... parte de los dominios del hom... bre. Cavor... usted y yo somos... hic... unos... sátap... ¡quiero decir sátrapas! Un imperio en que César nunca... soñó. Se publicará en todos los pirió... dicos: Cavorecia, Bedforecia... Bedforecia... hic... limitada. Quiero decir ¡ilimitada! ¡De hecho!

Yo estaba ebrio, no cabía duda. Me engolfé en una argumentación para poner en evidencia los infinitos beneficios que nuestra llegada produciría a la luna; me enredé en una demostración, más bien difícil, de que la llegada de Colón había sido, al fin y al cabo, benéfica para América. De repente noté que había olvidado la línea de argumentación que tenía la intención de seguir, y continué repitiendo; "lo mismo que Colón," para ganar tiempo.

Desde este instante se hace confuso mi recuerdo del efecto de los abominables hongos. Tengo vaga idea de que ambos manifestamos

nuestra intención de no soportar ninguna impertinencia de ningún maldecido insecto; que convinimos en que era un oprobio para los hombres ocultarse vergonzosamente cuando estaban en un simple satélite; que nos proveímos con enormes brazadas de hongos - no sé si para que nos sirvieran de proyectiles o para otra cosa,- y, sin hacer caso de los pinchazos de las espigas-bayonetas, emprendimos la marcha, en plena luz del sol.

Debe haber sido casi inmediatamente cuando nos encontramos con los selenitas. Eran seis, y caminaban uno tras otro por un sitio rocalloso, lanzando los más raros sones, especie de lamentos mezclados con silbidos. Los seis parecieron notar en el acto nuestra presencia, los seis se callaron y se quedaron inmóviles, como si fueran de piedra, con las caras vueltas hacia nosotros.

Durante un momento, mi embriaguez se desvaneció.

- ¡Insectos! - dijo Cavor - ¡Insectos! Y piensan que voy a arrastrarme ante ellos sobre mi estómago... ¡sobre mi estómago de vertebrado!

- Estómago - repitió, lentamente, como si mascara la indignidad del acto.

Después, bruscamente, con un grito de furor, dio tres largos trancos y brincó hacia ellos; pero brincó mal, dio una serie de saltos mortales, pasó por encima de ellos, y desapareció con enorme estruendo entro las ramas de los cactus.

Cómo recibirían los selenitas esta asombrosa, y en mi concepto poco digna irrupción de otro planeta, es cosa que no tengo medios de averiguar. Me parece acordarme de haber visto sus espaldas, al correr los seis en todas direcciones; pero no estoy seguro de ello. Todos aquellos incidentes sucedidos antes de que el olvido total me invadiera, están vagos y débiles en mi mente. Sé que di un paso para seguir a Cavor, y que tropecé y caí de cabeza entre las rocas. Estoy seguro también, de que en aquel momento me sentí repentina y agudamente enfermo. Me, parece recordar una violenta lucha y que me empuñaban unas garras metálicas...

Mí recuerdo inmediato a ése es el de que nos encontramos presos en una profundidad a no sé qué distancia de la superficie de la luna: nos hallábamos en tinieblas, en medio de ruidos extraños, diversos; nuestros cuerpos estaban cubiertos de rasguños y equimosis, y ambos sentíamos agudísimo dolor de cabeza.

XII
LA CARA DEL SELENITA

Yo me desperté acurrucado en una tumultuosa obscuridad. Durante largo rato no pude comprender dónde estaba ni cómo había llegado a una posición tan embarazosa. Pensé en el armario en que me encerraban a veces, en mi niñez, y luego en un dormitorio muy obscuro y ruidoso en que había estado enfermo un tiempo. Pero los ruidos que me rodeaban no eran semejantes a ninguno de los ya conocidos, y en el aire había un leve olor, parecido al de una caballeriza. Después imaginé que todavía estábamos haciendo la esfera, y que por alguna causa, yo había entrado en la cueva de Cavor; pero me acordé de que habíamos terminado la esfera, y entonces me dije que todavía viajábamos por el espacio.

- Cavor - exclamé:- ¿no podríamos conseguir un poco de, luz?

No obtuve respuesta.

- ¡Cavor!- insistí.

Esta vez me contestó un gemido.

- ¡Mi cabeza !- le oí decir:- ¡Mi cabeza!

Yo intente apretarme con las manos la frente, que me dolía, y descubrí que estaban atadas juntas. Esto me causó viva impresión. Me llevó las manos a la boca, y sentí la fría suavidad del metal: estaban encadenadas. Quise separar las piernas, y me encontré con que estaban sujetas de la misma manera, y también que otra cadena, mucho más gruesa, atada a la cintura me sujetaba al suelo.

El espanto que sentí entonces superó a todos mis terrores de antes. Durante un rato, forcejeé silenciosamente con mis cadenas.

- ¡Cavor!- grité en tono agudo;- ¿ por qué estoy atado? ¿por qué me ha atado usted de pies y manos?

- Yo no lo he atado a usted - me contestó - Han sido los selenitas.

¡Los selenitas! Mi pensamiento estuvo fijo en aquello, largo rato. Luego, empezaron a agolparse los recuerdos a mi cerebro: el desierto nevado, la licuación del aire, el brote de las plantas, nuestros extraños saltos, nuestra excursión a gatas por entre las rocas y la vegetación del cráter: todo el desconsuelo de nuestra desesperada correría tras la inhallable esfera me volvió a la memoria... y, por último, la gran tapa del abismo que se abría!

Después me esforcé por seguir nuestros últimos actos hasta el trance en que nos hallábamos; pero aquella tensión hizo que mi dolor de cabeza llegara a ser intolerable. Mis recuerdos tropezaban con una infranqueable barrera, con un obstinado vacío.

- ¡Cavor!

- ¿Qué?

- ¿Dónde estamos?

-¿Cómo puedo saberlo?

- ¿Estamos muertos?

- ¡Qué desatino!

- ¡Nos tienen presos, entonces!

Su única respuesta fue un gruñido. Los últimos restos de la embriaguez parecían ponerle singularmente irritable.

- ¿Qué piensa usted hacer?

- ¿Cómo he de saber lo que haré?

- ¡Oh, muy bien! - dije, y guardé silencio; pero poco después, salí nuevamente de mi estupor.

- ¡Oh, Dios ! - grité :- ¡ojalá no hubiera usted soplado!

Nos sumimos otra vez en el silencio, escuchando la sorda confusión de ruidos que nos llenaban los oídos, como los amortiguados ecos de una calle o de una fábrica. Yo no podía explicarme aquello: mi pensamiento perseguía primero un ritmo y luego otro, e interrogaba en vano. Pero después de largo rato noté un elemento nuevo y más incisivo, que no se mezclaba con los demás sino que se mantenía aparte, o por decirle así, se destacaba de aquel nebuloso fondo de sonidos. Era una serie de ruidos relativamente poco definidos, golpes y roces como

los que hace un moscardón contra un vidrio o un pájaro en su jaula. Escuchábamos y tratábamos de ver, pero la obscuridad se extendía ante nuestros ojos como una cortina de terciopelo negro.

De repente, oímos otro ruido, algo como los sutiles movimientos de los resortes de una cerradura bien enaceitada, y en seguida surgió delante de mí, colgando desde lo alto en la inmensidad negra, una delgada línea clara.

- ¡Mire usted! murmuró Cavor, muy quedo.

- ¿Qué es?

- ¡No sé!

Miramos fijamente.

La delgada raya de claridad se convirtió en una faja, y cuanto más se ensanchaba más pálida era, hasta parecer una luz azulada que cayese sobre una blanqueada pared. Cesó de ser igual por sus dos lados: en uno de ellos se formó una honda endentadura. Volví la cara hacia Cavor, para hacerle observar aquello, y me sorprendí al ver una de sus orejas brillantemente iluminada... y todo el resto de su persona en la sombra. Volví aún más la cabeza, tanto como me lo permitían mis cadenas, y:

- ¡Cavor!- exclamé:- ¡Allí detrás está!

Su oreja desapareció... ¡y en su lugar apareció un ojo!

De improviso, la rendija que dejaba penetrar la luz se ensanchó, y vimos que era una puerta que se abría: atrás un fondo color de zafiro, y en el umbral, destacándose sobre aquel resplandor, una grotesca silueta.

Ambos hicimos esfuerzos para darnos vuelta, y, cuando vimos que eran inútiles, nos quedamos sentados, mirando aquello por encima del hombro. Según mi primera impresión lo que teníamos a la vista era un enorme cuadrúpedo con la cabeza baja. Después distinguí el cuerpo de un selenita, flaco, enjuto, con las piernas cortas y extremadamente secas, fajadas de arriba abajo, y la cabeza metida entre los hombros. No tenía el yelmo ni el forro exterior del cuerpo, que habíamos visto a los de afuera.

Tal como estaba allí, era un bulto negro de la cabeza a los pies; pero, instintivamente, nuestras imaginaciones proveyeron de facciones a su muy humana silueta. Yo, por lo menos, me lo describí algo jorobado, de frente espaciosa y facciones largas.

Dio tres pasos adelante y luego se detuvo un rato. Parecía no producir con sus movimientos el menor ruido. Después continuó avanzando: andaba como un pájaro: sus pies caían el uno delante del otro. Salió del rayo de luz que entraba por la puerta, y pareció desvanecerse completamente en la sombra.

Durante un momento, mis ojos lo buscaron donde no estaba, hasta que por fin lo distinguí, con la cara hacia nosotros, en plena luz. ¡Pero lo que no estaban eran las facciones humanas que yo le había atribuido! La parte delantera de su cara era una hendidura, una grieta.

Por supuesto que debí esperarlo; pero el hecho es que no lo esperaba. La verdad me sobrecogió, y por un momento me abrumó. Aquello parecía no ser una cara, sino una marca, un horror, una deformidad que de un momento a otro quedaría borrada o explicada.

Era más bien una celada con la visera baja... Pero no me es posible explicar semejante cosa. ¿Han visto ustedes la cara de un insecto, enormemente aumentada por el microscopio? No había allí nariz ni expresión, todo era terso y duro, o invariable, con ojos abofellados, puestos a un lado y otro: yo al ver la silueta había creído que eran las orejas... He tratado de dibujar una de esas caras, pero no me ha sido posible conseguirlo. Lo único que puedo establecer es su horrible falta de expresión o, mejor dicho, su horrible falta de cambio de expresión. Cada cabeza y cada cara que uno encuentra en la tierra, varia de expresión a menudo, pero aquella parecía apuntada fijamente por una máquina.

Allí estaba *eso* mirándonos fijamente.

Pero cuando digo que había en su cara una falta de cambio de expresión, no quiero decir que no hubiese en ella una especie de expresión fija, así como hay siempre una expresión fija en una espuerta de carbón, o en un tejadillo de chimenea, o en uno de esos tubos de

ventilación que se alzan en las cubiertas de los vapores. Había una boca encorvada hacia abajo, como una boca humana en una cara que mira ferozmente.

El cuello en que estaba colocada la cabeza tenía tres coyunturas, casi como las de las patas del cangrejo. Las articulaciones de las piernas no estaban a la vista, porque las ocultaba la especie de vendaje ajustado a los miembros, y que era el único vestido que aquel ser llevaba.

En ese momento lo único que embargaba mi mente era la insensata imposibilidad de que semejante ser existiese. Supongo que él también estaba maravillado, y con más razón, quizás, que nosotros para asombrarse; pero había una diferencia, y era que el maldito individuo no lo demostraba. Nosotros sabíamos, por lo menos, lo que había producido aquel encuentro de incompatibles seres; pero imagínense ustedes lo que habría sido, para unos decentes londinenses, por ejemplo, el hallar un día un par de cosas vivientes, tan grandes como los hombres y absolutamente distintos de cualquier otro animal terrestre, yendo y viniendo por entre los carneros de Hyde Park!

Para él, la sorpresa debe haber sido igual.

¡Háganse ustedes una idea de cómo estábamos nosotros! Atados de pies y manos, extenuados y sucios, con la barba de dos pulgadas de largo y la cara llena de rasguños y ensangrentada. A Cavor deben ustedes imaginárselo con su calzón corto (desgarrado en varias partes por las espigas-bayonetas), su camisa Jaeger y su vieja gorra de cricket, con los tiesos cabellos en desorden, y un mechón apuntando a cada uno de los puntos cardinales. En aquella luz azul su cara no aparecía roja sino muy morena; sus labios y la sangre ya seca que le manchaba las manos parecían negros. Yo estaba, si posible era, en peor condición que él, a causa de los hongos amarillos entre los cuales había saltado. Nuestros sacos hallábanse desabotonados, y nuestros zapatos, que a ambos habían sido quitados, yacían a nuestros pies. Y los dos estábamos sentados con las espaldas vueltas hacia la curiosa luz

azulada, mirando a un monstruo tal que solo Durero podría haberlo inventado.

Cavor rompió el silencio, empezó hablar, emitió unos sonidos roncos, y se limpió el pecho. Afuera comenzó un terrible bramar, como si alguna res lunar estuviera furiosa. El bramido terminó en un alarido, y todo volvió al silencio.

Entonces el selenita se dio vuelta, avanzó por entre la sombra, se quedó parado un momento en el umbral con la cara hacia nuestro lado, luego cerró la puerta, y otra vez nos hallamos en el rumoroso misterio de la obscuridad en que nos habíamos despertado.

XIII
EL SEÑOR CAVOR HACE ALGUNAS OBSERVACIONES

Durante largo rato, ni él ni yo hablamos. Poner en orden todos los contratiempos que nos habíamos acarreado me parecía fuera de mis alcances intelectuales.

- Estamos en su poder - dije, por fin.

- Por culpa de los hongos.

- Pues si no los hubiéramos comido, nos habríamos desmayado, habríamos muerto de hambre.

- Podríamos haber encontrado la esfera.

Yo perdí la calma ante su persistencia, y comencé a lanzar imprecaciones *in pectore*.

Por un rato, nos odiamos mutuamente en silencio. Yo tamborileaba con los dedos el suelo entre las rodillas, y restregaba uno con otro los eslabones de mis cadenas. Al cabo de un momento me vi forzado a hablar otra vez.

- Sea como sea - pregunté humildemente,- ¿qué piensa usted de todo esto?

- Son criaturas racionales... capaces de hacer muchas cosas. Esas luces que vemos...

Se calló. Era evidente que no encontraba explicación para las luces.

Cuando volvió a hablar fue para confesar la verdad.

- Al fin y al cabo, son más humanos que lo que teníamos derecho a esperar. Supongo...

Se detuvo. Aquellas pausas me irritaban.

- ¿Qué?

- Supongo que, de todos modos... en cualquier planeta donde haya un animal inteligente, éste llevará su caja craneana arriba, y tendrá manos y, andará derecho...

Al llegar a este punto se interrumpió para tomar otra dirección.

- Estamos muy adentro – dijo; - quiero decir... tal vez a un par de mil pies o más.

- ¿Por qué?

- Por que hace más frío, y nuestras voces retumban mucho más. La delgadez del aire ha desaparecido totalmente, y con ella la incomodidad que sentíamos en nuestros oídos y la garganta.

Yo no lo había notado, pero entonces lo noté.

- El aire es más denso. Debemos estar a alguna profundidad... podríamos calcular hasta una milla... de la superficie de la luna.

- Nunca pensamos que hubiera un mundo dentro de la luna.

- No.

- ¿Cómo habíamos de pensarlo?

- Podríamos haberlo supuesto. Lo que sucede es... que uno se acostumbra a un radio de ideas limitado.

Reflexionó un momento.

- Ahora –dijo,- nos parece obvio. ¡Por supuesto! La luna debe ser enormemente cavernosa, tener una atmósfera interior, y en el centro de las cavernas un mar. Sabíamos que la luna tenía una gravitación específica menor que la de la tierra; sabíamos que afuera tenía poco aire y poca agua; sabíamos, también, que era un planeta hermano de la tierra y que era inadmisible la idea de que su composición fuera diferente de la de nuestro planeta. La deducción de que estaba agujereada, era tan clara como el día; y sin embargo, nunca habíamos percibido todo esto como un hecho. Keplero, por supuesto. ..

Su voz había adquirido el tono de la del hombre que, en una demostración, ha descubierto una hermosa fuente de razonamientos.

- Sí - dijo;- Keplero, con sus “subvolcani” tenía razón, al fin y al cabo.

- Ojalá se hubiera usted tomado la molestia de descubrir eso antes de que viniéramos - dije.

Nada me contestó: silbaba suavemente, para sí, mientras seguía el curso de sus pensamientos. La paciencia me iba faltando.

- ¿Qué piensa usted que ha sido de nuestra esfera, por último? - le pregunté.

- Perdida - contestó, como alguien que contesta a una pregunta sin interés.

- ¿Entre las plantas?

- A no ser que ellos la encuentren.

- ¿Y entonces?

- ¿Cómo puedo saber?

- ¡Cavor! -exclamé;- ¡lindas se van poniendo las cosas para mi sindicato! ...

El no me contestó.

- ¡Buen Dios! – continué.- ¡Si uno no piensa en toda la molestia que nos hemos tornado para venir a dar a este pozo! ¿Para qué hemos venido? ¿Qué es lo que buscamos? ¿Qué era la luna para nosotros, o nosotros para la luna? Hemos querido demasiado; hemos avanzado demasiado. Debíamos haber emprendido primero cosas pequeñas. ¡Usted fue quien propuso venir a la luna! ¡Esas celosías de Cavorita! Estoy cierto de que podíamos haberlas explotado en aplicaciones terrestres. De seguro. ¿Comprendió usted realmente lo que yo propuse? Un cilindro de acero...

- ¡Tontería!- dijo Cavor.

La conversación cesó.

Durante un rato, Cavor se entregó a un monólogo entrecortado, sin mucha ayuda de mi parte.

- Si la encuentran - decía,- si la encuentran... ¿qué harán con ella? Esta es una pregunta que pudiera ser la pregunta capital. De todos modos, no sabrán manejarla: si comprendieran esa clase de cosas, desde hace largo tiempo habrían ido a la tierra. ¿Irían ahora? ¿Por qué no habrían de ir? Y si hubieran podido ir antes, aunque no hubieran

ido, habrían enviado algo... No habrían de desperdiciar semejante posibilidad. ¡No! Pero la examinarán. Se ve con claridad que son inteligentes o investigadores. La examinarán... entrarán en ella. .. jugarán con las celosías... ¡Y a volar!... Lo que significará para nosotros la luna, por todo el resto de nuestra vida. Extraños seres, extraños conocimientos...

- ¡Lo que es por los extraños conocimientos!... - dije; pero no pude continuar, porque las expresiones me faltaron.

- Oiga usted, Bedford - dijo Cavor:- Usted ha venido en mi expedición por su propia y libre voluntad.

- Usted me dijo: "llámelo usted viaje de exploración."

- Siempre hay riesgo en las exploraciones.

- Especialmente cuando uno va desarmado sin meditar antes, sobre todas sus posibles fases.

- ¡Yo estaba tan embebido en la esfera! El proyecto, nos asaltó y nos arrastró.

- Me asaltó a mí, querrá usted decir.

- Me asaltó a mí también, tanto como a usted. ¿Cómo iba yo a pensar, cuando me puse a trabajar en física molecular, que la cosa iba a traerme aquí, ni a un lugar que se pareciera, a éste?

- ¡Así es la maldecida ciencia! – grité - la ciencia, que es el diablo en persona. Los sacerdotes y perseguidores de la Edad Media tenían razón y nosotros, los modernos, estábamos equivocados. Toca usted la ciencia, y ella le ofrece dones: pero apenas los toma usted, lo hace a usted pedazos, de alguna manera. Viejas pasiones y nuevas armas... ¡ahora le hace perder a usted sus sentimientos religiosos; luego, sus ideas sociales, y, por último, le arroja a usted al desconsuelo, y la ruina!

- ¡Bueno, bueno! De nada serviría que se pusiera usted ahora a reñir conmigo. Estos seres, selenitas o como usted guste llamarles, nos han atado de pies y manos. Cualquiera que sea la disposición de animo con que quiera usted aceptar la situación, hay que aceptarla... Y la

experiencia de lo que nos ha pasado demuestra que necesitamos toda nuestra sangre fría.

Hizo una pausa, como si esperara mi asentimiento; pero yo me callé, malhumorado.

- ¡Maldita sea la ciencia! – dije.

- El problema es ahora: comunicación. Los ademanes temo que sean diferentes. El señalar, por ejemplo. Los únicos seres que señalan son el hombre y el mono.

El error era demasiado visible para mí.

- ¡Casi todos los animales - exclamé,- señalan con los ojos o con la nariz!

Cavor meditó acerca de ello.

- Cierto - dijo por fin;- y nosotros no. ¡Hay tales diferencias! ¡Tales diferencias! Podríamos... pero, ¿cómo me sería posible decirlo? Existe la palabra, los sonidos que ellos emiten, una especie de toque de flauta y de silbidos. No veo cómo vamos a imitar eso. ¿Será su modo de hablar? Pueden tener sentidos distintos de los nuestros, diferentes medios de comunicarse. Por supuesto: tienen un entendimiento y nosotros tenemos otro... debe haber algo de común entre ellos y nosotros. ¿Quién sabe hasta dónde es posible que lleguemos a entendernos?

- ¡No! - exclamé.- Son cosas que están fuera de toda comparación con nosotros; la diferencia entre ellos y nosotros es mayor que la que nos separa de los demás extraños animales de la tierra. Son de diferente materia. Pero ¿qué sacamos con hablar de esto?

Cavor reflexionó.

- Yo no pienso así - contestó.- Si tienen entendimiento, deben tener algo de común con nosotros, algo semejante... aun cuando se hayan desarrollado en otro planeta que el nuestro. Desde luego, si la cuestión no fuera mas que de instinto... si nosotros o ellos no fuéramos más que animales...

- Bueno; pero ellos ¿son animales? ¿de qué clase ? Más parecen hormigas paradas en dos patas que seres humanos y ¿quién ha llegado nunca a entenderse con las hormigas?

-Pero ¿y esas máquinas? ¿y esas ropas? ¡No, no estoy de acuerdo con usted, Bedford! La diferencia es grande...

-Es infranqueable.

-La semejanza nos servirá para salvarla. Recuerdo haber leído una vez un trabajo del difunto profesor Galton, sobre la posibilidad de la comunicación entre los planetas. Desgraciadamente, en aquel tiempo, no parecía probable que la teoría pudiera serme de ningún beneficio material, y temo no haberle prestado toda la atención que me habría acordado... si hubiera tenido en cuenta el actual estado de cosas. Sin embargo... veamos.

Su idea era comenzar con aquellas amplias verdades que deben existir en todas las existencias mentales concebibles, y establecer una base con ellas: los grandes principios de geometría, para empezar. Proponía tomar algunas proposiciones principales de Euclides, y mostrar, por construcción, que su verdad nos era conocida: demostrar, por ejemplo, que los ángulos de la base de un triángulo isósceles eran iguales, y que si los lados visibles son iguales, los ángulos del otro lado de la base son también iguales; o que el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados.

- Al demostrar nuestro conocimiento de esas cosas, demostraríamos nuestra posesión de una inteligencia racional... Ahora, supongamos que yo... que yo dibujara la figura geométrica con un dedo mojado, o aunque la trazara en el aire...

Se calló, y yo también, meditando sobre sus palabras.

Durante un rato, su tenaz esperanza de comunicación, de interpretación con aquellos estrambóticos seres, me dominó; pero después recuperé su imperio la colérica desesperación que era parte de mi fatiga y de mis penas físicas: con vivacidad nueva y repentina vi la extraordinaria tontería de todo cuanto había hecho.

- ¡Burro! – dije - ¡ Oh, burro, incalificable burro!... Parece que sólo existo para cometer torpezas ... ¿Por qué diablos dejamos la esfera?... ¡Para dar saltos por los cráteres de la luna, en busca de patentes

y concesiones! ... ¡Si hubiéramos tenido siquiera la sensatez de poner un pañuelo atado en un palo, que indicara el lugar en que quedaba la esfera!

Y callé furioso.

- Claro está - continuó Cavor, meditabundo - que son inteligentes. Podemos establecer hipótesis sobre ciertas cosas. Puesto que no nos han muerto en el acto, deben tener ideas de compasión. ¡Compasión! En todo caso, de moderación, quizás de sociedad. ¡Sí! Podemos entendernos. Y este departamento, y las ojeadas que nos ha echado el guardián ... ¡y estas cadenas! Un alto grado de inteligencia...

- ¡Pluguiera, al Cielo - grité,- que se nos hubiera ocurrido pensarlo dos veces antes de venir! Error sobre error: primero, mis malos negocios, y ahora, un mal negocio. Todo ha dependido de mi confianza en usted. ¿Por qué no me quedé escribiendo mi drama? De eso sí que era capaz. Ese era mi mundo y la vida para la cual estaba hecho. Ahora estaría ya terminado mi drama. Estoy cierto... de que era un buen drama. Ya tenía el escenario casi hecho. Y luego...¡Imagíneselo usted! ¡Un salto a la luna! Resultado... ¡que he tirado mi vida a la basura! La vieja de la posada de cerca de Canterbury era más sensata que yo...

Miré hacia arriba, y me interrumpí en mitad de la frase. La obscuridad había abierto paso nuevamente a la luz azulada: la puerta se abría, y varios silenciosos selenitas entraban en el cuarto. Me quedé callado y quieto, con la vista fija en sus impasibles y acartonadas caras.

Luego, de repente, mi sensación de desagradable extrañeza se convirtió en interés, pues vi que el primero y el segundo tenían en las manos unas tazas: existía, pues, por lo menos, una elemental necesidad que nuestras inteligencias y las suyas podían comprender en común. Las tazas eran de un metal que, como el de nuestras cadenas, tenía un color obscuro en aquella luz azulada: y ambas contenían una cantidad de trozos blanquízcos. Todo el sombrío dolor moral y las miserias físicas que me oprimían se agolparon en un solo punto y to-

maron la forma del hambre. Miré las tazas ávidamente y, aunque después, en mis sueños, me volvió a la mente esa circunstancia, en aquel momento me pareció cosa de poca monta el que los brazos que bajaban una de las tazas en mi dirección no terminaran en manos, sino en una especie de blanda pinza, como la extremidad de la trompa del elefante.

El contenido de la taza era flojo y de color habano claro: parecían trozos de algún batido frío, y despedían un débil olor de hongos. Por un pedazo de costillar de res lunar que vimos entonces allí, me inclino a creer que era carne de dicha res.

Mis manos estaban tan oprimidas por las cadenas, que apenas podían alcanzar a tocar la taza; pero al ver mis esfuerzos, dos de ellos aflojaron diestramente una de las vueltas de la cadena que me sujetaba la muñeca. Sus manos-tentaculos, eran suaves y frías.

Inmediatamente me llené la boca de aquel alimento: tenía la misma flojedad de tejido que todas las estructuras orgánicas parecen tener en la luna, y su sabor era como el de una "gauffre" o merengue blando, pero de ninguna manera desagradable. Tomé otros dos bocados:

- ¡Necesitaba comer!... - dije, sacando un pedazo más grande aún.

Durante un rato comimos con positiva ausencia de toda dignidad. Comimos y luego bebimos como vagabundos en una cocina caritativa. Nunca había estado antes, ni he estado después, hambriento hasta semejante extremo de voracidad, y a no ser por mi experiencia de aquel día, jamás hubiera podido creer que, a un cuarto de millón de millas de nuestro mundo, en la mayor perplejidad de alma posible, rodeados, vigilados, tocados por seres más grotescos y extrahumanos que las peores criaturas de una pesadilla, me sería posible comer con tan absoluto olvido de todo. Ellos, parados en torno nuestro, nos observaban, y de vez en cuando emitían una especie de ligera risita, que, supongo, era su manera de hablar. Ni siquiera me estremecí al sentir su contacto, y cuando el primer arranque de mi apetito se calmó, pude

notar que también Cavor había estado comiendo con el mismo impúdico abandono.

XIV
EXPERIMENTOS DE COMUNICACIÓN

Cuando por fin hubimos concluido de comer, los selenitas volvieron a encadenarnos las manos juntas, y después desataron las cadenas que nos sujetaban los pies y las ajustaron de nuevo, en forma que nos diera mayor libertad de movimiento. En seguida soltaron las cadenas que nos retenían por el cuerpo. Para hacer todo esto, tenían que manosearnos constantemente, y de rato en rato una de las grotescas cabezas se acercaba a mi cara casi hasta tocarla, o un suave tentáculo me rozaba la cabeza o el cuello. No recuerdo que su proximidad me asustara ni me repugnara. Creo que nuestro incurable antropormorfismo nos hizo imaginamos que dentro de aquellas máscaras crustáceas había cabezas humanas. Su piel, como todo lo demás, parecía azulada, pero era por la luz; era dura y lustrosa, como la del escarabajo, no suave o húmeda o peluda como sería la de un animal vertebrado. A lo largo de la cima de la cabeza veíaseles una baja cordillera de blanquizcas espinas que corrían de atrás a delante, y a cada lado otra hilera de espinas, mucho más grande, encorvada sobre los ojos. El selenita que me desató usaba la boca para ayudar a las manos.

- Parece que nos sueltan - dijo Cavor - ¡Acuérdese usted de que estamos en la luna! ¡No haga usted movimientos bruscos!

- ¿Va usted a ensayar la geometría?

-Si tengo una oportunidad; pero, por supuesto, ellos pueden hacer primero alguna indicación.

Nos quedamos quietos. Los selenitas, una vez que hubieron terminado sus arreglos, se alinearon, apartados de nosotros, y parecían mirarnos. Digo que "parecían" mirarnos, porque como tenían los ojos a los lados y no enfrente, uno tenía, para determinar la dirección en que miraban, la misma dificultad que hay para saber hacia dónde miran un pez o una gallina. Conversaban con aflautados tonos, que a mi

me parecía imposible imitar o definir. La puerta situada detrás de nosotros se abrió de par en par, y mirando por sobre el hombro vi, más allá, un ancho espacio, alumbrado por una luz vaga, en el que aparecía, de pie, una multitud de selenitas.

- ¿Quieren que imitemos esos sonidos? - pregunté a Cavor.

- No lo creo - contestó.

- Me parece que tratan de hacernos comprender algo.

- Yo nada puedo deducir de sus ademanes. ¿Se ha fijado usted en ese que agita la cabeza como un hombre que está molesto por un cuello ajustado?

- Agitemos nosotros también la cabeza.

Lo hicimos; pero como no produjera efecto, intentamos una imitación de los movimientos de los selenitas. Eso pareció interesarles pues todos se pusieron a hacer el mismo movimiento. Pero tampoco aquello parecía conducir a nada, por lo cual desistimos al fin, lo mismo que ellos, para dedicarse a una aflautada argumentación. Después, uno algo más bajo, y grueso que los demás, con una boca particularmente ancha, se sentó de improviso al lado de Cavor, puso las manos y los pies en la misma posición en que estaban atados los de aquél, y en seguida, con un movimiento ágil, se levantó.

- ¡Cavor! – grité - ¡Quieren que nos pongamos de pie!

Cavor los miró, boquiabierto.

- ¡Así es!- dijo.

Y jadeando, y gruñendo mucho, porque nuestras manos, atadas juntas, no nos ayudaban, conseguimos levantarnos. Los selenitas se apartaron más, ante nuestro jadeo de elefantes, y parecían charlar con mayor volubilidad. Tan pronto como estuvimos en pie, el selenita gordo se nos acercó, nos acarició a ambos la cara con sus tentáculos, y echó a andar en dirección a la puerta abierta. Aquello era también suficientemente claro, y lo seguimos. Entonces vimos que cuatro de los selenitas parados en la puerta eran más altos que los otros, e iban vestidos de la misma manera que los que habíamos visto en el cráter, es decir, con yelmos redondos y puntiagudos y el cuerpo cubierto con

unos forros o cajas cilíndricas; cada uno de los cuatro tenía una especie de lanza, con la punta y la contera del mismo metal obscuro de que estaban hechas las tazas. Los cuatro se nos acercaron poniéndose uno a cada lado de nosotros dos, cuando pasamos de nuestra habitación a la caverna de la que entraba la luz.

No nos preocupamos en seguida de examinar la caverna. Nuestra atención estaba embargada por los movimientos y actitudes de los selenitas que teníamos más cerca, y por la necesidad de contener nuestros movimientos, para no alarmarlos y alarmarnos nosotros mismos con algún paso excesivo. Delante de nosotros iba el individuo bajo, grueso, que había resuelto el problema de indicarnos que nos levantáramos: hacía ademanes que nos parecían, casi todos, inteligibles, y que eran invitaciones a seguirle. Su cara impasible se volvía de Cavor a mí y de mí a Cavor con una rapidez que, visiblemente, denotaba interrogación. Por un rato, he dicho, aquello ocupó completamente nuestra atención.

Pero por fin el extenso lugar, teatro de nuestros movimientos, se impuso a nuestro examen. Allí estaba la prueba de que la fuente de una gran parte, por lo menos, del tumulto de ruidos que había llenado constantemente nuestros oídos desde el momento en que volvimos del sueño producido por los hongos, era una vasta maquinaria en movimiento, cuyas partes volantes y rodantes aparecían confusamente por entre los cuerpos de los selenitas que nos rodeaban. Y el conjunto de ruidos que poblaba el espacio no era lo único que salía de aquel mecanismo, sino también la peculiar luz azul que irradiaba en todo el lugar. Habíamos considerado natural que una caverna subterránea estuviera alumbrada artificialmente, y aun entonces, a pesar de estar patente ante mis ojos el hecho, no me hice cargo de su importancia hasta que, poco después, nos volvimos a hallar en la obscuridad.

No puedo explicar el significado y estructura de aquel enorme aparato, porque ni Cavor ni yo llegamos a saber para qué ni cómo trabajaba. Una después de otra, grandes lanzas de metal surgían veloces de su centro, hacia arriba, y sus cabezas recorrían un radio para mí

parabólico; cada una dejaba caer una especie de brazo pendiente al alzarse hacia la cima de su carrera, y se hundía abajo en un cilindro vertical empujándolo hacia adelante. Y cuando se hundía cada uno de aquellos brazos, sonaba un golpe y luego un estruendo, y por arriba del cilindro vertical se desbordaba la substancia incandescente, que iluminaba el recinto corría como corre la leche de la vasija en que hierve, y caía luminosa en un depósito de luz situado abajo. Era una fría luz azul, una especie de resplandor fosforescente, pero infinitamente más claro, y de los depósitos en que caía, corría por conductos a través de la caverna.

¡Tud! ¡tud! ¡tud! sonaban los avasalladores brazos de aquel ininte-ligible aparato, y la clara substancia chillaba y se desbordaba. Al principio, la máquina me pareció de un tamaño racional, y cercana a nosotros; pero luego vi cuán pequeños parecían los selenitas a su lado, y me di cuenta de toda la inmensidad de la caverna y de la máquina. Volví la vista del tremendo mecanismo a los selenitas, con expresión de respeto; me detuve, y Cavor se paró también, y contempló la tonante máquina.

- ¡Pero esto es estupendo! - dije,- ¿para que podrá ser?

La cara de Cavor, iluminada de azul, estaba llena de inteligente respeto.

- ¡No puedo estar soñando! – exclamó mi compañero.- Estos seres, seguramente... ¡Los hombres no podrían hacer una cosa como esta! Mire usted esos brazos ¿son varas de conexión?

El selenita gordo había avanzado algunos pasos, sin que le siguiéramos. Volvió, y se paró entre nosotros y la gran máquina. Yo hice como que no le veía, pues comprendí que su idea era obligarnos a seguir adelante; pero él dio otra vez algunos pasos en la dirección en que deseaba lo siguiéramos, volvió, y nos sobó las caras para atraer nuestra atención.

Cavor y yo nos miramos.

- ¿No podríamos hacerle ver que la maquina nos interesa?- dije.

- Si – contestó Cavor- Vamos a procurarlo.

Se volvió hacia nuestro guía, sonrió, señaló la máquina, y la señaló otra vez, y luego su cabeza, y después nuevamente la máquina. Por un defecto de raciocinio, pareció imaginarse que algunas palabras de inglés adulterado podrían servir de ayuda a sus ademanes.

- Yo mirar mucho – dijo; - yo pensar mucho en ella. Sí.

El comportamiento de mi amigo pareció por un momento contener el deseo de los selenitas, de continuar la marcha. Se miraron uno a otro, sus originales cabezas se movieron, sus aflautadas voces sonaron con mayor precipitación y más agudas. Después, uno de ellos, un animalón alto y flaco, con una especie de manteleta agregada al traje con que los demás estaban vestidos, alargó la trompa que tenía por brazo, tomó a Cavor por la cintura, y lo tiró suavemente para que siguiera a nuestro guía, que echó a andar de nuevo.

Cavor se resistió.

- ¡Podríamos empezar desde ahora, a explicarnos!- dijo.- Tal vez piensan que somos animales, ¡una nueva clase de reses, quizás! Es de capital importancia que mostremos inteligente interés hacia las cosas, desde un principio.

Y empezó a sacudir la cabeza violentamente.

- No, no - dijo:- Yo no ir hasta dentro un minuto. Yo mirar.

- ¿No existe algún punto geométrico que pudiera usted sacar a luz a propósito de la máquina? - le sugerí, mientras los selenitas entraban otra vez en conferencia.

-Puede ser que una parábola... - dijo.

¡Dio un aullido, y un salto de seis pies o tal vez más!

¡Uno de los cuatro que estaban armados se le acercó, y le dio un puntazo con aquella especie de lanza!

Yo me volví hacia el lancero que estaba detrás de mí, con un ademán veloz y amenazador: el selenita retrocedió. Mi movimiento, el aullido y el salto de Cavor los habían asombrado a todos: era evidente. Todos retrocedieron precipitadamente, mirándonos con sus estúpidos, invariables ojos. Durante uno de esos momentos que parecen una eternidad, Cavor y yo nos quedamos parados, en actitud de colérica

protesta, y frente a nosotros un semicírculo formado por aquellos extraños seres.

- ¡Me pinchó! - dijo Cavor, con acento algo amedrentado.

- Ya lo vi - contesté.

Y luego, a los selenitas:

- ¡Vayan ustedes al diablo! - les grité.- Nosotros no soportaremos estas cosas. ¿Por quién nos toman ustedes?

Miré rápidamente a derecha e izquierda. Allá lejos, a través del azul espacio desierto de la caverna, vi que corrían hacia nosotros muchos otros selenitas. La caverna se ensanchaba y se volvía más baja, y por todas partes se iba sumiendo en la obscuridad. Recuerdo que el techo parecía descender como vencido por el peso de las rocas que nos aprisionaban. No había por donde escapar... Arriba, abajo, en todas direcciones, estaba lo desconocido, y frente a frente de nosotros aquellos seres inhumanos, con sus lanzas y sus incomprensibles ademanes, y nosotros éramos sólo dos, sin amparo ni ayuda!

XV
EL PUENTE VERTIGINOSO

Aquella pausa hostil duró apenas un momento. Supongo que tanto nosotros como los selenitas reflexionamos rápidamente. Mi impresión más clara fue que no teníamos donde apoyar las espaldas, y que estábamos expuestos a que nos rodearan y nos mataran. La abrumadora insensatez de nuestra presencia allí, pesaba sobre mí como un negro, enorme reproche. ¿Por qué me había embarcado en una expedición tan loca, tan opuesta a todo razonamiento humano?

Cavor se me acercó y me puso la mano en el brazo. Su cara pálida, aterrada, parecía el rostro de un cadáver en aquella luz azul.

- Nada podemos conseguir - me dijo - Me he equivocado. No entienden. Tenemos que ir... a donde quieran llevarnos.

Yo le miré, y luego miré a los nuevos selenitas que acudían a ayudar a sus camaradas.

- Si tuviera libres las manos... - dije.

- De nada serviría - observó él, jadeante.

- No.

- Vamos.

Se dio vuelta, y echó a andar, en la dirección que nos habían señalado.

Yo le seguí, procurando adoptar la expresión de una persona tan subyugada cuanto es posible, y palpando las cadenas que me sujetaban por las muñecas. La sangre me hervía. Nada más observé de la caverna, aunque parecía que invertíamos mucho tiempo en cruzarla, o si noté algo lo olvidé en el acto. Mis pensamientos se concentraban, según creo, en mis, cadenas y en los selenitas, y particularmente en los que tenían en la cabeza un yelmo y en las manos una lanza. Al principio, anduvieron paralelamente con nosotros y a una distancia respetuosa; pero luego se les unieron otros tres, y entonces se acercaron más, hasta encontrarse al alcance del brazo. Yo me estremecía como

un caballo espoleado, al verlos acercarse. El más chico y gordo iba al principio a nuestro flanco derecho, pero después se colocó otra vez delante.

¡De qué manera indeleble se ha grabado la imagen de aquel grupo en mi memoria! Veía delante de mí la espalda de Cavor y su cabeza inclinada, apoyada en el pecho, sus hombros caídos desconsoladamente, y la cara agujereada de nuestro guía, perpetuamente vuelta hacia él; luego los lanceros a cada lado, vigilantes y boquiabiertos; un monocromo azul. Y al fin y al cabo recuerdo otra cosa fuera de las puramente personales: que de repente se nos apareció una especie de canal a través del suelo de la caverna, corriendo a lo largo del camino de roca que seguíamos. Dicho canal estaba lleno de la misma materia azul claro, luminosa, que brotaba de la gran máquina. Anduve muy cerca de él, y puedo atestiguar que no irradiaba una partícula de calor. Despedía un brillo vivísimo, y sin embargo, no era ni más caliente ni más frío que otra cosa cualquiera de la caverna.

¡Clang! ¡clang! ¡clang! Pasamos exactamente por debajo de los retumbantes brazos de otra vasta máquina, y así llegamos por fin a un ancho túnel en el que podíamos oír hasta el ruido de nuestros pies descalzos y que, salvo el hilo de luz azul que llegaba de la derecha, carecía de toda iluminación. Las sombras formaban gigantescas caricaturas de nuestras formas y de los selenitas en el muro irregular y en el techo del túnel. De rato en rato, trozos de cristal sobresalientes de las paredes, chispeaban como brillantes; el túnel se ensanchaba, aquí y allá se convertía en una caverna de estalactitas, o de sus paredes surgían ramas que se perdían en la obscuridad.

Parece que anduvimos por el túnel largo rato. *Tricle, tricle,* murmuraba la luz al correr por el canal, muy suavemente, y nuestros pasos y sus ecos hacían un irregular *padle, padle.* Mi mente llegó a una conclusión sobre la cuestión de las cadenas: si pudiera sacarme una vuelta así, y luego deslizar la mano así...

Pero si me resolvía a hacerlo, poco a poco, ¿me verían los selenitas sacar la mano de la vuelta aflojada? Y si lo veían ¿qué harían?

- Bedford - dijo Cavor:- esto va hacia abajo; va hacia abajo sin cesar.

Su observación me hizo salir de mi sombría preocupación.

- Si quisieran matarnos - agregó Cavor, retrocediendo para ponerse a mi lado,- no hay razón para que no lo hubieran hecho ya.

- No - asentí; - es cierto.

- Lo que sucede es que no nos entienden - prosiguió Cavor:- creen que somos simplemente unos animales extraños, quizás una especie salvaje de ganado. Sólo cuando nos hayan observado mejor, empezarán a comprender que tenemos entendimiento...

- ¿Cuando trace usted los problemas geométricos?- pregunté.

- Puede ser que entonces.

Anduvimos en silencio durante un rato.

- Oiga usted - dijo de repente Cavor:- éstos deben ser selenitas de clase inferior.

- ¡Los muy endemoniados animales! - exclamé yo, en tono airado, recorriendo con la mirada sus exasperantes fisonomías.

- Si soportamos lo que nos hagan...

- Tenemos que soportarlo - interrumpí.

- Puede haber otros menos estúpidos. Este es apenas el límite exterior de su mundo, mundo que debe ir abajo y abajo, por cavernas, pasadizos, túneles, hasta llegar por fin al mar... a cientos de millas en el interior.

Sus palabras me hicieron pensar en la milla o algo así de roca y túnel que teníamos ya sobre nuestras cabezas. Aquello era como un peso que gravitara sobre mis hombros.

- Lejos del sol y del aire - dijo Cavor,- hasta en una mina de media milla de profundidad, la atmósfera es irrespirable. Pero aquí no lo es.... cualquiera que sea la causa: probablemente no se trata de otra cosa que de... ¡ventilación! El aire debe soplar del lado obscuro de la luna al lado iluminado por el sol, y todo el ácido carbónico se precipitará allá y alimentará esas plantas. En lo alto de este túnel, por

ejemplo, hay una brisa bastante activa. ¡Y qué mundo debe ser este! Las pruebas que vemos en esa tapa, y en estas máquinas...

- Y en las lanzas - dije yo - ¡No olvide usted las lanzas!

Durante un rato anduvo en silencio por delante de mí.

- Y esas lanzas - dijo.

- ¿Qué?

- Al principio, me enojé: pero... tal vez fuera necesario que avanzáramos. Ellos tienen una piel diferente de la nuestra, y probablemente diferentes nervios. Pueden no entender nuestras objeciones... lo mismo que un habitante de Marte podría no comprender la costumbre que tenemos en la tierra, de dar golpecitos en el hombro para llamar la atención.

- Lo mejor que pueden hacer es no darme *golpecitos* a mí.

- En cuanto a la geometría, al fin y al cabo, su manera es también una manera de entender. Empiezan con los elementos de la vida y no del pensamiento: alimentos, fuerza, dolor: hieren en las bases fundamentales.

- De eso no hay duda - contesté.

Cavor se engolfó en una conferencia sobre el enorme y maravilloso mundo dentro del cual se nos conducía. Lentamente, comprendí por su tono que no desesperaba del todo ante la perspectiva de ir aun más adentro de la madriguera extraña a la que daba el nombre de mundo. Su imaginación vagaba de las máquinas e inventos a la exclusión de mil cosas obscuras que a mí me aturdían. Y no se trataba de ningún uso que deseara hacer de aquellas cosas: quería únicamente conocerlas.

- De todos modos - dijo,- esta es una tremenda oportunidad, es el encuentro de dos mundos. ¿Qué vamos a ver? Piense usted en lo que habrá allí abajo.

- No hemos de ver mucho si la luz no es mejor - observé.

- Esta es solamente la corteza externa. ¡Abajo... en esta proporción... debe haberlo todo.¡ Qué historia la que llevaremos a la tierra!

- Los animales raros - dije,- se consolarán probablemente así cuando los llevan al jardín zoológico... Además, nadie nos dice que nos van a enseñar todas esas cosas.

- Cuando comprendan que poseemos un entendimiento racional, querrán saber lo que hay en la tierra. Aun cuando no se inspiren en sentimientos de generosidad, nos enseñarán para aprender a su vez... ¡Y qué cosas deben saber! ¡Qué imprevistas cosas!

Prosiguió en sus cálculos sobre la posibilidad de que supieran cosas que él nunca habría considerado aprender en la tierra...¡ Calcular así, cuando tenía aún fresca la herida del lanzazo en la piel!

He olvidado, mucho de lo que dijo, porque me llamó la atención el hecho de que el túnel fuera ensanchándose cada vez más. Por el cambio de aire parecía que saliéramos a un vasto espacio; pero no habíamos podido juzgar la extensión de éste, porque estaba obscuro. Nuestro arroyuelo de luz corría en un tortuoso hilo y se perdía mas adelante.

Las paredes de roca habían desaparecido ya a ambos lados; lo único que quedaba a la vista era el camino que se extendía delante de nosotros, y el susurrante, apresurado arroyo de azul fosforescencia. La figura de Cavor y la del guía selenita marchaban a pocos pases de mí: sus cabezas y sus piernas, por el lado del arroyo, estaban teñidas por la luz viva y azul, y el lado obscuro, no iluminado ya por el reflejo del arroyo en la pared del túnel, se destacaba confusamente de las tinieblas.

Y luego noté que nos acercábamos a algún barranco, pues el arroyuelo azul se hundía bruscamente perdiéndose de vista.

Un momento después, o por lo menos así nos pareció, habíamos llegado al borde. La luminosa corriente daba un rodeo, como si titubeara, y en seguida se precipitaba, iba a caer en una profundidad tan grande que el ruido producido por la caída no llegaba hasta nosotros. Y la obscuridad de donde así se escapaba se volvía cada vez más negra, hasta llegar a la lobreguez casi absoluta, que apenas permitía ver

una cosa como una plancha que se destacaba del borde del precipicio y se esfumaba y desaparecía antes de que alcanzáramos a ver su fin.

Durante un momento, Cavor y yo nos quedamos parados, tan cerca de la orilla cuanto nos atrevíamos a ponernos, contemplando la tenebrosa profundidad. De repente nuestro guía me tiró del brazo.

Después de llamarme así la atención, se apartó de mí, avanzó hasta el principio de la plancha, y se paró en ella, volviendo la cabeza. Luego, cuando vio que seguíamos sus movimientos echó a andar por aquel angosto puente, con tanta firmeza como si pisara en suelo firme. Por un momento, la forma de su cuerpo continuó visible, después se convirtió en una mancha azul, y por último desapareció en la obscuridad.

Hubo una pausa.

- ¡Seguramente!...- empezó a decir Cavor.

Uno de los otros selenitas dio varios pasos por la plancha y volvió la cabeza para mirarnos con el mayor aplomo. Los otros, parados, estaban listos para seguirnos. La impasible cara de nuestro guía reapareció: regresaba a averiguar por qué no habíamos avanzado.

- Nosotros no podemos pasar por allí, a ningún precio - dije.

- Yo no podría dar ni tres pasos por esta tabla - dijo Cavor,- y eso aunque tuviera libres las manos.

Nos miramos mutuamente las caras desencajadas, con gran consternación.

- No deben saber lo que es el vértigo - dijo Cavor.

- Para nosotros es absolutamente imposible andar por esa plancha.

- No creo que ellos vean de la misma manera que nosotros. He estado observándolos. ¡Quién sabe si siquiera se dan cuenta de que, para nosotros, estas son tinieblas completas! ¿Cómo podríamos hacérselo entender?

- No sé cómo, pero tenemos que hacérselo entender.

Creo que decíamos todo eso con una vaga, media esperanza de que los selenitas pudieran comprendernos. Yo me daba exacta cuenta

de que todo lo que se necesitaba era una explicación; pero luego cuando miré sus inexpresivas caras, me convencí de que no había explicación posible. Aquel era precisamente el momento en que nuestros puntos de semejanza con ellos iban a servir más bien a acen-tuar la diferencia que nos separaba en todo lo demás. De todos modos, yo no iba a pasar por aquella plancha, no, no pasaría. Rápidamente deslice mi mano afuera de la cadena que había ido aflojando en el camino, y extendí el brazo en la dirección opuesta. Yo era el que más cerca estaba del puente, y cuando me vieron hacerlo, dos de los selenitas me empujaron y me tiraron con suavidad hacia el puente.

Yo agité la cabeza violentamente.

- No voy – dije - Inútil. Ustedes no entienden.

Otro selenita acudió a empujarme. Entre los tres me forzaron a avanzar un paso.

- ¡Miren! - exclamé - ¡Quédense quietos! Para ustedes será cosa muy fácil...

Di un salto, girando hacia atrás, y prorrumpí en maldiciones, pues uno de los selenitas armados me había punzado en la espalda con su lanza.

De una sacudida, liberté mis manos de los pequeños tentáculos que las retenían, y me encaré con el lancero.

- ¡Maldito diablo! – grité - ¡Ya les había prevenido que tuvieran cuidado! ¿De qué palo o piedra crees que estoy hecho, para que me metas en el cuerpo esa punta? ¡Si vuelves a tocarme!...

Por toda respuesta el individuo me pinchó otra vez.

Oí la voz de Cavor, con tono de alarma y de súplica. Creo que aun entonces pensaba en transacciones con aquellos animales; pero la picazón del segundo aguijonazo pareció despertar alguna dormida reserva de energía dentro de mi ser. Instantáneamente, se quebró un eslabón de la cadena que me rodeaba el otro puño, y con él se rompieron todas las consideraciones que nos habían mantenido sumisos entre las manos de los señores selenitas. Durante aquel segundo, por lo menos, estuve loco de miedo y de ira al mismo tiempo. No reflexioné en

las consecuencias, y empujé la mano hacia adelante, en línea recta a la cara del lancero. La cadena pendía de mi muñeca...

Entonces sobrevino una de las estupendas sorpresas de que el mundo lunar está lleno.

Mi mano encadenada pareció pasar de parte aparte, a través de aquel cuerpo. El selenita se aplastó como un huevo. Aquello fue como golpear en un merengue de superficie dura y líquido por dentro. La mano se hundió sin hallar tropiezo, y el flojo cuerpo fue por el aire hasta unas doce yardas más allá, a caer con un sordo ¡flac!

Yo me quedé asombrado y río acababa de creer que algo viviente pudiera ser tan fofo. Durante un instante, casi me pareció que todo era un sueño.

Pero luego recuperé la conciencia de las cosas reales o inminentes. Ni Cavor ni los otros selenitas parecían haber hecho nada desde el momento en que me di vuelta hasta aquel en que el selenita muerto cayó en el suelo. Todos se mantenían apartados de nosotros, todos estaban alerta. Esa suspensión duró por lo menos hasta un segundo después de la caída del cadáver. Probablemente, todos reflexionaban. Me acuerdo de que yo, con mi mano medio retirada ya, trataba también de medir la situación - ¿Y ahora? - clamaba mi cerebro - ¿Y ahora?

¡De repente, en un momento, todos se movieron!

Yo comprendí que teníamos que soltarnos de nuestras cadenas, pero para ello, antes, era necesario que venciéramos a los selenitas. Me encaré con el grupo de los tres lanceros. En el instante, uno de ellos me arrojó su lanza; ésta pasó zumbando por sobre mi cabeza, y supongo que fue a perderse en el abismo que quedaba atrás de mi.

Saltó directamente hacia él, mientras la lanza volaba atrás; él se volvió para correr, al brincar yo, pero di encima de él, lo derribé, me resbalé sobre su aplastado cuerpo, y caí.

Rápidamente me senté, y por ambos lados vi las azuladas espaldas de los selenitas que se perdían en la obscuridad. Con un esfuerzo supremo abrí un eslabón, y deshice el nudo de la cadena que me estor-

baba tanto en los tobillos, y me paré de un salto, con la cadena en la mano. Otra lanza, arrojada como una jabalina, silbó a mi lado, y entonces me precipité hacia la obscuridad, por el lado de donde venía, pero no encontré al agresor. Después volví al lado de Cavor, que seguía parado en la luz del arroyo, junto al abismo, trabajando convulsiva-mente con sus cadenas.

- ¡Venga usted!- le grité.

- ¡Mis manos! - me contestó.

Luego, comprendiendo que no me atrevía a correr hacia él por el temor de que mis mal calculados pasos pudieran hacerme pasar el borde del abismo, se me acercó, jadeando, con las manos extendidas por delante.

En el acto puse manos a sus cadenas, para desatarlas.

- ¿Dónde están? - balbuceó.

- Han huido, pero volverán. ¡Ahora nos arrojan cosas! ¿Por qué lado nos iremos?

- Por la luz. A ese túnel. ¿Eh?

- Sí - dije yo, y acabé de soltarle las manos.

Me arrodillé y empecé a trabajar en las cadenas que lo sujetaban por los tobillos. ¡Zac! zumbó algo - no sé qué,- y cayó en el lívido arroyo, haciendo saltar numerosas gotas en nuestro derredor. Allá lejos, a nuestra derecha, empezaron unos silbidos y chillidos.

Acabó de sacarle la cadena de los pies, y se la di.

- ¡Golpee usted con esto! - le dije; y sin esperar su respuesta partí en largos saltos por el mismo camino que habíamos seguido a la ida. El ruido de los saltos de Cavor resonaba detrás de mí.

Corríamos a largos trancos; pero aquel modo de correr, como comprenderán ustedes, era una cosa enteramente distinta del de correr en la tierra. En la tierra, uno salta y casi instantáneamente toca otra vez el suelo, pero en la luna, por causa de la atracción mucho menor de ese planeta, uno avanza a través del espacio durante varios segundos antes de caer en el suelo. Eso, no obstante, nuestra violenta rapidez, nos hacía el efecto de largas pausas, pausas en cada una de las

cuales se podía contar hasta siete ú ocho. Un rebote, y un vuelo por el aire. Toda clase de preguntas atormentaban mi mente entre tanto: “¿Dónde están los selenitas? ¿Qué van a hacer? ¿ Llegaremos nosotros á ese túnel? ¿Está muy atrás Cavor? ¿Lo alcanzaran y le cortarán el paso?” Y otro salto, otro rebote y de nuevo otro salto.

Vi a un selenita que corría delante de mi, pero no como nosotros corríamos, a saltos enormes, sino con el mismo movimiento de piernas con que un hombre corre en la tierra; vi su cara que se volvía a mirar por encima del hombro, y le oí lanzar un alarido al echarse hacia un lado para perderse en la obscuridad. Creo que era nuestro guía, pero no estoy seguro de ello. Después, con otro largo salto, las paredes de la roca aparecieron a mi vista a ambos lados, y en dos brincos más me encontré en el túnel, acortando ya mis saltos por exigirlo lo bajo del techo. Me subí a una especie de meseta, allí esperé, y luego ¡pluf! ¡pluf! ¡pluf! apareció Cavor, rompiendo el torrente de luz azul a cada salto, y su sombra creció, hasta que llegó adonde yo estaba. Nos quedamos asidos el uno al otro. Por un momento, a lo menos, nos habíamos desprendido de nuestros captores y estábamos solos.

La rapidez de la carrera nos había dejado casi sin respiración. Hablábamos jadeantes, con frases entrecortadas.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Escondernos.

- ¿Dónde?

- Arriba, en una de esas cavernas laterales.

- ¿Y después?

- Pensaremos.

- Bueno... vamos.

Continuamos avanzando, y a poco llegamos a una caverna ancha, obscura. Cavor iba delante: titubeó, y luego eligió una negra boca que parecía prometer un buen escondite. Se dirigió a ella, pero luego volvió la cabeza.

- Está en tinieblas - dijo.

- Las piernas y los pies de usted nos iluminarán. Está usted, todo mojado con esa materia luminosa.

Pero...

Un tumulto de ruidos y particularmente un sonido que parecía el golpear en un gong, que avanzaba hacia el túnel principal, llegó hasta nuestros oídos. Aquello era horriblemente sugerente de una tumultuosa persecución. Ambos echamos a correr adentro de la caverna lateral, y en la carrera, la irradiación de las piernas de Cavor alumbraba nuestro camino.

- Ha sido una fortuna - balbuceé,- que nos quitaran los botines, pues si los tuviéramos llenaríamos de ruido estas bóvedas.

Corrimos y corrimos, procurando dar pasos tan cortos, cuanto nos fuera posible, para no golpearnos la cabeza en el techo de la caverna. Al cabo de un rato, nos pareció que ganábamos terreno al estruendo. Después se amortiguó, se hizo confuso, se disipó a lo lejos. Me detuve, miré atrás, y oí el ¡pad! ¡pad! de los pasos de Cavor que se acercaban. Luego se detuvo él también.

- Bedford - susurró: - allá adelante hay una especie de luz.

Miré, y al principio nada pude ver. Después noté que sus hombros y su cabeza se destacaban débilmente sobre una obscuridad menos negra. Vi también que esa atenuación de la obscuridad no era azul, como todas las otras luces del interior de la luna sino gris pálido, con una inclinación muy vaga al blanco, el color de la luz del día. Cavor observo todas esas diferencias tanto o más pronto que yo, y creo que también a él le infundieran las mismas desbordantes esperanzas que a mí.

- Bedford - murmuró; su voz temblaba:- esa luz... es posible...

No se atrevió a decir cuál era su esperanza. Luego hubo una pausa, y de improviso, conocí por el ruido de sus pies que corría hacia aquel resplandor pálido. Yo lo seguí con el corazón palpitante.

XVI
PUNTOS DE VISTA

La luz ganaba en fuerza a medida que avanzábamos. Al poco rato era ya casi tan intensa como la fosforescencia de las piernas de Cavor. Nuestro túnel se ensanchaba, se convertía en una caverna, y la nueva luz estaba en el extremo más lejano de ésta. De repente observé algo que hizo palpitar mis crecientes esperanzas.

- ¡Cavor!- exclamé - ¡Viene de arriba! ¡Estoy seguro de que viene de arriba!

Cavor no me contestó, pero apresuró el paso.

Indiscutiblemente, aquella era una luz gris, una luz plateada.

Un momento después, estábamos debajo de ella. Se filtraba de arriba por una grieta en las paredes de la caverna, y al levantar yo la cabeza para mirarla ¡drip! una gruesa gota de agua me cayó en la cara. Di un salto, y me puse a un lado; ¡drip! otra gota cayó con ruido bastante perceptible en la roca del suelo.

- ¡Cavor!- dije:- ¡si uno de nosotros alza al otro, éste podrá alcanzar esa grieta!

- Yo voy a levantarlo a usted - me dijo, e incontinenti me izó como si levantara a un bebé.

Metí un brazo por la grieta, y exactamente en la parte adonde llegaban las puntas de mis dedos encontré una pequeña rajadura en la que podía agarrarme. Vi entonces que la blanca luz era mucho más brillante. Me suspendí con dos dedos, casi sin esfuerzo, a pesar de que en la tierra peso 168 libras, llegué a un punto saliente de las rocas aun más alto, y así entonces, metí los pies en la rajadura donde había tenido primero las manos. Me estiré hacia arriba y con los dedos escudriñé las rocas. La abertura iba ensanchándose a medida que subía.

- Es fácil de trepar - dije a Cavor.- ¿Podrá usted saltar hasta mi mano si alargo el brazo para abajo?

Me afirmé en los dos lados de aquel cañón, apoyé una rodilla y un pie en la rajadura, y extendí un brazo. No podía ver a Cavor, pero podía oír el rumor de sus movimientos al encogerse para saltar. Después ¡zas! se colgó de mi brazo... ¡y no pesaba más que un gato! Lo tiré hacia arriba hasta que tuvo una mano en la rajadura y pudo soltarme.

- ¡Vaya! – exclamé - ¡Cualquiera podría ser alpinista en la luna!

Y más animosamente que antes, seguí trepando. Durante algunos minutos me arrastré cañón arriba, sin descanso y después volví a mirar a lo alto. El cañón se abría gradualmente, y la luz iba haciéndose más viva. Pero...

¡Después de tanto esperarla, aquélla no era la luz del día! Al cabo de un momento, vi lo que, era, y al verlo, poco, faltó para que el desencanto me hiciera golpear la cabeza contra las rocas, pues lo que tenía ante mí era sencillamente un espacio abierto, irregularmente inclinado, y por todo cuyo suelo ascendente se extendía un bosque de pequeños hongos, en forma de botellas, todos brillando con aquella luz entre plateada y rosada. Por un momento contemplé su suave lustre, y después me puse a saltar de un lado y otro entre ellos. Arranqué una media docena, los arrojé contra las rocas, y luego me senté, riéndome amargamente, al aparecer a la vista la rubicunda cara de Cavor.

- Otra vez es la fosforescencia - le dije - No necesitamos darnos prisa. Siéntese usted y descanse.

Y mientras él reflexionaba sobre nuestra desilusión, yo empecé a arrojar más de esas plantas por el cañón.

- Yo creía que fuese la luz del día - dijo.

- ¡Luz del día! – exclame - ¡Luz del día, puesta de sol, nubes y cielos tormentosos! ¿Volveremos a ver algún día semejantes cosas?

Al decir esto, me parecía que se alzaba a mi vista un cuadrito de nuestro mundo, pequeño pero claro, iluminado, como un paisaje italiano.

- El cielo que cambia, el mar que cambia, los montes y los verdes árboles, las aldeas y las ciudades brillantes de sol. Piense usted en un

techo mojado, cuando el sol se pone, Cavor. ¡Piense usted en las ventanas de nuestra casa, que mira al Oeste

No hubo respuesta de su parte.

- Aquí estamos enterrados en este salvaje mundo, que no es un mundo, que tiene un mar de tinta escondido en alma abominable negrura, allá abajo, y afuera el día tórrido y la mortal noche helada. Y todas esas cosas que nos persiguen ahora, bestiales hombres de cuero... ¡hombres-insectos escapados de una pesadilla! ¡Al fin y al cabo, ellos están en su derecho! ¿Qué tenemos nosotros que hacer aquí, por qué los aplastamos, y perturbamos su mundo? Por todos los indicios que hemos visto, el planeta entero está en alarma y corre tras de nosotros. Dentro de un minuto podremos oír de nuevo sus chillidos y el estruendo de sus gongs. ¿Qué haremos entonces? ¿Qué haremos? ¡Aquí estamos en posición tan cómoda como la de un par de serpientes de la India que se hubieran escapado en pleno Londres!

Volví a mi tarea de destruir hongos. De improviso vi algo que me hizo dar un grito.

- ¡Cavor! – exclamé - ¡Estas cadenas son de oro!

Cavor, sentado, meditaba profundamente, con las mejillas apretadas entre las manos. Volvió la cabeza lentamente, me miró y, cuando repetí mis palabras, miró la cadena que le rodeaba la muñeca de la mano derecha.

- De oro son - dijo:- lo son.

El fugitivo interés que pudo inspirarle aquello, se desvaneció de su cara desde antes de que cesara de mirar la cadena. Titubeó un momento, y luego continuó su interrumpida meditación. Yo me quedé un rato asombrado de no haber conocido hasta entonces la materia de que las cadenas estaban hechas, pero después me acordé de la luz azul en que habíamos estado y que hacía perder completamente su color al metal. Y ese descubrimiento me sirvió también de punto de partida para una corriente de ideas que me llevó a campos anchurosos y lejanos. Me olvidé de que un momento antes había estado preguntando lo que hacíamos en la luna. Soñaba con oro...

Cavor fue el primero que habló:

- Me parece que hay dos caminos abiertos ante nosotros.

¿Y son?

- O intentamos abrirnos paso - forzar el paso, si es necesario,- al exterior y buscar otra vez la esfera hasta encontrarla o hasta que el frío de la noche llegue y nos mate; o si no...

Hizo una pausa.

- Sí - dije yo, pues sabia lo que seguía.

- ...podemos intentar una vez más establecer una especie de manera de entendernos con la gente de la luna.

- Por mi parte, lo primero es lo mejor.

- Lo dudo.

- Yo no.

- Oiga usted - dijo Cavor - No pienso que podemos juzgar a los selenitas por lo que hemos visto de ellos. Su mundo central, su mundo civilizado, debe estar lejos, abajo, en las cavernas más profundas cercanas a su mar. Esta región de la corteza en que nos encontramos es un distrito remoto, una región pastoril. En todo caso, esa es mi interpretación. Los selenitas que hemos visto pueden ser sólo los equivalentes de nuestros cuidadores de ganado y trabajadores de fábricas lejanas de las poblaciones. El uso de esas lanzas - probablemente para aguijonear a las reses,- la falta de imaginación que muestran al suponer que nosotros somos capaces de hacer exactamente lo que ellos hacen, su indiscutible brutalidad, todo parece indicar algo por ese estilo. Pero si nosotros soportáramos...

- Ninguno de los dos podría soportar por mucho tiempo una marcha por una plancha de seis pulgadas a través de un pozo sin fondo.

- No - dijo Cavor:- eso es verdad.

En seguida descubrió un nuevo campo de posibilidades.

- Supongamos que nos situáramos en algún rincón donde pudiéramos defendernos de esos campesinos y de sus lanzas. Si, por ejemplo, consiguiéramos sostenernos durante una semana o algo así, es

probable que la noticia de nuestra aparición se filtrara hacia abajo, hasta las partes más inteligentes y populosas...

- Si existen.

- Deben existir; si no ¿de dónde vienen esas tremendas máquinas?

- Eso es posible; pero es el peor de los términos del dilema.

- Podríamos escribir inscripciones en las paredes...

- ¿Cómo sabemos que sus ojos verían la clase de señales que nosotros hiciéramos?

- Si las esculpimos...

- Eso es posible, por supuesto.

Yo tomé un nuevo hilo de ideas.

- Al fin y al cabo - dije,- no supongo que usted cree a los selenitas tan infinitamente más sabios que los hombres.

- Deben saber mucho más... o por lo menos una cantidad de cosas diferentes.

- Sí, pero... - dije vacilando - Creo que usted convendrá fácilmente, Cavor, en que usted es un hombre más bien excepcional.

- ¿Cómo?

- Pues, usted es... usted es un hombre más bien solitario: quiero decir que lo ha sido usted. No se ha casado usted.

- Nunca lo necesité tampoco.

- Se ha dedicado usted a adquirir conocimientos.

- Sí; una cierta curiosidad, es natural.

- Usted piensa así: ese es precisamente el punto. Usted piensa que todos los cerebros necesitan saber. Recuerdo que una vez, cuando le pregunté por qué hacía usted todas esas investigaciones, me dijo usted que quería ser miembro de la Sociedad Científica, y hacer que a la substancia que iba usted a inventar se le llamara Cavorita, y cosas de ese orden. Usted sabe perfectamente que no proseguía usted sus trabajos por eso, pero en aquel momento mi pregunta lo tomó por sorpresa, y creyó usted que debía tener algo que pareciera un motivo. En

realidad, usted hacía sus investigaciones porque tenía usted que hacerlas. Esa es la inclinación natural de usted.

- Tal vez lo sea...

- En un millón de hombres, no hay uno que tenga tal inclinación. La mayoría de los hombres quieren... pues, varias cosas, pero ninguno quiere saber sólo por saber. Yo soy uno de ellos, lo se perfectamente bien. Bueno, estos selenitas parecen ser una especie de seres trabajadores, atareados; pero ¿cómo sabe usted que ni aun el más inteligente de ellos se interesa por nosotros o por nuestro mundo? Creo que ni siquiera saben que nosotros tenemos un mundo. Nunca salen a la superficie en la noche: se helarían si lo hicieran. Probablemente jamas han visto un cuerpo celeste, salvo el ardiente sol. ¿Cómo han de saber que *hay* otro mundo? Y si lo saben ¿qué puede eso importarles? Supongamos que hayan visto de vez en cuando algunas estrellas y hasta el disco de la tierra: ¿y qué significa eso? ¿Por que la gente que vive "dentro" de un planeta se ha de molestar en observar esa clase de cosas? Los hombres no se habrían entregado a tales observaciones a no ser por las estaciones y por la navegación. ¿Por qué la gente de la luna?... Pero, supongamos que haya algunos filósofos como usted; esos serán precisamente los selenitas que nunca oirán nada que se refiera a nuestra existencia. Imagínese usted que un selenita hubiera caído en la tierra cuando usted estaba en Lympne; usted habría sido el último en saber su llegada: usted nunca lee un periódico. Ya ve las probabilidades que tiene usted en su contra. Pues bien: por causa de esas probabilidades estamos aquí sentados, sin hacer nada mientras vuela un tiempo precioso. Le digo a usted que hemos caído en una trampa. Hemos venido sin armas, hemos perdido nuestra esfera, no tenemos alimentos, nos hemos mostrado a los selenitas y los hemos hecho ver que somos unos animales extraños, fuertes, peligrosos, y a no ser que esos selenitas sean unos perfectos locos, deben estar ya todos en movimiento y nos perseguirán hasta encontrarnos, y cuando nos encuentren tratarán de apoderarse de nosotros si lo pueden, y de matarnos si no lo pueden, y allí acabará todo el asunto. Después de tomarnos, nos

matarán probablemente, por causa de alguna desinte-ligencia. Después que nos hayan muerto puede ser que discutan acerca de nuestros méritos, pero eso no nos divertirá mucho a nosotros.

- Siga usted.

- Por otro lado, aquí tropieza uno con el oro como con el hierro en la tierra. Si pudiéramos llevarnos un poco de este oro y encontrar nuestra esfera antes de que ellos nos alcanzaran, y marcharnos; entonces...

- ¿Qué?

- Entonces, podríamos emprender las operaciones en un pie más sólido: regresaríamos en una esfera más grande, con cañones.

- ¡Buen Dios! - exclamó Cavor, como si aquello le pareciera horrible.

Yo lancé otro hongo luminoso, por el agujero.

- Oiga usted, Cavor - dije:- yo tengo de todas maneras el derecho de la mitad del voto en este asunto, y el caso en que estamos es para un hombre práctico; yo soy un hombre práctico y usted no. Yo no voy a confiarme otra vez a los selenitas y a los diagramas geométricos, si puedo evitarlo... Y con esto lo he dicho todo. Volvamos a la tierra, revelemos todo este secreto... o la mayor parte de él. Y después, volvamos aquí.

Cavor reflexionó.

- Cuando vine a la luna - dijo,- debí haber venido solo.

- La cuestión previa ahora - le repliqué,- es ésta: ¿cómo volveremos a la esfera?

Durante un rato nos frotamos las rodillas en silencio. Después, Cavor pareció decidido a aceptar mis razones.

- Me parece – dijo,- que ante todo debemos informarnos. Claro está que, mientras el sol dé en este lado de la luna, el aire soplará a través de este planeta esponja, del lado obscuro hacia acá. En este lado, de todos modos, el aire debe dilatarse y afluir de las cavernas de la luna al cráter... Muy bien: aquí hay una corriente de aire.

- Sí, la hay.

- Y eso significa que éste no es un extremo muerto: en algún punto detrás de nosotros, esa abertura continúa hacia arriba. La corriente de aire se dirige a lo alto, y ese es el camino que nosotros tenemos que seguir. Si tratamos de encontrar y encontramos alguna especie de chimenea o cañón que debe haber por allí, no sólo saldremos de estos pasadizos por donde los selenitas nos buscan...

- ¿Pero suponga usted que la chimenea sea muy angosta?

- Entonces, volveremos a bajar.

- ¡Chit!- dije yo, bruscamente - ¿Qué es, eso?

Escuchamos. Al principio oímos un confuso murmullo, pero luego llegó hasta nosotros el estruendo de un gong.

- Deben pensar que somos ganado - dije,- cuando quieren asustarnos así.

- Vienen por aquel pasadizo - dijo Cavor.

- Deben ser ellos.

- No pensarán en subir por el cañón. Pasarán de largo.

Escuché otra vez un rato.

- Esta vez - murmuré,- es probable que vengan con alguna clase de arma.

Luego, con un salto brusco, me levanté.

- ¡Santos Cielos! ¡Cavor! – grité - ¡Sí, subirán! Verán los hongos que he estado arrojando abajo. Y...

No concluí la frase. Me volví y por encima de las cabezas de los hongos brinque a la extremidad superior de la cavidad. Vi que la bóveda se volvía hacia arriba y se convertía a su vez en un cañón estrecho, que subía a una impenetrable obscuridad. Iba ya a trepar por el interior de ese tubo, cuando una feliz inspiración me hizo volver atrás.

- ¿Qué hace usted?- me preguntó Cavor.

- ¡Siga usted!- le dije.

Una vez entre los brillantes hongos tomé dos de ellos, me puse uno en el bolsillo del pecho de mi saco de franela, de modo que, apuntando afuera, alumbrara nuestra ascensión, y volviendo al lado de Cavor le di el otro. El ruido que hacían los selenitas había crecido

tanto, que parecía que ya estuvieran debajo de la abertura. Pero quizás les sería difícil subir por ella o vacilarían, temerosos, de encontrar resistencia de nuestra parte. En todo caso, teníamos ya la fortificante conciencia de la enorme superioridad muscular que nos daba nuestro nacimiento en otro planeta. Un minuto después, trepaba yo con gigantesco vigor, detrás de los talones de Cavor, iluminados por la luz azul de los hongos.

XVII
EL COMBATE EN LA CUEVA DE LOS CARNICEROS

No sé cuánto trepamos antes de llegar al enrejado. Puede ser que sólo hubiéramos ascendido unos pocos centenares de pies, pero en aquellos momentos me parecía que nos habíamos izado, arrastrado, y colgado y trepado por lo menos, a través de una milla de aquel cañón vertical. Siempre que recuerdo aquella ascensión, resuena en mi cabeza el pesado choque de nuestras cadenas de oro, que seguía todos nuestros movimientos. No tarde mucho en tener las rodillas y el dorso de las manos en carne viva, y una contusión en una mejilla. Después de un rato, la primera violencia de nuestros esfuerzos disminuyó, y nuestros movimientos fueron más deliberados y menos penosos. El ruido de nuestros perseguidores se había desvanecido totalmente. Parecía casi, contra todos nuestros temores, que los selenitas no hubieran sospechado nuestra fuga por la abertura, a pesar del elocuente montón de hongos rotos que debía haber al pie de ésta.

A ratos, el cañón se estrechaba tanto que apenas podíamos deslizarnos por él, y otras veces se ensanchaba en grandes cavidades ásperas, incrustadas de puntiagudos cristales, o cubiertas de una capa de botones fungoides, que despedían un pálido resplandor. A veces se encorvaba en espiral, y otras disminuía su gradiente, casi hasta extenderse en dirección horizontal. A cada rato oíamos el intermitente ¡chirr! ¡chirr! de los hilos de agua que corrían a nuestro lado. Una o dos veces nos pareció que unas pequeñas cosas vivientes se arrastraban velozmente para escapar de nuestro alcance, pero nunca vimos lo que eran. Podrían muy bien haber sido animales venenosos, pero no nos hicieron daño alguno, y nosotros tampoco estábamos en situación de hacer caso de un ruido más o menos. Por fin, allá arriba, apareció

de nuevo la azulada luz ya familiar para nosotros, y después vimos que pasaba a través de un enrejado que nos cerraba el camino.

Cuando notamos aquello, nos lo señalamos uno a otro, apenas con un leve murmullo, y adoptamos más y más precauciones para no hacer ruido en nuestra ascensión. A poco, ya estábamos debajo del enrejado, y pegando la cara a sus barras, pude ver una limitada porción de la caverna que se extendía, al otro lado. Se veía que era un recinto espacioso, y que indudablemente estaba alumbrado por algún arroyo de la misma luz azul que habíamos visto brotar de la ruidosa maquinaria. Un intermitente chorro de agua, muy delgado, goteaba de rato en rato, por entre las barras, cerca de mi cara.

Lo primero que procuré fue, naturalmente, ver lo que podía haber en el suelo de la caverna; pero el enrejado había sido puesto en una depresión del terreno, cuyo borde ocultaba de nuestros ojos todo el suelo. Nuestra burlada atención volvió entonces a fijarse en los varios sonidos que oíamos, y al cabo de un momento mis ojos sorprendieron un número de vagas sombras que se movían en el confuso techo, allá muy en lo alto.

Indiscutiblemente, en aquel espacio había varios selenitas, quizás en número considerable, pues hasta nosotros llegaban los sonidos de su lenguaje, y sordos ruidos, que yo tomé por sus pisadas. Se oía también una serie de sonidos regularmente repetidos: ¡chid! ¡chid! ¡chid! que empezaban y cesaban, y que daban la idea de un cuchillo o machete que cortara alguna substancia blanda. Después resonó un choque como de cadenas, un silbido, y un rumor estruendoso, como el de un carro arrastrado por sobre un lugar hueco; y otra vez empezó el ¡chid! ¡chid! ¡chid! Las sombras indicaban que unas formas se movían rápida y acompasadamente, de acuerdo con aquel sonido regular, y descansaban cuando el sonido cesaba.

Cavor y yo juntamos nuestras cabezas y empezarnos a discutir todo aquello en murmullos apagados.

- Están ocupados – dije - están ocupados en algo.

- Sí.

- No están buscándonos, ni piensan en nosotros.

- Tal vez no han oído hablar de nosotros.

- Los otros nos buscan allá abajo. Si apareciéramos repentinamente aquí...

Nos miramos uno a otro.

- Podría haber una probabilidad de parlamentar - dijo Cavor.

- No - contesté yo:- no tal, estamos...

Guardamos silencio, y así nos quedamos un rato, cada uno embargado por sus propios pensamientos.

¡Chid! ¡ chid! ¡chid! sonaban las herramientas, y las sombras se movían de un lado a otro.

Yo miré el enrejado.

- Es débil – dije - Podríamos apartar dos barras y deslizarnos por entre ellas.

Poco tiempo perdimos en vagas discusiones. En seguida tomé una de las barras con ambas manos, afirmé los pies contra la roca, colocán- dolos casi a la altura de mi cabeza, y en esa posición me apoyé en la barra. Esta cedió tan fácilmente, que poco me faltó para caer. Me aseguré nuevamente en las rocas y empujé la barra adyacente en dirección opuesta. Después me saqué del bolsillo el hongo luminoso y lo deje caer abajo por la grieta.

- No haga usted nada precipitadamente - susurró Cavor, al ver que me introducía por la abertura que acababa de ensanchar. Al pasar por el enrejado vi unos bultos que se movían, é inmediatamente me incliné, para que el borde de la depresión en que el enrejado estaba puesto me ocultara de sus ojos. Echado y bien pegado al suelo indiqué por señas a Cavor que él también se preparara a pasar. Un momento después estábamos tendidos el uno al lado del otro, mirando por encima del borde, la caverna y a sus ocupantes.

La caverna era mucho mayor de lo que habíamos supuesto al verla por primera vez, y la mirábamos de abajo arriba, desde la parte más baja de su suelo inclinado. A medida que se alejaba de nosotros se ensanchaba, y el techo descendía, y ocultaba totalmente la porción

más lejana. Y tendidos en hilera a lo largo de su extensión mayor, hasta perderse por último en esa tremenda perspectiva, yacían unas abultadas formas, unos bultos grandes e incoloros con los cuales estaban atareados los selenitas. Al principio parecían unos grandes cilindros blancos, de vago volumen; después noté sus cabezas, con el hocico hacia nosotros, peladas y sin ojos, como cabezas de carnero en una carnicería, y entonces comprendí que los selenitas estaban descuartizando reses lunares: el cuadro se asemejaba mucho al de la tripulación de un barco ballenero en el acto de descuartizar una ballena atada a la cubierta. Cortaban la carne en tiras y en algunos de los cuartos puestos más lejos, aparecían ya desnudas las blancas costillas. El ruido de sus machetes era ese ¡cid! ¡cid! Un poco más lejos, una especie de pequeño tren, tirado por cables y lleno de trozos de floja carne, corría hacia arriba por el inclinado suelo de la caverna. Aquella gran hilera de fardos enormes destinados a servir de alimento, nos dio una idea de la vasta población del mundo lunar, no bien habíamos comprendido cuál era la ocupación de los selenitas.

Al principio me pareció que éstos debían operar sobre plataformas sostenidas por gruesos bancos[2] y luego vi que las plataformas, sus bancos y los machetes tenían el mismo color que había visto a mis cadenas antes de que la luz pusiera en evidencia el que en realidad tenían. Un número de palancas bastante gruesas, yacían por el suelo, y sin duda habían servido para volver de un lado a otro las reses muertas. Tenían quizá seis pies de largo y unas agarraderas bien dispuestas: armas que eran una tentación para quien supiera defenderse. La caverna entera estaba iluminada por tres arroyos transversales del azul fluido.

---

[2] No recuerdo haber visto nada de madera en la luna: puertas, mesas, todo lo correspondiente a nuestras terrestres obras de carpintería, era de metal, y creo que de oro en su mayor parte, metal que, claro está, debía recomendarse naturalmente - siendo su valor superior al de otros metales - por la facilidad de trabajarlo y su solidez y duración.

Durante un rato nos quedamos inmóviles, observando todo aquello en silencio.

- ¡Bueno!- dijo Cavor, por fin.

Yo me adherí más al suelo y volví la cara hacia mi amigo. Se me había ocurrido una brillante idea.

- A no ser que hayan bajado esos cuerpos por un ascensor - dije,- debemos estar más cerca de la superficie que lo que pensaba.

- ¿Por qué?

- La res no salta, ni tampoco tiene alas.

Cavor echó nuevamente una ojeada por sobre el borde del hueco.

- Me pregunto, ahora... - empezó.- Lo cierto es que en ningún momento nos hemos alejado mucho de la superficie.

Yo le hice callar con un fuerte apretón en el brazo: ¡había oído un ruido en la parte baja del cañón!

Nos acurrucamos cuanto pudimos, y nos quedamos tan quietos como si estuviéramos muertos, pero con todos los sentidos despiertos. No cabía duda de que algo subía lentamente por el tubo de piedra. Yo sin hacer ruido, empuñé vigorosamente mi cadena, y esperé que apareciera aquello.

- Usted eche otra ojeada a los de los machetes - dije.

- Están en su tarea - me contestó Cavor.

Me afirmé, como arreglándome una especie de barricada en la abertura del enrejado... Oía ya con bastante claridad el suave jadeo de los selenitas que subían, el roce de sus manos contra las rocas, y el caer de la tierra que sus cuerpos desprendían.

Después vi algo que se movía confusamente en las tinieblas de abajo del enrejado, pero no pude distinguir lo que era. Todo aquello pareció aquietarse por un momento, pero luego... ¡alerta! Yo me había parado de un salto, y dado un feroz golpe en la dirección de una cosa que había pasado velozmente junto a mí. Era la punta de una lanza. Después he reflexionado que su largo excesivo en la estrechez del cañón, debió impedir que la apuntaran bien para que llegara hasta mí. Como quiera que fuese, pasó el enrejado como la lengua de una ser-

piente, y tanteó, retrocedió, y volvió a avanzar con violencia. Pero la segunda vez yo la empuñé y la arranqué, de las manos del que la manejaba, no antes de que otra me hubiera amagado también, sin tocarme.

Lancé un grito de triunfo al sentir que el selenita, después de resistir un momento mi tirón soltaba la lanza, y acto continuo me puse a lancear hacia abajo por entre las barras, a lo que me respondían de la obscuridad unos chillidos. Cavor, por su parte, había arrancado a las otras invisibles manos la otra lanza, daba saltos a mi lado, blandía el arma, y apuntaba lanzadas que no daban en el blanco...

¡Chang! ¡Chang! - resonó un gong desde abajo y por entre la reja fue el sonido a esparcirse arriba. Luego una hacha lanzada por el aire y que chocó en las rocas más allá de nosotros, me recordó a los carniceros de la caverna.

Me volví: todos avanzaban hacia nosotros, en orden de batalla, blandiendo sus hachas. Si antes no habían oído hablar de nosotros debían haberse dado cuenta de la situación con increíble rapidez. Les contemplé un momento, lanza en mano.

- ¡Guarde usted esa reja, Cavor! - grité, y me puse, a vociferar para intimidarlos, y corrí a su encuentro. Dos de ellos me hicieron frente con sus machetes, pero los demás huyeron acto continuo. Entonces los dos echaron a correr también, caverna arriba, con los puños apretados y la cabeza baja. ¡Nunca he visto a los hombres correr así!

Yo comprendí que la lanza que tenía no era un arma apropiada para mí; era delgada y flexible, y demasiado larga para manejarla con rapidez. Así, pues, sólo perseguí a los selenitas hasta el lugar en que yacía la primera res muerta, y allí me detuve y recogí una de las palancas. La sentí agradablemente pesada, y suficiente para aplastar a cualquier número de selenitas. Arrojé lejos la lanza, y con la otra mano me apoderé de otra palanca. Así me sentía cinco veces mejor que con la lanza. Con ademán amenazador blandí las dos palancas en la dirección de los selenitas que se habían detenido y formaban un pe-

queño grupo lejos, en la parte alta de la caverna, y volví al lado de Cavor.

Este saltaba de un lado para el otro del enrejado, tirando estocadas con su lanza rota. La cosa iba bien por allí: aquello bastaría para impedir que los selenitas subieran... a lo menos por un tiempo. Volví los ojos a la caverna: ¿qué íbamos a hacer nosotros?

Estábamos ya, y en cierto modo, acorralados; pero los matarifes y carniceros de la caverna habían sido sorprendidos por nuestra presencia, probablemente estaban asustados, y no tenían armas propiamente dichas, pues sólo les servían de tales sus pequeños machetes. Y por ese lado era posible escapar. Sus rechonchos cuerpecitos - pues la mayor parte de ellos eran más bajos y gruesos que los pastores que habíamos encontrado primero,- estaban desparramados por la parte alta del inclinado suelo, de una manera que significaba elocuentemente indecisión. Pero, así y todo, había que tener presente que eran una tremenda muchedumbre. Los selenitas que habían subido por el cañón tenían unas lanzas infernalmente largas, y quizá se nos iban a presentar con otras sorpresas... Pero ¡maldita disyuntiva! Si cargábamos contra los de la caverna dejábamos el paso libre a los otros para que subieran y nos persiguieran, y si no cargábamos, los animalejos de la parte alta de la caverna recibirían probablemente refuerzos. Sólo el Cielo sabe qué tremendas máquinas de guerra: cañones, bombas, terrestres torpedos, podría enviar para nuestra destrucción aquel mundo de abajo, más vasto, al cual no habíamos hecho hasta entonces otra cosa que pellizcar la epidermis. ¡De todo esto resultaba claro que lo único que nos quedaba era cargar! Y más claro fue aún, cuando vi las piernas de muchos otros selenitas recién llegados que aparecían en lo alto de la caverna, corriendo hacia nosotros.

- ¡Bedford! – gritó Cavor, y ¡zas! de un salto se puso a medio camino entre la reja y el punto en que yo estaba.

- ¡Vuelva usted allá! - le grité.- ¿Qué hace usted?...

- ¡Han traído... una cosa como un cañón!

Y agitándose en el enrejado entre varias lanzas que avanzaban para su defensa, aparecieron la cabeza y los hombros de un selenita portador de un complicado aparato.

Yo me di cuenta de la completa incapacidad de Cavor para la lucha que teníamos que afrontar. Por un momento, vacilé. Después me precipité hacia la máquina, blandiendo mis barras y gritando para aturdir al selenita. Este apuntaba con su arma, apoyándola en el estómago. ¡Zizzt! Aquello no era un cañón: lanzó el proyectil más bien como un arco lanza una flecha, y me lo plantó en medio de un hombro.

No caí. Pero mi salto fue más corto que si no hubiera sido tocado por el proyectil. La sensación que me quedó en el hombro me hizo creer que el proyectil me había golpeado de refilón; pero luego mi mano izquierda tropezó con algo, y entonces noté que tenía una especie de jabalina metida en el hombro casi hasta la mitad. Un instante después caí con mi palanca en la mano derecha, sobre el selenita y le di un golpe de lleno. Golpear a los selenitas era como golpear tallos secos con una maza de hierro. Se derrumbó... se hizo pedazos.

Solté una de las palancas, me saqué la jabalina del hombro, y empecé a dar puntazos con ella por entre la reja, hacia la obscuridad de abajo. A cada puntazo, respondían un alarido y una caída. Por último, les lancé la jabalina con toda mi fuerza, salte hacia arriba, recogí nuevamente la palanca y salí al encuentro de la multitud que ocupaba la parte alta de la caverna.

- ¡Bedford! - gritó Cavor. - ¡Bedford! - al verme pasar a su lado como un rayo.

Aún me parece oír el ruido de las pisadas que me seguían.

Un paso, un salto...¡ zas!... otro paso, otro salto... Cada salto parecía durar siglos. Y a cada uno, la cueva se ensanchaba ante mí y el número de los selenitas aumentaba visiblemente. Al principio parecían correr todos como hormigas en un hormiguero removido; uno o dos machetes volaron en mi dirección; nuevas carreras; varios se desparramaban a los lados, por entre la hilera de reses muertas: después

aparecieron otros, armados de jabalinas, y luego otros más. La caverna iba obscureciéndose a medida que avanzaba en ella. ¡Flick! algo voló por encima de mi cabeza. ¡Flick! Desde lo alto de uno de mis brincos vi una jabalina clavarse y sacudirse en una de las reses muertas, a mi izquierda. Luego, al tocar tierra, otra cayó al suelo delante de mí y oí el remoto ¡Chuzz! de la cosa que las disparaba. ¡Flick! ¡Flick! Durante un momento, aquello fue una lluvia.

Yo me detuve de golpe.

No me parece que en aquel momento tuvieran mis pensamientos mucha claridad. Me parece recordar que una especie de frase estereotipada recorría mi mente: "Zona de fuego, ¡buscar abrigo!" Sé que me precipité a un espacio entre dos reses muertas, y me quedé parado allí, jadeando rebosante de ira.

Busqué con los ojos a Cavor, y por un momento creí que hubiera desaparecido de aquel mundo. Después, surgió de la obscuridad entre la hilera de reses muertas y las rocas de la pared de la caverna: vi su carita, entre negra y azul, lustrosa de sudor y contraída por la emoción.

Decía algo, pero no puse atención en ello. Se me había ocurrido que podíamos avanzar cubriéndonos con las reses, de una en otra, hasta lo alto de la cueva para cargar en cuanto estuviéramos suficientemente cerca.

- ¡Venga usted! - dije, y eché a andar delante.

- ¡Bedford!- gritó Cavor; pero inútilmente.

Yo iba preocupado mientras avanzábamos por el estrecho callejón que quedaba entre las reses y la pared de la caverna. Las rocas se encorvaban hacia adelante... los selenitas no podían atacarnos de frente. Aunque en aquel estrecho espacio no podíamos saltar, nuestra fuerza de hombres nacidos en la tierra nos permitía avanzar con mucha. mayor rapidez que los selenitas. Calculé lo que sucedería cuando llegáramos donde ellos estaban: una vez que nos tuvieran encima, serían tan formidables como una legión de escarabajos; pero lo prime-

ro con que nos recibirían sería una descarga de flechas. Sin cesar de correr, me quité el saco de franela.

- ¡Bedford!- jadeó Cavor, detrás de mí.

Yo volví los ojos.

- ¿Qué?- pregunté.

Le vi señalar hacia arriba, por sobre las reses.

- ¡Luz blanca! - dijo.- ¡Otra vez luz blanca!

Miré, y era como él decía,: un débil velo blanco de luz, asomaba en lo más lejano del techo de la caverna.

Aquello me pareció que duplicaba mis fuerzas.

- Manténgase usted junto a mi - dije.

Un selenita saltó precipitadamente de la obscuridad, lanzó un grito y huyó. Hice alto y detuve a Cavor con la mano. Colgué el saco de la punta de la palanca, di vuelta a la res siguiente, solté la palanca con la chaqueta, me hice ver, y retrocedí con rapidez.

- ¡Chuz!... ¡Flíck! - llegó una flecha. Estábamos muy cerca de los selenitas y estos, agrupados en muchedumbre, tenían a vanguardia una pequeña batería de sus máquinas disparadoras, apuntando hacia abajo de la cueva. Tres o cuatro flechas siguieron a la primera, y la descarga cesó en seguida.

Saqué la cabeza, y escapé de una flecha por el espesor de un cabello. Esta vez me atraje una docena o más de tiros, y oí que los selenitas gritaban tumultuosamente, al mismo tiempo que disparaban sus armas. Yo recogí la palanca con la chaqueta en la punta.

- ¡Ahora! - dije, y levanté en alto la palanca.

¡Chuzz-zz-zz-zz! ¡chuzz! En un instante mi chaqueta quedó convertida en una espesa barba de flechas, y otras tantas de éstas acribillaban las reses alrededor de nosotros. Rápidamente, desprendí la palanca de la chaqueta - la que supongo, está aún en aquel punto de la luna,- y me precipité hacia el enemigo.

Durante un minuto más o menos, aquello fue una matanza. Yo me sentía demasiado enfurecido para ser clemente, y los selenitas estaban probablemente demasiado asustados para pelear. Lo cierto es

que no me atacaron en forma alguna. Yo estaba sediento de sangre. Recuerdo, que me metía entre aquellos insectos con yelmo, como un segador entre el pasto crecido segando y golpeando, primero a la derecha, después a la izquierda...¡y aplastaba y aplastaba! A un lado y a otro saltaban pequeñas gotas. Mis pies tocaban cosas que se aplastaban y hundían y se ponían resbaladizas. Algunas jabalinas volaban en torno mío: una me rozó la oreja, otra me hirió en el brazo y otra en la mejilla; pero esto, no lo supe hasta más tarde, cuando la sangre tuvo tiempo de correr, enfriarse y hacer que me sintiera mojado.

No sé lo que hizo Cavor. Durante un rato me pareció que el combate se había prolongado un siglo y que era necesario que continuara siempre. Después, repentinamente, todo terminó, y lo único que vimos fue la parte posterior de las cabezas de los selenitas, que subían y bajaban, al correr sus dueños en todas direcciones... Yo parecía haber quedado totalmente indemne. Corrí algunos pasos hacia adelante, gritando, y luego me volví. Yo mismo estaba sorprendido de lo que hacía.

Corría en línea recta por entre ellos, a zancadas enormes. A todos los fui dejando atrás, y todos huían de aquí para allá tratando de esconderse.

Y sentí un enorme asombro y no poco orgullo ante la conclusión del gran combate en que me había tocado parte tan principal. Me parecía, no que había descubierto la inesperada debilidad de los selenitas, sino una no menos inesperada fortaleza mía. Me eché a reír estúpidamente.¡ Qué luna tan fantástica!

Salté por sobre los aplastados cuerpos de los selenitas, que se retorcían, desparramados por la caverna, y me precipité tras de Cavor.

XVIII
EN LA LUZ DEL SOL

A poco vimos que delante de nosotros la caverna, daba a un espacio nebuloso, y un momento después nos encontrarnos en una especie de galería pendiente que entraba en un vasto espacio circular, un enorme pozo cilíndrico y vertical. En torno de aquel pozo, la galería inclinada corría sin parapeto ni protección alguna, daba una vuelta y media, y luego se perdía, arriba, entre las rocas. Al ver aquello acudió a mi memoria el recuerdo de las vueltas espirales del ferrocarril que atraviesa el San Gotardo. Todo allí era tremendamente grande. No me hago la ilusión de dar a ustedes una idea de las titánicas proporciones de todo aquel lugar, de su colosal efecto. Nuestros ojos siguieron el vasto declive de la pared del pozo, y arriba, muy lejos, vimos una abertura redonda tachonada de estrellas apenas perceptibles, y la mitad del borde bañado por el brillo enceguecedor del sol. Al ver aquello, ambos lanzamos simultáneamente un grito.

- ¡Vamos! - dije, echando a andar delante.

- Pero ¿y aquí? - preguntó Cavor, y con mucho cuidado se acercó al borde de la galería.

Yo seguí su ejemplo, avancé el cuello, y miré hacia abajo, pero estaba deslumbrado por el fulgor de arriba, y no alcanzaba a ver más que la insondable obscuridad con manchas espectrales rojas y purpúreas, flotando en ella. Pero si no podía ver, podía oír. De aquella obscuridad salía un ruido, algo como el rumor colérico que se escucha aplicando el oído a una colmena, un ruido que se elevaba de aquel enorme hueco, quizá de cuatro millas bajo nuestros pies...

Durante un momento escuché; luego apreté mi palanca y avancé, y Cavor detrás de mí, por la galería.

- Esta debe ser la cavidad que vimos desde arriba - dijo Cavor:- la que cubría aquella tapa.

- Y allá abajo es donde vimos las luces.

- ¡Las luces! - dijo:- sí... las luces del mundo que ya no veremos nunca.

- Ya volveremos - contesté: después, de haber escapado de tantos peligros, tenía la plena seguridad de que recuperaríamos la esfera.

No alcance a oír lo que me replicó Cavor.

- ¿Eh? - dije.

- Nada – contestó; y continuamos nuestro camino en silencio.

Supongo que aquel camino inclinado lateral tenía cuatro o cinco millas de largo, contando con su curvatura, y que subía con una pendiente tal que en la tierra lo habría hecho casi impracticable, pero que en las condiciones lunares trepábamos fácilmente. Sólo vimos dos selenitas durante toda aquella parte de nuestra fuga, y apenas notaron nuestra presencia escaparon a toda prisa. Claro estaba que la noticia de nuestra fuerza y de nuestra violencia había llegado hasta ellos.

Nuestro camino hacia el exterior era inesperadamente llano. La galería espiral se estrechaba hasta convertirse en un empinado túnel ascendente, en cuyo suelo se veían abundantes huellas de reses, y tan recto y tan corto en proporción con su vasto arco, que no había en él parte alguna completamente obscura. Casi en seguida comenzó a iluminarse todo; y luego, allá lejos y muy en lo alto, con un brillo que casi nos ofuscaba, apareció su abertura exterior, una cuesta de alpina gradiente, coronada por una cresta de plantas-bayonetas, altas y ya rotas y muertas, alzando sus descarnadas siluetas hacia el sol.

Y era cosa extraña que para nosotros, para los hombres a quienes poco antes parecía tan horrible aquella vegetación, su vista fuera entonces como la de la tierra natal para el desterrado que vuelve a ella al cabo de muchos años. Recibimos con agrado hasta el enrarecimiento del aire, que nos hizo jadear al correr, y nos quitó la gran facilidad que habíamos tenido para hablar y entendernos, a la cual reemplazó una dificultad sólo superable con muchos esfuerzos. Cuanto más se ensanchaba el círculo de sol sobre nosotros, más se envolvía el túnel en un manto de insondables tinieblas. Al acercarnos a la vegetación,

vimos las plantas-bayonetas, no ya con el menor tinte verde, sino renegridas, secas y duras, y la sombra de sus ramas superiores, que se perdían de vista en lo alto, formaba una densa maraña sobre las resecas rocas. Y en la inmediata boca del túnel había un ancho espacio hollado por el ir y venir de las reses.

Salimos por fin a aquel espacio, a una luz y un calor que nos hirieron, que ejercieron presión sobre nosotros. Atravesamos penosamente el área abierta, trepamos una cuesta por entre montones de ramas secas, y nos sentamos por último, extenuados, en un elevado sitio, bajo la sombra de una masa de resquebrajada lava. Aun en la sombra, la roca estaba caliente.

El aire era intensamente cálido, y sentíamos gran decaimiento físico; pero, así y todo, ya no estábamos en una pesadilla. Habíamos vuelto a nuestros dominios propios, al aire bajo las estrellas. Todo el miedo, el terror de nuestra fuga a través de los obscuros pasadizos y grietas de abajo, había desaparecido: él último combate nos había llenado de enorme confianza en nosotros mismos, en todo lo que concernía a nuestras relaciones con los selenitas. Volvimos la vista, casi con incredulidad, a la negra abertura de que acabábamos de salir. Allá abajo, en un azul resplandor que ya en nuestros recuerdos parecía próximo a la absoluta obscuridad, nos habíamos encontrado con unas cosas que parecían insensatas caricaturas de hombres, unos animalejos con yelmos, y habíamos andado temerosos ante ellos, y nos habíamos sometido a ellos hasta que por fin no pudimos someternos más. ¡Y los que no quedaban aplastados como cera, habían huido y se habían desvanecido como las creaciones de un sueño!

Me restregué los ojos, como si creyera haber soñado todo aquello por efecto de los hongos que habíamos comido: y al hacerlo noté repentinamente que tenía ensangrentada la cara y que la camisa pegada a la piel en el hombro y en el brazo, me hacía doler las heridas cuando mis movimientos la despegaban algo.

- ¡Malditos bichos! - dije, palpando mis heridas con mano investigadora; de improviso la distante boca del túnel se convirtió para mí en un inmenso ojo que nos espiaba.

- ¡Cavor! – dije - ¿Qué van a hacer ahora? Y nosotros, ¿qué vamos a hacer?

Cavor meneó la cabeza, con los ojos fijos en el túnel.

- ¿Cómo podemos saber lo que harán?- dijo.

- Eso depende - repliqué,- de lo que piensen de nosotros, y no sé cómo podemos adivinarlo. Depende también de lo que tengan en reserva. Lo que usted ha dicho, Cavor, es cierto: hasta ahora no hemos tocado más que la simple corteza de este mundo. Pueden tener dentro toda clase de cosas. Y sólo con esos lanzaflechas nos podrían hacer bastante daño, si... Con todo, al fin y al cabo, aun en el caso de que no encontremos la esfera, tenemos probabilidades de vencer. Podemos, sostenernos, y si nos alcanza la noche, volveremos dentro y pelearemos.

Miré en mi derredor con escudriñadores ojos. El carácter del escenario había variado completamente, por razón del enorme crecimiento y del subsecuente secamiento de la vegetación. La cresta en que nos habíamos sentado era alta y dominaba una ancha perspectiva del cráter: nuestros ojos veían por todas partes la aridez y sequedad del avanzado otoño de la tarde lunar. Una tras otra se alzaban largas cuestas y mesetas de color moreno, cubiertas de huellas en desorden, dejadas por las reses que habían pastado allí: y muy lejos, en el pleno ardor del sol, un rebaño yacía desparramado, las reses permanecían tendidas perezosamente, cada una con una mancha de sombra a su lado, como carneros en la falda de un monte. Pero no se veía ni señales de selenitas. Si habían huido al surgir nosotros de los pasadizos interiores, o si acostumbraban retirarse después de llevar al pasto a sus animales, es cosa que no puedo adivinar. En aquel momento creí que fuera lo primero.

- Si pusiéramos fuego a todas estas hierbas secas - dije,- podríamos encontrar la esfera entre las cenizas.

Cavor pareció no oír. Con las manos sobre los ojos a guisa de pantalla, observaba las estrellas que no obstante la intensa luz del sol, eran todavía numerosas y visibles en el firmamento.

- ¿Cuánto tiempo cree usted que hemos estado aquí? - me preguntó por último.

- ¿Estado dónde?

- En la luna.

- Dos días, quizás.

- Cerca de diez. ¿Sabe usted? El sol ha pasado su cenit, y cae hacia el Oeste. Dentro de cuatro días o menos, será noche.

- Pero... ¡si solo hemos comido una vez!

- Lo sé;... pero, ¿y lo que dicen las estrellas?

- Pero ¿por qué ha de parecer diferente el tiempo ahora que estamos en un planeta más pequeño?

- No sé; ¡pero es así!

- ¿Cómo puede uno calcular el tiempo?

- El hambre... el cansancio... todo es diferente aquí. Todo es diferente. Me parecía que desde que salimos de la esfera no hubieran pasado más que unas horas... largas hora... a lo sumo.

- Diez días - dije yo:- eso nos hace... - Miré hacia arriba al sol, un momento, y entonces vi que estaba en medio camino del cenit, al límite occidental del horizonte.- ¡Cuatro días!... Cavor: es necesario que no nos quedemos aquí sentados soñando. ¿Cómo cree usted que podemos empezar?

Me levanté.

- Debemos - continué,- señalar un punto fijo que podamos reconocer después: podríamos izar una bandera, o un pañuelo, o algo, y después dividir el terreno en porciones para reconocerlas una tras otra.

Cavor se levantó y se colocó a mi lado.

- Sí - dijo:- no nos queda otro recurso que buscar la esfera: nada más. Podemos encontrarla sin duda... Y si no...

- Seguiremos buscándola.

Cavor miró a un lado y otro, elevó los ojos al cielo y los bajó al túnel, y me sorprendió con un brusco ademán de impaciencia:

- ¡Oh! - dijo.- ¡Cuán locamente hemos obrado! ¡Habernos puesto en esta situación! ¡Piense usted en lo que podríamos haber hecho, en las cosas que todavía podríamos hacer!

- Todavía podemos hacer algo.

- Nunca lo que podríamos haber hecho. Aquí, bajo nuestros pies, hay un mundo. ¡Piense usted en lo que ese mundo debe ser! ¡Piense usted en aquella máquina, en la inmensa tapa y en el líquido luminoso! Y ésas eran, apenas, cosas remotas, situadas a gran distancia del centro; y los seres que hemos visto y con quienes hemos combatido, no son sino ignorantes campesinos, habitantes de la corteza lunar, pastores y peones medio semejantes a los brutos. Pero ¡más abajo!... Cavernas bajo cavernas, túneles, construcciones, caminos... Este mundo debe abrirse más, cuanto mas se avanza hacia el centro y ser más vasto y populoso cuanto más se descienda. Eso es seguro; por lo menos hasta llegar al mar central que baña el corazón mismo de la luna. ¡Imagínese usted sus negras aguas, bajo las luces tenues! Eso, por supuesto, en el caso de que los ojos de los selenitas necesiten luz. Figúrese usted las cascadas tributarias que se precipitan hacia el centro para alimentar ese mar; piense usted en las mareas, en su superficie y en sus oleajes y crecientes. Quizá naveguen buques en él; quizá allí adentro haya grandes ciudades y caminos, y sabiduría y orden que superen a todo cuanto nos enorgullece a los hombres. Y podemos morir aquí encima, y no ver jamás a los amos que... indudablemente... gobiernan todas esas cosas. Podemos helarnos y morir aquí, y el aire se helará y nos cubrirá, y después!... ¡Después tropezarán con nuestros cuerpos silenciosos y yertos, hallarán la esfera que nosotros no podemos encontrar, y comprenderán por último, demasiado tarde, todo el pensamiento y el esfuerzo que habrán tenido aquí, con nuestra muerte, un fin tan estéril!

Durante todo el discurso, su voz sonaba como la de alguien que hablara por teléfono, débil y lejana.

- Pero ¿y la obscuridad ?- dije.

- Podríamos vencer esa dificultad.

- ¿Cómo?

- No sé. ¿Cómo he de saberlo? ¡Podríamos llevar una antorcha, una lámpara! ... Y ellos... podrían comprender.

Permaneció en silencio un momento, con las manos pendientes y una expresión de ira en la cara, contemplando el desierto que parecía desafiarnos. Después, con un ademán de renuncia, se volvió a mí, y empezó a formular sus proposiciones para que procediéramos sistemáticamente a buscar la esfera.

- Podemos volver después - le dije.

Su mirada recorrió de nuevo el espacio.

- Lo primero que tenemos que hacer es volver a la tierra - contestó.

- Podríamos traer lámparas portátiles, y aparatos para descender, y cien otras cosas necesarias.

- Sí - me contestó.

- Con el oro que llevemos llevaremos también la seguridad de una segunda expedición fructuosa.

Cavor contempló mis dos palancas de oro, y nada dijo durante un rato. Parado, con las manos atrás, miraba toda la extensión del cráter. Por fin, exhaló un suspiro y habló:

- Yo encontré la manera de venir aquí, pero encontrar un camino no siempre es dominarlo. Si vuelvo a la tierra ¿qué sucederá? No veo cómo podría conservar mi secreto siquiera un año .. ni una parte de un año. Temprano o tarde se hará pública la cosa, aun cuando no sea más que por que otros hombres la descubran también; y entonces... Gobiernos y pueblos lucharán por venir aquí; pelearán uno contra otro, y contra esta gente de la luna, y mi descubrimiento sólo habrá servido para aumentar los odios y multiplicar las oportunidades de guerra. Dentro de poco tiempo, dentro de muy poco tiempo, si revelo mi secreto, este planeta se verá, hasta sus más profundas galerías, lleno de cadáveres humanos. Cualquier otra cosa podría dudarse; pero esa es

indiscutible... Nada indica que la luna llegue a ser útil al hombre. ¿De que puede servir la luna los hombres? ¿Qué han hecho éstos, aun de su propio planeta, sino un campo de batalla y un teatro de infinitas locuras? Con ser tan pequeño su mundo y tan corto su tiempo, el hombre tiene allá abajo, en su reducida vida, más que hacer que lo que puede realizar. ¡No! La ciencia ha trabajado demasiado en la fabricación de armas para ponerlas en manos de los locos. Ya es tiempo de que se detenga en esa obra, y yo, por mi parte, desearía que los hombres no descubrieran mi secreto hasta dentro de mil años.

- Hay muchos medios de guardar un secreto - dije.

El me miró y se sonrió.

- Al fin y al cabo - agregó:- ¿para qué atormentarnos? Pocas son las probabilidades que tenemos de encontrar la esfera, y aquí adentro las cosas fermentan. Lo que nos hace pensar en el regreso a la tierra no es más que la costumbre humana de esperar hasta que llega la muerte. Apenas si estamos, todavía, en el principio de nuestras contrariedades. Hemos enseñado a los selenitas la violencia de que somos capaces, les hemos hecho saborear nuestras cualidades, y las perspectivas que tenemos ahora ante nosotros son las de un tigre que se ha escapado en una ciudad, y anda suelto después de haber dado muerte a un hombre. La noticia de nuestros actos debe ir ahora corriendo hacia abajo, de galería en galería, hasta las partes centrales del planeta... Ningún ser inteligente nos dejará tomar la esfera y marcharnos, después de lo que se nos ha visto hacer.

- Pero, con quedarnos aquí sentados no mejoraremos nuestras perspectivas - dije.

Me puse nuevamente en pie, y él también, a mi lado.

- Lo que tenemos que hacer - dijo Cavor,- es separarnos. Ataremos un pañuelo en estas matas altas, asegurándolo bien, y tomándolo como centro, recorreremos el cráter. Usted irá por el Oeste, describiendo semicírculos a derecha o izquierda, siempre en la dirección del poniente. Primero avanzará usted con la sombra de su cuerpo a la derecha, hasta que la vea usted en ángulo recto con la dirección del pa-

ñuelo y después con su sombra a la izquierda. Yo haré lo mismo hacia el oriente. Escudriñaremos todas las grietas, todos los recodos de las rocas; haremos todo cuanto sea posible por encontrar mi esfera. Si vemos selenitas, nos esconderemos lo mejor que podamos. Si tenemos sed la apagaremos con nieve, y si tenemos necesidad de comer, mataremos una res, si podemos, y comeremos su carne... cruda, y así continuaremos uno y otro nuestro camino.

- ¿Y si uno ú otro encuentra la esfera?

- El que la encuentre volverá aquí, adonde esté el pañuelo blanco, hará señales al otro y lo esperará.

- Y si ninguno...

Cavor alzó la mirada hacia el sol.

- Seguiremos buscando hasta que la noche y el frío nos anonaden.

- ¡Supongamos que los selenitas han encontrado la esfera y la han escondido!

Cavor se encogió de hombros.

- ¿O si de repente nos hallamos en presencia de nuestros perseguidores?

A esto no me contestó tampoco.

- Debería usted llevar consigo una de nuestras palancas - le dije.

Meneó la cabeza y apartando de mí la vista contempló el vasto desierto.

- Partamos.- dijo.

Pero pasó un momento, y Cavor no se movió: me miraba tímidamente, titubeaba.

- *Au revoir* - me dijo por fin.

Sentí una viva punzada en el corazón. Conmovido, iba ya a pedirle un apretón de manos - eso era lo único que se me ocurría en aquel instante,- cuando juntó los pies y se separó de mí dando un salto en dirección al Norte. Pareció volar blandamente como una hoja seca desprendida del árbol, cayó con suavidad, y volvió a saltar. Yo me quedé parado un momento, mirándole; luego volví la cara al Oeste, de

mala gana, me recogí, y con una sensación parecida a la de un hombre que salta adentro de un estanque de agua helada, elegí un punto adonde brincar, y una vez que lo elegí, me lancé a explorar mi solitaria mitad del mundo lunar. Caí algo torpemente entre las rocas, me puse de pie, miré en torno mío, trepé hasta un picacho, y de allí salte nuevamente. Cuando, en seguida, busqué a Cavor con la mirada, ya había desaparecido de mi vista, pero el pañuelo flotaba valientemente sobre el montículo blanco, en el ardiente sol. E inmediatamente resolví no perder de vista el pañuelo, sucediera lo que sucediera.

XIX
EL SEÑOR BEDFORD, SOLO

Al cabo de muy poco rato, me sentía como sí siempre hubiera estado solo en la luna. Busqué durante un tiempo con bastante tesón, pero el calor era aún muy grande, y la delgadez del aire pesaba como un fardo sobre mi pecho. Llegué a una especie de cuenca sombreada por altas y espesas arboledas que cubrían sus bordes, y bajo aquella sombra me sentó a descansar y refrescarme. Mi intención era reposar sólo un ratito. Puso a mi lado las dos barras metálicas, y me senté, con la barba entre las manos. Con una especie de incoloro interés vi que las rocas de la cuenca, aquí y allá, en los puntos en que los rajados líquenes secos se habían caído y las dejaban en descubierto, estaban todas cruzadas de venas y manchas de oro; que de trecho en trecho, montoncillos de oro, redondos y arrugados, surgían de entre las piedras. ¿De qué servía ya todo aquello? Cierta languidez había tomado posesión de mí cuerpo y de mi mente. Ya no creí, ni por un instante, que pudiéramos encontrar la esfera en aquel vasto y árido desierto. Me parecía que no necesitaba hacer esfuerzo alguno hasta que llegaran los selenitas. Después me dije que tenía que ejercitar mis fuerzas, obedeciendo a la irracional e imperativa ley que obliga a un hombre, ante todo, a conservar y defender su vida, aunque sólo tenga que preservarla para morir más dolorosamente poco después.

¿Para qué habíamos ido a la luna?

Esto se me presentó como un problema perturbador. ¿Qué es ese espíritu del hombre que lo impulsa eternamente a abandonar la dicha y la seguridad de su persona, para buscar cosas nuevas, para exponerse al peligro, hasta para afrontar una relativa probabilidad de muerte? En mi cerebro surgía allá en la luna, como cosa que debería haber sabido siempre, la idea de que el hombre no ha sido hecho únicamente para ir y venir con toda seguridad y comodidad, y para alimentarse bien y divertirse, sino que, además, si se le presenta la ocasión - no en

palabras sino en la forma de oportunidades,- debe mostrar que es *hombre*, y que lo sabe como cosa cierta. Allí sentado en medio del muro lunar, entre las cosas de otro mundo, recorrí con el pensamiento mi pasado. En la hipótesis de que iba a morir en la luna como un ente inútil, no alcancé a vislumbrar siquiera para qué había servido mi vida. No obtuve luz alguna sobra ese punto, pero de todos modos, en aquellos momentos vi con más claridad que en cualquier circunstancia anterior, que lo que hacía no servía mis propósitos, que en toda mi vida no había, a decir verdad, servido con mis actos los fines que yo mismo me señalaba. En este punto cesé de reflexionar sobre por qué había ido a la luna, y abarqué un campo más vasto. ¿Por qué había ido a la tierra? ¿Por qué tenía vida?... Y me perdí por último en insondables meditaciones.

Mis pensamientos fueron haciéndose vagos y nebulosos, ya sin marcar direcciones definidas. No sentía desesperación ni amargura – imposible sería imaginarse tal cosa en la luna,- pero me parece que estaba muy cansado. Y me dormí.

Aquel sueño me proporcionó un gran descanso, y mientras duró, el sol se ponía y el calor disminuía. Cuando, por fin, me despertó un remoto clamoreo, me sentí otra vez activo y vigoroso. Me restregué los ojos y estiré los brazos. Me puse en pie – estaba algo entumecido, - y en el acto me preparé para reanudar mi investigación. Me eché sobre cada hombro una de mis palancas de oro, y salí de la cuenca de las rocas veteadas de oro.

El sol estaba seguramente más abajo, mucho más bajo que lo que había estado al dormirme; el aire mucho más frío; esto me hizo comprender que había dormido largo rato. Me parecía que una leve faja de azul húmedo coronaba la cumbre occidental. Salté a una pequeña eminencia, y paseé la vista por el cráter.

No alcancé a notar señales de reses ni de selenitas, ni pude ver a Cavor, pero sí vi mi pañuelo, lejos, desplegado en lo alto del grupo de plantas secas. Miré en torno mío, y luego salté hacia adelante, a un punto desde donde se podía observar mejor. Avancé de allí en semi-

círculo, y regresé, trazando una curva aún mayor. La empresa era fatigosa y desalentadora. El aire estaba realmente mucho más fresco, y me parecía que la sombra se ensanchaba bajo la cumbre del Oeste. De rato en rato me detenía y escudriñaba el campo con la vista, pero no veía signo alguno de Cavor, ni de los selenitas, y todo me hacía creer que las reses habían sido llevadas nuevamente al interior, pues no alcanzaba a ver ni una. Mi deseo de ver a Cavor se hacia cada vez más ardiente.

La línea luminosa del sol había descendido ya hasta no tener casi la extensión de su diámetro desde el límite del firmamento. Empezó a oprimirme la idea de que de un momento a otro, los selenitas correrían las tapas y cerrarían las válvulas, dejándonos afuera, en el inexorable hielo de la noche lunar. En mi opinión, había llegado y hasta pasado el momento de que Cavor abandonara su investigación y acudiera en mi busca para celebrar consejo. Había que adoptar una rápida decisión: una vez cerradas las válvulas, éramos hombres perdidos. Teníamos que entrar otra vez en la luna, aunque al hacerlo nos descuartizaran. En mi mente surgía la visión de nuestra muerte de frío, y ya me parecía oír los golpes que daríamos, con nuestras últimas fuerzas, en la tapa del gran pozo.

A decir verdad, ya no pensé más en la esfera; pensé únicamente en hallar a Cavor. Estaba pensando la conveniencia de volver en seguida al lugar donde habíamos dejado el pañuelo, cuando, de repente...

¡Vi la esfera!

No fui tanto yo quien la encontré, como ella la que me encontró a mí. Estaba mucho más al Oeste del lugar adonde yo había llegado, y los oblicuos rayos del sol poniente, reflejándose en sus vidrios, proclamaban su presencia, con chispeantes tonos. Durante un momento creí que aquello sería alguna nueva máquinas de los selenitas, preparada contra nosotros; pero luego comprendí la verdad y exhalando un grito ahogado, me dirigí hacia la esfera a grandes saltos. Calculé mal uno de mis brincos, caí en una profunda grieta, y al caer me torcí un

tobillo; después continué cayendo casi a cada salto. Me hallaba en un estado de agitación histérica, temblando violentamente y casi sin poder respirar, antes de llegar hasta ella. Por lo menos tres veces tuve que descansar, con los brazos pendientes a mis costados, y a pesar de la sequedad del aire tenía la cara empapada en sudor.

No pensé en otra cosa que en la esfera hasta que llegué a ella; olvidé hasta mi inquietud por el paradero de Cavor. Mi último salto me hizo caer delante de ella, con las manos contra el vidrio, y en esa posición me quedé, jadeante y tratando en vano de gritar: "¡Cavor! ¡Aquí está la esfera!" Miré a través del grueso vidrio y me pareció que las cosas de adentro estaban revueltas. Cuando por fin, pude moverme, me icé un poco y metí la cabeza por el agujero de entrada: el tornillo ajustador estaba adentro, y pude ver que nada había sido tocado, que nada había sufrido daño alguno. La esfera yacía allí tal cual la habíamos dejado al saltar de ella a la nieve. Durante un rato permanecí enteramente ocupado en hacer y rehacer su inventario. En el momento de alzar una de las frazadas noté que estaba temblando violentamente; pero sentía un alivio inmenso al ver de nuevo aquel obscuro interior familiar. Me senté en medio de las cosas, empaqueté mis palancas de oro en el fardo, y comí algo, no tanto porque lo necesitara como porque la comida estaba allí. Entonces se me ocurrió que era tiempo de salir y llamar por señales a Cavor.

¡Al fin y al cabo, todo iba bien! Todavía tendríamos tiempo de recoger unos trozos más de la mágica piedra que da el dominio sobre los hombres. No muy lejos de allí había oro fácil de extraer, y la esfera iría cargada de oro hasta la mitad, tan bien como si fuera vacía. Podríamos, pues, volver dueños de nosotros mismos y de nuestro mundo, ¡entonces!

Se me apareció una enorme visión de vastas y deslumbradoras perspectivas que me tuvieron soñando largo rato. ¿Qué monopolista, qué emperador, podía compararse por un momento con los hombres que poseían la luna?

Me levanté y volví a decirme que era hora de buscar a Cavor. Sin duda estaría escudriñando desesperadamente por el lado del Este.

Salté por fin fuera de la esfera y miré alrededor. Tan rápido como fue el brote de la vegetación, era también su muerte, y todo el aspecto de las rocas había cambiado: sin embargo, todavía era posible conocer la pendiente en que habían germinado las semillas y las masas rocallosas desde las cuales paseamos por primera vez nuestras miradas por el cráter; pero las puntiagudas plantas de la cuesta se alzaban entonces, renegridas y secas hasta 30 pies de altura, y proyectaban largas sombras que se extendían hasta perderse de vista, y las pequeñas semillas que sostenían sus ramas superiores estaban negras y maduras. Su formación había terminado, y hallábanse colgando, listas para caer y arrugarse bajo el aire helado apenas llegara la noche. Y los enormes cactus que se hincharon a nuestra vista, habían reventado va y desparramado sus esporos a los cuatro vientos de la luna. ¡Sorprendente rinconcito del Universo aquél... ¡el desembarcadero de los hombres! Algún día haría yo poner una inscripción, allí, exactamente, en medio del cráter. Se me ocurrió que si aquel abundante mundo interior conociera toda la importancia del momento, ¡a qué furioso tumulto se entregaría! Pero aún no podía ni soñar siquiera que pudiéramos volver, pues si lo sospechara, el cráter se vería seguramente agitado por una estruendosa persecución, en vez de hallarse tan quieto como un cementerio! Miré a un lado y otro, en busca de algún sitio desde donde hacer señales a Cavor, y vi el mismo trozo de roca a que él había saltado todavía limpio y reluciente de sol. Durante un momento, vacilé en ir hasta tan lejos de la esfera; pero luego, avergonzado de aquella vacilación, salté...

Desde la eminencia examiné otra vez el cráter. Allá lejos, en el extremo de la enorme sombra de mi cuerpo, el pañuelito blanco se movía sobre las plantas. Me pareció entonces que Cavor debía verme ya; pero yo no lo veía en parte alguna.

Me quedé esperando y mirando, con las manos a modo de pantallas sobre los ojos, con la esperanza de distinguirle de un momento a

otro. Muy probablemente, permanecí así largo rato. Traté de gritar, pero la imposibilidad de hacerlo me recordó la tenuidad del aire. Di un indeciso paso atrás, hacia la esfera; pero un recóndito temor a los selenitas me hizo vacilar en hacer conocer mi paradero izando una de nuestras frazadas en las plantas cercanas. Volví a examinar el cráter con la vista.

Por todas partes presentaba un aspecto de completa vacuidad, que me dio un calofrío. Y todo estaba en silencio. Hasta los ruidos de los selenitas, en el mundo interior, habían cesado de llegar a la superficie. Todo estaba tan quieto como la muerte. Salvo el leve movimiento de las plantas cercanas, al impulso de una pequeña brisa que iba levantándose, no se oía un sonido... ni la sombra de un sonido. Y no hacía ya calor; la brisa era hasta un poco fresca.

¡Diantre de Cavor!

Tomé aliento ampliamente, me puse las manos a ambos lados de la boca. “¡Cavor!” grité, y el sonido que salió de mis labios fue como la voz de un títere que gritara desde muy lejos.

Miré el pañuelo; miré detrás de mí, la creciente sombra de la cumbre occidental; miré el sol, defendiéndome los ojos con la mano: me pareció que casi visiblemente, descendía del firmamento.

Comprendí que tenía que proceder sin tardanza, si quería salvar a Cavor, y partí en línea recta hacia el pañuelo. Estaba éste a un par de millas, cuestión de pocos cientos de saltos y pasos.

Ya he dicho que a uno le parecía estar colgado, a cada uno de esos saltos lunares: cada vez que me hallaba así suspendido, buscaba con los ojos a Cavor, y me maravillaba que se hubiese ocultado. Pensaba sólo en que estaba oculto, como si aquella fuera la única probabilidad...

Di un postrer brinco, y me hallé en la depresión del suelo, debajo de nuestro pañuelo: un paso, y me paré en la eminencia desde la cual habíamos examinado juntos el cráter, con el pañuelo al alcance de la mano. Me enderecé cuanto pude, y escudriñé el terreno en mi derredor, por entre las crecientes manchas de sombra. Lejos, en un largo

declive, estaba la boca del túnel por donde habíamos huido, y mi sombra llegaba hasta ella, se estiraba hasta ella, la tocaba como un dedo de la noche.

Ni señas de Cavor, ni un sonido en toda aquella calma, a no ser el de las plantas agitadas por el viento; y las sombras crecían.

- ¡Cav!... - empecé, y comprendí una vez más la inutilidad de la voz humana en aquel aire tenue.

Silencio, el silencio de la muerte.

De repente, mi vista se fijó en algo... en una cosa pequeña, que se hallaría a unas cincuenta yardas cuesta abajo, en medio de una capa de ramas retorcidas y rotas. ¿Qué era? Yo lo sabía y, no obstante, por algún motivo, no alcanzaba a saberlo bien.

Me acerqué al objeto: era la gorrita de cricket que usaba Cavor.

Entonces vi que las ramas desparramadas en aquel sitio habían sido aplastadas, que las habían pisoteado. Vacilé, di un paso hacia adelante, y recogí la gorra.

Me quedé un momento con ella en la mano, contemplando el suelo hollado en torno mío. Algunas de las ramas estaban untadas de una materia obscura que no me atreví a tocar. A unas doce yardas más allá la brisa, que iba arreciando, arrastró algo, algo pequeño y de un vívido color blanco.

Era un pedacito de papel, arrugado y compacto, como si alguien lo hubiera apretado en el puño, lo recogí, y vi en él manchas de sangre. Mi vista tropezó con unas débiles líneas trazadas con lápiz. Lo estiré, y vi que era una escritura desigual y entrecortada, que terminaba en una raya en forma de gancho.

Me senté a descifrar aquello.

"Estoy lastimado en la rodilla... creo que tengo destrozada la rótula, y no puedo correr ni arrastrarme," empezaba el escrito, con bastante claridad.

Después, menos legiblemente:

"Me han perseguido durante largo rato, y ahora es sólo cuestión de... " - la palabra "tiempo" parecía haber sido escrita en aquel lugar y

luego borrada para reemplazarla con otra, que no era legible,- "... el que me tomen. En estos momentos recorren todo el cráter en mi busca." Después la escritura se volvía convulsiva:

"Desde aquí los oigo..." - alcancé a descifrar, y lo que le seguía era ilegible, hasta llegar a una pequeña línea bastante clara,- "...una clase de selenitas completamente distinta parece dirigirla ..." - El escrito volvía a convertirse en una confusión indescifrable.

"Tienen las cabezas, metidas en cajas más grandes, y van vestidos, me parece, con delgadas placas de oro. El ruido que hacen es leve, y sus movimientos obedecen visiblemente a planes organizados...

"Y aunque estoy aquí, herido y desamparado, su presencia me inspira todavía alguna esperanza. (Ese era un rasgo propio, de Cavor). No han disparado contra mi sus almas, ni han tratado... lastimarme. Me propongo..."

De allí arrancaba la repentina raya de lápiz a través del papel, y en el dorso y en los bordes, descolorida ya, de un color castaño... ¡sangre!

Y mientras, parado en el mismo sitio, estupefacto y perplejo con aquella aterradora reliquia en la mano, no sabía qué pensar ni qué hacer, algo muy suave, muy suave, ligero y helado, me tocó la mano un momento y se desvaneció; luego una segunda cosa, una manchita blanca, pasó a mi lado como una sombra leve; eran menudos copos de nieve, los primeros copos, los heraldos de la noche.

Alcé los ojos bruscamente; el cielo se había obscurecido casi hasta la lobreguez, en él brillaban, en una multitud que parecía agolparse cada vez más, las frías y curiosas estrellas. Volví los ojos al Este, y la luz de aquel friolento mundo tenía un matiz bronceado por su parte occidental: el sol, despojado ya de la mitad de su calor y de su esplendor por un velo blanco que se hacía cada vez más denso, tocaba el borde del cráter, se hundía hasta perderse de vista, y todas las plantas y las rocas desmoronadas y resquebrajadas, elevaban en estupendo desorden sus negras sombras. En el gran lago de obscuridad que se extendía al Oeste, hundíase una vasta corona de neblina. Un

frío viento estremecía todo el cráter. De improviso y en un momento, me vi envuelto por una ráfaga de copos de nieve, y todo en mi derredor quedó sumido en un color gris pálido...

Y entonces oí, al principio no alto y penetrante, sino débil y tenue como una voz de moribundo, pero después sonoro, como la otra vez al saludar el nuevo día, el mismo: ¡Bum!.... ¡Bum!... ¡Bum!... que tanto nos aterrara. Y bruscamente, la abierta boca del túnel por donde nos habíamos escapado, se cerró como un ojo y desapareció de mi vista.

Me había quedado solo, no cabe duda de ello: ¡solo afuera! Encima de mí, dentro de mí, en mi derredor, abrazándome cada vez más estrechamente, estaba lo Eterno, aquello que existía antes del principio y aquello que triunfará después del fin; el enorme vacío en que toda luz, y toda vida, y todo ser, no es más que el débil y pasajero esplendor de una estrella errante; el frío, la calma, el silencio, la infinita y final Noche del espacio.

- ¡No!- grité - ¡¡No!! ¡Todavía no! ¡ Espera ! ¡ Oh, espera!

Y convulso, frenético, temblando de frío y de terror, arrojé al suelo el arrugado papel, corrí a la cresta en busca de mis cosas, y en seguida, con toda la fuerza de voluntad de que era capaz, empecé a saltar hacia la señal que había dejado, tenue y distante ya, en el mismo borde de la sombra.

Salto, salto, salto, y cada salto parecía durar siete siglos. Por delante de mí, el pálido, serpentino sector del sol, se hundía y se hundía, y la creciente sombra corría a envolver la esfera antes de que yo lograse llegar a ella. Una vez, y luego otra, mi pie resbaló en la nieve al saltar, y mi salto resultó más corto; y otra vez caí entre unos matorrales que se rompieron y se desmenuzaron en trocitos pulverulentos, en nada; y otra vez caí mal y rodé de cabeza a una grieta, de la cual salí lastimado, ensangrentado, y confuso en cuanto a la dirección que debía seguir. Pero aquellos incidentes eran nada comparados con los intervalos, las espantosas pausas que hacía al encaminarme por el aire hacia aquella creciente marea de la noche.

- ¿Llegaré? ¡Oh, Cielos! ¿Llegaré?- me repetía mil veces, hasta que estas palabras pasaron a ser una plegaria, una especie de letanía.

Llegué a la esfera cuando no me quedaba ni un minuto que perder. Ya se encontraba en la helada penumbra de la noche, ya la nieve estaba espesa encima de ella, y el frío me penetraba hasta la médula. Pero llegué - la nieve formaba ya un banco a sus lados,- y me deslicé a su interior, con los copos danzando en torno mío cuando volví las manos heladas para cerrar la válvula y ajustar su tornillo. Y luego, con los dedos ya helados y tiesos, me volví para hacer funcionar las celosías.

Mientras procuraba adivinar el manejo de las llaves - pues antes, nunca las había tocado,- pude ver confusamente a través del empañado vidrio, los ardientes rayos rojos del sol poniente, que bailaban y chispeaban por entre la tormenta de nieve, y las negras formas de las plantas, que se abultaban, se inclinaban y se rompían bajo la nieve que iba acumulándose. Cada vez más espesa afluía la nieve, cada vez más negra parecía al espesarse contra la luz. ¿Qué iba a suceder si las llaves de las persianas se negaban a obedecerme?

De repente, algo crujió bajo mi mano y en un segundo la última visión del mundo lunar desapareció de mi vista... Me encontraba en el silencio y en la obscuridad de la esfera interplanetaria.

XX
EL SEÑOR BEDFORD EN EL INFINITO ESPACIO

Aquello era como si me hubieran muerto. Cierto: me imagino que un hombre muerto repentina y violentamente sentiría en el instante de morir mucho de lo que yo sentí entonces. Primero, una vehemencia de vida agonizante, y de temor; un momento después, obscuridad y quietud; ni luz, ni vida, ni sol, ni luna, ni estrellas... el vacío infinito. Aunque aquello era mi propia obra, aunque antes había experimentado ya idéntico efecto en compañía de Cavor, me sentía asombrado, aturdido y abrumado. Parecía que algo me llevara hacia arriba, dentro de una enorme obscuridad.

Mis dedos flotaban a corta distancia de las celosías; yo, todo entero, flotaba como si estuviera reducido a solo el espíritu, hasta que, por fin, muy suavemente, con mucha delicadeza, fui a dar contra el fardo, la cadena de oro y las palancas, que se habían movido también, para encontrarse conmigo en nuestro común centro de gravedad.

No sé cuanto duró aquello. En la esfera, por supuesto, más aún que en la luna, nuestra terrestre noción del tiempo no tenía aplicación. Al sentir el contacto del fardo me desperté como de un sueño profundo. Inmediatamente comprendí que si quería estar despierto y vivo, tenía que encender una luz o abrir una ventana para que mis ojos se ocuparan en algo. Y, por otra parte, tenía frío. Me aparté, pues, violentamente, del fardo, me agarré a las delgadas cuerdas que colgaban junto al vidrio, me icé por ellas hasta que llegué al borde interior del agujero de salida y así pude orientarme en cuanto a las llaves de la luz y de las persianas. Di media vuelta, y deslizándome por junto al fardo, pero precaviéndome de una cosa grande y floja que flotaba suelta, alcancé con una mano las llaves. Lo primero que hice fue encender la lamparita para ver qué era aquello con que tropezaba, y me encontré con que el viejo ejemplar del *Lloyd's News* se había deslizado del pa-

quete y vagaba en el espacio. Aquello me devolvió de lo infinito a mis propias dimensiones, me hizo reír desaforadamente durante un rato, y me sugirió la idea de dejar salir de uno de los cilindros un poco de oxígeno. En seguida hice funcionar la estufa hasta que se me quitó el frío, y después comí. Hecho esto, me puse a mover, de la manera más torpe, las celosías de Cavorita, para ver si de algún modo podía formarme idea de cómo iba viajando la esfera.

Apenas abrí la primera ventana tuve que cerrarla y me quedé un rato flotando, ciego y aturdido por la fuerza de la luz del sol que me había herido de lleno. Después de reflexionar un momento, me dirigí a las ventanas situadas en ángulo recto con aquélla, abrí una y esta segunda vez vi el enorme disco de la luna y detrás el pequeño disco de la tierra. Me asombró la gran distancia a que me encontraba ya de la luna. Mis cálculos habían sido que no sólo sentiría poco o nada el "envión" que la atmósfera de la tierra nos había dado cuando partimos de nuestro planeta, sino que la "separación" tangencial de la luna sería por lo menos veintiocho veces menor que la de la tierra. Había esperado descubrirme, cerniéndome sobre nuestro cráter y en el borde de la noche, pero todo aquello no era ya más que una parte del perfil del blanco disco que llenaba el firmamento. ¿Y Cavor?

Cavor era ya infinitesimal.

Bajo el inspirador contacto del periódico flotante, volví a adquirir, por un rato, el sentido práctico. Se me apareció con claridad completa el único recurso que me quedaba: volver a la tierra; y también comprendí que, por lo pronto, me alejaba de ella. Cualquiera que hubiese sido la suerte de Cavor, yo era impotente para ayudarle. Allá quedaba, vivo o muerto, detrás del manto de aquella noche sin luz, y allí quedaría hasta que yo pudiera llamar en su protección a nuestros semejantes. Este era en pocas palabras, el plan que llevaba en mi mente; volver a la tierra, y entonces, según lo determinara una reflexión más madura, o mostrar la esfera y explicar sus detalles a algunas personas discretas y proceder de acuerdo con ellas, o si no, conservar mi secreto, vender mi oro, comprar armas y provisiones, buscar un

ayudante y regresar con esos elementos para habérnoslas en iguales condiciones con la floja gente de la luna, y una vez allí, salvar a Cavor o proveerme de una cantidad de oro, suficiente para fundar mis ulteriores planes sobre bases más firmes. Todo aquello era perfectamente claro y obvio, y por eso me consagré únicamente a meditar acerca de la manera más exacta de manejar la esfera para que volviese al mundo.

Por fin me dije que tenía que dejarme caer nuevamente hacia la luna, hasta acercármele lo más que me atreviera a hacerlo, en seguida cerrar mis ventanas, volar por junto a ella y cuando la hubiera pasado, abrir las ventanas, que quedaran al lado de la tierra, dirigiéndome así a mi planeta. Resuelto el punto, yo ignoraba si por aquel medio llegaría a la tierra o si no haría más que pasar por cerca de ella o flotar en su derredor, en una curva parabólica o de otra especie. Después tuve una inspiración feliz y, abriendo ciertas ventanas por el lado de la luna, que había aparecido en el cielo enfrente de la tierra, desvié el curso de la esfera hasta ponerla en dirección a la tierra. Hasta aquel momento había sido indudable para mí, que sin aquel expediente habría pasado y dejado atrás mi planeta natal. Mucho y de manera muy complicada pensé acerca de estos problemas, pues no soy matemático y ahora estoy persuadido de que lo que me permitió llegar a la tierra fue mi buena suerte, mucho más que el fruto de mis reflexiones. Si entonces hubiera conocido, como conozco ahora, las probabilidades matemáticas que militaban en mi contra, dudo que me hubiera tomado siquiera la molestia de tocar las llaves de las celosías para hacer la menor tentativa. Una vez resuelto lo que consideraba necesario hacer, abrí todas las ventanas del lado de la luna y la esfera se lanzó hacia abajo: el esfuerzo me levantó en el aire y por un rato me quedé a algunos pies del suelo en la más grotesca postura. Esperé a que el disco creciera y creciera, atento a no pasar del punto en que debía apartarme de él para escapar en salvo: entonces cerraría las ventanas, pasaría al lado de la luna con la velocidad que había llevado

al apartarme de ella - si no me aplastaba contra ella misma,- y así seguiría hasta la tierra.

Llegó el momento de hacerlo: cerré las ventanas, la vista de la luna desapareció, y yo, en un estado mental singularmente libre de ansiedad o cualquier otro sentimiento de angustia, me senté para empezar mi viaje dentro de aquel átomo de materia en el infinito espacio, viaje que duraría hasta el choque definitivo de la esfera con la tierra. La estufa había calentado agradablemente el interior, el oxígeno había renovado el aire, y salvo la leve congestión cerebral que me acompañó constantemente mientras estuve fuera de la tierra, sentía un completo bienestar físico. Había apagado la luz para que no fuera a faltarme al fin, y me encontraba en una obscuridad apenas atenuada por el lustre de la tierra y el brillo de las estrellas desparramadas debajo. Todo estaba tan absolutamente silencioso y quieto que, en verdad, podría haberme creído el único ser del universo, y sin embargo, por más extraño que parezca, experimentaba más sensación de soledad o de miedo que si hubiera estado acostado en mi cama, en la tierra. Y esto parecerá más extraño aún, si se piensa en que, durante mis últimas horas en el cráter de la luna, la sensación de mi soledad había sido una verdadera agonía.

Increíble parecerá, pero el intervalo de tiempo que pasé en el espacio no tiene proporción alguna con ningún otro intervalo de tiempo transcurrido en mi vida. A ratos me parecía que iba sentado a través deinconmensurables eternidades, como algún dios sobre una hoja de loto, y a ratos, que aquello no era más que la momentánea pausa de un salto de la luna a la tierra. En realidad, fueron algunas semanas, midiendo el tiempo con la medida terrestre; pero durante todo aquel tiempo estuve exento de preocupaciones y de ansiedades, de hambre y de temor. Sentado, pensaba con extraña amplitud y libertad de espíritu, en todo lo que nos había sucedido, en mi vida entera, y en las secretas complicaciones de mi ser. Me parecía haber crecido, ser cada vez más grande, haber perdido toda noción de movimiento, hallarme flotando entre las estrellas, y siempre, en medio de todo aquello, el

sentimiento de la pequeñez de la tierra y de la infinita pequeñez de mi vida en la tierra, agitábase implícito en mis pensamientos.

No puedo pretender explicar las cosas que me pasaban por la mente, pues es indudable que las debe atribuir, directa o indirectamente, a las curiosas condiciones físicas en que yo vivía en aquellos momentos.

Las expongo aquí tales como fueron, y sin comentario alguno. Su cualidad mas prominente fue una persistente duda acerca de mi identidad: llegue a encontrarme, si puedo expresarme así, disgregado de Bedford; miraba a Bedford, de arriba a abajo, como a una cosa trivial, incidental, con la que me hallara casualmente en relación. Veía a Bedford en diferentes formas: como un asno o como cualquier otra pobre bestia, en vez de verle, como había acostumbrado considerarle hasta entonces, con orgullo, como una persona muy inteligente y en cierto modo superior. Le vi, no sólo como un asno, sino como el hijo de varias generaciones de asnos. Pasé en revista sus días de colegial, su adolescencia, y su primer encuentro con el amor - en mucha parte así como pudieran seguirse los movimientos de una hormiga en la arena ... Algo de ese período de lucidez,- cosa que lamento persiste aún en mí, y dudo de si llegare algún día a recuperar la plena satisfacción de mí mismo que me animaba en mis primeros años; pero entonces la cosa nada tenía de dolorosa, porque me asistía la extraordinaria persuasión de que, en el hecho, yo no era ya Bedford ni ninguna otra persona, sino una mente que flotaba en la tranquila serenidad del espacio. ¿Por qué habían de molestarme las pequeñeces intelectuales de Bedford? Yo no era responsable de ellas, ni de él.

Durante un rato luché contra aquella ilusión realmente grotesca. Procuré llamar en mi ayuda el recuerdo de vívidos momentos o de tiernas o intensas emociones, pues sentía que con sólo recordar una genuina fracción de sentimiento, aquella creciente separación cesaría; pero no pude. Vi a Bedford corriendo por Chancery Lane, con el sombrero en la nuca y los faldones volando, *en roule* para su examen público. Le vi tropezando y rozándose con otros animalejos semejantes a

él y aun saludando a algunos, en aquel hormigueo de gente. ¿*Yo*, ese? Vi a Bedford aquella misma noche, en el salón de cierta dama, y su sombrero estaba en la mesa a su lado, y el sombrero necesitaba una buena cepillada, y él derramaba lágrimas. ¿*Yo*, ese? Le vi con la misma dama en varias actitudes y con diversas emociones: nunca había sentido una indiferencia tan grande en cuanto a aquello... Le vi llegar apresuradamente a Lympne para escribir un drama, y acercarse a Cavor y trabajar en la esfera, en mangas de camisa y caminar hasta Canterbury porque tenía miedo del viaje. *¿Yo?* No podía creerlo.

Y hasta reflexionaba que todo aquello era una alucinación debida a mi soledad y al hecho de haber perdido todo peso y toda noción de resistencia. Procuré recuperar esa noción, golpeándome contra la esfera, pellizcándome las manos y apretándolas una con otra. Entre otras cosas que hice, encendí la luz, cacé el desgarrado ejemplar del *Lloyd's* y leí otra vez sus avisos convincentemente realistas acerca de la bicicleta, del señor prestamista y de la dama en apuros que vendía sus tenedores y cucharas. No había duda de que "ésos" existían realmente y entonces me dije: "Ese es tu mundo, tú eres Bedford, y ahora vas a vivir entre cosas como ésas todo el resto de tu vida". Pero las dudas que persistían en mi interior podían argüir todavía: "No eres tú quien está leyendo: es Bedford; pero tú no eres Bedford, bien lo sabes. En eso precisamente está el equívoco."

- ¡Por vida!... - grité. - Si no soy Bedford ¿quién soy?

Pero de aquella dirección no me venía luz y las más extrañas fantasías afluían a mi cerebro, raras, remotas sospechas como sombras vistas desde muy lejos... ¿Saben ustedes que tengo idea de que realmente me encontraba algo fuera, no solamente del mundo, sino de todos los mundos y de que aquel pobre Bedford era sólo una claraboya por la que yo miraba la vida?...

¡Bedford! Por mucho que renegara de el estaba ligado con él de la manera más positiva, y sabía que, donde quiera que me hallara y cualquier cosa que yo fuera, tenía que sentir la vivacidad de sus de-

seos, participar de todas sus alegrías y penas hasta que su vida terminara. Y cuando muriera Bedford ¿qué, ya?....

¡Basta de esa extraordinaria faz de mi aventura! Hablo de ella aquí, sólo para mostrar cómo mi aislamiento y mi apartamiento de ese planeta afectaron no solamente las funciones y sensaciones de todos los órganos del cuerpo, sino también la misma estructura mental, con extrañas é imprevistas perturbaciones. En la mayor parte de aquel extenso viaje por el espacio estuve pensando en cosas tan inmateriales como ésas, disgregado de todo y apático, especie de megalomano nebuloso, colgado entre las estrellas y planetas en el vacío, y no sólo el mundo al cual regresaba, sino las cavernas de luz azul de los selenitas, sus caras-yelmos, sus gigantescas y maravillosas máquinas, y la suerte de Cavor, disminuían miserablemente dentro de aquel mundo, me parecían infinitamente minúsculas y completamente triviales.

Así seguí hasta que por fin empecé a sentir la atracción de la tierra en mi ser, llamándome otra vez a la vida que es real para los hombres. Y entonces, seguramente, fue apareciendo cada vez más claro para mí que yo era el mismo Bedford, en persona, que volvía de maravillosas aventuras a este mundo, y con una vida que muy probablemente iba a perder en el momento mismo de terminar su viaje de regreso... Esto me hizo ponerme a meditar sobre la manera de caer en la tierra.

XXI
EL SEÑOR BFDFORD EN LITTLESTONE

La línea del vuelo de la esfera era casi paralela con la superficie cuando entré en las capas superiores del aire. La temperatura de la esfera empezó a elevarse en el acto, y yo comprendí que ésta era para mí una advertencia de que debía caer en el acto. Lejos, debajo de mí, en una semiobscuridad que parecía hacerse a cada momento más obscura, se extendía un vasto espacio de mar. Abrí todas las ventanas que pude, y caí... del sol brillante a una luz crepuscular, y de aquel crepúsculo a la noche. Más y más crecía la tierra, y más y más crecía, tragándose las estrellas y el velo plateado translúcido, estrellado en que la esfera iba envuelta, la sombría capa que se abría para recibirme. Por fin, el mundo no me pareció ya esférico sino plano, y después cóncavo. Ya no era un planeta en el firmamento, estaba en el mundo, en el mundo del hombre. Cerré todas las ventanas del lado de la tierra, dejando apenas abierta una pulgada de una de ellas, y caí con decreciente velocidad. La inmensa superficie líquida, ya tan cerca, que yo alcanzaba a ver la fosforescencia de las olas, se precipitaba a mi encuentro. Cerré el último pedazo de ventana, y me senté, conteniendo el aliento y mordiéndome los puños, a esperar el choque...

La esfera golpeó el agua con un "¡plach!" tremendo: probablemente se hundió a muchas brazas de profundidad. Al sentir el choque, abrí de golpe las persianas de Cavorita. La esfera continuó su descenso, pero con lentitud a cada instante mayor, después sentí que el suelo ejercía presión en las plantas de mis pies, y así volví a la superficie como dentro de una boya. Por último, me hallé flotando sobre el mar: y mi viaje por el espacio había terminado.

La noche era obscura y nublada. Dos puntos amarillos, ninguno de los dos mayor que la cabeza de un alfiler, indicaban allá lejos el paso de un buque, y, mas cerca, iba y venía un resplandor rojo. Si la

electricidad de mi lámpara no se hubiera agotado antes, aquella noche me habrían recogido. A pesar del abrumador cansancio que comenzaba a sentir, una sobreexcitación se apoderaba de mí, una febril impaciencia de que mi expedición terminara en seguida.

Pero por fin cesé de moverme de un lado a otro, y me senté, con los puños en las rodillas, con los ojos fijos en la distante luz roja. La esfera iba a la deriva, se mecía, se mecía. Mi agitación pasó; comprendí que tenía que pasar una noche más en la esfera, sentí infinita pesadez y cansancio, y me quedé dormido.

Un cambio en mi rítmica moción me despertó. Miré a través del vidrio, y vi que la esfera se había varado en una extensa playa de arena. A gran distancia me parecía ver casas y árboles, y mar adentro la silueta curva, vaga, de un buque, suspendida entre el mar y el cielo.

Me levanté, y di un traspiés. Mi único deseo era salir de la esfera. El agujero de salida había quedado arriba: empecé a aflojar el tornillo, y abrí lentamente la tapa. Al fin, el aire empezó a silbar al entrar en la esfera, como había silbado al salir; pero esta vez no esperé hasta que la presión se hubiera equilibrado. Un momento después tenía el peso de la ventana en mis manos y me encontraba plena, ampliamente, bajo el viejo y familiar cielo de la tierra.

El aire me golpeó con tanta fuerza en el pecho que perdí el aliento. Dejé caer el tornillo de la tapa, lancé un grito, me llevé ambas manos al pecho, me senté. Durante un rato sentí un dolor agudo. Después fui respirando poco a poco, y por fin pude levantarme y moverme otra vez.

Traté de pasar la cabeza por el agujero de entrada, y la esfera rodó: parecía que algo hubiera tirado hacia abajo mi cabeza, apenas apareció. Me retiré prontamente, pues de lo contrario habría ido a caer boca abajo en el agua. Después de bastantes esfuerzos y pruebas de equilibrio, conseguí deslizarme hasta la arena, sobre la cual las olas de la marea descendente iban y venían aún.

No intenté pararme: me pareció que si lo hacía mi cuerpo se volvería instantáneamente de plomo. La Madre Tierra me tenía en sus

manos... sin intervención de la Cavorita. Me quedé sentado, despreocupado del agua que venía a bañarme los pies.

Era el alba, un alba gris, algo brumosa pero que mostraba aquí y allá una larga mancha de gris verdoso. A cierta distancia, había un buque fondeado, una pálida silueta de buque, con una luz amarilla. El agua llegaba rumorosa, en olas largas y huecas. Lejos, a la derecha, se extendía en curva la costa, una playa regular con pequeños barrancos, y por último un faro, una boya de señales, y una punta. En tierra se extendía un espacio plano, cubierto de arena, interrumpido a trechos por pequeñas lagunas, y terminaba más o menos a una milla de distancia, en unos terrenos bajos, cubiertos de vegetación baja. Por el Nordeste se veía un aislado balneario, una hilera de puntiagudas casas de alojamiento, las casas más altas que mis ojos alcanzaran a ver en la tierra, obscuras marcas sobre el fondo cada vez más claro del cielo. Ignoro quiénes hayan sido los hombres extraños que han edificado esos montones verticales de madera y ladrillos, en un lugar en que sobra el espacio. Y allí están todavía, cual trozos de Brighton perdidos en el desierto.

Durante largo rato estuve allí sentado, bostezando y restregándome la cara. Por fin, hice un esfuerzo para levantarme: aquello fue como si levantara un gran peso. Me paré.

Clavé los ojos en las distantes casas. Por primera vez desde las angustias que el hambre nos había hecho pasar en el cráter, pensé en alimentos terrestres.

- Tocino - murmuré ;- huevo. Buenas tostadas y buen café... ¿Y cómo diantres voy a llevar todas estas cosas a Lympre?

Al mismo tiempo, me pregunté en qué lugar estaba: en una playa del Oeste, de todos modos, pues antes de caer había alcanzado a ver esa parte de Europa.

Oí unos pasos que hacían crujir la arena y un hombre de pequeña estatura y cara redonda, de expresión bonachona, vestido de franela, con una toalla de baño sobre los hombros y un traje de baño en el brazo, apareció en la playa. En el acto conocí que me hallaba en Inglate-

rra. El hombre fijaba los ojos en la esfera, y luego en mí, con visible interés. Así avanzó, sin quitarnos la vista. Confieso que mi aspecto era suficientemente salvaje: sucio, desaliñado, con las ropas desgarradas hasta un grado indescriptible; pero en aquel momento no pensé en ello.

El hombre se paró a unas veinte yardas de mí.

- ¡Hola, hombre!- dijo, con acento de duda.

- ¡Hola, usted!- contesté.

Entonces avanzó, tranquilizado por mi respuesta.

- ¿Qué es eso?- preguntó.

- ¿Puede usted decirme donde estoy? - fue mi respuesta.

- ¡Esa es Littlestone! - dijo, señalando las casas,- y esa, Dungeness! ¿Acaba usted de desembarcar? ¿Qué cosa es esa en que ha venido usted? ¿Alguna máquina?

- Sí.

- ¿Viene usted flotando de otra playa? ¿De un naufragio, o algo así? ¿Qué es eso?

Yo reflexioné rápidamente, tratando de juzgar al hombrecito por su apariencia a medida que se me acercaba.

- ¡Por Júpiter!- dijo - ¡Qué borrasca debe usted haber pasado! Yo lo creía un... Pues... ¿dónde naufragó usted? ¿Esa cosa es una especie de boya salvavidas?

Resolví adoptar por lo pronto aquella teoría, y contesté con vagas afirmaciones.

- Necesito ayuda - dije, con voz ronca.- Necesito sacar a la playa unas cosas... unas cosas que no puedo dejar tras de mí.

En ese momento vi otros tres jóvenes de agradable aspecto, con toallas, calzones de baño y sombreros de paja, que se dirigían hacia mi lado por la playa de arena. ¡Esa era, evidentemente la sección madrugadora de los bañistas de Littlestone!

- ¡Ayuda! - dijo el joven.- ¡Con mucho gusto! - y con movimientos de vaga actividad añadió: ¿Qué desea usted hacer?

Se volvió é hizo unos ademanes. Los otros tres jóvenes aceleraron el paso. Un minuto después estaban en torno mío, colmándome de preguntas que yo no estaba dispuesto a contestar.

- Más tarde les diré todo – contesté. -Me muero de cansancio; estoy exhausto.

- Venga usted al hotel - me dijo el primero, el de pequeña estatura. - Nosotros le cuidaremos esa cosa.

Yo vacilé.

- No puedo – dije - En esa esfera tengo dos grandes barras de oro.

Ellos se miraron uno a otro con incredulidad, y luego me miraron a mí, con nuevas preguntas. Fui a la esfera, trepé hasta la boca, entré, volví a salir, y entonces aquellos señores tuvieron ante sus ojos las dos palancas de los selenitas y la cadena rota.

Si no hubiera estado tan horriblemente extenuado, me habría reído al verles: parecían gatos en derredor de un escarabajo: no sabían qué creer de aquello.

El hombrecito gordo se inclinó, levantó el extremo de una de las barras, y luego la dejó caer con un gruñido. Los otros hicieron en seguida la mismo.

- ¡Es plomo o es oro! - dijo uno.

- ¡ Oh! ¡Es oro! - agregó otro.

- Oro, no hay duda - afirmó el tercero.

Después, todos me miraron, y todos volvieron los ojos al buque fondeado.

- ¡Diga usted! - gritó el hombrecito - Pero ¿de dónde trae usted esto?

Yo estaba demasiado cansado para sostener una mentira.

- ¡Lo traje de la luna!

Ellos se miraron uno a otro.

- ¡Vean ustedes! - les dije entonces. - Ahora no voy a entrar en explicaciones. Ayúdenme a llevar estas cosas al hotel... Creo que, des-

cansando en el camino a ratos, cada dos podrán llevar una barra, y yo voy a arrastrar esta cadena... y cuando haya comido les contaré algo.

- ¿Y esa cosa?

- Allí no le pasará nada – dije. - De todos modos ¡por vida!... tiene que quedarse allí ahora. Si la marea viene, flotará perfectamente.

Y, en un estado de enorme asombro, aquellos hombres, con la mayor obediencia, se echaron ácuestas mis tesoros. Yo, con las piernas que me pesaban como plomo, me puse a la cabeza de aquel especie de procesión, en dirección al distante fragmento de balneario. A medio ca-mino recibimos el refuerzo de dos niñitas que iban con sus palas a jugar y se acercaron atónitas, y más lejos apareció un muchachito flaco, que silbaba en tono penetrante. Iba, me acuerdo, montado en una bicicleta, y nos acompañó a una distancia de un cen tenar de yardas por nuestro flanco derecho hasta que, supongo, nos abandonó como poco interesantes; montó otra vez en su bicicleta, y corrió por la arena de la playa en dirección a la esfera.

Yo miré atrás, observándole.

- No; ese no la tocará - dijo el joven grueso, en tono tranquilizador, y yo estaba dispuesto por demás a dejarme tranquilizar.

Al principio había en mi cerebro algo del gris de la mañana, pero de repente el sol se desprendió de las bajas nubes del horizonte, iluminó el mundo y convirtió el mar de plomo en chispeantes aguas. Mi espíritu se entonó. El sentimiento de la vasta importancia de las cosas que había hecho y de las que tenía aún que hacer, penetró en mi mente con el calor del sol. El joven de adelante dio un traspiés bajo el peso de mi oro, y yo solté una carcajada. Cuando ocupara mi lugar en el mundo ¡qué asombro el de ese mundo!

También me habría divertido mucho al ver los gestos del propietario del hotel de Littlestone a no haber sido por mi insoportable fatiga: el hombre titubeaba entre mi oro, mis respetables acompañantes de un lado, y mi sucia apariencia de otro; pero por fin me encontré una vez más en un cuarto de baño terrestre, con agua caliente para lavarme, y una muda de ropa, en extremo pequeña para mí,

cierto, pero de todos modos limpia, que el amable hombrecito gordo me prestó. También me prestó una navaja, pero no tuve resolución ni para atacar siquiera las avanzadas de la enmarañada barba que me cubría la cara.

Me senté delante de un desayuno inglés y comí con una especie de lánguido apetito, un apetito que tenía ya varias semanas, muy decrépito, y me apresté a contestar a las preguntas de los cuatro jóvenes. Y les dije la verdad.

- Bueno – comencé;- puesto que ustedes se empeñan, les diré que traigo eso de la luna.

- ¿De la luna?

- Sí: la luna del cielo.

- Pero ¿qué quiere usted decir?

- Lo que digo ¡voto a!...

- ¿Que acaba usted de llegar de la luna?

- ¡Exactamente! A través del espacio... en esa bola.

Y engullí un delicioso bocado de huevo. Al mismo tiempo apunté mentalmente que cuando volviera en busca de Cavor llevaría una caja de huevos.

Fácil me era ver que no creían una palabra de lo que les decía, y que, evidentemente, me consideraban como el mentiroso más respetable que en su vida hubieran visto. Se miraron uno a otro, y luego concentraron en mí el fuego de sus ojos. Me imagino que esperaban encontrar una clave con respecto a mi persona en la manera como me servía sal, y parecían encontrar algo significativo en el modo como pimentaba los huevos. Aquellas mazas de oro, de tan extrañas formas, bajo cuyo peso se habían cimbrado, absorbían sus pensamientos. Allí estaban las barras delante de mí, cada una con un valor de miles de libras y tan imposibles de robar como una casa o un terreno. Al mirar sus caras curiosas por encima de mi taza de café, me formé una idea del enorme laberinto de explicaciones en que habría tenido que meterme para hacerme comprensible otra vez.

- Usted no quiere decir, seriamente... – empezó el más joven, en el tono de alguien que habla a un niño obstinado.

- Hágame usted el favor de pasarme ese plato de tostadas - le dije, y con eso se calló completamente.

- Pero, oiga usted,- empezó uno de los otros,- Yo digo que no podemos creer eso, ¿sabe usted?

- ¿Ah? ¡Bueno! - contesté, y me encogí de hombros.

- No quiere decirnos la verdad - dijo el más joven haciéndose a un lado, y luego, con una apariencia de gran sangre fría:- ¿no se opone usted a que fume un cigarrillo?

Asentí con un cordial ademán, y continué mi desayuno. Dos de los otros se fueron a la ventana que quedaba más lejos de mí, y se pusieron a mirar afuera y a hablar en voz que yo no alcanzaba a oír.

En ese momento me asaltó una idea.

- La marea - dije,- se acerca.

Hubo una pausa: ninguno se adelantaba a contestar.

- Ya está cerca del barco - dijo el hombrecito gordo.

- ¡Bueno, no importa!- contesté.- Si flota, no irá lejos.

Decapité un tercer huevo, y empecé un pequeño discurso.

- Oigan ustedes – dije. - Tengan la bondad de no imaginarse que estoy chiflado ni que les digo mentiras irrespetuosas, ni nada por el estilo. Lo único hay es que estoy obligado a guardar cierta discreción y reserva. Comprendo perfectamente que el absurdo es de los más raros que puede haber, y que la imaginación de ustedes debe estar excitada. Puedo asegurar a ustedes que el momento en que se encuentran ahora señala una época memorable. Pero ahora no puedo presentar a ustedes las cosas con mayor claridad... es imposible. Les doy mi palabra de honor de que vengo de la luna, y esto es todo lo que puedo decirles... Al mismo tiempo, estoy tremendamente agradecido a ustedes, ¿saben? tremendamente, y deseo que mis actos no hayan ofendido en manera alguna a ninguno de ustedes.

- ¡Oh! ¡Nada de eso! - dijo el más joven, con afabilidad - Comprendemos perfectamente.

Y mirándome con fijeza, sin quitarme los ojos de encima, se echó hacía atrás en su silla hasta que ésta casi se volteó, y luego recuperó su posición con algún trabajo.

- ¡Ni una sombra de ofensa! - dijo el joven gordo.- ¡No se imagine usted eso!

Y todos se pararon, se dispersaron, y anduvieron por el cuarto; encendieron cigarrillos, y trataron de mostrarse perfectamente amables y desinteresados, enteramente libres de la menor curiosidad con respecto a mí o a la esfera.

"De todos modos, no voy a quitar los ojos del buque que está allá" - oí que decía uno de ellos bajando la voz. Creo que con un poco más de resolución, se habrían marchado todos en el acto y me habrían dejado solo.

Yo seguía comiendo el tercer huevo.

- El tiempo - observó de repente el hombre gordo,- ha sido magnífico ¿no? No sé que hayamos tenido otro verano tan...

"¡Fiiffú...uzz!"

Aquello parecía un tremendo cohete.

Y, por allá, en alguna parte, cayeron rotos los vidrios de una ventana.

- ¿Qué es eso?

- ¿No es?...- exclamó el hombrecito, y se precipitó a la ventana de la esquina.

Todos los otros corrieron a la misma ventana.

Yo, sentado, los miraba fijamente.

De improviso, me levanté de un salto, dejé caer el tercer huevo, y me abalancé también a la ventana. Una terrible presunción me había asaltado.

- ¡Nada se ve ya ! - gritó el hombrecito, y corrió hacia la puerta.

- ¡Es ese muchacho! - vociferé, ronco de furor. - ¡Ese maldito muchacho!

Y volviéndome, empujé a un lado al sirviente que entraba con más tostadas para mí. Salí violentamente del hotel y me dirigí a escape a la pequeña explanada que se extendía delante de éste.

El mar, que había estado antes terso como mi espejo, se agitaba, arrugado por desordenadas crestas, y en todo el paraje en que la esfera había quedado, el agua subía y bajaba, como si acabara de hundirse allí un buque. Arriba, una nubecilla se precipitaba hacia el firmamento como un humo que empezaba a desvanecerse, y las tres o cuatro personas que estaban en la playa miraban con interrogadores ojos el punto de donde había partido el inesperado estallido. ¡Y eso era todo! Ruido de pisadas rápidas, el criado y los cuatro jóvenes vestidos de franela corrían detrás de mí. Gritos salían de las puertas y ventanas, y toda clase de personas alarmadas aparecieron a la vista... boquiabiertas.

Por un rato me quedé parado allí, demasiado abrumado por aquel nuevo suceso para pensar en las personas que me rodeaban.

- ¡Cavor está allá! – dije. - ¡Allá arriba! Y nadie sabe ni jota de cómo se hace la Cavorita. ¡Buen Dios!

Sentía como si alguien me vertiera agua helada, de una vasija inagotable, por detrás de la nuca. Las piernas se me aflojaron. Aquel maldito muchacho... ¡perdido en el inmenso espacio! ¡Yo, literalmente arruinado! Tenía, cierto, el oro que estaba en el comedor del restaurant... mi única fortuna en la tierra; pero también tenía acreedores. ¡Cielos santos! ¿Cómo iba a poder desenredarme? El efecto general que aquello me produjo fue el de una incomprensible confusión.

- ¡Oigan ustedes!- dijo la voz del hombrecito detrás de mí.- ¡Oigan ustedes! ¿Saben?

Giré sobre mis talones, y vi unas veinte o treinta personas, un grupo muy variado, que me bombardeaban con sordas interrogaciones, con infinitas dudas y sospechas. El peso de sus miradas se me hizo intolerable, y así lo manifesté.

- ¡No puedo! – grité.- No puedo decirles nada. No tengo ni fuerzas para hacerlo. Ustedes adivínenlo, y...¡váyanse al diablo!

Decía esto y gesticulaba convulsivamente. El hombrecito dio un paso atrás, como si lo hubiera amenazado. Yo di un salto por entre ellos, y entré a escape en el hotel. Me precipité al restaurant y toqué la campanilla, furiosamente.

Apenas entró el sirviente, lo empuñe.

- ¿Oye usted?- le grité - Llame usted a alguien que le ayude, y lleve esas barras a mi cuarto, ahora mismo.

El hombre no me entendió, y yo lo aturdí a gritos, lo sacudí. En la puerta apareció un viejecito, de cara asustada, y detrás de él dos de los jóvenes con trajes de franela. Avancé hacia ellos y les ordené que me ayudaran. Tan pronto como el oro estuvo en mi cuarto, me sentí más libre para reñir.

- Ahora ¡afuera todos!- vociferé.- ¡Todos afuera, si no quieren ver a un hombre volverse loco delante de ustedes mismos!

Y al sirviente, que titubeaba en el umbral, lo empujé por un hombro. Luego, apenas hube cerrado con llave la puerta detrás de ellos, me arranqué del cuerpo las ropas que me había prestado el hombrecito gordo, y me acosté. Y allí en la cama estuve jurando y revolviéndome largo rato, hasta que me fue pasando el furor.

Por último me hallé con suficiente calma para bajar de la cama, tocar la campanilla, y pedir al criado que acudió con ojos desmesuradamente abiertos, una camisa de noche, de franela, un vaso de soda con whisky, y algunos buenos cigarros. Una vez en mi poder aquellas cosas, me encerré nuevamente con llave, y procedí con toda mi resolución, a afrontar la situación cara a cara.

El resultado neto del gran experimento se presentaba como un absoluto fracaso. Aquello era una derrota, y yo el único sobreviviente; un completo derrumbamiento, y lo que acababa de suceder, su final desastre. No me quedaba más recurso que salvarme y conmigo salvar todo cuanto pudiera de los restos de nuestra ruina. Ese fatal golpe postrero había desvanecido todas mis vagas resoluciones de resurgimiento y de triunfo. Mi intención de volver a la luna, de recoger a Cavor, o detodos modos, de llevarme una esfera llena de oro, y des-

pués hacer analizar un trozo de Cavorita y así adueñarme del gran secreto... todas esas ideas se disiparon completamente.

¡Yo era el único sobreviviente: nada más quedaba!

Creo que la idea de meterme en cama ha sido una de las más felices que en mi vida he tenido cuando me he hallado en serias dificultades. Creo realmente que, de lo contrario, habría perdido la cabeza o hecho algo fatal, indiscreto, pero allí, encerrado y libre de toda interrupción, podía reflexionar sobre mi situación y todas sus ramificaciones, y hacer mis arreglos a mis anchas.

Por supuesto que lo que había pasado al muchacho era para mí perfectamente claro: se había metido en la esfera, había empezado a mover las celosías, había cerrado las ventanas de Cavorita, y ¡arriba! Lo menos probable era que hubiese atornillado la tapa del agujero de entrada, y aun cuando lo hubiera hecho, por una probabilidad de que volviera a la tierra había mil en contra. Era lo más evidente que gravitaría en el centro de la esfera y allí se quedaría, y de esa manera cesaría de ser objeto de interés para la tierra, por muy extraordinario que pudiera parecer a los habitantes de algún remoto barrio del espacio.

Pronto me convencí de esto, y en cuanto a la responsabilidad que pudiera tocarme en el asunto, cuanto más reflexionaba acerca de ella, mas claro veía que, con sólo guardar silencio, no necesitaba preocuparme de ese punto. Si los afligidos padres venían a reclamar su hijo perdido, yo me limitaría a reclamar mi esfera perdida.... o a preguntarles lo que querían decir. Al principio había tenido una visión de llorosos parientes y tutores y toda clase de complicaciones, pero ya veía que sólo necesitaba mantener la boca cerrada para que nada de eso ocurriera. Y, de veras que cuanto más seguía acostado, fumaba y pensaba, más evidente se me aparecía la sabiduría de la impenetrabilidad. Todo ciudadano británico tiene el derecho, con tal de que no infiera daño a nadie ni ofenda el decoro, de aparecer repentinamente donde le plazca, tan sucio y cubierto de harapos como le agrade, y con cualquier cantidad de oro virgen de que crea conveniente

cargarse, y nadie tiene el derecho de estorbarle ni de detenerle en esa vía. Me formulé, al terminar mis meditaciones, netamente esas teorías, y las repetí como una especie de Magna Carta de mi libertad.

Una vez que hube establecido así las cosas por un lado, podía contemplar y examinar de manera semejante, ciertas otras en que apenas había osado pensar antes: verbigracia, las circunstancias de mi bancarrota. Ya entonces, contemplando el asunto tranquilamente y en libertad, podía ver si suprimía mi identidad, ocultando mi persona con la adopción temporal de algún nombre menos conocido que el mío, y si conservaba la barba que me había crecido en dos meses, los riesgos de que me molestara el despreciable acreedor a que ya he aludido eran seguramente muy pequeños. De allí a una línea de conducta bien definida, ya no faltaba más que el principio de ejecución.

Pedí recado de escribir y redacté una carta para el Banco de Nueva Romney,- el más cercano, según me informó el sirviente:- decía al gerente que deseaba abrir una cuenta en su establecimiento, y le pedía que me enviara dos personas de confianza, debidamente provistas de documentos que certificaran su misión, que fueran al hotel para llevarle varios quintales de oro que me estorbaban. Firmé la carta "H. G. Wells," nombre que me pareció bastante decente. Hecho esto, busqué una guía de Folkestone, elegí la dirección de un sastre, y escribí a éste que me enviara un cortador a tomarme medida para un traje. Al mismo tiempo encargué una maleta, una valija de tocador, camisas, sombreros, y lo demás; y a un relojero le pedí me mandara un reloj. Expedidas esas cartas, almorcé tan bien como se podía almorzar en el hotel, y me tendí a fumar harta que, de acuerdo con mis instrucciones, dos empleados del banco debidamente acreditados llegaron, pesaron el oro y se lo llevaron, hecho lo cual me subí las frazadas hasta las orejas, para no oír si alguien golpeaba la puerta, y me puse lo más cómodamente a dormir.

Me dormí. Sin duda aquello era prosaico en el primer hombre que regresaba de la luna, y presumo que el joven lector imaginativo encontrará una desilusión en mi manera de portarme; pero yo estaba

horriblemente cansado y fastidiado, y ¡por Júpiter! ¿qué otra cosa podía hacer? Positivamente, no había la más remota probabilidad de que se me creyera si me ponía a contar mi historia, y sólo el contarla me habría sometido a intolerables molestias.

Dormí, y cuando por fin desperté, estaba dispuesto a afrontar el mundo, como lo he estado siempre desde que llegué al uso de razón. Y con esa idea me vine a Italia, y en Italia estoy escribiendo este relato. Si el mundo no lo cree cierto, que lo tome como una invención: eso no me preocupa.

Y ahora que he terminado mi narración, me asombra el pensar cuán completamente hemos realizado nuestra aventura hasta el fin. Todos creen que Cavor era simplemente un experimentador científico no muy brillante, que hizo volar su casa de Lympne y voló con ella, y se explican el estampido que siguió a mi llegada a Littlestone como efecto de los experimentos con explosivos que se hacen en el establecimiento que el estado tiene en Lydd, a dos millas de allí. Debo declarar que hasta ahora no he confesado mi parte en la desaparición de Tomasito Simmons, nombre del muchachito aquel.

Esa desaparición, quizás, será de difícil explicación para otros; pero en cuanto a mi aparición, andrajoso y con dos barras de indiscutible oro en la playa de Littlestone, corren varias ingeniosas versiones... de que yo no me preocupo. La gente dice que he mezclado todas esas cosas para evitar preguntas sobre el origen de mi fortuna: yo querría ver al hombre capaz de inventar una historia que pudiera soportar la crítica como este verídico relato de hechos. Pero si alguien se empeña en considerarlo como una fábula...¡hágalo en buen hora!

He contado mi historia y ahora supongo que tendré que habérmelas nuevamente con todas las penalidades de esta vida terrestre. Hasta el hombre que ha estado en la luna tiene que ganarse la vida, y por eso estoy aquí, en Amalfi, trazando el plan de la comedia que ya había esbozado antes de que Cavor invadiera mi mundo, y tratando de remendar mi vida de modo que vuelva a ser lo que era antes de mi encuentro con el. Tengo que confesar que me es difícil concentrar mi

pensamiento en la comedia cuando la luz de la luna entra en mi cuarto. Ahora hay luna llena, y anoche estuve afuera, en la pérgola, varias horas, contemplando la lustrosa circunferencia que esconde tanto en su seno. ¡Imagínese usted! Mesas y sillas y rejas y barras de oro. ¡Mal haya!...¡Si fuera posible descubrir la Cavorita! Pero una casualidad como esa no se presenta dos veces en la vida. Aquí estoy, un poco más desahogado que cuando llegué a Lympne, y eso es todo. Y Cavor se ha suicidado de una manera más complicada que la que nadie ha empleado hasta ahora. La historia termina, pues, de un modo tan definitivo y completo como un sueño. Se ajusta tan poco a las demás cosas de la vida; tanto de lo que hay en ella es tan literalmente extraño a toda experiencia humana: nuestros saltos, nuestra alimentación, nuestra respiración en esos días en que no pen-sábamos - que, lo declaro, hay momentos en que, no obstante mi oro de la luna, yo mismo creo más que a medias que todo no ha sido sino un sueño.

(Aquí termina esta historia, tal como la escribió originalmente su autor; pero éste, después, ha recibido comunicaciones extraordinarias, que dan inesperado aspecto de convicción a su relato. Si hay que creer en esas comunicaciones, el señor Cavor esta vivo en la luna, y envía mensajes a la tierra. Dejemos la palabra al señor Bedford.)

XXII
LA SORPRENDENTE COMUNICACIÓN DEL SEÑOR WENDIGEE

Cuando hube terminado el relato de mi vuelta a la tierra, escribí “Fin,” tracé debajo un rasgo, y arrojé la pluma a un lado, convencido de que la historia de los *Primeros hombres en la Luna* quedaba terminada. No sólo había hecho aquello, sino que, además, había puesto mi manuscrito en manos de un agente literario, le había dado permiso para que lo vendiera, había visto ya aparecer la mayor parte en *The Strand Magazine*, y empezaba a trabajar nuevamente en el plan de la comedia que había comenzado en Lympne, antes de saber que la historia no había llegado todavía a su fin. De Amalfi me trasladé a Argel, y allí me alcanzó (de esto hace ahora unas seis semanas), una de las más asombrosas comunicaciones que en mí vida me ha tocado en suerte recibir. En pocas palabras, se me informaba de que el señor Julio Wendigee, un electricista holandés, que hacía experimentos con un aparato semejante al que el señor Tesla usa en Norte América, en la esperanza de descubrir algún método de comunicación con Marte, estaba recibiendo, día tras día, en fragmentos, un curioso mensaje, que indisputablemente emanaba del señor Cavor.

Al principio creí que era una broma bien urdida por alguien que había visto el manuscrito de mi narración. Contesté con enojo al señor Wendigee, pero él me replicó de manera que destruyó inmediatamente esa sospecha y me hizo acudir, en un estado de inconcebible sobreexcitación, de Argel al pequeño observatorio del San Gotardo en que el sabio holandés hacía sus experimentos. En presencia de sus anotaciones y de sus aparatos - y sobre todo de los mensajes del señor Cavor que iban llegando,- mis últimas dudas se disiparon. En el acto resolví aceptar la proposición que el señor Wendigee me hizo de que me que-

dara con él, para ayudarle a recibir los mensajes diarios y tratar de enviar uno a la luna.

Esos mensajes nos hacían saber que Cavor estaba no solamente vivo, sino además, libre, en medio de una casi inconcebible comunidad de aquellos hombres-hormigas, en la azul obscuridad de las cavernas lunares. Estaba cojo, a lo que parecía, pero por lo demás gozaba de buena salud... de mejor salud, lo decía con toda claridad, que la que tenía ordinariamente en la tierra: había sufrido de una fiebre, pero esto no habla debilitado su organismo. ¡Cosa curiosa! Por el tenor de sus mensajes, parecía creerme muerto en el cráter de la luna o perdido en la inmensidad del espacio.

El señor Wendigee empezó a recibir los mensajes de Cavor cuando estaba ocupado en una investigación completamente ajena a ello. El lector se acordará, sin duda, de cierto movimiento de curiosidad con que empezó el siglo, suscitado por la noticia de que el señor Nicolás Tesla, célebre electricista norteamericano, había recibido un mensaje de Marte. Ese anuncio volvió a dirigir la atención pública hacia un hecho que desde largo tiempo atrás había sido familiar a los hombres de ciencia: que de alguna desconocida fuente del espacio, olas de trastornos electromagnéticos, en un todo semejantes a las por el señor Marconi para su telegrafía sin alambres, llegan constantemente a la tierra. Además del señor Tesla, buen número de otros observadores han estado entregados al perfeccionamiento de aparatos para recibir é inscribir esas vibraciones, aunque pocos son los que irían hasta el extremo de considerarlas como mensajes de alguna oficina extraterrestre. Entre estos pocos, sin embargo, tenemos que contar al señor Wendigee. Desde 1898 se ha consagrado casi enteramente a este asunto, y como es hombre de abundantes medios de fortuna, ha erigido un observatorio en la falda del Monte Rosa, en una posición singularmente apropiada, bajo todos sus aspectos, para tales observaciones.

Mis alcances científicos - debo reconocerlo,- no son grandes, pero en cuanto me dan facultades para juzgar estas cosas, me permiten

afirmar que los aparatos del señor Wendigee para sorprender y anotar todos los trastornos en las condiciones electromagnéticas del espacio, son singularmente originales e ingeniosos. Y, por una feliz coincidencia de circunstancias, estaban instalados y en funciones dos meses antes de que Cavor hiciera la primera tentativa para comunicar sus noticias a la tierra: por lo tanto, tenemos fragmentos de su comunicación desde el principio; pero, desgraciadamente, no son más que fragmentos, y lo más importante de todo cuando tenía que decir a la humanidad - sus instrucciones para la preparación de la Cavorita, si acaso alguna vez las transmitió – se ha perdido en el espacio, nunca llegó a los receptores. Nosotros, por nuestra parte, nunca conseguimos enviar una respuesta a Cavor, de modo que él no podía saber lo que habíamos recibido y lo que se había extraviado, ni seguramente, ha sabido con certeza que nadie en la tierra tenía conocimiento de sus esfuerzos para hacer que su palabra llegara hasta nosotros. Y la persistencia que desplegó en enviarnos diez y ocho largas descripciones de asuntos lunares - que tal serían si las hubiéramos recibido completas,- muestra cuánto debe haberse vuelto su pensamiento hacia su planeta natal desde que salió de él hace dos años.

Ustedes se imaginarán la sorpresa que experimentaría el señor Wendigee, cuando descubrió sus disturbios electromagnéticos entrelazados con las frases en inglés, telegrafiados por Cavor. El señor Wendigee nada sabía de nuestra desatentada excursión a la luna, y de repente... ¡le llegan del vacío unos mensajes en inglés!

No está de más que el lector comprenda las condiciones en que parece que esos mensajes fueron expedidos. En algún punto de la luna, Cavor tuvo seguramente a su disposición, durante unos días, una considerable cantidad de aparatos eléctricos, y es de creer que logró combinar - quizás furtivamente,- una instalación transmisora del tipo Marconi, y operar en ella, en intervalos irregulares, a veces durante media hora más o menos, otras veces durante tres o cuatro horas seguidas. En esas ocasiones transmitía sus mensajes a la tierra, sin tener en cuenta la circunstancia de que la posición de la luna en relación a

los diversos puntos de la superficie de la tierra varía constantemente. Como una consecuencia de esto y de las necesarias imperfecciones de nuestros instrumentos de recepción, su comunicación va y viene en nuestras anotaciones, ya de una manera en extremo precisa, ya borrosa, ya se "desvanece" en forma misteriosa y por demás exasperante. A esto hay que agregar que Cavor no era un operador experto: había olvidado en parte la clave usual en los telégrafos o nunca la había dominado completamente, y cuando se cansaba omitía palabras o las deletreaba mal, de una manera realmente curiosa.

En todo habremos perdido probablemente una buena mitad de las comunicaciones que nos envió, y mucho de lo que llegó hasta nosotros está estropeado, interrumpido con frecuencia, y parcialmente borrado. En el extracto que sigue, el lector debe hallarse preparado, pues, a encontrar una considerable cantidad de interrupciones, tropiezos y cambios de tema. El señor Wendigee y yo preparamos en colaboración una edición completa y anotada de los mensajes de Cavor, y esperamos publicarla junto con una detallada descripción de los instrumentos empleados: el primer tomo aparecerá en enero próximo. Esa será la memoria completa y científica de que esto es sólo la primera transcripción popular: pero aquí presentamos, por lo menos, lo suficiente para completar la historia que he narrado, y para hacer conocer los perfiles generales de aquel otro mundo tan cercano, tan común con el nuestro, y, sin embargo, tan diverso de él.

XXIII
EXTRACTO DE LOS PRIMEROS SEIS MENSAJES RECIBIDOS DEL SEÑOR CAVOR

Los dos primeros mensajes del señor Cavor pueden perfectamente ser reservados para el tomo, mucho más extenso que esta historia, pues se reducen a decir, con mayor brevedad y con cierta discrepancia en varios detalles, que no deja de ser interesante, pero que carece de importancia vital, los hechos referentes a la construcción de la esfera y a nuestra partida del mundo. En todo el curso de su relato, Cavor habla de mí como de un hombre muerto ya, pero con un curioso cambio de disposiciones a mi respecto, a medida que se acerca a nuestro desembarco en la luna.

“El pobre Bedford,” dice de mí, y “ese pobre joven,” y se reprocha por haber inducido a un joven “en manera alguna preparado para tales aventuras,” a abandonar un planeta “en el cual, indiscutiblemente, debía prosperar porque para ello sí estaba preparado,” y emprender un viaje tan precario. Yo, creo que Cavor da menos importancia de la que realmente tuvo, al papel que mis energías y mis aptitudes de hombre practico representaron en la construcción de su teórica esfera. “Llegamos,” dice, sin más pormenores de nuestro paso a través del espacio, como si hubiéramos hecho un vulgar viaje en ferrocarril.

Y en seguida se vuelve cada vez más injusto para conmigo: injusto, cierto, hasta un extremo que yo no hubiera esperado de un hombre ejercitado en la investigación de la verdad. Después de hojear mi narración de esas cosas, ya conocida, tengo el derecho de afirmar insistentemente que yo he sido en todo más justo para Cavor, que lo que él lo ha sido conmigo. Nada he suprimido yo, poco he atenuado; y el... léase lo que dice:

"Rápidamente fui notando que el carácter, completamente extraño de nuestras circunstancias, de la atmósfera que nos envolvía:- gran pérdida de peso, aire enrarecido pero intensamente oxigenado, consiguiente exageración de los resultados del esfuerzo muscular, rápido desarrollo de raras plantas brotadas de obscuros esporos, cielo lóbrego - excitaba indebidamente a mi compañero. En la luna, su carácter pareció transformarse; se volvió impulsivo, violento, pendenciero. A poco su locura de devorar ciertas gigantescas vesículas, y la embriaguez que éstas le produjeron, causaron nuestra captura por los selenitas, antes de que hubiéramos tenido la menor oportunidad de observar debidamente su manera de ser..."

(Ustedes observarán que nada dice de cómo él también se hartó de las mismas "vesículas.")

Y de ese punto salta a decir que "llegamos con ellos a un paro difícil, y Bedford, interpretando mal algunos de sus ademanes"- ¡lindos aquellos ademanes!- "se entregó a una violencia frenética: se precipitó furiosamente hacia ellos, mato a tres, y yo tuve forzosamente que huir con él después de tal atrocidad. A continuación peleamos con un grupo que quería cortarnos la retirada, y dimos muerte a otros siete ú ocho. Dice mucho de la tolerancia de estos seres el hecho de que al volver a capturarme no me hicieran pedazos en el instante. Nos abrimos paso hasta el exterior, y una vez en el cráter nos separamos para tener más probabilidades de recuperar la esfera. Al poco rato de habernos separado, me encontré con un grupo de selenitas, a la cabeza del cual iban dos que eran curiosamente diferentes, aun en la forma, de todos los que hasta entonces habíamos visto; tenían la cabeza mucho más grande y el cuerpo más pequeño y mucho más envuelto en telas. Después de haber escapado de ellos durante un rato, caí en una grieta. El golpe me hizo una herida bastante profunda en la cabeza y me dislocó la choquezuela; al verme así debilitado y dolorido, decidí rendirme... si ellos consentían en aceptar mi rendición. La aceptaron, y notando mi lamentable condición, me condujeron al interior de la luna. De Bedford nada he sabido, ni tampoco, por lo que puedo cole-

gir, ningún selenita lo ha visto, ni ha oído la menor noticia suya. O la noche lo sorprendió, o lo que es más probable, encontró la esfera y deseando ganarme la delantera, partió en ella; únicamente, lo temo, para encontrarse con que no podía manejarla, y sufrir una agonía más lenta en el espacio.

Y, con esto, Cavor me deja a un lado y pasa a tópicos más interesantes. Me desagrada la idea de que se crea que aprovecho de mi situación de editor de su historia para comentarla en mi interés; pero me veo obligado a protestar aquí contra el giro que da a esos acontecimientos. Nada dice del angustioso mensaje que escribió en el papel que hallé manchado de sangre y en el que refería o trataba de referir, una historia muy diferente. Aquello de su digna rendición es una faz del asunto enteramente nueva, debo insistir en ello, que se le ocurrió cuando empezó a sentirse seguro entre la gente lunar, y en cuanto a lo de que yo quería "ganarle la delantera," estoy completamente dispuesto a dejar que el lector decida quién de los dos tiene razón, sirviéndose para ello de mi precedente relato. Sé que no soy un hombre modelo... nunca he pretendido hacer creer que lo soy; pero, porque no soy modelo ¿he de ser lo *otro*?

Como quiera que sea, aquí terminan mis reparos. En adelante puedo ser editor de Cavor con ánimo sereno, porque ya no vuelve a mencionarme.

Parece que los selenitas que se apoderaron de él, lo llevaron a algún punto del interior por "un gran pozo," y en algo que describe como "una especie de globo." Nosotros hemos comprendido, al leer la parte más bien confusa en que habla del asunto, y por varias alusiones casuales y palabras sueltas, esparcidas en otros mensajes posteriores, que ese "gran pozo" pertenece a un enorme sistema de pozos artificiales que van, de cada uno de los llamados "cráteres" lunares, hacia la parte central, penetrando basta una profundidad de cerca de cien millas. Esos pozos se comunican entre ellos por unos túneles transversales, atraviesan profundas cavernas y se ensanchan en grandes recintos globulares; toda la substancia lunar, hasta cien millas adentro

es, positivamente, una simple esponja de rocas. “En parte - dice Cavor,- esta esponjosidad es natural; pero en mucho es obra de la actividad industrial de los selenitas en tiempos pasados. Los enormes montes circulares formados con las rocas y tierra, procedentes de esas excavaciones, son lo que constituyen en torno de los túneles los “volcanes,” como los llaman los astrónomos terrestres, engañados por una falsa analogía.

Por ese pozo lo llevaron, en aquella “especie de globo,” primero a una lobreguez completa y después a una región de fosforescencia continuamente creciente. Los despachos de Cavor denuncian en él una indiferencia por los detalles, sorprendente en un hombre de ciencia; pero nosotros suponemos que esa luz era debida a los torrentes y cascadas de agua – “que sin duda contenían algún organismo fosforescente”- y que corrían, cada vez con mayor abundancia, hacia abajo, al Mar Central. Y al descender, dice Cavor, “los selenitas se volvían luminosos.” Por fin, debajo de él y lejos, vio un lago de fuego sin calor, que no otra cosa eran las aguas del Mar Central, que se arremolinaban, lucientes, en extraña agitación “como una luminosa leche azul en el momento en que hierve.”

“Este Mar Lunar - dice Cavor más adelante,- no es un océano estancado: una marea solar lo empuja en perpetuo flujo en torno del eje lunar y ocurren extrañas tormentas, hervores y tumultos de sus aguas y a veces hay fríos vientos y truenos que ascienden por las transitadas vías de esa especie de hormiguero que va hasta el exterior. El agua da luz sólo cuando está en movimiento; en sus raros períodos de calma es negra. Generalmente, cuando uno las mira, ve las aguas alzarse y caer en una aceitosa superficie, y manchas y grandes capas de espuma lustrosa, burbujosa, se mezclan con la corriente lenta que despide un tenue brillo. Los selenitas navegan por sus cavernosos estrechos y lagunas en pequeños botes poco profundos, de forma parecida a la de las canoas, y antes de mi viaje a las galerías que dan acceso a la residencia del Gran Lunar, que es el Señor de la Luna, se me permitió hacer una breve excursión por esas aguas.

Las cavernas y pasadizos son naturalmente muy tortuosos. Gran parte de esas vías son únicamente conocidas por los más expertos pilotos de entre los pescadores, y con no poca frecuencia se pierden algunos selenitas para siempre entre sus laberintos. En sus más remotos rincones, según me han dicho, hay extraños animales, algunos de ellos terribles y peligrosos, a quienes toda la ciencia de la luna ha sido incapaz de exterminar. Los más notables son el Rafa, inextricable masa de aferradores tentáculos, que uno corta en pedazos sólo para multiplicarlo, y el Tzi, veloz fiera que nadie alcanza a ver, tan sutil y repentinamente cae sobre aquel a quien ex»termina...”

Después entra en una breve descripción:

“Esa excursión me recordó lo que he leído de las Cuevas de los Mastodontes; si hubiera tenido una antorcha de luz amarilla en vez de la penetrante luz azul, y un remero de apariencia robusta, con un remo, en vez del selenita cara-de-canasta que manejaba la canoa con un mecanismo situado en la popa, podría haberme imaginado que de improviso había vuelto a la tierra. Las rocas por entre las cuales íbamos eran muy variadas: a veces negras, a veces de un azul pálido venoso, y una vez brillaron y chispearon como si hubiéramos entrado en una mina de zafiro. Y abajo se veía a los fosforescentes peces pasar y desaparecer en la profundidad apenas menos fosforescente que ellos. Luego, de pronto, surgió un largo panorama azul por la tersa corriente de uno de los canales de tráfico, un desembarcadero, y mas lejos la rápida visión de uno de los enormes pozos verticales, lleno de transeúntes.

En un vasto espacio cubierto de chispeantes estalactitas, pescaban unos botes. Nos acercamos al costado de uno de ellos, y vimos unos selenitas de largos brazos, que sacaban del agua la red. Eran unos insectos pequeños, jorobados, de brazos muy fuertes, piernas cortas y envueltas en telas, y con unas caras-máscaras llenas de sinuosidades. Cuando tiraban de la red, ésta me pareció la cosa más pesada que había visto en la luna: los pesos que la hacían sumergirse eran indudablemente de oro. Se necesitó mucho rato para sacarla, pues en

esas aguas los peces más grandes y apropiados para la alimentación viven en las profundidades. Los peces que la red había aprisionado salieron como sale la luna, a veces, en el cielo terrestre: con refulgencia azul, vigorosa.

Entre lo pescado había una cosa con muchos tentáculos, de ojos malignos, y negra, que se agitaba ferozmente: los pescadores saludaron su aparición con gritos y murmullos, y en el acto la redujeron a pedazos, valiéndose de unas pequeñas hachas que manejaban con movimientos rápidos y nerviosos. Todos los miembros, separados ya, continuaron moviéndose y azotando el aire o el piso del bote de manera amenazadora. Más tarde cuando caí enfermo de fiebre, soñaba una y otra vez con aquel animal agresivo y furioso que se alzaba tan vigoroso y activo, de la profundidad de aquel mar desconocido. Ese ha sido el más móvil y maligno de todos los seres vivientes que hasta ahora he visto en este mundo del interior de la luna...

La superficie de este mar debe estar a muy cerca de 200 millas (sí no más) del nivel exterior de la luna.

He sabido que todas las ciudades de la luna están inmediatamente sobre el Mar Central, en espacios cavernosos y galerías artificiales como las que he descripto, y se comunican con el exterior por enormes pozos verticales que se abren invariablemente en los que los astrónomos terrestres llaman "cráteres" de la luna. Las tapas que cierran esas aberturas son como las que vimos en la correría que precedió nuestra captura.

Respecto a la condición de la parte menos central de la luna, todavía no he llegado a un conocimiento muy preciso. Hay un enorme sistema de cavernas en las que se cobijan las reses durante la noche; y hay mataderos con todos los aparatos necesarios - en uno de ellos fue donde Bedford y yo combatimos con los carniceros selenitas,- y recientemente he visto globos cargados de carne, que bajaban de la obscuridad de arriba. Hasta ahora se tanto de todo esto, cuanto podría saber un zulú que hubiera, estado en Londres el mismo tiempo que yo en la luna, de lo concerniente a la provisión de cereales en el Imperio

británico. Es claro, sin embargo, que esos pozos o galerías verticales y la vegetación de la superficie deben representar un papel esencial en la ventilación y refrescamiento de la atmósfera de la luna. En cierta ocasión, y particularmente en mi primera salida de mi prisión, un viento frío soplaba hacia abajo del pozo y después hubo una especie de *sirocco* hacia arriba, que coincidió con mi fiebre. Tengo que contar efectivamente, que al cabo de tres semanas caí enfermo, con una fiebre de especie indefinida y no obstante el sueño continuado a que me entregue y las píldoras de quinina que con muy feliz oportunidad había traído en mis bolsillos, quedé enfermo y en una gran depresión de espíritu, casi hasta los días en que me condujeron a la presencia del Gran Lunar, que es, lo repito, el Señor de la Luna.

No me extenderé - añade Cavor,- en lo referente a la miserable condición de espíritu en que me encontré en aquellos días de enfermedad,- ¡pero sí se extiende, con gran amplitud de detalles que omito aquí!- Mi temperatura - concluye,- se mantuvo anormalmente alta durante largo tiempo, y perdí todo deseo de tomar alimento. Tenía intervalos de estar despierto y tranquilo, y después dormía; las pesadillas atormentaban mi sueño, y en un período dado recuerdo que estuve tan débil que sentí la nostalgia de mi planeta y casi entró en un estado de histerismo. Sentía una ansiedad intolerable de ver algún color que interrumpiera la monotonía del eterno azul...”

En seguida vuelve al tema de la atmósfera lunar, que circula como por una esponja. Varios astrónomos y físicos me dicen que todo lo que él refiere está completamente de acuerdo con lo que se sabía ya de las condiciones de la luna. Si los astrónomos terrestres - dice el señor Wendigee.- hubieran tenido el coraje y la imaginación de llevar hasta el fin una inducción atrevida, podrían haber predicho casi todo lo que Cavor tiene que decir acerca de la estructura general de la luna; hoy ya saben con bastante certidumbre que la luna y la tierra no son tanto un satélite y su astro primario, como dos hermanas, menor y mayor, salidas ambas de una masa, y por consiguiente, compuestas ambas de una misma materia. Y desde que la densidad de la luna alcanza sólo a

tres quintas partes de la densidad de la tierra, no puede haber otra explicación para esto, sino que la luna está agujereada por un gran sistema de cavernas. Sir Jabez Flap, miembro de la Real Sociedad (uno de los mas entretenidos exponentes del lado cómico de las estrellas), dice que “no había necesidad de que nosotros hubiéramos ido á la luna para descubrir tan fáciles inferencias”, y apoya su sarcasmo con una alusión a un queso de Gruyere; pero lo cierto es que si el señor Flap sabía que la luna era hueca, podía haberlo anunciado antes... Y si la luna es hueca, la aparente ausencia de aire y agua en ella se explica, por supuesto, con bastante facilidad. El mar está en el fondo de las cavernas, y el aire corre a través de la gran esponja de galerías, de acuerdo con simples leyes físicas. Las cavernas de la luna, en conjunto, son lugares muy ventosos. A medida que la luz cálida del sol avanza por la luna, se calienta el aire en las galerías exteriores de ese lado, su presión crece, y se mezcla con el aire que se evapora de los cráteres (donde las plantas lo desembarazaron de su ácido carbónico), mientras la mayor parte afluye y se precipita por las galerías, para reemplazar al fugitivo aire del lado que empieza a enfriarse por haberlo dejado ya el sol.

Hay, por lo tanto, una constante brisa hacia el Este, y una afluencia, durante los días lunares, hacia el exterior, por los pozos verticales, que se complica por la variada forma de las galerías y los ingeniosos mecanismos inventados por los selenitas...

XXIV
LA HISTORIA NATURAL DE LOS SELENITAS

Los mensajes de Cavor, del sexto al decimosexto, están a cada paso interrumpidos, y abundan tanto en repeticiones, que casi no forman una narración seguida. Los publicaremos completos, por supuesto, en la memoria científica; pero aquí será mucho más conveniente limitarse a continuar con extractos y citas, como en el anterior capítulo. Hemos sometido cada palabra a un minucioso escrutinio crítico, y mis propios recuerdos é impresiones de las cosas lunares, aunque breves, han sido de inestimable ayuda para la interpretación de lo que sin ello habría sido de una obscuridad impenetrable. Naturalmente, como seres vivientes que somos, nuestro interés se concentra mucho más en la extraña comunidad de insectos lunares en que Cavor vive, según parece, como huésped colmado de honores, que en la simple condición física de aquel mundo.

Creo haber explicado ya que los selenitas que vi se parecen al hombre en que andan en dos pies y rectos, y que tienen cuatro miembros principales; y he comparado el aspecto general de sus cabezas y las coyunturas de sus miembros, con las de los insectos. He señalado también, la peculiar consecuencia de su gravitación menor en la luna: debilidad y fragilidad. Cavor confirma mis observaciones sobre estos puntos: llama, a los selenitas "animales", aunque por supuesto, no entran en división alguna de la clasificación de las criaturas terrestres, y deja constancia de que "el tipo insecto de la anatomía nunca ha pasado en la tierra, afortunadamente para los hombres, de un tamaño relativamente muy pequeño". Los mayores insectos terrestres, vivientes o ya extinguidos, no miden, en verdad, más de seis pulgadas de largo; "pero aquí, a causa de la menor gravitación de la luna, un animal, sea insecto o vertebrado, parece que puede alcanzar dimensiones humanas y ultrahumanas".

No menciona a la hormiga, pero sus alusiones hacen que la hormiga aparezca de continuo ante mi mente, con su actividad incansable, con su inteligencia y organización social y con su estructura, particularmente por el hecho de que presentan, además de las dos formas - masculina y femenina, que casi todos los otros animales poseen,- una cantidad de otras criaturas asexuales, trabajadores, soldados, etc., diferentes una de otra en estructura, carácter, poder y empleo, y sin embargo, todos miembros de las mismas especies. Porque hay que notar que los selenitas tienen gran variedad de formas. Desde luego no solamente son, por su tamaño, colosalmente más grandes que las hormigas, sino también, en opinión de Cavor, con respecto a la inteligencia, a la moralidad, a la sabiduría social, son colosalmente más grandes que los hombres. Y en vez de las cuatro o cinco diferentes formas de hormigas que el hombre conoce hasta ahora, las diversas formas de selenitas son casi innumerables. Ya he tratado de indicar la muy considerable diferencia que se observa entre los selenitas del centro y los de la corteza exterior con quienes la casualidad hizo encontrarme: sus diferencias de tamaño, color y forma eran ciertamente tan grandes como las que separan a las razas de hombres más diversas; pero las diferencias que vi quedan reducidas absolutamente a la nada en cuanto se las confronte con las que Cavor describe. Parece, efectivamente, que los selenitas exteriores que vi eran, los más de ellos, de un solo color y ocupación: pastores, matarifes, etc. Pero dentro de la luna, cosa de que yo no tenía ni siquiera sospecha, parece que hay una cantidad de clases de selenitas: diferentes en formas, diferentes en poder y en apariencia, y que sin embargo, no son diferentes especies de criaturas sino diferentes formas de una especie. La luna es, seguramente, algo como un vasto hormiguero; pero en vez de existir en éste sólo las cuatro o cinco clases de hormigas: trabajador, soldado, macho alado, reina y esclavo, hay varios cientos de diferentes clases de selenitas, y casi todas las gradaciones entre una clase y otra.

Debemos creer que Cavor descubrió esto con mucha rapidez. Deduzco de su narración (pues no puedo decir que ésta lo expone con

claridad), que quienes lo capturaron fueron los pastores bajo la dirección de los otros selenitas, que tienen más grandes las *cajas* cerebrales (¿cabezas?) y mucho más cortas las piernas. Al ver que no se decidía a andar, ni aun cuando lo punzaran con sus lanzas, lo condujeron a las lóbregas galerías interiores, cruzaron un puentecillo estrecho, algo como una tabla puesta de un lado a otro de una zanja, que quizás sea el mismo por el cual me negué yo a pasar, y lo pusieron en una cosa que al principio debe haberle parecido una especie de ascensor. Era un globo - que había estado absolutamente invisible para nosotros en las tinieblas,- y lo que yo había creído una simple tabla que se hundía en el vacío era, sin duda, el puentecillo para pasar al globo.

En éste descendieron hacia regiones interiores cada vez más iluminadas. Al principio bajaron en silencio - turbado, únicamente, por el cuchicheo de los selenitas,- y después entraron en un creciente ruido y movimiento. En poco tiempo, la profunda obscuridad había dado a los ojos de Cavor una sensibilidad tan grande, que a cada momento iba viendo algo más de las cosas que lo rodeaban, y por último lo vago tomó forma.

"Figúrense ustedes un enorme espacio cilíndrico - dice Cavor en su séptimo mensaje,- que tendrá hasta un cuarto de milla de ancho; muy tenuemente alumbrado al principio y después claro, con grandes plataformas extendidas en espirales que se pierden por fin hacia abajo, en una azul profundidad: y el espacio se iluminaba cada vez más, sin que fuera posible decir cómo ni por qué. Acuérdense ustedes de la cavidad por dónde pasa la escalera en espiral más ancha, ó la que sirve para el ascensor más espacioso que hayan visto, y multipliquen sus dimensiones por ciento; imagínenselo ustedes en el crepúsculo, visto a través de un vidrio azul; imagínense verlo ustedes mismos así, pero imagínense también sentirse extraordinariamente ligeros, haberse desprendido de cuanta sensación de vértigo puede sentirse en la tierra, y tendrán los primeros elementos de la impresión que entonces sentí.

En torno de aquella, enorme cavidad, imagínense ustedes una ancha galería que se extiende en una espiral mucho más empinada

que lo que sería creíble en la tierra, y que forma un escarpado camino, sólo separado del abismo por un pequeño parapeto que se pierde en una perspectiva lejana, dos millas hacia abajo.

Alcé los ojos, y vi el mismo sujeto de la visión de abajo: parecía por supuesto, que asomaba la cabeza para mirar dentro de un cono muy inclinado. El viento soplaba de arriba abajo y más arriba me parece que oí, debilitándose por momentos, el bramido de las reses recogidas nuevamente de los pastos del exterior. Y arriba y abajo, las galerías en espiral se veían sembradas de una muchedumbre desparramada, insectos pálidos, débilmente luminosos, que nos miraban o se entregaban con prisa a sus desconocidas ocupaciones.

No sé si fue ilusión mía, pero me pareció que un copo de nieve pasó rápidamente, empujado por la helada brisa. Y luego, como otro copo de nieve, un pequeño hombre-insecto, prendido a un paracaídas, se deslizó cerca de nosotros, con mucha velocidad, hacia las regiones centrales de la luna.

El selenita cabezudo que estaba sentado junto á mí, al verme mover la cabeza como alguien que ve, extendió su "mano" en forma de trompa y señaló una especie de muelle que aparecía a la vista, abajo, muy lejos: un pequeño desembarcadero, o algo así, colgado en el vacío. A medida que nos acercábamos a aquel punto nuestra velocidad disminuía, hasta que al llegar a su altura nos detuvimos. Alguien arrojó un cabo, pronto atado, y en seguida me encontré delante de una multitud de selenitas que se agolpaban a verme.

Aquella era una agrupación inconcebible: repentina, violentamente, se impuso a mi atención la gran variedad de tipos que existe entre aquellos seres de la luna.

No había, a decir verdad, semejanza entre dos seres de aquella hormigueante muchedumbre. ¡Se diferenciaban en forma, se diferenciaban en tamaño! Algunos se inclinaban, se estiraban; otros corrían de un lado para otro, por entre las piernas de sus camaradas; algunos se retorcían y entrelazaban como serpientes. Todos ellos sugerían la grotesca é intranquilizadora idea de un insecto que de algún modo ha

conseguido remedar a un ser humano; todos parecían presentar una increíble exageración de alguna determinada parte del cuerpo: éste tenía un vasto miembro anterior derecho, un enorme brazo anteral, o algo así; aquel parecía todo pierna, encaramado, tal como se le veía, en zancos; otro avanzaba un órgano de forma nasal al lado de un ojo agudamente escrutador, que le hacía aparecer sorprendentemente humano basta que uno veía su boca exenta de expresión. Los fabricantes de juguetes hacen unos polichinelas con patas de langosta; así era aquel ser. La extraña y (fuera de la falta de mandíbulas y palpos), casi insectuna cabeza de aquellos selenitas, pasaba por transformaciones asombrosas; aquí era ancha y baja, allá alta y angosta; aquí, su vacía frente se prolongaba en cuernos y otras prominencias extrañas; en uno tenía patillas y parecía dividida, en otro tenía un grotesco perfil humano. Varias cajas craneanas se estiraban, como vainas, hasta adquirir un largo enorme. Los ojos eran también de una extraña variedad, algunos bastante elefantinos, diminutos y vivos; otros, anchos pozos obscuros. Había asombrosas formas con cabezas reducidas a microscópicas proporciones y estupendos cuerpos, y fantásticas, tenues cosas que parecían existir sólo como base para unos ojos vastos, rodeados de un círculo blanco, chispeantes. Y el más extraño de todos, o a lo menos así me parecía por el momento, era que dos ó tres de aquellos seres estrafalarios de un mundo subterráneo, de un mundo protegido del sol ó de la lluvia por innumerables millas de roca... ¡llevaban paraguas en sus tentaculares manos! verdaderos paraguas de apariencia terrestre! Y en seguida pensé en el hombre del paracaídas que había visto descender...

Aquella gente lunar se conducía exactamente como una muchedumbre humana en circunstancias semejantes: se empujaban y estrujaban mutuamente, el uno echaba a un lado al de más allá, hasta se subían uno sobre otro para verme. A cada momento aumentaban en número, y se agolpaban con más presión contra los discos de mis guardianes (Cavor no explica lo que esto significa); a cada momento nuevas formas se imponían a mi maravillada atención. Y, de repente,

se me hizo señas de que entrara, y se me ayudó a entrar en una especie de litera, que unos conductores dotados de fuertes brazos, levantaron: así fui conducido por encima de aquella hirviente pesadilla, al alojamiento que se me había destinado en la luna. Por todas partes me rodeaban ojos, caras, máscaras, tentáculos, un ruido sordo como el roce de alas de escarabajo, y una gran mezcla de balidos y chillidos, que eran las voces de los selenitas...”

Por lo que sigue comprendemos que lo llevaron un “departamento hexagonal”, y allí estuvo acompañado durante cierto tiempo. Después se le dio mucha mayor libertad hasta que gozó casi de tanta como la de que puede gozarse en una ciudad civilizada de la tierra. Parece que el misterioso ser, gobernante y amo de la luna, designó a dos selenitas “de grandes cabezas para custodiarle y estudiarle, y para establecer con él la comunicación mental que fuera posible alcanzar”, y por sorprendente é increíble que pueda parecer, aquellos dos seres, aquellos fantásticos hombres-insectos, aquellos seres de otro mundo, llegaron a comunicarse con Cavor por medio del lenguaje terrestre...

Cavor les da los nombres de Fi-u y Tsi-puff. Dice que Fi-u tenía de alto unos cinco pies, las piernas delgadas, cortas, como de dieciocho pulgadas de largo, y pequeños pies, de la común forma lunar. Sobre aquellas piernas se balanceaba un cuerpecito, palpitante con los latidos del corazón. Los brazos eran largos, flojos, con muchas coyunturas, y terminaban en un puño tentacular; el cuello tenía también muchas coyunturas, como los de los demás, pero era excepcionalmente corto y grueso. “Su cabeza - dice Cavor, aludiendo sin duda a alguna anterior comunicación que se había extraviado,- es del corriente tipo lunar, pero extrañamente modificada: la boca tiene la usual hendidura sin expresión, pero es muy pequeña y se abre hacia abajo, y cara entera, propiamente dicha, está reducida al tamaño de una ancha nariz chata. A cada lado hay un ojo, semejante a los de la gallina.”

“El resto de la cabeza forma un voluminoso globo, y la epidermis cueruda, gruesa, de los pastores de reses, se adelgaza hasta

quedar reducida a una simple membrana, a través de la cual se ven claramente los movimientos de pulsación del cerebro. Fi-u es, en resumen, un ser con un cerebro tremendamente hipertrofiado y con lo demás de su organismo relativo y, podría decirse en sentido terrestre, absolutamente atrofiado."

En otro párrafo, Cavor compara a Fi-u, visto por detrás con Atlas sosteniendo el mundo. Tsi-puff, según parece, era un insecto muy semejante a el, pero su "cara" se estiraba hasta ser de un largo considerable, y por hallarse la hipertrofia cerebral en otras regiones, su cabeza no era redonda, sino de forma de pera, con el pedúnculo hacia abajo. Después habla Cavor de los portadores de literas, seres con tremendos hombros y el resto del cuerpo flaco; de unos ujieres que más debían parecer arañas, y de un encorvado lacayo, todos los cuales componían su servidumbre.

Fi-u y Tsi-puff acometieron el problema del lenguaje de un modo bastante natural. Entraron en la celda hexagonal en que Cavor estaba encerrado, y empezaron a imitar todos los sonidos que este emitía: el primero fue una tos. Cavor, por su parte, parece que comprendió su intención con gran prontitud, y comenzó a repetirles palabras y a indicarles su aplicación. El procedimiento continuó, probablemente siendo siempre el mismo: Fi-u escuchaba a Cavor, mirándolo durante un rato, luego señalaba también, y repetía la palabra que había oído.

La primera palabra que dominó fue "hombre", y la segunda "lunestre", que Cavor, a lo que parece en la precipitación del momento, empleó, en vez de "selenita" para designar a la raza lunar. Tan pronto como Fi-u estaba seguro del significado de una palabra, la repetía a Tsi-puff, quien la recordaba infaliblemente. En la primera sesión llegaron a dominar más de cien palabras.

Después parece que llevaron a un artista para que los ayudara en su labor con dibujos y diagramas, porque los que hacía Cavor eran bastante imperfectos: era, dice Cavor, un ser con un brazo activo y un ojo escrutador, y dibujaba con increíble rapidez.

El undécimo mensaje es, indudablemente, sólo un fragmento de una comunicación más larga. Después de algunas frases entrecortadas, que han llegado en forma ininteligible, continúa:

"Pero sólo interesaría al los lingüistas, y me demoraría mucho, referir con detalles la serie de tentativas de conversaciones de que aquello fue comienzo, y por otra parte, temo que no me fuera posible presentar algo capaz de reproducir en su debido orden todos los avances y vueltas que dimos, en nuestro afán de comprendernos mutuamente. En los verbos encontramos muy pronto el camino expedito, por lo menos en los verbos activos que pude expresar por medio de dibujos; algunos adjetivos fueron fáciles de explicar; pero cuando llegamos a los substantivos abstractos, las preposiciones, y a las formas de lenguaje figurado por cuyo medio se expresa uno tan fácilmente en la tierra, aquello fue como zambullir en el agua con un cinturón de corcho. Pero esas dificultades sólo fueron insuperables hasta la sexta lección, cuando se nos agregó un cuarto auxiliar, un ser con una cabeza enorme, de forma de *foot-ball,* cuyo "fuerte" era evidentemente la persecución de las analogías complicadas. Entró en actitud preocupada, tropezando con un banquito. Era necesario presentarle las dificultades que habían surgido con cierta cantidad de gritos, golpes, y pinchazos, para que llegaran a su conocimiento; pero una vez que esto sucedía, su penetración era asombrosa. En cualquier momento en que se necesitara pensar con mayores alcances que los de Fi-u (los cuales eran, como he dicho ya, vastísimos), se solicitaban los servicios de la cabezuda persona, y ésta, invariablemente, transmitía sus conclusiones Tsi-puff, para que los recordara: Tsi-puff era siempre el arsenal de hechos. Y así continuamos adelantando."

"Largo me pareció, y sin embargo, fue breve - apenas unos días,- el tiempo que pasó sin que pudiéramos hablar positivamente con aquellos insectos de la luna. Al principio, como es lógico, nuestra conversación se limitó a un cambio de sonidos infinitamente fastidioso y exasperante; pero de una manera imperceptible llegamos a la comprensión, y a fuerza de paciencia me he puesto al alcance de los limi-

tados medios de mis interlocutores. Fi-u es quien tiene a su cargo todo lo que sea hablar, y habla con una gran suma de meditación previa: primero hace: Mm... mm... , y como ha llegado a posesionarse de un par de lugares comunes, por ejemplo: “Si puedo decirlo...”, “Si_usted me comprende...”,- los injerta a cada rato en el discurso.

Supongan ustedes que está explicando lo que es su artista; pues dirá:

- “Mm... mm... él... si puedo decirlo... dibuja. Come poco... bebe poco... dibuja. Ama dibujar. No otra cosa. Odia todos no dibujan como él. Enojado. Odia todos dibujan como él mejor. Odia mayoría gente. Odia todos no piensan todo mundo para dibujar. Enojado. Mm... Todas cosas significan nada para él; sólo dibujar. Usted gústale... Nueva cosa para dibujar. ¿Eh?... Este (volviéndose a Tsi-puff) ama recordar palabras. Recuerda maravilloso, mejor nadie. Piensa no, dibuja no: recuerda. Dice (aquí acudió a su ayudante para que le proporcionara la palabra,) historias... todas cosas. Oye una vez, repítelo siempre”.

“El espectáculo es mucho más maravilloso de lo que jamás soñé que me fuera dado ver y oír: pasmado me quedo al oír a estos extraordinarios animales - pues ni la familiaridad en que vivo con ellos atenúa ante mis ojos el antihumauo efecto de su apariencia,- cuchicheando continuamente una aproximación cada vez más cercana a un lenguaje terrestre coherente, formulando preguntas, dando respuestas. Me parece a ratos que torno a la época de la niñez, en que me volvía todo oído para escuchar las fábulas en que pleiteaban la hormiga y la langosta y la abeja hacia de juez.”

Y mientras avanzaban esos ejercicios lingüísticos, parece que la reclusión de Cavor iba siendo menos rigurosa. El primer temor y desconfianza que nuestro desgraciado conflicto con los selenitas exteriores creó, se desvanece - dice Cavor,- cada vez más, por la prudente racionalidad de cuanto hago... Ahora puedo ir y venir por donde me place, y en lo que se me sujeta lo hacen únicamente por mi bien. Así es como he podido llegar hasta este aparato y, ayudado por un feliz hallazgo entre los materiales acumulados en esta enorme cue-

va-depósito, arreglar lo necesario para el envío de mis mensajes. Hasta ahora no ha habido la menor tentativa para impedirme que lo haga, aunque he explicado con bastante claridad a Fi-u que estoy telegrafiando a la tierra.

-"¿Habla usted con otro?- me ha preguntado, observándome atentamente.

- Con otros.

- Otros... - ha repetido él - ¡Oh, sí! ¿Hombres?

Y yo continué la transmisión de mi mensaje".

Cavor corregía continuamente sus primeras descripciones de los selenitas, siempre que nuevos hechos modificaban sus conclusiones anteriores; y esto nos hace advertir que no damos sin cierta reserva los extractos que van a leerse en seguida. Los tomamos de los mensajes noveno, decímotercio y decimosexto, y no obstante ser tan vagos y fragmentarios, presentan probablemente el cuadro más completo de la vida social de aquella extraña comunidad, que el genero humano pueda esperar durante muchas generaciones.

"En la luna - dice Cavor,- cada ciudadano conoce su posición: ha nacido para ella y la acabada disciplina de ejercicio, educación y cirugía á que se le sujeta, lo hace al fin tan completamente adecuado para ella que ya no tiene ni ideas ni órganos para ningún objeto distinto.

¿Por qué habría de tenerlos?- preguntaría Fi-u.

Si, por ejemplo, un selenita está destinado a ser matemático, sus maestros intelectuales y físicos se consagran inmediatamente a formarlo para tal objeto. Ahogan toda incipiente disposición para otros fines, alientan sus tendencias matemáticas con perfecta habilidad psicológica. Su cerebro crece, o por lo menos crecen las facultades matemáticas de su cerebro, y el resto de su persona crece solamente en cuanto es necesario para sostener la parte esencial de su ser.

Así llega día en que, excepción hecha del sueño y la alimentación, su único deleite consiste en el ejercicio y despliegue de su facultad, lo único que le interesa es la aplicación de ésta, su única sociedad es la de otros especialistas de su mismo empleo. Su cerebro sigue cre-

ciendo sin cesar, se hace cada vez más grande, por lo menos en sus partes concernientes a las matemáticas, que se abultan continuamente, y parecen absorber toda la vida y el vigor del resto de su cuerpo. Sus miembros se encogen, el corazón y los órganos digestivos disminuyen, la cara de insecto queda oculta bajo sus abultados contornos. Su voz llega a ser un simple chillido para la emisión de fórmulas. Parece sordo a todo cuanto no sea problemas debidamente enunciados. La facultad de reír, salvo por el repentino descubrimiento de alguna paradoja, está perdida para él: su más honda emoción es la resolución de un cómputo nuevo. Y de esa manera realiza el objeto a que se le ha destinado.

Otro ejemplo: al selenita destinado a cuidar reses se le induce desde sus primeros años a pensar en reses y a vivir con ellas, a complacerse en conocer las tendencias de las reses, a ejercitarse en seguirlas, domarlas y atenderlas. Se le enseña a ser activo y ágil, sus miembros se habitúan a las apretadas envolturas, sus ojos a los angulares contornos que constituyen la elegancia de los pastores lunares. Concluye por no tener interés en lo que pasa en la parte más honda de la luna; mira a todos los selenitas que no están tan versados como él en lo que se refiere a las reses, con indiferencia, con burla o con hostilidad. Sus pensamientos se concentran en los pastos para las reses, su dialecto es un acabado tecnicismo ganadero. Así también, tiene cariño a su trabajo, y cumple, felicísimo con ellas, las obligaciones que constituyen su razón de ser. Y lo mismo pasa con todas las clases y condiciones de selenitas: cada uno es una perfecta unidad en una máquina mundial...

Los seres de grandes cabezas a quienes tocan las labores intelectuales, forman algo como la aristocracia de esta extraña sociedad, y a la cabeza de ellos, quinta esencia de la luna, está el maravilloso ganglio gigantesco, el Gran Lunar, ante cuya presencia debo comparecer en breve. El ilimitado desarrollo de los entendimientos en la clase mental se ha hecho posible por la ausencia de todo cráneo huesoso en la anatomía lunar, que no tiene la extraña caja de hueso que se cierra

en torno del cerebro del hombre, insistiendo imperiosamente, cuando el cerebro se desarrolla, en decir a éste: "hasta aquí y no más lejos", y empleando para ello todo su poder. Estos seres se resumen en tres clases principales, que difieren grandemente en influencia y en respeto: los administradores, uno de los cuales es Fi-u, selenitas de considerable iniciativa y movilidad, responsable cada uno de una determinada porción cúbica de la capacidad lunar; los expertos, como el pensador de cabeza en forma de *foot-ball,* a quienes se educa para ejecutar ciertas operaciones especiales; y los eruditos, que son los depositarios de todos los conocimientos. A esta última clase pertenece Tsi-puff, el primer profesor lunar de lenguas terrestres. Con respecto a estos últimos, cosa es digna de notar que el ilimitado crecimiento del cerebro lunar ha hecho innecesaria la invención de todas las ayudas mecánicas para el trabajo cerebral que han señalado la carrera del hombre: no hay libros, ni archivos de ninguna clase, ni bibliotecas o inscripciones. Todo el conocimiento está almacenado en cerebros susceptibles de ensancharse, como se ensancha el abdomen de las hormigas melíferas de Tejas, a medida que lo van llenando de miel. El Archivo Histórico, la Biblioteca Nacional lunar, son colecciones de cerebros vivientes...

He notado que los administradores, menos especializados, se interesan vivamente por mí cada vez que me encuentran: se apartan de mi camino, me miran, y me dirigen preguntas a las cuales contesta Fi-u. Van y vienen, de un lado á otro, con una comitiva de portaliteras, lacayos, voceros portaparacaídas y demás servidores, grupos de aspecto curioso. Los expertos, o la mayor parte de ellos, no me hacen caso, como tampoco se hacen caso entre sí, o si notan mi presencia es sólo para engolfarse en una verbosa exhibición de su peculiar habilidad. Los eruditos, casi siempre, están arrobados en una impenetrable y apoplética complacencia, de la cual sólo puede despertarles una negación de su saber. Generalmente van guiados por pequeños cuidadores y lacayos, y a menudo se ve con ellos a unas diminutas criaturas, de apariencia vivaz, generalmente regordetas, que me inclino a creer son

algo así como sus esposas; pero algunos de los más profundos sabios, son ya demasiado voluminosos para poder moverse, y se les lleva de un lugar a otro en una especie de bateas hondas, cual movedizas gelatinas de conocimientos, que se captan mi más respetuoso asombro. Acabo ahora mismo de pasar junto a uno de ellos, al venir al lugar en que se me permite divertirme con estos juguetes eléctricos; era una cabeza vasta, pelada, temblorosa, calva y de piel delgada, que iba en su grotesca litera; los portaliteras llevaban la carga distribuidos adelante y atrás, y unos diseminadores de noticias, de aspecto muy curioso, con caras que casi parecían trompetas, proclamaban la fama del sabio.

Ya he descripto las comitivas que acompañan a la mayor parte de los intelectuales: ujieres, portadores, lacayos, con sus extraños tentáculos y músculos o lo que sean, que reemplazan la abortiva potencia física de aquellos hipertrofiados cerebros. Casi siempre los acompañan también peones de carga; unos mensajeros extremadamente veloces, con piernas parecidas a las de las arañas y "manos" para sostener los paracaídas, y voceros con órganos vocales que bastarían para despertar a los muertos. Fuera de lo que forma la especialidad da sus inteligencias, esos subalternos son tan inertes é inservibles como las sombrillas en una vidriera; existen sólo en relación a las órdenes que tienen que obedecer, a los deberes que tienen que cumplir.

Sin embargo, he podido darme cuenta de que la mayoría de los insectos que van y vienen por los caminos espirales, que ocupan los globos ascendentes y bajan por el aire, cerca de mí, aferrados a los ligeros paracaídas, pertenecen a la clase obrera. "Piezas de máquinas", en el hecho, algunos se hallan en completo estado natural; no poseen forma alguna de lenguaje; el tentáculo único del pastor de reses es reemplazado por uno o dos manojos de tres, cinco, o siete dedos para agarrar, levantar, guiar, y el resto de sus cuerpos no es más que el necesario apéndice subordinado a estas importantes partes. Algunos, que supongo manejan mecanismos para hacer sonar campanas, tienen enormes orejas, parecidas a las del conejo, exactamente detrás de los

oídos; a otros que trabajan en delicadas operaciones químicas, les sobresale un vasto órgano olfativo; otros tienen pies con las conyunturas anquilosadas; y otros que se me han dicho son sopladores en la fabricación del vidrio, parecen simples fuelles. Pero cada uno de estos selenitas comunes que he visto en su labor, está exquisitamente adaptado a las necesidades sociales para las que se le ha destinado. Las obras finas son hechas por artesanos afinados también, sorprendentemente enanos y delicados: los hay que podrían caber en la palma de la mano. Hay también una especie de selenita-motor, muy común, cuyo deber y único deleite consiste en servir de fuerza motriz para varias pequeñas aplicaciones. Y para mantener a todo el mundo selenita en orden y contener cualquier tendencia al error que pudiera mostrar alguna naturaleza extraviada, hay allí los más vigorosos seres musculares que he visto en la luna, especie de agentes de policía lunar, que desde sus primeros años deben haber sido enseñados a mantener en perfecta obediencia a las cabezas hinchadas.

La fabricación de estas varias clases de operarios debe necesitar de un procedimiento muy curioso o interesante. Todavía estoy a obscuras a ese respecto; pero no hace mucho pasé al lado de un número de jóvenes selenitas encerrados en vasijas, de las que sólo sobresalían los miembros anteriores, se les comprimía allí para que fueran motores de una clase especial de máquinas. Al “brazo”, preparado así con aquel sistema desarrollado de educación técnica, se le estimula con irritantes y se le alimenta mediante inyecciones, mientras al resto del cuerpo se le priva de toda alimentación. Si no he entendido mal la explicación que me dio Fi-u, esas curiosas criaturas dan, en los primeros tiempos, señales de sufrimientos causados por sus diversas posiciones encogidas, pero se habitúan fácilmente a su suerte. Para hacerme ver mejor las cosas, Fi-u me llevó a un lugar en que estaban en preparación unos mensajeros: la operación consistía en dar a sus piernas gran flexibilidad y hacer que fueran largas. Sé que lo que voy a decir no es lógico; pero estas ojeadas a los métodos educadores de los selenitas me han producido un efecto desagradable. Espero, sin

embargo, que esto pase, y que me sea dado ver alguna faz más simpática de un orden social tan maravilloso. Aquella mano de aspecto lamentable que apuntaba afuera de la vasija, parecía dirigir algo como un desesperado llamamiento a probabilidades perdidas, y todavía me persigue su visión, aunque no se me oculta que, al fin y al cabo, ese procedimiento es todavía más humanitario que nuestros métodos terrestres de aguardar a que los niños lleguen al estado de seres humanos propiamente dicho, para entonces, y sólo entonces, convertirlos en máquinas...

También muy recientemente - creo que fue en la undécima o duodécima visita que hice a este aparato,- obtuve un curioso dato sobre la vida de dichos operarios. Iba con Fi-u y mis demás acompañantes, por un camino corto y poco frecuentado, en vez de bajar por la espiral y seguir por los malecones del Mar Central. De los tortuosos senderos de una galería larga y obscura, salimos a una vasta caverna, de techo bajo, saturada de un olor de tierra y alumbrada con bastante luz. Esta salía de un tumultuoso brote de lívidas plantas fungóideas, algunas de ellas singularmente parecidas a nuestros hongos terrestres, pero tanto o más altas que un hombre.

- ¿Lunestres comen esto? - pregunté a Fi-u.

- Sí, alimento.

- ¡Por vida mía!- exclamé - ¿Qué es esto?

Mi vista había tropezado con la forma de un selenita excepcionalmente grande y flaco, que yacía inmóvil entre los tallos, con la cara contra el suelo. Nos detuvimos.

- ¿Muerto?- pregunté,- pues todavía no he visto ni un muerto en la luna, y tengo curiosidad de verlo.

- ¡No! - exclamó Fi-u. - Ese... trabajador; no trabajo hacer. Bebe, poquito bebida; entonces... duerme... hasta que necesitámoslo. ¿De qué serviría despertarle, eh? No necesitámoslo andando ocioso.

- ¡Allí hay otro! - grité.

Y luego vi que toda aquella extensa plantación de hongos estaba sembrada de postrados cuerpos adormecidos por un narcótico hasta

que la luna tuviera necesidad de ellos. Los había por docenas, de todas clases. Dimos vuelta a algunos, y pude examinarlos con mayor minuciosidad que antes. Al acercarme a ellos oía que respiraban fuertemente; pero no se despertaban. De uno me acuerdo con claridad completa: creo que me causó mayor impresión por algún fuego favorable de luz y por su actitud que era la de un cuerpo humano encogido. Sus miembros anteriores eran unos tentáculos largos, delicados - el sujeto pertenecía a alguna clase de manipuladores finos,- y la postura en que dormía indicaba un sufrimiento sumiso. No cabe duda de que yo cometía un error al interpretar su expresión de esa manera; pero así la interpreté. Y cuando Fi-u lo hizo rodar hasta la obscuridad, entre los lívidos tallos, experimenté otra vez una sensación claramente desagradable, por más que para mí, sólo se tratara de un insecto haciendo rodar a otro insecto.

Esto es, sencillamente, una aclaración del modo de adquirir hábitos de pensamiento y de sentimiento. Adormecer al trabajador que no se necesita y ponerlo a un lado es, seguramente, mejor que expulsarlo de la fábrica para que vaya a vagar por las calles. En toda comunidad social complicada, hay necesariamente una intermitencia en la ocupación de toda labor especial, y con el método empleado aquí, queda resuelto el problema de los brazos sin empleo. Sin embargo, tan poco racionales somos, aun cuando poseamos un cerebro científicamente educado, que todavía me desagrada el recuerdo de aquellos cuerpos inertes entre aquellas quietas, luminosas arcadas de vegetación carnosa, y cuando tengo que andar en la misma dirección, evito ese camino a pesar de los inconvenientes del otro, más largo, más ruidoso y más frecuentado.

Este otro camino me hace pasar por una caverna vastísima, sombría, muy transitada y llena de ruidos, y allí es donde veo - mirando hacia afuera por las aberturas hexagonales de una especie de muralla acribillada de agujeros como una colmena, o alineada atrás en un amplio espacio, o escogiendo los juguetes y amuletos hechos para darles gusto por acéfalos joyeros de delicados dedos que trabajan abajo, en

unas casillas,- a las madres del mundo lunar, a las abejas reinas, podría decirse, de la colmena. Son seres de aspecto noble, adornados fantásticamente y a veces de una manera bastante linda, apostura altiva y cabezas microscópicas, en las que casi todo es boca.

De la condición de los sexos en la luna, del noviazgo y del matrimonio, de los nacimientos y demás particularidades de esta especie, poco he podido saber hasta ahora; pero dados los continuos progresos de Fi-u en la lengua inglesa, mi ignorancia desaparecerá sin duda rápidamente. Opino que, como en las hormigas y abejas, una gran mayoría de los individuos de esta comunidad pertenecen al sexo neutro. En la tierra, en nuestras ciudades, hay ahora muchos que no llevan la vida de familia, que es la vida natural del hombre; pero aquí, como entre las hormigas, esto ha llegado a ser una condición normal de la raza, y la misión de repoblamiento, en la medida necesaria, recae sobre esta especial y en modo alguno numerosa clase de matronas, las madres del mundo lunar, anchos, corpulentos seres, bellamente adaptadas para llevar en su seno la larva selenita. Si no he comprendido mal una explicación de Fi-u, estas madres son completamente incapaces de querer siempre a los seres que dan a luz: períodos de locos mimos se alternan con raptos de agresiva violencia, y tan pronto como es posible, los párvulos, que son muy blandos y endebles y de color pálido, pasan a cargo de una variedad de hembras célibes, "trabajadoras" de nacimiento, pero que en algunos casos poseen cerebros de dimensiones casi masculinas."

Precisamente, en este punto, y por desgracia, se cortó el mensaje. Por más fragmentario y misterioso que en todas sus faces sea el asunto que constituye este capítulo, da, sin embargo, una impresión vaga, pero amplia, de un mundo completamente extraño y maravilloso, de un mundo con el cual debe prepararse el nuestro, sin pérdida de tiempo, a entrar en competencia. Este intermitente chorro de mensajes, este susurrar de una aguja receptora en la falda de una montaña, constituyen la primera advertencia de un cambio en las condiciones humanas, tal como la humanidad hubiera podido difícilmente imagi-

narlo hasta ahora. En aquel planeta hay nuevos elementos, nuevas aplicaciones, nuevas tradiciones, un abrumador alud de ideas nuevas, una extraña raza con la cual tendremos inevitablemente que luchar por el dominio... del oro, que es allí tan común como aquí el hierro o la madera...

XXV
EL GRAN LUNAR

El penúltimo mensaje describe, a trechos, con detalles aún más minuciosos, la entrevista de Cavor con el Gran Lunar, que es el gobernante y señor de la luna. Parece que Cavor envió la mayor parte de esto mensaje casi sin que lo molestaran, pero que en la parte final le interrumpieron. El último vino después de un intervalo de una semana.

El primero de los dos mensajes comienza así: “Por fin puedo reanudar este...,” se hace ilegible durante un rato, y luego continúa en medias frases.

Las palabras que faltan a la siguiente frase son, probablemente, “la multitud.” Poniéndolas al principio, se lee con bastante claridad lo que sigue:

“... era más y más densa a medida que nos acercábamos al palacio del Gran Lunar - sí puedo llamar palacio a una serie de excavaciones. Por todas partes, caras que me miraban: bocas abiertas y cuerudas, máscaras sin expresión, grandes ojos asomados por sobre tremendos tentáculos-narices, y ojos pequeños bajo monstruosas frentes aplastadas; más abajo, un segundo brote de animales menores se agitaba y chillaba, y grotescas cabezas en el extremo de cuellos sinuosos, como de ganso, de largas coyunturas, se asomaban por sobre los hombros y debajo de los brazos de los que formaban las primeras filas. Abriéndome calle avanzaba un cordón de guardias impasibles, de cabezas-yelmos, que se nos habían unido al salir del barco en que llegamos por los canales del Mar Central. El artista-pulga de diminuto cerebro, se nos unió también, y en apretado grupo un gran número de ágiles hormigas cargadoras trotaban agobiadas bajo la multitud de objetos que se habían creído necesarios para mi viaje. En la etapa final se me llevó una litera, hecha de un dúctil metal de color aparentemen-

te obscuro, incrustado y entrelazado con barras de otro metal más claro. Y conmigo avanzaba una larga y complicada procesión.

Por delante, a manera de heraldos, iban cuatro seres con caras-trompetas haciendo un devastador estruendo; después unos ujieres encorvados, casi en forma de escarabajos, y a cada lado una colección de sabias cabezas, una especie de enciclopedia animada, que debía, según me explicó Fi-u, colocarse cerca del Gran Lunar para servirle de consulta. (No hay cosa en la ciencia lunar, no hay punto de vista ni método de pensamiento, que no lleven en la cabeza aquellos seres maravillosos). Seguían guardias y portadores, y a continuación el gelatinoso cerebro de Fi-u, llevado también en una litera. Detrás de Fi-u, Tsi-puff, en una litera un poco menos importante, y en seguida yo, en litera más elegante que ninguna otra y rodeado por los servidores encargados de mis alimentos y bebidas. Más hombres-trompetas marchaban detrás, destrozando los oídos con un agudísimo griterío,- seres a quienes podríamos dar el título de corresponsales especiales o historiógrafos, y á los cuales incumbía la tarea de observar y recordar todos los detalles de la trascendental entrevista. Gran número de servidores que llevaban y agitaban banderas y manojos de hongos olorosos extraños símbolos, completaban la procesión. A ambos lados del camino se alineaban ujieres y otros funcionarios con caparazones que relucían como acero, y detrás de una y otra hilera surgían las cabezas y tentáculos de la enorme muchedumbre.

Debo advertir que todavía no me he acostumbrado, en manera alguna, al peculiar efecto de la apariencia de los selenitas, y que hallarme como un náufrago en aquel anchuroso mar de agitada entomología, nada tenía de agradable para mí. Por un instante sentí lo que me imagino que siente la gente cuando habla de “horrores.” Ya me había sucedido lo mismo antes, en aquellas cavernas lunares, en las ocasiones en que me encontró sin armas y rodeado por una multitud de selenitas; pero la impresión nunca fue tan vívida. Tal sentimiento es, por supuesto, de lo más irracional que un hombre pueda abrigar, y espero dominarlo poco a poco; pero durante un momento, al avanzar por en-

tre aquel inmenso hormiguero, tuve que agarrarme con todas mis fuerzas a la litera y llamar en mi ayuda toda mi voluntad, para no lanzar un grito o hacer alguna otra manifestación de esa especie. Aquello duró quizá tres minutos: después volví a ser dueño de mí mismo.

Subimos la espiral de una vía vertical durante un rato, y en seguida pasamos a través de una serie de vastos halls, con cúpulas y soberbiamente decorados. Las cercanías del Gran Lunar estaban evidentemente preparadas para dar viva impresión de su grandeza. Los halls - todos, por fortuna, suficientemente luminosos para mis terrestres ojos, - constituían un bien dispuesto "crescendo" de espacio y decoración. El efecto de su progresivo tamaño estaba realzado por la continua disminución de la luz y por una tenue nube de incienso que se iba haciendo más espesa a medida que avanzábamos. En las primeras, la luz vívida, clara, hacía que todo apareciera finito y concreto ante mis ojos; pero pronto me pareció que avanzaba continuamente hacia algo más extenso, más opaco y menos material.

Debo confesar que todo aquel esplendor me hizo considerarme miserable e indigno de él. No estaba afeitado ni lavado; no había llevado mis navajas de barba, y un enmarañado bigote me cubría la boca. En la tierra, siempre me he sentido inclinado a desdeñar todo cuidado personal que no fuera el debido aseo; pero en las excepcionales circunstancias en que me encontraba allí, representando, como representaba, a mi planeta y mi especie, y dependiendo, en gran parte, la importancia de la recepción que se me hiciera, de lo atractivo de mi apariencia, habría dado mucho por poder presentarme con algo un poco más artístico y majestuoso que aquellas marañas. Mi seguridad de que la luna no tenía habitantes había sido tan grande que ni por un momento se me había ocurrido tomar semejantes precauciones, y allí me encontraba vestido con un saco de franela, calzón corto, medias de jugar golf, manchadas con todas las clases de suciedad que la luna puede ofrecer, y zapatillas (a la del pie izquierdo se le había caído el tacón) por cuyos agujeros pasaba mi cabeza. (Claro está que aún sigo vistiendo las mismas ropas). Las agudas cerdas que me habían brotado

libremente en la cara serán todo menos un aditamento ventajoso para mis facciones; en una rodilla del calzón había un desgarrón no remendado, que se mostraba ostentosamente cada vez que me movía en la litera; mi media derecha, también persistía en abrirse junto al tobillo. Me hago completo cargo de la injusticia que mi aspecto hizo inferir a la humanidad, y si de alguna manera hubiese podido improvisar cualquier cosa nueva e imponente, lo habría hecho; pero nada tenía a mi alcance, y me limité a hacer lo que podía: dispuse los pliegues de mi frazada a manera de toga, y me mantuve tan erguido en mi asiento cuanto el balanceo de la litera me lo permitía.

Imagínense ustedes el hall más grande en que hayan estado, cuidadosamente decorado con porcelana azul y blanco-azulada, iluminado con luz azul, sin que se supiera cómo, y llenándose de seres metálicos o de un blanco opaco, de una diversidad tan inconcebible como la que ya he descrito someramente; imagínense que ese hall termina en una arquería abierta, que es todavía un hall mayor que el primero, y más allá otro más, y así sucesivamente. Al final del panorama, una escalinata, como la de la Ara Coeli de Roma, que subía hasta perderse de vista: a medida que uno se acercaba a su base, aquellas gradas parecen ir más alto todavía. Por fin, me hallé bajo una amplísima arquería y vi la cumbre de la escalinata, y en ella al Gran Lunar sobre su trono.

Estaba sentado en un resplandor de incandescente azul. Una nebulosa atmósfera llenaba el recinto de tal modo, que los muros parecían invisiblemente remotos. Esto le hacía aparecer como flotante en un vacío azul-negro. Al principio parecía una nube pequeña, de cuyo seno brotara luz, llenando el glauco tronco: su caja cerebral debía tener varias yardas de diámetro. Por alguna razón que no puedo sondar, una cantidad de azules focos luminosos irradiaban atrás del trono, e inmediatamente detrás de él se esparcía una aureola, que le daba el aspecto de una estrella colosal y rara. En torno suyo, y pequeños y confusos en aquel resplandor, numerosos servidores lo sostenían y mantenían; después, en una relativa sombra y parados en ancho semi-

círculo, debajo, estaban sus auxiliares intelectuales, sus recordadores, computadores o investigadores, sus aduladores y criados, y todos los insectos distinguidos de la corte de la luna. Más abajo, de pie, los ujieres y mensajeros; después, en toda la extensión de los innumerables escalones del trono, guardias; y en la base, enorme, variada, confusa, una vasta multitud compuesta por los dignatarios menores de la luna. Sus pies, al moverse, producían un murmullo como si rascaran el rocoso suelo, y el roce de unos cuerpos con otros hacía oír igualmente un sordo susurro.

Al entrar yo en el penúltimo hall, sonó la música y se expandió en una imperial magnificencia de sonidos, y los gritos de los anunciadores se extinguieron...

Entré en el último y mayor de los halls...

Mi procesión se abrió como un abanico. Mis ujieres y guardias se apartaron a derecha e izquierda, y las tres literas que nos llevaban a mí, á Fi-u y a Tsi-puff, avanzaron por el lustroso suelo hasta el pie de la gigantesca escalera. Entonces se dejó oír un vasto zumbido entrecortado, que se mezcló con la música. Los dos selenitas descendieron de sus literas, pero a mí se me advirtió que debía permanecer sentado, me imagino que como un honor especial. La música cesó, pero no el zumbido, y el simultáneo movimiento de diez mil ojos respetuosos, hizo que mi atención se dirigiera a la aureolada, suprema inteligencia que se cernía sobre nosotros.

Al principio, cuando dirigí la vista hacia el radiante fulgor, aquel quintesencial cerebro me pareció algo como una vejiga opaca, sin facciones, a través de cuya superficie aparecían visibles aunque tenues, las ondulantes líneas de las circunvoluciones. Luego, debajo de aquella enormidad, exactamente en el borde del trono, vi con sobresalto un par de minúsculos ojos de duende que miraban fijamente. Nada de cara, sólo ojos, que parecían mirar por un par de agujeros. Primero no pude ver más que los dos ojitos fijos; después ya vi, debajo, el cuerpecito encogido y los miembros de insecto, enjutos y blancos. Los ojos me contemplaban con extraña intensidad, y la parte más baja del hin-

chado globo hallábase arrugada. Unas manecitas-tentáculos, de aspecto frágil, casi inexistentes, mantenían aquella forma sobre el trono...

Aquello era grande; aquello, era, lastimoso. Uno se olvidaba del hall y de la muchedumbre.

Los portalitera me subieron a saltos por la escalinata. Me parecía que la radiante y purpúrea caja cerebral que me miraba de allá arriba se extendía sobre mí e iba adquiriendo un efecto más imponente cuanto más me le acercaba yo. Las hileras de ayudantes y servidores agrupadas en torno de su amo parecían retroceder y borrarse dentro del resplandor. De repente, vi que unos servidores que apenas se destacaban sobre el brumoso fondo, estaban muy atareados en regar aquel gran cerebro con un refrescante chorro, y lo sobaban y lo sostenían. Yo, por mi parte, me aferraba, a mi tambaleante litera, con los ojos fijos en el Gran Lunar, incapaz de dirigir siquiera una ojeada a los lados. Y por fin, cuando llegué a un pequeño rellano separado del supremo asiento por unos diez escalones apenas, el creciente esplendor de la música llegó a un tono altísimo y cesó, y a mí se me dejó aislado, desnudo, por decirlo así, en aquella inmensidad, bajo el fijo escrutinio de los ojos del Gran Lunar.

Examinaba el primer hombre quo veía en su vida...

Mis ojos descendieron por fin de su grandeza a las tenues figuras que se movían en la azul neblina en torno suyo, y después, recorriendo las gradas, a los miles de selenitas que se apiñaban expectantes abajo. Otra vez me sobrecogió un irracional horror... Y pasó.

Después de la pausa vino la gran salutación. Me ayudaron a bajar de la litera, y allí, parado, indeciso, vi que dos funcionarios muy delgados me hacían con gravedad varios ademanes extraños y sin duda profundamente simbólicos. El grupo enciclopédico de los sabios que me había acompañado a la entrada del último hall, apareció dos escalones más arriba del sitio en que yo estaba, a mi izquierda y a mi derecha, prontos para atender a las necesidades del Gran Lunar, y el blanco cráneo de Fi-u se colocó más o menos entre el trono y yo, en

posición que le permitiera comunicarse fácilmente con los dos, sin volver la espalda al Gran Lunar ni a mí. Tsi-puff se puso detrás de él. Unos ágiles ujieres se alinearon, volviéndose de soslayo hacia mí, pero dando plenamente la cara a la Presencia. Yo me senté a la turca, y Fi-u y Tsi-puff también se arrodillaron más arriba.

Hubo otra pausa. Los ojos de los cortesanos más próximos iban de mí al Gran Lunar y volvían a mí, y un cuchicheo y silbido de expectación pasó por la escondida multitud, y por último cesó...

El zumbido cesó también.

Por primera y última vez, hasta ahora, la luna estuvo silenciosa.

Casi en seguida, oí un débil rumor: el Gran Lunar me dirigía la palabra. Aquello era como el roce de un dedo sobre un cristal.

Yo lo miré fijamente durante un rato y luego volví los ojos hacia el atento Fi-u. Me sentía, entre aquellos blandos seres, ridículamente espeso, carnoso y sólido, con mi cara toda huesos y pelos negros. Volví a mirar al Gran Lunar. Había cesado de hablar: sus servidores estaban ocupados en algo: por la lustrosa superficie del cráneo corría y brillaba un refrescante chorro.

Fi-u meditó durante un intervalo, consulto con Tsi-puff, y después empezó a murmurar su jerga inglesa, primero algo nerviosamente, lo que hizo que no le entendiera muy bien por lo pronto.

- Mm... el Gran Lunar... desea decir... desea decir... comprende usted es... mm... hombre... que usted es hombre del planeta Tierra. Desea decir que le da la bienvenida... y desea conocer... conocer, si puedo emplear esta palabra... el estado del mundo de usted y la razón por qué ha venido usted a éste.

Hizo una pausa. Yo iba a contestarle, cuando continuó. Procedió a hilvanar frases cuyo curso no era muy claro, aunque me inclino a pensar que todas significaban cumplimientos. Me dijo que la tierra era a la luna lo que el sol era a la tierra, y que los selenitas deseaban mucho saber lo concerniente a la tierra y a los hombres. En seguida me explicó, sin duda como una cortesía también, la magnitud y el diáme-

tro relativos de la tierra y de la luna, y el perpetuo interés y conjeturas con que los selenitas habían mirado a nuestro planeta.

Yo reflexioné con los ojos bajos, y opté por contestarle que también los hombres habían pensado siempre con interés en lo que podría existir en la luna y la habían juzgado muerta, idea muy lejana de magnificencias tales como las que me había sido dado ver aquel día.

El Gran Lunar, en prenda de reconocimiento, hizo que su proyector azul girara de una manera muy confusa, y por todo el gran hall corrió en cuchicheos y murmullos la repetición de lo que yo habla dicho.

A continuación procedió a hacer a Fi-u una cantidad de preguntas que eran ya más fáciles de contestar.

Había comprendido - explicó,- que nosotros vivíamos en la superficie de la tierra, que nuestro aire y nuestro mar estaban fuera del globo. Más aún: esta última parte la sabía por las observaciones de sus especialistas astronómicos. Estaba muy ansioso de tener informaciones más detalladas de lo que él llamaba extraordinario estado de cosas, pues la solidez de la tierra le había hecho inclinarse siempre a considerarla inhabitable. Trató primero de cerciorarse de los extremos de temperatura a que los seres de la tierra estaban expuestos, y le interesó vivamente mi descripción de las nubes y de las lluvias. Sus suposiciones hallaban apoyo en el hecho de que la atmósfera lunar, en las galerías exteriores del lado de la noche, está a menudo muy nublada. Parecía maravillarse de que no encontráramos la luz del sol demasiado intensa para nuestros ojos, y le interesó mi tentativa de explicarle que la luz del firmamento estaba atenuada hasta adquirir un color azulado por efecto de la refracción del aire, lo que dudo entendiera con claridad. Le expliqué cómo el iris del ojo humano puede contraer la pupila y salvar su delicada estructura interna del exceso de luz del sol, y se me permitió acercarme hasta pocos pies de distancia de la Presencia, para que pudiera ver esa estructura. Esto nos condujo a la comparación del ojo lunar y del terrestre: el primero es no sólo excesivamente sensible a luces como las que los hombres pueden ver, sino

que también puede "ver" el calor, y cada diferencia de temperatura dentro de la luna es visible para los selenitas.

El iris era para el Gran Lunar un órgano completamente nuevo. Durante un rato se divirtió en lanzarme sus rayos a la cara y en observar cómo se contraían mis pupilas. La consecuencia de esto fue que me quedé deslumbrado y ciego durante un rato.

Pero a pesar de aquella incomodidad, encontré algo tranquilizador, gradual é insensiblemente, en la racionalidad de nuestro cambio de preguntas y respuestas. Yo podía cerrar los ojos, pensar en lo que iba a contestar, y casi olvidarme de que el Gran Lunar no tenía cara...

Cuando hube descendido a ocupar nuevamente mi sitio, el Gran Lunar me preguntó cómo nos abrigábamos del calor y de las tempestades, y yo lo expuse las artes de construcción y amueblamiento. En este punto nos perdimos en *quíd pro quos* y en un desordenado cambio de observaciones, debido en gran parte, debo confesarlo, a la falta de precisión de mis palabras. Durante largo rato me fue muy difícil hacerle entender la naturaleza de una casa. A él y a sus servidores les parecía lo más ridículo del mundo que los hombres construyeran casas cuando podían descender a excavaciones; y sobrevino una nueva complicación con mi tentativa de explicarle que los hombres habían tenido al principio sus moradas en cuevas, y ahora ponían sus ferrocarriles y muchos establecimientos bajo la superficie. Creo que aquí me traicionó el deseo de exhibir mi suficiencia intelectual. También se formó un considerable enredo, por mi no menos imprudente tentativa de explicar lo que son nuestras minas. Abandonando por fin este asunto, sin que lo hubiéramos apurado, el Gran Lunar me preguntó qué hacíamos con el interior de nuestro globo.

Una especie de cuchicheos y susurros se propagó hasta los más remotos rincones de aquella gran asamblea cuando se llegó, por último, a saber que nosotros, los hombres, nada sabíamos, absolutamente, del contenido del planeta sobre el cual se habían sucedido desde tiempo inmemorial las generaciones de nuestros antepasados. Tres veces tuve que repetir que de todas las cuatro mil millas de substancia que

hay entre la superficie y el centro de la tierra, los hombres conocen sólo hasta la profundidad de una milla, y eso muy vagamente. El Gran Lunar hizo una pregunta que comprendí bien: ¿por qué había ido yo a la luna, si apenas habíamos tocado aún la corteza de nuestro planeta? Pero no quiso darme en aquel momento la molestia de una explicación, pues por su parte estaba demasiado ansioso de perseguir los detalles de esa loca inversión de todas sus ideas.

Volvió a la cuestión de la temperatura, y yo traté de describir los perpetuos cambios del cielo, la nieve, las heladas y los huracanes.

- Pero cuando llega la noche - preguntó,- ¿no hace frío?

Le dije que hacía más frío que de día.

- ¿Y no se hiela la atmósfera?

Le contestó que no; que nunca hacia tanto frío como para eso, porque nuestras noches eran muy cortas.

- ¿Ni tampoco se liquida?

Iba ya a decir “No,” pero se me ocurrió que una parte por lo menos de nuestra atmósfera, el vapor de agua, se liquida a veces y forma rocío, y a veces se hiela y forma escarcha y nieve, proceso perfectamente análogo a la congelación de toda la atmósfera externa de la luna durante su noche, que es más larga. Me expliqué con claridad sobre este punto, y de allí pasó el Gran Lunar a hablarme del sueño. La necesidad de dormir que nos viene con tanta regularidad, cada veinticuatro horas, resulta ser simplemente parte de nuestra modalidad terrestre: en la luna, los selenitas descansan sólo de vez en cuando y al cabo de esfuerzos extraordinarios.

Después traté de describirle los suaves esplendores de una noche de verano, y de esto pasé a una descripción de los animales que rondan de noche y duermen de día; le hablé de leones y de tigres, y en este punto me pareció que toda explicación era insuficiente, pues en la luna, salvo los animales que están dentro del agua, no hay uno que no esté completamente domesticado y sujeto a la voluntad del selenita, y así ha sido desde épocas inmemoriales. Hay monstruos acuáticos, pero

no bestias feroces, y la idea de algún animal fuerte y grande que exista "fuera" durante la noche, es de difícil comprensión para los selenitas.

(Aquí, en un espacio de veinte palabras o tal vez más, el mensaje está demasiado incoherente para que sea posible transcribirlo.)

El Gran Lunar habló con sus servidores, supongo que acerca de la extraña superficialidad e irracionalismo de los que viven en la superficie de un mundo, sujetos al capricho de las olas y los vientos y de todas las variaciones de la intemperie, que no pueden ni unirse para dominar a las fieras que hacen presa de su especie, y que, sin embargo, se atreven a invadir otro planeta. Durante este intervalo, yo seguí sentado, pensando, y después, a pedido suyo, le hablé de las diferentes clases de hombres.

Me escudriñó en todas direcciones con sus preguntas.

- Y para todas las clases de trabajo tienen ustedes la misma calidad de hombres... Pero ¿quien piensa? ¿quién gobierna?

Le hice un esbozo del método democrático.

Cuando hube terminado esta explicación, ordenó que le vertieran sobre la cabeza el chorro refrescante, y luego me pidió que volviera a explicarle lo mismo, pues temía haber entendido mal.

- Hombres no hacen diferentes cosas, ¿entonces?- me preguntó Fi-u.

Yo convine en que algunos pensaban y otros eran funcionarios, algunos cazaban y otros eran mecánicos, artistas, o trabajadores en otros ramos especiales.

- Pero todos gobiernan - añadí.

- ¿Y no tienen diferentes formas que los adapten a sus diferentes deberes?

- Ninguna diferencia visible hay - dije,- salvo quizá en las ropas. En los cerebros la hay tal vez, aunque pequeña - recapacité.

- Considerable debe ser la diversidad de cerebros - replicó el Gran Lunar.

Con el objeto de ponerme en armonía más estrecha con sus preconcepciones, le dije que su conjetura era fundada.

- Todo está escondido en el cerebro - expliqué, - y en él residen las diferencias. Quizás si se pudieran ver las mentes y las almas de los hombres, se notaría en ellos tanta variedad como entre los selenitas. Hay hombres altos y hombres pequeños; hombres que pueden alcanzar a gran distancia y hombres que pueden avanzar rápidamente; hombres ruidosos, con mente de trompeta, y hombres que pueden acordarse de las cosas sin pensar...

(Aquí hay tres palabras ininteligibles.)

Me interrumpió para recordarme mis anteriores explicaciones.

- ¿Pero no decía usted que todos los hombres gobiernan? - insistió.

- Hasta cierto límite - dije;- y temo que con la explicación que hice en seguida aumentara la confusión.

Entonces él puso la cuestión en su punto saliente.

- ¿Quiere usted decir - preguntó,- que no hay Gran Terrestre?

Yo pensé en varias personas, pero concluí por asegurarle que no lo había. Le expliqué que los autócratas y emperadores que habíamos ensayado en la tierra habían terminado, por lo general, en la embriaguez, en el vicio, en la violencia, y que la vasta o influyente porción de pobladores a que yo pertenecía, los anglosajones, no pensaban en repetir tales ensayos, al oír lo cual, el Gran Lunar manifestó mayor asombro aún.

- Pero, ¿cómo conservan ustedes, siquiera, la sabiduría que tienen?- preguntó.

Yo le expliqué cómo ayudábamos a nuestros limitados (aquí falta una palabra, que es probablemente "cerebros") con bibliotecas; le expliqué cómo aumentaba nuestra ciencia por la labor unida de innumerables hombres, y a eso no opuso otro comentario que el de que evidentemente habíamos llegado a dominar muchas cosas, pues de

otro modo no me habría sido posible llegar a la luna. Con todo, el contraste era muy marcado. Con los conocimientos, los selenitas se engrandecían y cambiaban: la especie humana almacenaba sus conocimientos y continuaba en el estado de brutos... bien equipados. Dijo esto...

(Aquí llegamos a una parte del mensaje totalmente ininteligible.)

Después me hizo explicar cómo circulábamos por la tierra, y me puse a describirle nuestros ferrocarriles y buques. Durante un rato no pudo entender que sólo hacía cien años que empleábamos el vapor, pero cuando lo comprendió, se vio claramente que esto le causaba infinito asombro. (Debo citar, como un hecho singular, el de que los selenitas miden el tiempo por años, como nosotros en la tierra, pero nada he podido saber de su sistema numeral. Esto, sin embargo, no importa, porque Fi-u comprende el nuestro). De allí pasé a decirle que el género humano vive en ciudades desde hace sólo nueve o diez mil años, y que todavía no estamos unidos en una hermandad, sino bajo diferentes forma de gobierno. Esto asombró mucho al Gran Lunar, una vez que se lo hubimos explicado con claridad. Al principio había creído que nos referíamos únicamente a áreas administrativas.

Nuestros Estados é Imperios son aún los más imperfectos esbozos de lo que el orden será un día - dije; y esto mismo me hizo explicarle...

(En este punto, hay unas treinta o cuarenta palabras totalmente ilegibles.)

Mucha impresión causó en el Gran Lunar la tontería con que los hombres se aferran al mantenimiento de diversos idiomas:

- Quieren comunicarse, y sin embargo no comunicarse - dijo: y a continuación empezó a hacerme preguntas acerca de la guerra, y en esto nos pasamos largo rato.

Al principio se manifestó perplejo é incrédulo.

-¿Quiere esto decir - preguntó, para obtener una confirmación,- que ustedes corren por la superficie de su mundo, de un mundo cuyas riquezas apenas han comenzado ustedes a raspar,- matándose uno a otro para tener animales con que alimentarse?

Le contesté que esa era la verdad desnuda.

Entonces me pidió datos que le ayudaran a comprender.

Pero ¿no sufren daños en eso los bosques y las pobres ciudades? -preguntó, - y yo comprendí que la destrucción de propiedades y objetos útiles le impresionaba tanto como las matanzas.- Dígame usted más - añadió:- hágame usted ver dibujos. Yo no puedo concebir esas cosas.

Y entonces, durante un rato, aunque algo avergonzado, le referí la historia de la guerra terrestre.

Le describí las primeras órdenes y ceremonias de la guerra, las notificaciones y el ultimátum, el adiestramiento y conducción de tropas. Le di una idea de las maniobras, de las posiciones y de las batallas. Le expliqué los sitios y asaltos, el hambre y las penalidades que se sufrían en las trincheras, y los casos de centinelas muertos de frío bajo la nieve. Le hablé de las derrotas y las sorpresas, de las desesperadas resistencias mantenidas por débiles esperanzas, de la implacable persecución de los fugitivos, de los muertos sembrados en el campo de batalla. Le hablé también del pasado, de las invasiones y carnicerías, de los Hunos y de los Tártaros, y de las guerras de Mahoma y los Califas y de las Cruzadas. Y a medida que yo narraba y Fi-u traducía, los selenitas cuchicheaban y murmuraban con una emoción que iba gradualmente ganando en intensidad.

Conté que un acorazado podía arrojar un proyectil de una tonelada a una distancia de doce millas, y penetrar a través de una capa de hierro de 20 pulgadas de espesor, y que podíamos lanzar torpedos por debajo del agua. Describí un cañón Maxim en acción, y lo que ha sido, tal como yo la comprendo, la batalla de Colenso. El Gran Lunar no daba crédito a sus oídos, e interrumpió la traducción de mi relato para

que yo mismo ratificara lo que había dicho. Lo que más dudas le inspiraba era mi descripción del gozo y las aclamaciones con que los hombres entraban en... (¿combate?)

- ¡Pero seguramente no hacen eso porque les agrade! -tradujo Fi-u.

Le aseguré que los hombres de mi raza consideraban una batalla como el acto más glorioso de la vida, al oír lo cual la asamblea entera dio muestras de sin igual asombro.

- Pero, ¿cuál es la utilidad de la guerra?- preguntó el Gran Lunar, persistiendo en su tema.

- ¡Oh! En cuanto a su utilidad - dije yo,- ¡sirve para disminuir la población!

- Pero ¿por qué habría de ser necesario...?

Hubo una pausa, el chorro refrescante inundó su frente, y otra vez se hizo oír su voz."

En este punto predominan repentinamente en el mensaje unas ondulaciones sucesivas que ya habían aparecido, como una complicación embarazosa en nuestro trabajo de descifrarlo, desde la parte en que Cavor describía el silencio que hubo antes del que el Gran Lunar hablara por primera vez. Esas ondulaciones son evidentemente resultado de radiaciones procedentes de una fuente lunar y su persistente aproximación a las señales alternadas de Cavor, sugiere la idea de algún operador que trata de introducirlas en el mensaje para hacerlo ininteligible. Al principio son pequeñas y regulares, lo que nos ha permitido, con algún cuidado, y perdiendo unas pocas palabras, desenredar el mensaje de Cavor; después son mas anchas y más largas, y de improviso se vuelven irregulares, con una irregularidad que produce el efecto de un garabateo sobre una línea correctamente escrita. Por un largo espacio nada se puede sacar de esos locos ziszás; luego bruscamente, la interrupción cesa, deja algunas palabras en claro, y después vuelve a comenzar y continúa en todo el resto del mensaje, borrando completamente todo cuanto Cavor intentaba transmitir. El por qué - si en realidad se trata de una intervención deliberada, - los

selenitas prefirieron dejar a Cavor que transmitiera su mensaje en completa y feliz ignorancia de que se lo borraban en el camino, cuando estaba en su poder y era mucho más fácil y conveniente para ellos poner fin a su operación, es un problema que soy incapaz de resolver. Así parece que ha sucedido, y esto es todo lo que puedo decir. El último fragmento de su relato sobre su entrevista con el Gran Lunar empieza en mitad de una frase:

"... me interrogó muy minuciosamente acerca del secreto. En pocos momentos nos entendimos, y por fin llegué a poner en claro lo que ha sido para mí un motivo de sorpresa desde que comprendí la amplitud de la ciencia de los selenitas, es decir, cómo no han descubierto también ellos la "Cavorita." Veo que la conocen como una substancia teórica, pero que siempre la han considerado como una imposibilidad en la práctica, porque, por una razón ú otra, en la luna no hay hélium, y el hélium..."

A través de las últimas letras de la palabra hélium se cruza nuevamente el ziszás obliterador. Tomen ustedes nota de la palabra "secreto," pues en ella, y en ella sola, baso mi interpretación del último mensaje que Cavor ha enviado hasta ahora, mensaje que según creemos el señor Wendigee y yo, será también el último de su vida.

XXVI
EL ÚLTIMO MENSAJE QUE CAVOR ENVIÓ A LA TIERRA

De esa manera tan poco satisfactoria, se extingue el penúltimo mensaje de Cavor. Me parece verle allá lejos, entre sus aparatos iluminados por la luz azul, telegrafiándonos con ahínco hasta el fin, completamente ignorante de la cortina de confusión que se extendía entre él y nosotros, por completo ignorante, también, de los peligros finales que desde entonces se cernían ya sobre su cabeza. Su desastrosa carencia del vulgar sentido común le había traicionado, literalmente. Había hablado de guerra, había hablado de toda la fuerza y de toda la irracional violencia de los hombres, de sus insaciables agresiones, de su incansable deseo de conflictos. Había llenado el mundo lunar con la impresión de lo que es nuestra raza, y después - me parece,- muy claro les dio a comprender que él era el único entre todos los hombres - por lo menos hasta dentro de algún tiempo,- capaz de llegar a la luna. La línea de conducta que su fría razón, tan distinta de la humana, dictaría a los selenitas, me parece bastante clara, y una sospecha, y en seguida una comprensión repentina de su verdadera posición, deben haber asaltado por último a Cavor. Me lo imagino yendo de un lado a otro, con el remordimiento de su indiscreción, mayor a cada instante. El Gran Lunar deliberó algún tiempo, sin duda alguna, acerca de la situación, y durante todo ese tiempo Cavor tuvo tanta libertad como antes. Nos imaginamos, sin embargo, qué obstáculos desconocidos les impidieran acercarse nuevamente al aparato electromagnético después del último mensaje que he copiado. Pasaron unos días, y nada recibimos. Quizás había sido recibido nuevamente en audiencia, y procuraba destruir sus anteriores declaraciones. ¿Quién puede tener la esperanza de adivinar cosas tan misteriosas?

Y de improviso, como un grito en medio de la noche, como un grito seguido de un silencio absoluto, llegó el último mensaje, el fragmento más breve, los principios interrumpidos de dos frases.

La primera decía:

"He sido un loco al hacer saber al Gran Lunar..."

Siguió un intervalo como de un minuto. Es de creer que algo de afuera llegó a interrumpirle: sin duda se apartó del instrumento, pasó un instante de terrible vacilación entre los grupos de aparatos, en aquella caverna alumbrada por la débil luz azul... y luego se precipitó nuevamente hacia él, lleno de una resolución que acudía demasiado tarde en su ayuda. Entonces, como transmitidas a toda prisa, nos llegaron estas palabras:

"La Cavorita se hace de esta manera: tómese..."

Siguió una palabra, una palabra totalmente sin sentido. Hela aquí: "inil."

Y eso fue todo.

Puede que hiciera una precipitada tentativa para transmitir la palabra "inútil" cuando su suerte quedó decidida. Lo que sucedió en torno de aquel aparato, es cosa que no me sería posible conjeturar siquiera. Fuera lo que fuera, estoy convencido de que nunca volveremos a recibir un mensaje de la luna. Por mi parte, un vívido sueño ha venido en mi ayuda: veo, casi con tanta claridad como si hubiera presenciado el hecho, a mi Cavor alumbrado por la luz azul y todo desgreñado, luchando entre las garras de una multitud de selenitas-insectos, luchando cada vez más desesperadamente a medida que sus atacantes eran más numerosos, gritando, conjurándoles, quizás, por fin, hasta matando, y empujado gradualmente hacia atrás, paso tras paso, lejos de todo medio de comunicación con sus semejantes, hasta caer para siempre en lo desconocido, en las tinieblas, en aquel silencio que no tiene fin...

FIN